



**UNSAM**  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE  
SAN MARTÍN



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS SOCIALES

# *Papeles de Trabajo*

**La revista electrónica del IDAES**

**Año 1, Número 2**

**Diciembre de 2007**

**Papeles de Trabajo**

La revista electrónica del IDAES

ISSN 1851-2577

## EDITORIAL

Los trabajos de este segundo número de *Papeles de trabajo* buscan recuperar, mediante el lenguaje crítico y las herramientas conceptuales y metodológicas de los estudios sociales, el sentido de una práctica académica con criterios de excelencia inescindible del ejercicio de la vida política. Estos esfuerzos de apropiación del valor del pensamiento en la lógica histórica interrogan el presente para abrir vías en la expansión de un ideal democrático y plural y que se apoya tanto en la dinámica de los propios actores como en el proceso sostenido de construcción de conocimiento.

El artículo de Luisina Perelmiter y el informe de investigación de María Cecilia Ferraudi Curto dan cuenta, a partir de casos de gestiones mixtas de agrupaciones sociales y el Estado, de las expectativas sociopolíticas de dos comunidades que intervienen en el juego de la validación de derechos mediante el compromiso. En ambos trabajos se pone en escena la tensión de diferentes discursos, que van del chisme a la encuesta sociológica, de lo intuitivo a lo científico, en pos de la recomposición de un panorama afectado.

A su vez, en el artículo de Rubens Bayardo y en el informe de investigación de Silvina Merenson –el primero, sobre el rol del museo “José Hernández” para la afirmación de las minorías indígenas; el segundo, sobre la inestable definición de un pueblo de frontera– se bosquejan las dificultades de los procesos de identificación, la ambivalencia de la “hegemonía” y la pugna por parte de los organismos estatales para regular, imponer o adscribir a un “modelo integrado”.

En el dossier “Cultura y artes: gestión, teoría y crítica cultural”, los trabajos de Melina Graves, Pablo Turnes, Miguel Galperin y Emiliano Torterola construyen, junto al recién mencionado de Bayardo, una serie documentada acerca de la contribución de diversos regímenes –escópicos, artísticos, metafóricos e intelectuales– en la construcción problemática de la memoria, ese trauma trascendente de la contemporaneidad. Mediante el estudio de fotografías tomadas en un campo de exterminio nazi, o el análisis de un cuadro de la época colonial, o las canciones de un artista bilingüe, o el legado de Simmel para la sociología actual, se compone un diálogo sobre los límites de las especializaciones académicas, las sedimentaciones históricas y la producción de categorías.

En la subsección “Otros artículos”, dos trabajos compuestos por un dúo de investigadores representan dos modos de acercamiento a un objeto de análisis. José Garriga Zucal y María Graciela Rodríguez presentan una etnografía de grupos urbanos (la hinchada de fútbol y los mensajeros en moto) que excede la descripción para cuestionar las matrices interpretativas de los fenómenos culturales. El trabajo de Ricardo Ortiz y Martín Schorr, por su parte, despliega la evolución del “drama” post-convertibilidad en la

Argentina, en el que las fracciones del poder económico nacional se disputan la supremacía en la acumulación de capital, mediante estrategias de poder y una jerigonza tan hábil como eufemística para obliterar los así llamados “costos sociales”.

Completan este número de *Papeles de trabajo* una entrevista al antropólogo mexicano Luis Reygadas y reseñas de dos libros altamente significativos en el debate actual de la filosofía política y las ciencias sociales: *Bíos. Biopolítica y filosofía*, de Roberto Esposito –que completa la trilogía inaugurada por el filósofo italiano con *Comunitas. Origen y destino de la comunidad*, e *Immunitas. Protección y negación de la vida–*, y *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*, de Ana Longoni, además de nueva información sobre jornadas, congresos y becas. Los invitamos, una vez más, a reflexionar y discutir con estos *Papeles*, así como a enviar propuestas, artículos y materiales para las distintas secciones para fortalecer este espacio de debate plural e interdisciplinario.

## **Comité Editorial**

## El milagro de la mujer fea

Por Pablo Turnes<sup>1</sup>



---

<sup>1</sup> Estudiante del IDAES; el que sigue es un trabajo presentado durante el año 2006 en la materia “Arte argentino y latinoamericano I” de la Maestría en Historia del Arte.

## Resumen

El análisis de toda producción artística implica una serie de problemáticas diversas y particulares, signadas tanto por el momento en que la obra ha sido realizada como por el momento en que se la analiza desde una perspectiva historiográfica. El estudio del arte colonial se ha desarrollado y se sigue desarrollando a medida que se lo practica. A diferencia del arte europeo, que cuenta con siglos de tradición de crítica y autocrítica ya refinada, el caso de la producción artística hispanoamericana, su estudio y análisis es bastante reciente. En este trabajo, se pueden establecer ciertas cuestiones de estilo, producción y circulación de la obra en un contexto determinado; entender las implicancias político-ideológicas reveladas en el cuadro, además del papel de esos factores en la sociedad que los ponía en práctica. Por último, se arriba a algunas posibles conclusiones respecto de las relaciones establecidas entre la obra y su contexto que hacen posible imaginar nuevas preguntas que abran la posibilidad de ir más allá de esos límites.

## Introducción

El análisis de toda producción artística implica una serie de problemáticas diversas y particulares, signadas tanto por el momento en que la obra ha sido realizada como por el momento en que se la analiza desde una perspectiva historiográfica. En el caso del arte colonial, el investigador debe además partir de un punto singular: el estudio del arte colonial se ha desarrollado y se sigue desarrollando a medida que se lo practica. Es decir, a diferencia de, por ejemplo, el arte europeo, que cuenta con siglos de tradición de crítica y autocrítica refinada, el estudio y análisis de la producción artística hispanoamericana es bastante reciente, y su empuje se ha debido a algunos pocos y valientes investigadores que han debido soportar a menudo el desinterés –e incluso el desprecio– del mundo académico, a ambos lados del Atlántico.

Sin embargo, esta rama de la Historia del Arte sigue avanzando por caminos interesantes y prometedores, a medida que los grupos de investigación hacen notar la evolución en las formas de aproximarse a sus objetos de estudios, de forma que lo profesional se hace indistinguible de lo pasional. ¿Y por qué habría uno de creer que lo profesional no es subjetivo?

Esta breve digresión intenta poner en claro el perfil de la siguiente monografía: el placer por (re)descubrir otros mundos a través de algo tan complejo como el análisis de una

obra artística. El cuadro seleccionado es prueba del gusto personal tanto por la elección como por ciertos problemas implicados en su análisis. En cuanto a lo primero, se trata de la apreciación de una estética particular –la del siglo XVIII– como factor significativo de una sociedad a esa altura altamente compleja, a menudo ignorada, que comprende una serie de cuestiones que –afortunadamente– amenazan con derribar la imagen de un pasado colonial estático, retrasado, estancado y, básicamente, aburrido.

En cuanto a lo segundo, ya desde la denominación posible del cuadro –*El milagro de la mujer fea*– es poco cuanto sabemos de buena parte de lo que hace a la obra, como su origen, uso, prolegómenos hasta llegar donde está hoy. Este trabajo plantea la necesidad de aproximarse a esta obra conociendo las limitaciones dadas por su situación –que es similar a la de muchas otras–, donde la falta de registros claros que puedan ayudar en el análisis hacen sólo más interesante el misterio, y por lo tanto propone un desafío al mismo tiempo que ciertas responsabilidades: la de contribuir –por mínima que sea la contribución– al desarrollo de una vertiente historiográfica que continúa en expansión, con nuevas miradas y nuevas propuestas.

En cuanto al trabajo, podemos distinguir sus diferentes propósitos de la siguiente manera: primero, establecer ciertas cuestiones de estilo, producción y circulación de la obra en un contexto determinado. Segundo, entender las implicancias político-ideológicas reveladas en el cuadro, y el papel de esos factores en la sociedad que los ponía en práctica. Tercero, y último, arribar a algunas posibles conclusiones respecto de las relaciones entre la obra y su contexto, determinando los límites de lo representado, y en lo posible, imaginando nuevas preguntas que abran la posibilidad de ir más allá de esos límites.

## Primera parte: tras los pasos de una obra

### El barroco andino

La obra elegida corresponde al denominado barroco andino, específicamente el de la Escuela de Cuzco, a mediados del siglo XVIII. El debate sobre ese estilo se ha prolongado durante décadas. No nos adentraremos en él; bastará con explicar algunas cuestiones respecto del estilo en la producción cuzqueña.

Cuando hablamos de barroco en el área andina debemos advertir que se hace referencia a una suma y combinación de estrategias estéticas y discursivas antes que a un estilo particular, cultivado al estilo europeo. Lo barroco, en este caso, no se trata de la utilización del tenebrismo o de privilegiar tal o cual tema de tal o cual forma, sino en una aproximación bastante heterodoxa a la producción artística donde el interés estaba puesto antes que nada en la efectividad –claridad– de lo producido, lo cual muchas veces se ha interpretado, desde la perspectiva europea, como una percepción atrasada y reaccionaria del ejercicio artístico. Sin embargo, guiarnos por los cánones europeos de poco nos sirve para entender el porqué de una organización de talleres a gran escala, que para la sociedad de su época tenía un peso importante y un funcionamiento sorprendente, sobre todo si se tienen en cuenta las proporciones de una producción seriada preindustrial:

Al estar en los límites geográficos y culturales del mundo, en teoría la estructura jerárquica y arcaica del orden virreinal no estaba diseñada para cambiar sino para durar como un proyecto utópico fuera del tiempo. Pero en la práctica, las crecientes contradicciones y conflictos entre los diversos grupos étnicos permitieron la emergencia de nuevos *modelos de pensamiento* y de *representación discursiva* que, utilizando en muchos casos los propios tópicos religiosos y creaciones artísticas de la metrópoli, desplazan y desmontan la agenda centralista peninsular en un proceso de apropiación y reinterpretación cultural. Por ello, lo que inicialmente se planteó como un problema *semántico*, en realidad presupone un sistema de valorización eurocentrista que lejos de estudiar la tensa dialéctica entre *centralismo* y *marginalidad*, sólo podía ver en los desafíos y manifestaciones disonantes de la otredad americana formas degradadas de la cultura del dominador (Mujica Pinilla 2002, p. 8. Las cursivas son del autor).

A pesar de las diferencias con las escuelas europeas, en el núcleo de la creación artística se mantenía la lógica común a las obras del barroco: la transmisión transparente y clara del contenido en lo representado (Portus Pérez 2003, pp 37-48). La efectividad de esta ecuación influía directamente en el proceso de producción, circulación y consumo, anteponiéndose al gusto por un estilo en particular<sup>2</sup>. Si se prefiere, el efecto *era* el estilo; lo demás no tenía mucho sentido.

### **La Escuela de Cuzco**

El período de consolidación y desarrollo del barroco andino puede ser ubicado cronológicamente entre 1650 y 1780 (Mujica Pinilla 2002, p. 22)<sup>3</sup>, con sus variantes regionales en Cuzco, Lima, Arequipa, Ayacucho, Cajamarca, Trujillo, Juli y Potosí. Sin embargo, fue la escuela de Cuzco la que se distinguió por la calidad y cantidad de producciones hacia otras regiones del virreinato: Chile, Tucumán, la capital limeña e incluso, más tardíamente, Córdoba y Buenos Aires. Esta notable producción cuzqueña estuvo a su vez asociada al gobierno del obispo Mollinedo, quien actuó como verdadero mecenas e impulsor de las artes en el virreinato. El otro factor de importancia fue el quiebre experimentado en la primera mitad del siglo XVII, cuando desaparecieron, por desplazamiento o muerte, los maestros europeos, y se dio comienzo a un proceso de conquista de esos espacios por parte de pintores y escultores indígenas, los que hasta ese momento habían visto su rol limitado al de mano de obra, sin poder ascender en las jerarquías gremiales, que ponían una serie de trabas y exigencias al estilo europeo. Rápidamente se desató un conflicto entre blancos e indios por el control de la

---

<sup>2</sup> Cabe aclarar que dicho funcionamiento no era igual para toda la región. Había entre Cuzco y Lima diferencias importantes en cuanto a la recepción de las obras y la producción artística, ya que mientras en la primera lo importante era aquello que llegaba a los fieles, lo que era efectivo en el sentido religioso y trascendental, en Lima se tenía como prioridad estar al tanto de la novedad europea. La realidad limeña estaba marcada por su rol como capital virreinal y por el funcionamiento de una corte en la ciudad, de allí que las cuestiones de gusto y estética implicaban una perspectiva política diferente de la del interior del Perú, donde muchas veces las obras más modernas eran rechazadas por ser chocantes para el público. Al respecto, véase Teresa Gisbert, “La identidad étnica de los artistas del Virreinato del Perú”, en *El barroco peruano*.

<sup>3</sup> “Pese al intento de fijar una cronología lineal de *estilos* artísticos, los historiadores del arte americano no se cansan en resaltar el valor puramente referencial de toda periodización. Si en el arte europeo ya es problemático definir los límites que fijan el inicio y el final del *barroco*, en los reinos del Perú los *estilos* ni evolucionan de unos a otros, ni se suceden cronológicamente, ni una tendencia estilística necesariamente se impone o anula a las demás”. Ramón Mujica Pinilla, *op. cit.*, p. 22. Las cursivas son del autor.

producción artística que concluyó con la división de los gremios organizados según el origen de casta:

(...) hacia 1630 nadie quedaba de los pintores italianos y muy pocos de los escultores sevillanos. El centro artístico se desplaza a Potosí y sobre todo al Cusco, donde empieza una gran actividad. El manierismo languidece y los escultores protobarrocos del realismo sevillano desaparecen pero dejan una escuela de tallistas y escultores altamente capacitados. En pintura el proceso es similar. (...) En la tercera década del siglo (XVII) una gran mayoría de los artistas de fama eran nativos y el mayor centro de actividad estaba en el Cusco (Gisbert 2002, pp. 102-103).

El quiebre en el contacto con la península comenzó a hacerse visible a través de dos factores: el estilo y las formas de producción. En cuanto a lo primero, los artistas cuzqueños retomaron motivos pictóricos del siglo XVI previos al desarrollo del barroco y los modificaron dándoles nuevos alcances y significados. Fue clave la utilización de motivos autóctonos en las composiciones, algo que llevó a modificar el gusto de los consumidores, que comenzaron a interesarse en las nuevas producciones tanto en los centros del virreinato –por ejemplo, Lima– como en la misma península.

A diferencia de los pintores barrocos adictos al claroscuro, los artistas cusqueños copian y renuevan el lenguaje pictórico de la estampas de Flandes retomando muchas de las composiciones alegóricas contrarreformistas de Pedro Pablo Rubens (1577-1640) u otras provenientes del santoral medieval o de los evangelios apócrifos. Modifican el tamaño de las figuras dentro de su estructura compositiva, hacen interpretaciones libres del colorido y el drapeado de los personajes o añaden ángeles, flores, aves locales, o incluso filacterias con textos de doctrina cifrada. Lo que aparenta ser en su pintura meros anacronismos históricos son, en realidad, sistemas de compromiso o adaptabilidad (Mujica Pinilla 2002, p. 18).

En algún punto, la ruptura con Europa se radicalizó, ya que no sólo se retomaron o abandonaron los motivos religiosos y sus significados, sino que comenzó a cultivarse la veneración a la imagen de la Virgen, en proporciones notablemente distintas de lo que podía encontrarse al otro lado del Atlántico. La consolidación del culto mariano conllevó una serie prácticas y creencias netamente *sui generis* de la América española.

Al independizarse y dejar atrás a los exigentes veedores del gremio español, los artistas indios y mestizos habrían abandonado los típicos cánones estéticos occidentales del color, la perspectiva y la corrección anatómica para dar paso a un género de pintura devocional especializado en el *retrato* de madonas milagrosas: imágenes de imágenes –pinturas de esculturas– que transformaban las vírgenes talladas en figuras triangulares planas con rostros estereotipados y trajes cubiertos con pedrerías o finos ornamentos *brocateados* en oro (Mujica Pinilla 2002, pp. 19-21. Las cursivas son del autor).

En cuanto a la producción, la creciente demanda por el nuevo estilo cuzqueño permitió el desarrollo de una forma de trabajo colectivo, organizado en talleres donde, a diferencia del modelo europeo, el artista/maestro no tenía el mismo peso; incluso se llegó a desconocerse la identidad o la cantidad de personas que producían una obra.

En San Francisco se trabajaba en equipo, con igualdad entre los artistas participantes, pues a cada cual se le asigna un lienzo del claustro, con una iconografía que era regulada por los grabados que los mecenas daban a los pintores (...) esta pintura y toda la que se practica en el Virreinato del Perú no permite licencias ni innovaciones; sus cultores son poco afectos a los liderazgos y no se inclinan ante la fama de un artista, de manera que el arte que producen muestra una continuidad casi uniforme, con pocos altibajos (Gisbert 2002, p. 109).

El modelo resulta un punto de partida radicalmente distinto respecto de las formas de la producción pictórica y escultórica que se habían dado hasta entonces, lo cual parece implicar a la vez una propuesta política, laboral y espiritual en ejercicio constante. Lejos de aquellos buenos copiadore (como suelen ser nombrados los artistas indígenas en varias crónicas), la organización de los talleres revelaba una sociedad conflictiva, con espacios propios para la creación de variantes a los modelos imperantes. Una sociedad ni española ni indígena, que produce nuevas formas de sociabilidad y subjetividad, merece ser considerada en sí misma, no en mera relación marginal de dominación con el centro del poder imperial, e incluso con prudente distancia de las diferentes partes que componen los cuerpos territoriales del virreinato.

Ahora bien, ¿cómo podemos aproximarnos a esta sociedad y sus entramados, más densos de lo que parecen a primera vista? El arte –la producción artística– nos permite adquirir perspectivas interesantes –herramientas para seguir construyendo conocimiento–, que siempre implica nuevas preguntas.

## El milagro de la mujer fea

El cuadro del que nos ocuparemos lleva por nombre *El milagro de la mujer fea*. También es conocido por el nombre de *La esposa fea*, aunque el título original de la obra –si es que lo tuvo– no ha quedado registrado. Es un óleo sobre tela, perteneciente a la Escuela de Cuzco, probablemente del último tercio del siglo XVIII, aunque es posible que sea anterior a esta fecha. Si bien, como se ha afirmado antes, las producciones eran colectivas y el peso de la figura de un artista particular no era valorada del mismo modo que en Europa, sí tenemos datos de algunos pintores y escultores que firmaron sus obras o quedaron registrados en algún contrato. Un caso de reciente descubrimiento ha sido el de Marcos Zapata, al que Héctor Schenone en su obra sobre las iconografías coloniales adjudica la probable autoría –o al menos participación en la realización de la obra– del *Milagro...* (Schenone 1992, p. 776).

Zapata se mantuvo activo entre 1748 y 1773, y –hasta lo que sabemos– parece haber sido el más importante de los pintores del siglo XVIII en el área andina. La relación entre la obra y el autor se debe a una especulación (justificada) debido a la cercanía temporal y espacial entre ambos. Si recurrimos a la descripción del catálogo Acceder<sup>4</sup> del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, podemos ver la tela y sus características:

(...) [su marco es de] madera tallada y dorada con dos columnas salomónicas enredadas con vid y un ángel policromado en el coronamiento, 144 x 116,5 cm. La figura del santo en el cuarto inferior izquierdo de la composición, de cuerpo entero, girado a la derecha. Lleva hábito dominico profusamente brocateado en oro. La cabeza, en escorzo, mira al frente. Aureola de oro y piedras rojas rodean su cabeza. Eleva su mano derecha en actitud de bendecir. Hacia el centro, una mujer arrodillada con sus manos unidas en súplica. La figura femenina, escorzada a la derecha, mira al Santo con lágrimas en la cara. Viste falda azul cobalto claro, con detalles en amarillo, rojo, blanco y negro. Casaca bermellón claro. Rodea su cuello un pañuelo blanco plegado, que permite ver dos sartas de perlas. De su oreja izquierda pende una arracada en forma de cruz, con cuatro perlas blancas y una piedra roja en el centro. Lleva larga mantilla de encaje negro que envuelve su cuerpo hasta las caderas. Una gran cartela con leyenda ocupa el ángulo inferior derecho. En la mitad superior del cuadro, a la derecha, la dama acompañada por una criada negra se reúne con su marido. La criada viste falda verde con blusa rosada y manto violáceo. Un

---

<sup>4</sup> <http://www.acceder.buenosaires.gov.ar/>

pañuelo blanco envuelve su cabeza. En el lado opuesto, el marido, vestido a la moda cortesana, con peluca blanca, lo mismo que su corbata y puños de encaje. Casaca azul policromada bajo chupa bermellón, calzón corto azul, medias blancas y botines negros. Tiene en su mano derecha un tricornio ocre y bermellón. Por detrás se ve mitad de una espada negra y capa bermellón. Detrás de él, dos criados negros que visten a su semejanza, pero las casacas son lisas, y el sombrero del primero es negro y rojizo. Arriba, sobre el borde superior a la derecha, una iglesia en siena con techos de tejas rojas y una pequeña casa en el centro. Se insinúa otra casa en el ángulo izquierdo, en la misma policromía. Desde allí abajo, dándole fondo al Santo, una pared siena y sepia con tejado bermellón. El fondo, con grandes planos contrastantes, en primer término una ancha faja horizontal tierra de sombra que limita la sombra proyectada de la pared izquierda. De allí hacia arriba, fondo ocre. Leyenda: (ab. der., en cartela) Oyendo Sn Vicente / Grandes voses derreni / egos lastimado de vergu / Dios era tan gravemente / ofendido procuró saverla / causa hallo quera una muger / despresiada de su marido la cual bañada de lágrimas pu / esta derrodillas a los pies del Sn. / le pidió la faboresiese pero nos / dira la dix o el Sto porque la maltratara / Así Padre respondió la afligida / q´adado edsir q´soi fea pues baia / hija y sea linda en adelan / te.<sup>5</sup>

El cuadro es, a primera vista, la representación de un milagro adjudicado a San Vicente Ferrer, sacerdote dominico nacido en Valencia alrededor de 1350 y que gozó de gran popularidad en su tiempo debido a su reputación de taumaturgo. Ahora bien, ¿qué significado podía tener una fábula milagrosa medieval en el Perú de mediados del siglo XVIII? Debemos empezar por entender la preferencia de la que gozó el género de la vida de santos durante los siglos XVII y XVIII. Dicho género había sido una de las estrategias contrarreformistas adoptadas luego del Concilio de Trento (1545-1563), para “revivir el ideal martirial de la Iglesia primitiva” (Mujica Pinilla 2002, p. 12). El *pathos* del mártir tuvo un renacimiento gracias a las misiones de conversión por parte de la Iglesia en el Lejano Oriente, Perú, México y los países protestantes como Inglaterra y algunos de los principados alemanes, sitios donde varios sacerdotes fueron perseguidos, torturados y ejecutados.

Estas imágenes de martirio estaban hechas para conmover a través del horror y la piedad, pero también ofrecían una percepción estética inmanente y material no sólo del sacrificio de ser cristiano, sino también de las características físicas de los protagonistas

---

<sup>5</sup> <http://acceder.buenosaires.gov.ar/es/td:Pinturas.35/791942>

de las escenas pictóricas. Tanto es así, que esos modelos –suponemos que en su mayoría eran una construcción del artista– fueron transformados en un primer momento por quien los pintaba o esculpía, y luego retransformado al ser apropiados por el imaginario popular. Eso vale también para el milagro en sí: al pensar en el concepto, la escena milagrosa de la obra actuaba como el referente directo de la cosa. Aquí se pone en juego la representación como tal, ya que muchas veces se adjudicaba a tal o cual imagen un poder milagroso, lo que rompía el orden simbólico original para transportarlo a otro campo, donde era resignificado en coherencia con las necesidades pertenecientes a esos nuevos ámbitos.

Un dato interesante que nos acerca Schenone es que el grupo de pinturas sobre los milagros de San Vicente Ferrer no siguen orden cronológico alguno, por lo que no se los puede considerar una serie, algo que era más la excepción que la regla si se estudian las formas de producción y circulación de la producción artística en el Perú virreinal (Schenone 1992, p. 774). Podemos suponer que estos cuadros fueron encargados para algún convento o iglesia perteneciente a los dominicos, lo cual no sería raro debido a la importancia de la figura del santo para esa orden, aunque tampoco habría que descartar la posibilidad de que haya sido un encargo privado como muestra de devoción por el santo, y que estuviera en la casa de alguna familia de la elite.

Esto último puede estar apoyado por el estilo del cuadro, que reemplaza los espacios europeos –en especial los paisajes de estilo flamenco– por ámbitos locales, recurso que hizo de la escuela cuzqueña un gran éxito a principios del siglo XVIII, al extenderse este favoritismo por parte de las elites locales durante el resto del ciclo secular. La identificación compuesta entre los observadores y lo representado se construyó sobre la base de un sentido particular de lo autóctono, a medida que se desarrollaban nuevas subjetividades a través de las flamantes identidades localistas prenacionales. La utilización de estos motivos (tan distantes en espacio y tiempo a sus originales) no pretendía disputar o romper con las jerarquías del orden colonial, sino resignificarlas para encontrar un espacio propio, y más favorable, en ese mismo orden:

Ésta es, a fin de cuentas, la mecánica universal del *pensamiento mestizo*: a partir de una escena bíblica, de una profecía medieval o de un jeroglífico renacentista se pueden tejer nuevas narrativas que permiten la reconstrucción total de la historia sagrada de salvación y de sus protagonistas (Mujica Pinilla 2002, p. 34. Las cursivas son del autor).

La representación del espacio es un factor determinante en los cambios estilísticos, ya que implicó el redescubrimiento a través de la experiencia estética de la observación del propio mundo cotidiano, ahora elevado por la dignidad de poder ofrecer un lugar propicio para los fenómenos de la trascendencia cristiana, que eran el núcleo de la lógica de la vivencia religiosa, y ésta a su vez la base de la sociedad virreinal como dadora de sentido a lo conocido, a lo establecido y a lo deseable.

La gran demanda de estas obras demuestra un cambio definitivo en las relaciones con la península y con lo europeo, tanto a nivel subjetivo-ideológico – hasta mucho después esto no implicaría un plan o proyecto de ruptura deliberado– como comercial, ya que el crecimiento de un mercado consumidor que conformaba un volumen de producción significativo para lo que hasta entonces había sido el circuito colonial sudamericano implicaba la aparición de nuevos actores sociales y nuevos puntos geográficos que se convertían en demandantes, cuando hasta ese momento se habían limitado a ser sólo un punto de paso en un circuito más grande (Burucúa 1999).

El hecho de que haya sido utilizado un motivo medieval europeo para llevar un mensaje a la sociedad andina del siglo XVIII puede ser interpretado a través del *principio de disyunción* de Erwin Panofsky, el cual establece que al tomar un canon estético/artístico cronológicamente anterior de manera inevitable se lo inviste de un significado contemporáneo. Es decir, en toda reapropiación cultural se ejerce la entropía: algo se ha reconvertido también para perderse. Más allá de la tentación, o precisamente por eso, de la corona española por mantener en sus colonias un espacio atemporal, congelado, controlado (mediante la utilización de los modelos estéticos europeos), el resultado es la reafirmación de que aquello no es una sociedad española, ni tampoco indígena, y cuyo sentido de lo autóctono pasa por otro lado –si se quiere, por lo *mestizo*–, y es el análisis y estudio de esa cuestión el eje de las investigaciones sobre las sociedades y las artes en la colonia.

(...) durante el barroco peruano, las estrategias representacionales basadas en un proceso de apropiación cultural no fueron exclusivas de la iglesia tridentina o de la corona. A lo largo de los siglos XVII y XVIII, la respuesta de los indígenas y de los criollos a la *cultura de conquista* trascendió la lenta dinámica de adaptación, interacción e integración entre *vencedores* y *vencidos*. Desde un inicio, la cultura híbrida del mestizaje planteó nuevos *imaginarios* sociales, y los españoles americanos pudieron distanciarse de la agenda centralista peninsular para afirmar su propia identidad basada en la diferenciación

y en la fragmentación del otro. Las artes, en este sentido, ayudaron a articular las contradicciones dentro de la sociedad virreinal y a fomentar la aparición de nuevos repertorios iconográficos –basados en los sermonarios– cargados de un discurso original, polivalente y potencialmente transgresor, que relativizaba la hegemonía política imperial española reemplazándola con relecturas *mestizas* o *criollas* del catolicismo ibérico (Mujica Pinilla 2002, p. 53. Las cursivas son del autor).

El cuadro nos presenta una serie de actores en una situación particular, que merece ser examinada más en profundidad a través de cierta puesta en común respecto de los cambios experimentados en los territorios españoles en América durante el siglo XVIII. Distinguir los personajes es a su vez definirlos, y para esto hay que tener en cuenta qué papel cumplían en ese contexto el género, la raza y la posición social, como unidad a su vez irreductible y mutable, permanente e intemporal, cambiante y compleja.

## Segunda parte: la sociedad y su orden

### Matrimonio, amor y dinero

El centro de la obra es sin duda la figura femenina. Resulta curioso que se tenga como aspecto fundamental del matrimonio la belleza de la mujer, cuando los casamientos parecían seguir más bien otros intereses antes que la cuestión estética. Antes que nada debemos considerar lo que podía significar la *belleza* en esa sociedad. Si vamos al cuadro, no notamos una gran diferencia entre el antes y el después de la conversión milagrosa. Tal vez debamos pensar que la cuestión no pasa tanto por la atracción física *per se*, sino que hay algo más importante que está allí y cuyo sentido es dado por las relaciones compuestas entre los diferentes actores.

La mujer se ve rechazada por su fealdad y eso le impide contraer matrimonio –no con cualquiera, suponemos, sino con quien debía ser su esposo– y es ante su desazón que el santo acude a ella y la convierte en *lo deseable*. Ahora bien, si el santo hubiera decidido no presentarse, ¿qué alternativas le hubieran quedado a la mujer? Pocas, y ninguna demasiado esperanzadora. En la colonia, las damas tenían tres opciones: el casamiento, la soltería o el claustro, siendo esta última también una forma de casamiento (con Dios), ya que las monjas estaban obligadas a presentar una importante dote para ser admitidas en los conventos. Podríamos añadir una institución más a la órbita del mundo femenino: la viudez. Esto desde ya no era una elección, sino una imposición de las circunstancias que convertía a la viuda en una paria, objeto de sospechas y desconfianza. A pesar de su marcada inferioridad jurídica, la mujer sin el control cercano de un hombre se volvía una anomalía perturbadora para una sociedad tradicionalmente patriarcal (Boixadós 2000).

La cuestión de la virtud –la *buena vida*– es clave para entender las relaciones sociales en el ámbito colonial. La virtud máxima era el *honor*, entendido tanto en el sentido de virtud como en el de estatus social. Estos estrictos códigos dirigían los cuerpos y las conductas, y a partir de 1732 se construirían sobre la base del poder económico. Así, lo *bueno* y lo adinerado se entendían como la misma cosa. El cambio se debió a la reactivación minera ya recuperada de la crisis del siglo XVII, lo que llevó a la aparición de nuevos actores sociales, así como también a los cambios de percepción que desde la península se tuvieron respecto de las colonias, expresado en la entrega de títulos

nobiliarios a miembros de la elite local, algo que hasta ese momento había sido excepcional (Tandeter 2000).

El dinero transformado en honor funcionó como mecanismo de legitimación de la nueva elite burocrático-administrativa, la que se dedicó a redefinir desde las instituciones estatales la lógica de las relaciones en el cuerpo social, siendo el matrimonio uno de sus ejes. Las reformas borbónicas comenzadas al iniciar el siglo XVIII seguían una lógica burocrática y mercantil, destinada a sanear las finanzas y reimponer el peso político de la corona en los territorios americanos, que hasta ese momento habían gozado de un importante grado de autonomía dado por las distancias que amortiguaban las pretensiones reales. La centralización del poder en el Estado virreinal –y en la figura del virrey principalmente– tenía tanto una efectividad práctica como simbólica: significaba reafirmar, aunque ahora bajo otras reglas, la sociedad patriarcal y la primacía de las directivas y necesidades masculinas como prioridad constituyente del orden social.

La Iglesia fue contraria a ceder el control en ámbitos como el matrimonio, al cual había favorecido muchas veces haciendo caso omiso de las diferencias étnicas, que había dado como resultado la presencia de las instituciones cristianas como árbitros de las relaciones sociales. Éstas, a su vez, habían devenido cada vez más complejas, desarrolladas por fuera del ideario colonial y su férrea estructuración y división por medio de la clasificación racial.

La preocupación por lo *mestizo* llevó a la corona a, por un lado, reconocer la existencia y el peso de la interacción étnica en varios niveles, y al mismo tiempo intentar controlar y jerarquizar dichas relaciones. La serie de cuadros acerca del mestizaje realizados en el último tercio del siglo XVIII demuestra tanto los cambios estilísticos en la representación figurativa como la necesidad de acomodar un rompecabezas al cual se habían sumado nuevas piezas y se mantenía, desde la perspectiva borbónica, desordenado y por lo tanto peligroso.

Esta doble naturaleza del despotismo ilustrado –el progreso represivo– hizo que las mujeres pudieran obtener educación e incluso más libertades con respecto a la posesión y manejo de sus bienes, al mismo tiempo que las subordinó a un patriarcado donde las personas eran bienes de cambio en el mercado matrimonial, donde los afectos no tenían ya el mismo valor, si es que llegaban a tener alguno. Los ejemplos donde el cuerpo

femenino podía llegar a grados de autonomización relativa de la figura masculina fueron la viudez (Boixadós 2000) y el claustro (Braccio 2000).

La internalización del discurso patriarcal implicaba sostenerse a sí misma como una mujer de *buena vida*, es decir, respetuosa del ideario católico, la buena maternidad y la sujeción y devoción. El lado opuesto –la *mala vida*– era encarnado por la mujer que contestaba a la autoridad y que resistía con su cuerpo la sujeción a través del goce sexual (Faberman 2000). Lo cierto es que si estas categorías debían ser internalizadas, era debido a que su formulación provenía del mundo masculino. Este camino no siempre era tan directo como se proponía, ya que además de los casos antes mencionados, también se encontraban frecuentes realidades familiares donde la mujer era el único sostén del hogar<sup>6</sup>.

La transformación de la “mujer fea” es la somatización de lo *malo*, primero, y lo *bueno*, después, lo cual nos hace sospechar acerca de las razones de la fealdad y el rechazo que sufría la dama en cuestión. El hecho de que sea la intervención de una institución católica como la del santo la que realiza la transformación –y por lo tanto, la salvación– de la mujer hace que la solución al problema pase por el filtro de lo moral. El vehículo elegido –la fábula milagrera de San Vicente Ferrer– no tenía pretensiones de profundidad, ya que al igual que otras historias del mismo santo, a menudo los milagros operados eran, de tan simplones, rayanos en la herejía. Sin embargo, el cuadro encierra una escena más compleja que lo observado a primera vista.

## **El juego de las miradas**

En la obra hay seis personajes: la dama –en dos tiempos–, el caballero, el Santo, dos esclavos negros y una esclava también negra. El ordenamiento espacio-temporal resulta un tanto confuso en un principio. La escena muestra un antes y después –es decir, la mujer al ser transformada y la mujer luego de su transformación–, pero no se distingue del todo bien si los hechos están sucediendo en el mismo lugar o si ha habido un traslado de la protagonista para encontrarse con su futuro esposo. Sería lógico que el

---

<sup>6</sup> El siglo XVIII es anómalo con respecto a los siglos XVII y XIX, en los que la mujer estuvo notablemente desprotegida y limitada a ser apéndice del hombre. Esta situación estaba avalada desde las instituciones legales, que por ejemplo equiparaban la situación de la mujer a la de una persona incapaz. Véase Dora Barrancos (2000), “Desigualdad jurídica y encierro doméstico”, en *Historia de las mujeres en la Argentina I. Colonia y siglo XIX*, Buenos Aires, Taurus.

pedido, que incluye el llanto y el *reniego* femeninos, hubiese sido formulado en la intimidad del hogar o incluso en la iglesia. Los protagonistas de esta primera parte, Santo y Mujer, aparecen desplegados de cuerpo entero, hacia la izquierda y centro del cuadro, y en ambos se observa lo detallado de su vestimenta y sus rasgos, que incluyen las lágrimas de la mujer, el manto negro sobre su cabeza y el dorado de la túnica de San Vicente como rasgos estilísticos de importante refinamiento. La intimidad de la escena, si bien se supone que no sucede en plena calle, es sugerida por el muro que oculta a los protagonistas y la sombra que este proyecta sobre el suelo, cubriéndolos. El milagro es un contrato entre ambas partes, algo destinado a tener repercusiones públicas pero que en algún punto siempre permanecerá como privado. En las sombras de ese hogar anónimo se producen hechos alejados de la luz de los ámbitos públicos, cuestiones que juegan entre un mundo y otro, y que constituyen ese mismo orden en una dialéctica donde las diferencias no han sido del todo definidas.

La escena que concluye la secuencia –el segundo momento del relato– se encuentra en la parte central del espacio pictórico. Aquí la mujer, acompañada por su esclava, encuentra desprevenido a su futuro esposo, quien, junto a sus dos esclavos, se sorprende. El caballero se ha sacado el sombrero tricornio como muestra de cortesía y reconocimiento hacia aquella quien está destinada a ser su esposa. El esclavo situado por detrás de su amo enfatiza y avala el encuentro, al reconocer que se trata de la misma mujer, ahora transformada, apoyando con su gesto –la mirada dirigida a la dama, su cabeza inclinada hacia atrás en sorpresa y asentimiento– la decisión del esposo.

Los otros dos esclavos, situados en los flancos de sus amos, son los únicos personajes que miran hacia fuera del cuadro: sus ojos enfocan al espectador, en un punto de fuga invertido. Si se continúa observando hacia arriba, se encuentra en el centro una casa –tal vez, el hogar de los esposos–, detrás de la cual se puede ver un horizonte de cielo y nubes; el segundo edificio, cosa curiosa, es una iglesia desplazada hacia el perfil derecho. Este último edificio no se nos muestra entero, sino que sólo se resalta su fachada. Así, la organización del relato dirige la mirada del observador de abajo hacia arriba, pasa por los sucesos milagrosos y concluye en las instituciones que ocupan la parte superior del cuadro: el Hogar y la Iglesia. Sin embargo, este desplazamiento de la Iglesia a favor del Hogar nos sugiere que los tiempos favorecen a algunas instituciones por sobre otras, buscando equilibrar el peso jerárquico al proponer al Hogar patriarcal por sobre la vigilancia eclesiástica, para luego bajar hacia donde los esposos se

encuentran, en legitimación de la futura unión. Hay un espacio entre iglesia y hogar, que lleva hacia la plaza. Es decir, los sujetos deben pasar por ese espacio situado entre las dos instituciones que presiden el ámbito público, mostrándose equivalentes, aunque en disposición conflictiva. En todo caso, la resolución del conflicto depende de la perspectiva adoptada, la cual hará más cercana a una y más lejana a la otra, o bien mantendrá a ambas en simetría...

La mirada de los esclavos sale del cuadro para comprometer a quien observa a entender y aceptar el mensaje, presentándolo bajo una estética luminosa, con trazos simples pero bellos, en un ambiente –el espacio urbano, lugar de encuentro– que le es familiar y por el que transcurre la vida cotidiana.

Ahora bien, podríamos encontrar algo más en las miradas. Por un lado, los que legitiman la decisión de los amos son sus esclavos, en un guiño al espectador de la época, a quien no se le escapaba el hecho de que la sociedad colonial homologaba lo corporal y lo sexual a los negros. Así, los esclavos no sólo certifican que se trata de personajes de alta alcurnia –de otra forma no podrían mantener esclavos– sino que además certifican la consumación del matrimonio, y con ello la continuidad familiar hacia el núcleo de la elite, punto clave de las reformas borbónicas.

Otra posibilidad interesante es la mirada que un esclavo dirige hacia la mujer, quien si bien mira al esposo mientras va a su encuentro, ve a su lado en el mismo plano al sirviente. La posibilidad del encuentro entre las dos miradas de los dominados –mujeres y esclavos– nos habla de una interpretación sin duda inaceptable en la época, pero no por eso imposible. Esto no implica un encuentro sexual –el cual no era extraño entre los hombres blancos y sus esclavas negras, por lo cual podemos conjeturar la posibilidad de relaciones entre mujeres blancas y hombres negros– sino un mutuo reconocimiento entre aquellos a quienes el orden social ha estigmatizado con la marca de la inferioridad. Ese pequeño y brevísimo espacio que se abre por momentos es la oportunidad de filtrar entre las grietas del férreo control disciplinario de los cuerpos la esperanza de contribuir a la identidad propia con algo por fuera del sistema de representación establecido.

Una última mirada completa el conjunto: la del artista. Es significativo que dicha representación sea obra de un taller cuzqueño, cuya organización está a cargo de indígenas y mestizos. El pintor o pintores vienen a completar el esquema de la sociedad colonial, con todas sus contradicciones: blancos, indígenas y negros asociados a través de una mirada mestiza. Entender esta cuestión no implica solamente reconocer una

noción étnica o racial, sino el nivel de subjetividades e identidades en constante proceso de construcción y resignificación ocurridos en el ámbito colonial, a través de sus representaciones y más allá de éstas también.

## Algunas posibles conclusiones

Al volver a preguntarnos acerca de la circulación de la obra aquí analizada, si bien no podemos estar seguros debido a la falta de documentación u otras fuentes certeras, es probable que se encontrara en la casa de alguna familia de la elite antes que en un convento o iglesia. Las imágenes tienden a reafirmar una realidad que se estaba construyendo no sin conflictos, y que para ello acudía a las estrategias y usos del barroco andino dándoles nuevos significados, específicamente los que se esperaban en la sociedad alto peruana de finales del siglo XVIII. Si bien la producción respondía a una demanda particular –la del desarrollo de un estilo autóctono, con bases europeas pero modificadas para el gusto local–, se encuentra a sí misma recorriendo caminos diferentes de los de sus inicios, gracias a los cuales ahora parece ganar conciencia. La potencia artística del barroco andino crece y se transforma en el siglo XVIII a la vez que da cuenta de sus límites y posibilidades, al hacerlos propios. Esta nueva identidad ganada sobre la base de la resignificación del posicionamiento de los territorios americanos de la corona española se desarrolla en un momento de cambios y reformas, cuyo pretendido funcionamiento se dio por un breve lapso, cuando finalmente terminaron profundizando la brecha entre la península y sus colonias.

La obra es prueba de un mundo que se mira a sí mismo, que distingue cada vez con más claridad las diferencias internas que se intensifican, e intenta buscar respuestas propias donde antes sólo bastaba con la *buena copia*. El estudio del arte colonial está íntimamente ligado a esta percepción y búsqueda, porque se ha encontrado a menudo con dilemas similares: el de definirse como algo singular antes que como desprendimiento de un cuerpo más grande, más antiguo y mejor documentado. El juego de las miradas es también un espejo en el que los reflejos ofrecen imágenes diferentes de las esperadas:

(...) es necesario observar cómo ese lente no sólo refracta sino que es reajustado nuevamente a través de actos independientes y creativos de la producción artística (Cummins 2003, p. 28).

El mundo de lo *mestizo* ofrece la posibilidad de desviarse del canon investigativo establecido para darle un uso propio y un significado positivo a la marginalidad de los

estudios coloniales, espacios fronterizos y periféricos que no pretenden ser legitimados por un centro, sino más bien profundizar su labor al punto de descubrir nuevos e interesantes caminos que redescubran otros mundos perdidos, sin nostalgia sino con alegre y profunda curiosidad:

(...) la tarea de la historia del arte latinoamericano con respecto al arte barroco iberoamericano no es el estudio de un movimiento artístico tangencial a la gran historia formada en Europa, sino un llamado, o más aún, una obligación de volver a evaluar la historia de la pintura barroca española en sí misma, como una parte de la historia moderna temprana, una serie de condiciones en competencia con otras. Si no procedemos así, reproducimos inconscientemente el problema del centro y la periferia dentro de la estructura de nuestro propio análisis del barroco peruano. Y si reproducimos este modelo, aun sin intención, reducimos entonces el estudio e interpretación de este arte a la simple descripción de otro estilo regional basado en una imitación o copia fiel y sin contribución alguna (Cummins 2003, p. 28).

En una de las tantas artimañas sofistas para legitimar la conquista de América, se hablaba en España de la fábula de un hombre que había tenido dos hijas. Una de ellas era bella, casta y llevaba su rol de mujer devotamente, pero carecía de riqueza; la otra, fea y bruta, poseía la dote. Así, la bella España estaba llamada a reencontrarse – reencuentro dado en términos de apropiación– con su lejana hermana americana. La riqueza de la hermana fea –la Otra– era sin embargo de una complejidad más allá de lo meramente monetario, y la transformación que sufrieron las dos partes fue el paradójico resultado del encuentro. La dinámica de esa relación dio nacimiento a una nueva *otredad*, la de quienes construyeron sobre la base de sus contradicciones y sus conflictos una realidad particular y original que les fue propia. Este desplazamiento obligó a asumir el control del milagro de la transformación haciendo de la sentencia final de San Vicente Ferrer una renovada manifestación de deseo: “... pues baia hija y sea linda en adelante”.

## Bibliografía

- BURUCÚA, José Emilio (director) (1999), *Nueva Historia Argentina. Arte, sociedad y política*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- CATÁLOGO ACCEDER, <http://www.acceder.buenosaires.gov.ar/>
- CUMMINS, Thomas (2003), “Imitación e invención en el barroco peruano”, en *El barroco peruano 2*, Lima, Banco de Crédito del Perú.
- DEVOTO, Fernando y MADERO, Marta (directores) (2000), *Historia de la vida privada en la Argentina I. País antiguo. De la colonia a 1870*, Buenos Aires, Taurus.
- GIL LOZANO, Fernanda; PITA, Valeria Silvina e INI, María Gabriela (directoras) (2000), *Historia de las mujeres en la Argentina I. Colonia y siglo XIX*, Buenos Aires, Taurus.
- GISBERT, Teresa (2002), “La identidad étnica de los artistas del Virreinato del Perú”, en: *El barroco peruano*, Lima, Banco de Crédito del Perú.
- MUJICA PINILLA, Ramón (2002), “Arte e identidad: las raíces culturales del barroco peruano” en: *El barroco peruano*, Lima, Banco de Crédito del Perú.
- MUSEO ISAAC FERNÁNDEZ BLANCO, con guía de Gustavo Tudisco.
- PORTUS PÉREZ, Javier (2003), “La convivencia con la imagen en el barroco hispánico”, en: *Memoria del I Encuentro Internacional Barroco Andino*, La Paz, Unión Latina.
- SCHENONE, Héctor (1992), *Iconografía del Arte Colonial*, Buenos Aires, Fundación Tarea.

## Imágenes imposibles. Fotografía, enunciación y memoria

Por Melina Graves<sup>1</sup>

“La fotografía tiene algo que ver con la resurrección.”

Roland Barthes, *La cámara lúcida*

### Resumen

A partir de la comparación de una serie de fotografías tomadas en Auschwitz con otra serie de las mismas fotos retocadas se analizan los problemas enunciativos y, sobre todo, de recepción, que obligan al sujeto receptor a ser explícitamente activo a la hora de construir memoria en contraposición al efecto de “sutura” que alcanzan las imágenes retocadas, que apuntan más bien a la pasividad del observador. Este retoque no sólo significa facilitar la visión para el público poco entrenado en la percepción; se verá que esas decisiones estéticas también conllevan posturas morales y políticas a la hora de elegir qué recordar y cómo hacerlo. La imaginación, estimulada por lo inasible de la enunciación, es la clave de la memoria, y las fotos de del campo nazi constituyen una invitación directa a la imaginación, una potencialidad y una acción que, más allá de competencias y diferencias, liga a la humanidad en su capacidad de creación triunfante sobre ese infierno irreal, pero inolvidable.

### Desarrollo

Auschwitz. Verano de 1944. El hambre, el calor agobiante y el sufrimiento acaban por deshacer los temperamentos más robustos. La esperanza media de vida es de seis meses. Este promedio se reduce drásticamente en el caso de los prisioneros asignados al *Sonderkommando* (que en total eran 912 detenidos), el “camino sin regreso”, tal como lo llamaban en el Lager (Poliakov 1965, p. 139). Escuchemos la descripción del paisaje que debía enfrentar (y en el que debía participar) diariamente un preso del *Sonderkommando*:

---

<sup>1</sup> Estudiante del IDAES; el que sigue es un trabajo presentado durante el año 2006 en la materia "Análisis de la Cultura" de la Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural.

Con los primeros fulgores del alba, prendimos fuego a las dos fosas en las que habíamos amontonado casi dos mil quinientos cuerpos; dos horas después eran ya irreconocibles. Las llamas incandescentes envolvían innumerables troncos carbonizados y consumidos. [...] Contrariamente a lo que ocurría en los crematorios, donde el calor podía mantenerse con la ayuda de ventiladores, en las fosas, en cambio, cuando el material humano comenzaba a arder, la combustión sólo podía mantenerse si el aire circulaba entre los cuerpos. Como, a la larga, los cuerpos tenían tendencia a retorcerse, porque no llegaba aire procedente del exterior, el equipo de horneros del cual formaba parte debía derramar sin descanso sobre la masa aceite, metanol o grasa humana en ebullición, recogida en las cisternas del fondo de la fosa, sobre sus dos caras laterales. Con la ayuda de largas espátulas de hierro de externo curvo, depositábamos en cubos la grasa hirviendo, procurando protegernos las manos con unos mitones. Tras haber vertido la grasa en la fosa, se elevaban por todos los rincones posibles, silbando y crepitando, chorros de llamas. Unas espesas volutas de humo oscurecían el cielo esparciendo olor a aceite, a grasa, a benzol y a carne quemada. [...] Algunos muertos parecían volver a la vida. Bajo el efecto del intenso calor se retorcían dando la sensación de estar sufriendo dolores insoportables. Sus brazos y piernas se movían como una película a cámara lenta, sus troncos se erguían de nuevo. [...] La intensidad del fuego era tal que los cadáveres eran devorados enteramente por las llamas. Se formaban ampollas en su piel, estallando una tras otra. Casi todos los cuerpos untados de grasa estaban sembrados de cicatrices negras de quemaduras. Bajo el efecto del ardiente calor, a la mayoría de los muertos se les reventaba el abdomen. Su carne se consumía produciendo intensos silbidos y chisporroteos. [...] La incineración duró entre cinco y seis horas. [...] Cuando la superficie de la

masa de cenizas se había enfriado lo suficiente, se arrojaban a la fosa unas tablas forradas de chapa. Algunos detenidos bajaban al fondo de la fosa y sacaban a golpe de pala la ceniza aún caliente al exterior. Iban equipados con guantes y gorras de protección en forma de platillo; sin embargo, a menudo les alcanzaban las partículas de ceniza ardiente que no cesaban de caer, alzadas por el viento, provocándoles graves lesiones en la cara y en los ojos. Por esta razón, también se les equipaba con unas gafas protectoras.<sup>2</sup>

En semejantes condiciones, bajo torturas deliberadas, expuestos a las inclemencias del tiempo, subalimentados y con jornadas de hasta dieciocho horas (Poliakov 1965, p. 136), “los presos se habían vuelto verdaderos animales, animales salvajes. Todo el día ocupados en transportar cadáveres, recibían golpes; no algunos golpes de vez en cuando, sino una sucesión ininterrumpida de golpes. Por la noche, se peleaban entre sí por la comida o por un sitio donde dormir”<sup>3</sup>. “No tenían rostro humano. Eran caras desfiguradas, enajenadas”<sup>4</sup>. Y, sin embargo, en ese infierno, el milagro imposible. Un grupo de prisioneros consigue, de alguna manera, asirse a alguna fuerza moral sobrehumana y decide resistir. Decide dar testimonio de lo inimaginable y se organiza para tomar unas fotos<sup>5</sup> que certifiquen la verdad de lo inhumano. Con la colaboración de un trabajador civil, logra introducirse una cámara fotográfica en el campo<sup>6</sup>, escondida en un balde de doble fondo. A partir de allí, los presos diseñan un complejo sistema de vigilancia colectiva para tomar las fotos y sacar la

---

<sup>2</sup> Véase Müller, Filip, *Trois ans dans un chambre à gaz d'Auschwitz*, París, Pygmalion, 1980, citado en Didi-Huberman, G., *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto*, Barcelona, Paidós, 2004, pp. 26-29.

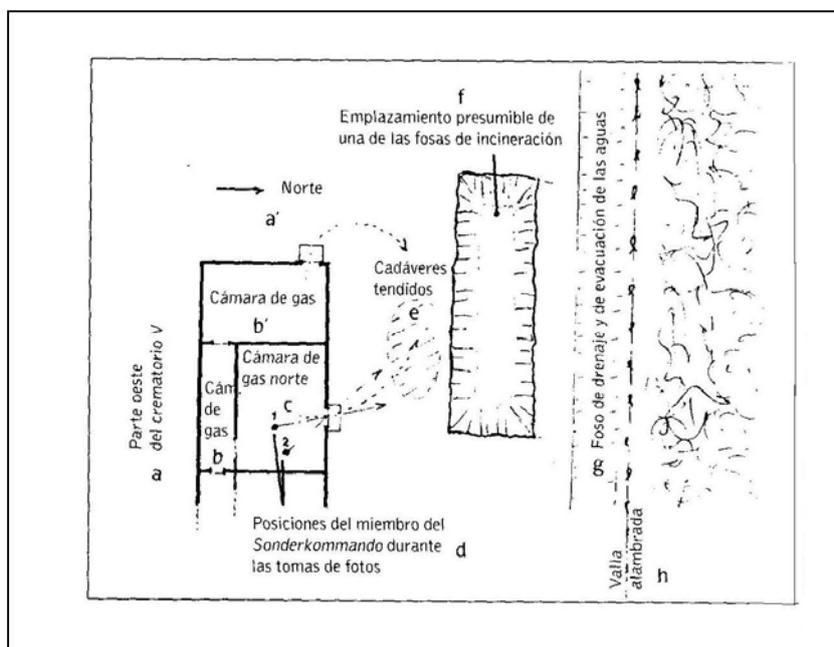
<sup>3</sup> Steiner, J. F., *Treblinka*, *op. cit.*, p. 344. En Poliakov, L., *Auschwitz...*, *op. cit.*, pp. 137-140, se explica *in extenso* el tipo de peleas que se generaban entre los presos y cómo el alcohol que les repartían las SS era clave para estimular la belicosidad en el *Sonderkommando*.

<sup>4</sup> Citado en Didi-Huberman, G., *Imágenes pese a todo*, *op. cit.* p. 20.

<sup>5</sup> Las fotos pueden verse en el ANEXO de este trabajo (a partir de la página 14).

<sup>6</sup> Otras hipótesis afirman que la cámara fue obtenida en el “Canadá”, el almacén de efectos robados a los prisioneros de Auschwitz.

película del campo, que posteriormente llegará a manos de los jefes de la Resistencia Polaca<sup>7</sup>.



*Esquema de reconstrucción de los emplazamientos ocupados por el miembro del Sonderkommando para realizar las tomas 1 y 2. (Según J.-C. Pressac, *Auschwitz: Technique and Operation of the Gas Chambers*, Nueva York, 1989, p. 422, en Didi-Huberman, G., *Imágenes pese a todo*, Barcelona, Paidós, 2004, p. 172)*

Mientras realizan sus tareas de horror, los prisioneros entregan la cámara a un fotógrafo que no ha sido claramente identificado, pero que parece haber sido un judío griego llamado Alex (se ignora su apellido). Después de las tomas, se dispone otra complicada red entre los presos para llevar la película desde el *Sonderkommando* al campo central y, de allí, sacarla de Auschwitz a través de Helena Dantón, empleada del comedor de las SS, quien escondió el negativo en un tubo de pasta dentífrica junto con una nota escrita por dos presos políticos dirigida a la Resistencia Polaca de Cracovia:

<sup>7</sup> “El deseo de seguir viviendo, incluso en una situación tan terrible, de seguir respetándote a ti mismo y a algunas otras personas, de mantener la esperanza en tu futuro y de aferrarte a la creencia –o al menos a la esperanza– de que no estabas abandonado eran elementos íntimamente relacionados entre sí” (en Bettelheim, B., *Sobrevivir. El holocausto una generación después*, Barcelona, Crítica, 1981 (1952), p. 138)

Urgente. Enviad lo mas rápido posible dos rollos de película de metal para un aparato fotográfico 6 × 9. Podemos hacer fotos. Mandamos fotos de Birkenau mostrando detenidos enviados a las cámaras de gas. Una foto representa una de las hogueras al aire libre donde se queman los cadáveres, porque el crematorio no está en condiciones de quemarlos a todos. Delante de la hoguera hay cadáveres que van a ser arrojados. Otra foto representa un lugar en el bosque en el que los detenidos se desvisten presuntamente para ducharse. Enviad los rollos lo más rápido posible. Enviad estas fotos inmediatamente a Tell; creemos que las fotos, ampliadas, se pueden enviar más lejos.<sup>8</sup>

Lejos en el espacio y en el tiempo han logrado viajar estas fotos. En tanto testimonio contemporáneo *in situ* del infierno, han sido imágenes visitadas con cierta frecuencia en investigaciones académicas sobre el Holocausto. Sin embargo, estas fotografías fueron fuertemente retocadas para su difusión al gran público<sup>9</sup>. La transformación fue importante: de las cuatro imágenes de la serie original (1, 2, 3 y 4), quedaron dos (serie retocada, 2' y 3'), y éstas sufrieron, a su vez, modificaciones que, con la voluntad de generar una dominancia secuencial explicativa<sup>10</sup>, han producido un trastrocamiento fatal, puesto que les han arrancado a las imágenes la parte más importante de su contenido humano y el posible contacto con una representación de lo *real* de Birkenau. Esto es lo que intentamos probar en el presente trabajo: que al modificar de manera deliberada las marcas de enunciación de las fotografías originales del *Sonderkommando* de Auschwitz, el efecto de transmisión emotiva y la capacidad heurística de esas imágenes se diluye tras la fútil pretensión de saber

---

<sup>8</sup> El relato de la compleja obtención de las imágenes y la transcripción de la nota dirigida a la Resistencia se encuentra en Didi-Huberman, G., *Imágenes pese a todo*, op. cit., pp. 29 –34.

<sup>9</sup> Tanto en los buscadores más corrientes de Internet, como también en obras clave de difusión como la *Crónica del Holocausto* (el catálogo fotográfico del Museo del Holocausto de Washington, publicado en la Argentina por Editorial El Ateneo en 2002) o el filme, hoy de culto, *Noche y Niebla (Nuit et Bruillard)*, Alain Resnais, 1955), ofrecen a los receptores las fotografías retocadas.

<sup>10</sup> Véase Adam, J. M., *Les textes: types et prototypes*, París, Nathan, 1992 y Adam, J. M., *Linguistique textuelle. Des genres de discours aux textes*, París, Nathan, 1999.

etnológico que proveería la imagen mediante sus “biografemas”<sup>11</sup>. El retoque de las fotografías busca fijar y preservar la información en un sentido cercano al que adherían los contemporáneos de Daguerre; según ellos, “el daguerrotipo representa la naturaleza con un grado de perfección inalcanzable con los procedimientos del dibujo y la pintura, con una perfección igual a la de la propia naturaleza” (Gubert 1988, p.40). Así, las fotos intervenidas buscan cumplir una función documental de manera ascética, similar a una crónica, anulando, creemos, el poder de documento-verdad que las imágenes tenían en su versión original.

Para poder probar nuestra hipótesis, procederemos al análisis de las dos series de fotografías para evaluar, a partir de las huellas de enunciación que cada grupo de imágenes presenta, qué niveles y tipos de información ofrece cada uno y qué elementos pueden ofrecer esos datos para un posible acercamiento a los hechos del Holocausto.

Antes de comenzar el análisis de las fotografías, es importante señalar que Alex/fotógrafo desconocido es, necesariamente, la construcción de un sujeto de la enunciación colectivo. Está claro que “el autor empírico del enunciado no tiene cabida en el análisis de la enunciación” (Filinich 1998, p. 38), pero la crónica del trabajo conjunto que implicó la toma de las fotografías nos da un primer indicio de lo plural existente en la producción de esas imágenes. Pero hay más: la necesidad de resistencia de los prisioneros en los campos de concentración se vio expresada de múltiples maneras a lo largo del nazismo<sup>12</sup>, y en este complejo de alternativas, la cuestión del relato para la posteridad tiene un privilegio notable<sup>13</sup>.

---

<sup>11</sup> Cfr. Barthes, R., *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*, Buenos Aires, Paidós, 1989 (1980), pp. 61-62: “Cuando William Klein fotografía *El primero de mayo de 1959* en Moscú, me enseña cómo se visten los soviéticos (lo cual, después de todo, ignoro): *noto* la voluminosa gorra de un muchacho, la corbata de otro, el pañuelo de cabeza de la vieja, el corte de pelo de un adolescente, etc. Puedo descender aún en detalle, observar que muchos de los hombres (...) llevaban uñas largas: pregunta etnográfica: ¿cómo se llevaban las uñas en tal o cual época? La Fotografía puede decírmelo...”.

<sup>12</sup> Véase, por ejemplo, para el caso de los presos judíos, Ainsztein, R., *Jewish Resistance in Nazi-occupied Eastern Europe*, Londres, Paul Elek, 1974.

<sup>13</sup> No podemos hacer aquí un estudio exhaustivo sobre esta cuestión, pero todas las investigaciones coinciden en señalar que la eliminación del otro planteada por los nazis tuvo una fase de anulación psicológica del individuo prisionero (el proceso de “musulmanización”; al respecto, véase, por ejemplo, Levi, P., *Si esto es un hombre*, Buenos Aires, Milá, 1988 (1958), Agamben, G., *Lo que queda de Auschwitz*, Valencia, Pre-Textos,

Así, es indispensable entender la decisión de tomar las fotografías como la voluntad de construir, según Bajtin<sup>14</sup>, un sujeto de la enunciación polifónica: en el discurso de Alex están todas las voces de los prisioneros del *Lager*, los vivos y los muertos, que intentan la comunicación con un espacio y un tiempo que queda “más lejos”<sup>15</sup>. En estas fotografías se ve claramente la postulación bajtiniana del dialogismo constitutivo de todo enunciado, puesto que la búsqueda de interacción que pretenden las imágenes de Alex es explícita debido a su carácter necesario. El grito desesperado de las fotografías se inscribe en el eslabonamiento infinito de los enunciados, en tanto las imágenes (como enunciados) llevan inscriptas lo más universal y elemental de la humanidad, que es el valor de la vida. “Todo

---

2000 (1999), Bettelheim, B., *Sobrevivir, op. cit.*, entre otros) para enajenarle su capacidad de reflexión sobre su situación en el campo e, implícitamente, impedir un posible relato *a posteriori* de su trágica experiencia. Frente a esto, se multiplican las (heroicas) voluntades férreas para contar lo que había pasado. En este sentido, es destacable el archivo histórico clandestino creado en el gueto de Varsovia por el historiador Emanuel Ringelblum quien afirmaba que “es indispensable que los historiadores del futuro consigan material acerca del pasado anotado con exactitud” (Michman, D. *et. al.*, *El Holocausto. Un estudio histórico*, unidad 6, Universidad Abierta de Israel, Ramat Aviv, 1987, p. 33). (Dos partes del archivo, que relatan la vida cotidiana en el gueto, lograron ser recuperadas. Una tercera, que explicaba la organización del movimiento clandestino, está perdida, al parecer para siempre.) También existen abundantes testimonios de la *necesidad de contar* de los prisioneros en el *Lager*; Dow Paisikovic habla de “un tal León, cocinero, un judío polaco que había vivido en París, destinado a la cocina de las SS. (...) Éramos muy amigos y así supe que León había ido tomando notas desde el momento en que se lo destinó al *Sonderkommando*. Llevaba una especie de diario en el que anotaba los crímenes de las SS, así como los nombres de algunos criminales. Además, recogió documentos, pasaportes, etc., hallados junto a las ropas de los asesinados y que le parecían importantes” (citado en Poliakov, L., *Auschwitz, op. cit.*, pp. 144-145); un adolescente de catorce años, a su llegada como prisionero a Auschwitz, recuerda su avidez por conocer las instalaciones: “Éramos jóvenes, y cualquier cosa nos interesaba (...) Les pregunté a los miembros del *Sonderkommando* cómo funcionaba todo aquello. Les decía ‘explícadmelo. Es posible que salga algún día de aquí. Entonces, escribiré sobre vosotros’. No hacían más que reír, y decían que nadie saldría de allí. Pero, a pesar de todo, me contaban muchas cosas” (citado en Poliakov, L., *Auschwitz, op. cit.*, p. 149).

Los miembros del *Sonderkommando* buscaron activamente conformar un archivo del campo elaborando listas, registrando nombres, describiendo procesos y guardando objetos. La mayoría fue enterrado “para que el mundo pueda encontrar pruebas tangibles de los millones de seres humanos que han sido asesinados. En cuando a nosotros, hemos perdido toda esperanza de vivir la Liberación” (citado en Didi-Huberman, G., *Imágenes pese a todo, op. cit.*, p. 164). Pocos de estos testimonios han llegado hasta nosotros, porque al finalizar la guerra los campesinos polacos arrasaron el campo (y destruyeron los preciosos archivos), convencidos de que los judíos habían enterrado allí sus “tesoros”. Los que sí se recuperaron fueron compilados en los llamados *Rouleaux d'Auschwitz*.

<sup>14</sup> Bajtin, M., *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1982; Menguenau, D., *Términos clave del análisis del discurso*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003 (1996).

<sup>15</sup> La resistencia colectiva que se propone desde las imágenes es, además, la voluntad de crear una memoria alternativa a la de la formación discursiva (cfr. Foucault, M., *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1983) nazi: “Estalinismo y nazismo emprendieron justamente el proyecto de expropiar, de alienar la dimensión política de la subjetividad. (...) Así, el totalitarismo ha clausurado el libre acceso a la pluralidad de las memorias colectivas para procurar fundar una única completamente funcional al poder dominante” (Montesperelli, P., *Sociología de la memoria*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2004 (2003) p. 55).

hablante es de por sí un contestatario” (Bajtín 1982, p. 258): Alex responde a la muerte absoluta de los nazis con la fuerza doblemente vital y tanática de la fotografía (Barthes 1989, p. 44): la imagen es resurrección, y esa resurrección obliga al enunciatario a generar un nuevo enunciado a partir de las imágenes. Así, el eslabonamiento de enunciados en el que se inscriben los textos de Alex es la constitución misma de la memoria, porque en estas condiciones “el testimonio ya no es tan sólo una ‘cuestión de vida o muerte’ para el propio testigo: es simplemente una cuestión de muerte para el testigo y de eventual supervivencia para su testimonio” (Didi-Huberman 2004, p. 161), gracias a la participación activa del *otro* que recibe y decodifica las imágenes.

Con estas cuestiones en mente, pasemos, ahora, a analizar en detalle cada una de las fotografías. En la n° 1, vemos que Alex se ha colocado detrás de la oscuridad protectora de la cámara de gas. Vaya paradoja: el fotógrafo, para preparar la cámara y tomar las imágenes tuvo que meterse dentro de la misma cámara de gas. Los bordes de la ventanilla que parecen enmarcar la foto son un deíctico contundente: el “aquí” desde el cual el “yo” hace la toma es un grito desde la muerte (la cámara de gas) hacia la vida (la resistencia polaca que recibirá el negativo y, más tarde, la humanidad que convertirá en memoria al Holocausto). Alex no tuvo posibilidades amplias para elegir alternativas estéticas para las fotografías, pero las marcas de enunciación que el texto-imagen ofrece revelan mucho más que el horror que transmite la incineración de los cuerpos: el eje, levemente oblicuo y la imagen movida de los presos del *Sonderkommando* y los cuerpos muestran a la vez el miedo, el peligro y la urgencia con que esta fotografía fue captada, sentimiento que, además, era parte constitutiva y cotidiana de la psiquis de los prisioneros.

La fotografía n° 2 es más clara y ligeramente más cercana (¿un esfuerzo sobrehumano por llevar a cabo la tarea de manera “profesional” y desafectada, con voluntad estrictamente ilustrativa? ¿Un momento de inconsciencia ante el peligro? ¿Una declaración de principios y resistencia, como la de un hombre libre que puede tomar fotografías libremente?), a la vez que la imagen de la incineración se ve surcada por un humo más abundante que en la n° 1. Aquí, esta humareda se convierte en objeto activo del discurso fotográfico, puesto que su

opacidad, al tiempo que oculta lo que hay detrás de él, nos permite inferir que la escena del infierno no termina en la imagen que Alex captura: ¿cuántos muertos más habrá detrás del humo?, ¿qué otras imágenes inimaginables pero reales, imposibles pero dolorosamente históricas oculta?

La tercera fotografía (“3”) no deja de recordarnos lo extremo de la instancia de enunciación (Filinich 1998, p. 39) en que las imágenes fueron obtenidas. En este caso, ya sin la “seguridad” de la cámara de gas, Alex capta, al aire libre y con SS a su alrededor, un grupo de mujeres desnudas a punto de ser gaseadas. Aquí no hay posibilidad de enfocar: la toma se hace, probablemente, mientras Alex va caminando. Esto explica la falta de ortogonalidad y lo borroso de la fotografía, aunque claramente se advierte la desnudez, el movimiento, el impúdico amontonamiento físico al que estas mujeres fueron sometidas. Aquí hay un deslizamiento interesante en el papel de Alex como sujeto de la enunciación. Si bien más arriba caracterizamos al “fotógrafo desconocido” como un sujeto necesariamente colectivo (aquel que tiene, en su voz, todas las voces del campo), en esta imagen particular se une a la cualidad colectiva un elemento individual. Estas mujeres que se ven a través de los árboles nunca podrán ser el “yo” que toma la fotografía: *ellas* irán a la cámara de gas y jamás podrán ser fotografiadas allí, porque *yo* jamás compartiré su muerte. Como señala Roland Barthes, esa fotografía muestra un inevitable “aplastamiento del Tiempo: esto ya ha muerto y esto va a morir” (Barthes 1989, p. 147), pero nadie podría dar cuenta de esa muerte particular. El sujeto del Holocausto es colectivo y por eso muy poderoso, pero al mismo tiempo es dolorosamente indiferente a la cuestión de la muerte individual tal como la plantea la modernidad<sup>16</sup>.

La imagen nº 4 muestra algunas ramas superiores de árboles. Es una foto “en la que no se ve nada”: el sol, de frente al fotógrafo, quema la imagen, pero permite que surja la pura enunciación que, con sorprendente capacidad de síntesis metafórica, nos permite conectarnos (de manera elusiva) con la experiencia más visceral de Auschwitz. En la foto 4 aparecen el miedo, el heroísmo, la resistencia, la desesperanza y la imposibilidad de la

---

<sup>16</sup> Cfr. Bettelheim, B., “Comportamiento del individuo y de la masa en situaciones límite”, en *Sobrevivir*, op. cit.; Ariès, P., *El hombre ante la muerte*, Madrid, Taurus, 1999 (1977).

salvación: hay un pesimismo notable en la visión del sol que tapa y anula la imagen (y no hay nada que el hombre pueda hacer para tapar el sol).

Nos eluden las razones por las que la riqueza del testimonio de las cuatro fotografías del *Sonderkommando* ha sido cercenada por los retoques<sup>17</sup>. Sin embargo, el falseamiento producido sobre las imágenes, a pesar de tener como objetivo aparente intentar asignar a las fotografías una función más claramente explicativa, genera un aberrante efecto de traición moral al mandamiento que los prisioneros habían formulado de guardar y difundir la memoria, de llegar “más lejos” a través de las tomas.

En primer lugar, se han descartado dos imágenes. La foto 1, que muestra “lo mismo” que la n° 2 pero con peor “calidad”, ha sido resumida en la imagen 2’, que además presenta otro tipo de intervención, a la que nos referiremos enseguida. La fotografía 4 también ha sido dejada de lado: en ella, simplemente, “no se ve nada”<sup>18</sup>.

La importancia de la síntesis explicativa hace que se priorice lo captable fácilmente y en la medida justa: que no se “sobrediga” (dos fotos “iguales”), pero que tampoco deje de decirse *algo* (foto 4). Esta misma directiva parece guiar el trabajo realizado sobre las fotos 2’ y 3’, que busca borrar toda la instancia de la enunciación que daba un matiz verídico a las imágenes. En primer lugar, se ha borrado todo espacio “negro” que enmarcaba las

---

<sup>17</sup> Ésta es una cuestión que investigamos en el presente. Varias hipótesis se juegan a la hora de intentar explicar por qué se decidió eliminar el marco de enunciación original de las imágenes. Desde una simple voluntad de “embellecimiento” de la fotografía, heredera de toda la tradición del retoque en el arte fotográfico que comienza con los trabajos de Isenring en 1839 (cfr. Gubern, R., *Mensajes icónicos...*, *op. cit.*) hasta la hipótesis de violencia intrínseca de la foto que “cada vez llena a la fuerza la vista, porque en ella nada puede ser rechazado ni transformado (Barthes, R., *La cámara lúcida*, *op. cit.*, p. 141), por lo cual el retoque sería una vía de escape para la angustia insoportable que las imágenes de Alex provocan (el falseamiento haría las fotos más “potables” para el gran público), las explicaciones sobre las modificaciones sobre la serie original son complejas y aún no agotadas. Si seguimos la tesis de la necesidad de mostrar Auschwitz de manera más “civilizada” (cfr., entre otros, Williams, R., *Palabras clave*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000), podría pensarse que el retoque se hace indispensable para lograr la comunicación entre las imágenes y receptores con competencias comunicacionales insuficientes para decodificar el mensaje de las fotografías originales (cfr. Kerbrat Orecchioni, C., *La enunciación*, Buenos Aires, Hachette, 1986).

<sup>18</sup> Es interesante otra cuestión respecto de esta fotografía: el sol fulminante que domina la imagen se contradice con las representaciones convencionales (en particular las cinematográficas) sobre la vida en los campos de concentración, puesto que en éstas ganan los cielos plomizos, la niebla, la lluvia y el clima frío. Parece imposible imaginar un *verano* en Auschwitz.

fotografías originales (la cámara de gas y el bosque que “protegían” al “fotógrafo desconocido”) y se ha buscado ortogonalizar los ejes para facilitar la mirada. El peligro y el terror que transmitía la serie original se trastoca en la asepsia de la cuasi-pose. Es imposible recuperar en 2' y en 3' la urgencia y desesperación de la situación del *Sonderkommando* de Auschwitz, puesto que la imagen sugiere que Alex tomó la fotografía al aire libre. Es importante advertir que la anulación de las marcas del sujeto de la enunciación en el retoque modifica dramáticamente la posición del objeto fotografiado. Como afirma Barthes, “cuando me siento observado por el objetivo todo cambia: me constituyo en el acto de ‘posar’, me fabrico instantáneamente otro cuerpo, me transformo por adelantado en imagen” (Barthes 1989, p. 37). Así, la aparente transparencia del objeto de la serie retocada (frente a la opacidad de la original), anula, paradójicamente, cualquier pretensión de veracidad de la fotografía. Cuando hay pose, el *yo* está escindido de mi imagen, por lo que el intento de encontrar una secuencia explicativa real en 2' y 3' es una empresa destinada al fracaso. Más aún, si se observa el detalle del retoque en 3', vemos que el falseamiento trasvasa la voluntad informativa para generar una pretensión estética que es fríamente inmoral por lo frívola (se levantaron los pechos caídos y se inventaron rostros).

Debemos, en este punto, dejar algo en claro: la modificación de la enunciación de las fotografías originales no *anula* el carácter dialógico de la serie retocada, pero el cambio en el mensaje es imposible de remontar. Las fotos 2' y 3' no impiden *ver* el horror, pero las preguntas que éste despierta son de otra índole. 2' y 3', con su falta de marco de situación de enunciación, pueden generarnos preguntas como cuánta gente era incinerada o gaseada en Auschwitz, pero nunca nos invitarán a pensar qué sintió aquel que tomó la fotografía (es decir, una persona que era como cualquiera de nosotros) o cómo la obtuvo, porque la materialidad de 2' y 3' muestran una transparencia directa entre sujeto que fotografía y objeto que es fotografiado. No hay obstáculos que generen distancia real entre ellos, las fotografías remiten a una “normalidad” en la situación que sólo puede ser superada por un ojo muy entrenado en la decodificación de imágenes. La serie original, por las “imperfecciones” y dificultades que impone a la mirada, activa inmediatamente el esfuerzo del que percibe para intentar interpretarlas, mientras que la serie retocada exige una mirada

“a contrapelo”, mucho más forzada que en el caso de las originales, para constituirse en documento de fuerza vital análoga a las originales.

Por otra parte, al eliminar las marcas del sujeto de la enunciación, la segunda serie pierde mucho de su capacidad de transmisión emocional (en términos warburgianos). La serie original nos permite un lazo humano con Alex (y, puesto que el Holocausto escapa a la comprensión racional, el contacto visceral es lo más cercano a la verdad que podemos aspirar), mientras que la retocada apunta a un estudio asociado más a la historia *événementelle*.

Así, como ya indicamos, la cualidad dialógica de las imágenes no se anula, pero se transforma negativamente, ya que al manipular la enunciación se modifica la organización interna del lenguaje de estas fotografías de manera tal que la comunicación, en cierta forma, se ve reificada por la transparencia que se pretende por parte del objeto (después de ver la serie retocada, *no hay nada más que decir*).

Por supuesto, es un error epistemológico intentar ver *todo* Auschwitz en las fotografías de Alex, ya que ese horror es irreal en términos de la lógica que estructura nuestra capacidad de comprender<sup>19</sup>. Sin embargo, el infierno es a la vez irreal e inolvidable (no se *puede* olvidar lo que vemos, no se *debe* olvidar) a partir de los múltiples testimonios, necesariamente fragmentarios, de los sobrevivientes y los contemporáneos. Como señala Hannah Arendt, “A falta de verdad [sobre el Holocausto] encontraremos, sin embargo, *instantes de verdad*, y esos instantes son de hecho todo aquello de lo que disponemos para poner orden en este caos de horror. Estos instantes surgen de repente, como un oasis en el desierto. Son anécdotas, y en su brevedad revelan de qué se trata”<sup>20</sup>. Y, siguiendo a Barthes, “Lo que la fotografía reproduce al infinito únicamente ha tenido lugar una sola vez: la Fotografía repite mecánicamente lo que nunca más podrá repetirse existencialmente”<sup>21</sup>.

---

<sup>19</sup> “Existe una gran tentación de desembarazarse de lo intrínsecamente increíble por medio de racionalizaciones liberales. En cada uno de nosotros acecha un liberal que nos halaga con la voz del sentido común” (Arendt, H., *Los orígenes del totalitarismo*, vol. 3, Alianza, Madrid, 1987 (1951), p. 655).

<sup>20</sup> Citado en Didi-Huberman, G., *Imágenes pese a todo*, *op. cit.* p. 57.

<sup>21</sup> Barthes, R., *La cámara lúcida*, *op. cit.*, pp. 28-9. En este sentido, las fotografías reproducen un hecho puntual del verano de 1944, pero, al mismo tiempo, se inscriben en un movimiento de resistencia que apunta al futuro. Como escribe Didi-Huberman, “(...) he mirado estas imágenes como *imágenes hechos*, es decir, a la

Estos límites que impone la imagen (fragmentación y unicidad del testimonio) no significan un límite para la difusión y la aprehensión de la memoria del Holocausto; más bien al contrario: la imposibilidad de ver la totalidad en la captación perceptiva “moviliza al sujeto y le hace desplegar estrategias diversas de captación” (Filinich 1998, p. 74). De esta manera, la opacidad que impone la enunciación de la serie original de fotografías obliga al receptor a ser explícitamente activo a la hora de construir memoria, mientras que el efecto de “sutura” que alcanzan las imágenes retocadas apunta más bien a la pasividad del observador. Hay que insistir en que el retoque no significa solamente “facilitar” la visión para el público poco entrenado en la percepción; por el contrario, esas decisiones estéticas conllevan posturas morales y políticas a la hora de elegir qué y cómo recordar<sup>22</sup>. Primo Levi lo expresa claramente cuando afirma:

Quizá no se pueda comprender todo lo que ocurrió, o quizá *no se deba* comprender, porque comprender casi es justificar. Me explico: ‘comprender’ una proposición o un comportamiento humano significa (incluso etimológicamente) contenerlo, contener al autor, ponerse en su lugar, identificarse con él. (...) No podemos comprenderlo; pero podemos y debemos comprender dónde nace [el odio nazi] y estar en guardia. Si comprender es imposible, conocer es necesario, porque lo sucedido puede volver a suceder, las conciencias pueden ser seducidas y obnubiladas de nuevo: las nuestras también (Levi 1988, p. 208).

En este sentido, una imagen “explicativa” y “transparente” implica la pretensión de comprender en términos racionales: *todo* está expresado en las fotografías, por lo que no

---

vez como una tentativa de representación visual llevada a cabo por los miembros de los *Sonderkommando* respecto de su experiencia en ese mundo infernal en el que se saben condenados, y como un gesto concreto, político, el acto de tomar clandestinamente, desde el interior del campo, cuatro fotografías del exterminio para transmitir las al exterior a través de la Resistencia Polaca. Desde esta perspectiva, los clisés de agosto de 1944 son a la vez *imágenes* de la Shoah en acto –aun cuando sean extremadamente parciales, como lo son en general las imágenes– y un *hecho* de resistencia histórica que tiene la imagen como envite” (*Imágenes pese a todo*, op. cit., p. 114).

<sup>22</sup> En este sentido, las imágenes son parte de formaciones ideológicas particulares (véase Pêcheux, M., *Análisis automático del discurso*, Madrid, Gredos, 1980).

existen preguntas que puedan quedar sin respuesta. No obstante, como indica H. Arendt, “no existen paralelos para la vida en los campos de concentración. Su horror nunca puede ser abarcado completamente [...] por la simple razón de que permanecen al margen de la vida y la muerte” (Arendt 1987, p. 660). En este sentido, uno de los valores de la serie original de fotografías es que contiene, en su materialidad, la pregunta sin respuesta, porque la enunciación nunca puede ser captada más que como simulacro (Filinich 1998, p. 24), pero, al mismo tiempo, transmite ese instante de verdad inextricablemente humano, que nos permite conectarnos con la voz que expresa Alex desde un espacio visceral (y no racional) de conocimiento.

Si estos instantes (inextensos e inasibles) de verdad son la verdadera patria del hombre en tanto son el espacio de real libertad de la humanidad<sup>23</sup>, entonces las fotografías de Alex son el medio honesto para aproximarnos al horror de Auschwitz. Los cuatro instantes arrancados al infierno nos obligan a pensar y sentir activamente para descifrar el pasado y crear memoria para el futuro. Son un “punto de *contacto* posible, con ayuda del medio fotográfico, entre la *imagen* y lo *real* de Birkenau en agosto de 1944” (Didi-Huberman 2004, p. 116). Como afirma Didi-Huberman, “para saber hay que imaginarse (...) Para recordar hay que imaginar” (*op. cit.*, p. 17 y ss.). La imaginación, estimulada por lo inasible de la enunciación, es la clave de la memoria, y las fotos de Alex son invitación directa a la imaginación<sup>24</sup>, una potencialidad y una acción que, más allá de competencias y diferencias, liga a la humanidad en su capacidad de creación triunfante sobre ese infierno irreal, pero inolvidable.

---

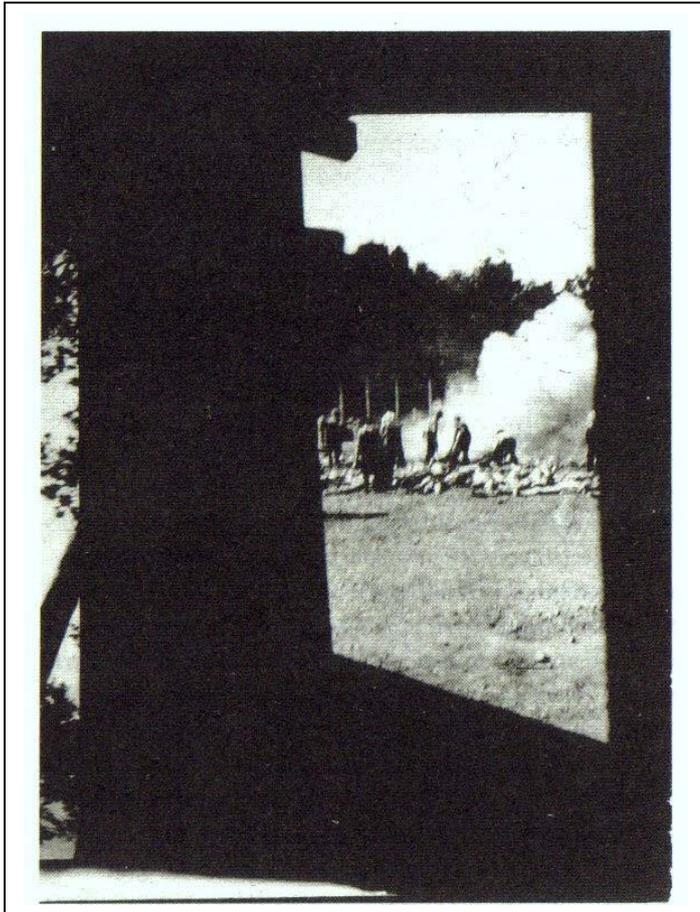
<sup>23</sup> Véase Agamben, G. (retomando a W. Benjamin), “Tiempo e historia”, en *Infancia e historia*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2001 (1978).

<sup>24</sup> “Hablar de imagen sin imaginación es, literalmente, separar la imagen de su actividad, de su dinámica” (Didi-Huberman, G., *Imágenes pese a todo*, *op. cit.*, p. 170).

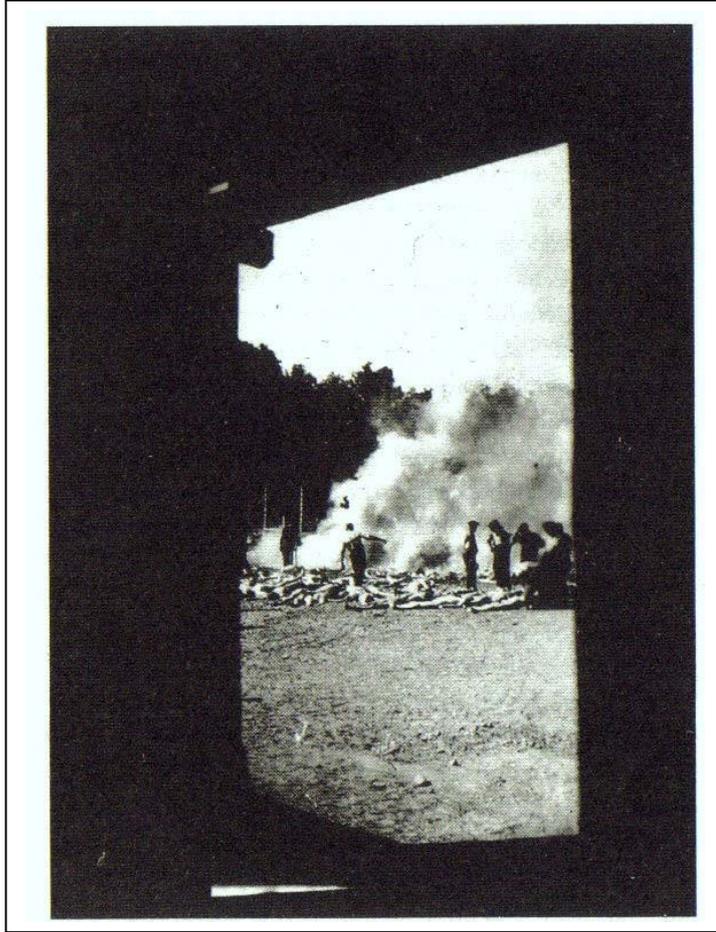
**ANEXO: LAS FOTOGRAFÍAS DEL SONDERKOMMANDO DE AUSCHWITZ**

(Según se aparecen en Didi-Huberman 2004)

*Serie original de fotografías.*



**Fotografía 1**



**Fotografía 2**

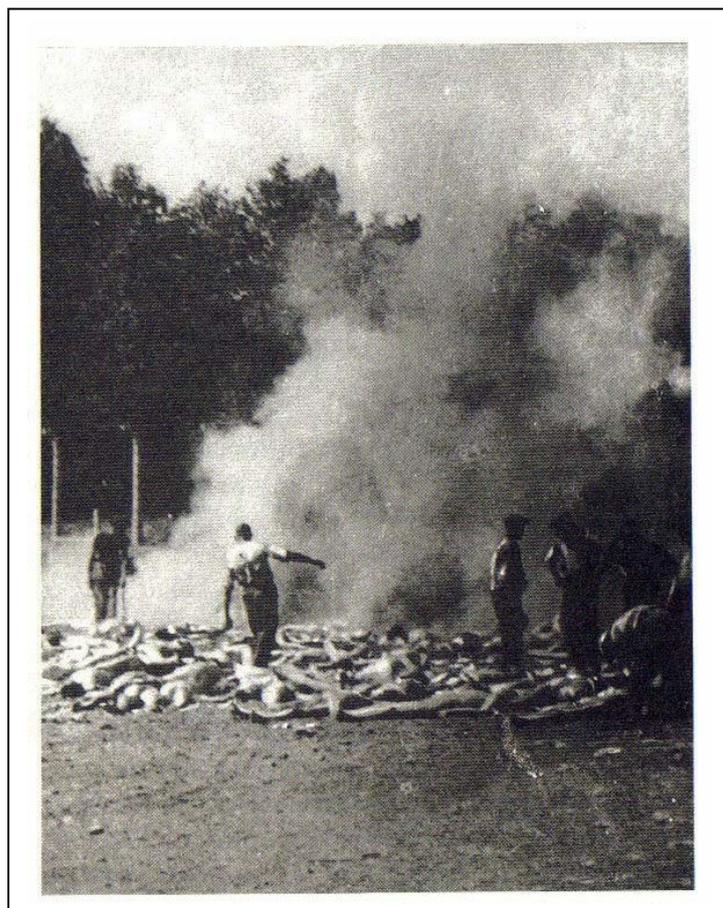


**Fotografía 3**

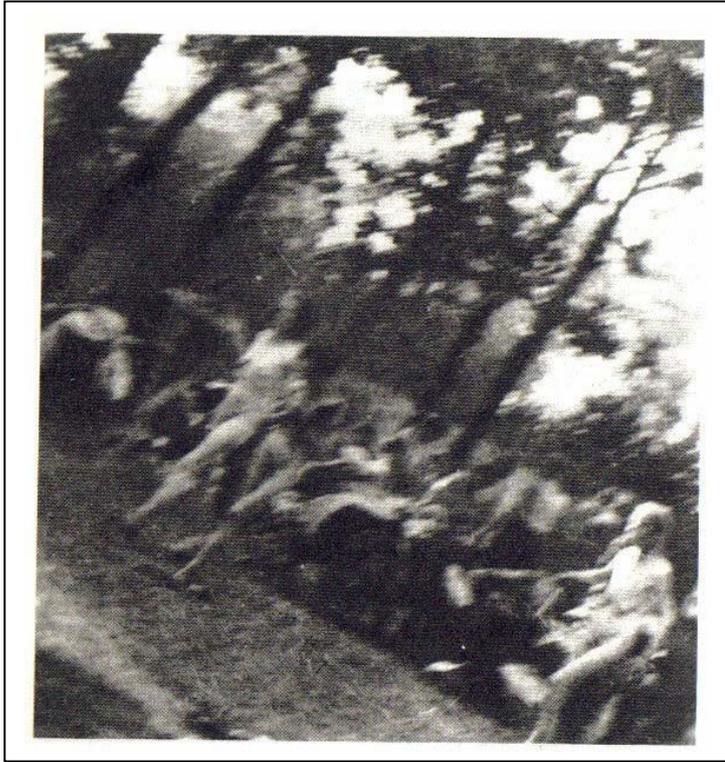
**Fotografía 4**



*Serie retocada de fotografías.*

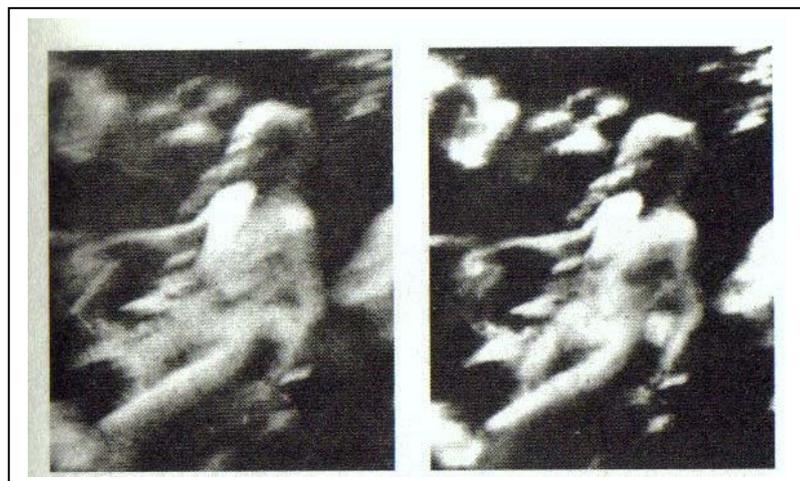


**Fotografía 2´**



**Fotografía 3´**

**Detalle del retoque en  
Fotografía 3´**



## Bibliografía

- Adam, J. M. (1992), *Les textes: types et prototypes*, París, Nathan.
- Adam, J. M. (1999), *Linguistique textuelle. Des genres de discours aux textes*, París, Nathan.
- Agamben, G. (2001, orig. 1978), *Infancia e historia*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Agamben, G. (2000, orig. 1999), *Lo que queda de Auschwitz*, Valencia, Pre-Textos.
- Ainsztein, R. (1974), *Jewish Resistance in Nazi-occupied Eastern Europe*, Londres, Paul Elek.
- Arendt, H. (1987, orig. 1951), *Los orígenes del totalitarismo*, vol. 3, Madrid, Alianza.
- Ariès, P. (1999, orig. 1977), *El hombre ante la muerte*, Madrid, Taurus.
- Bajtin, M., *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1982.
- Barthes, R. (1989, orig. 1980), *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*, Buenos Aires, Paidós.
- Bettelheim, B. (1981, orig. 1952), *Sobrevivir. El holocausto una generación después*, Barcelona, Crítica.
- Didi-Huberman, G. (2004), *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto*, Barcelona, Paidós.
- Filinich, M. I. (1998), *Enunciación*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Foucault, M. (1983), *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI.
- Gubern, R. (1988, orig. 1974), *Mensajes icónicos en la cultura de masas*, Barcelona, Lumen.
- Kerbrat Orecchioni, C. (1986), *La enunciación*, Buenos Aires, Hachette.
- Levi, P. (1988, orig. 1958), *Si esto es un hombre*, Buenos Aires, Milá.
- Menguenau, D. (2003, orig. 1996), *Términos clave del análisis del discurso*, Buenos Aires, Nueva Visión.

- Michman, D. *et al.* (1987), *El Holocausto. Un estudio histórico*, Universidad Abierta de Israel, Ramat Aviv.
- Montesperelli, P. (2004, orig. 2003), *Sociología de la memoria*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Pêcheux, M. (1980), *Análisis automático del discurso*, Madrid, Gredos.
- Poliakov, L. (1965, orig. 1964), *Auschwitz. Documentos y testimonios del genocidio nazi*, Barcelona, Ediciones de Occidente.
- Steiner, J. F. (1969, orig, 1967), *Treblinka*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- Williams, R. (2000), *Palabras clave*, Buenos Aires, Nueva Visión.

# Mundo grande, mundo chico: una perspectiva desde las ideas a la producción de Kevin Johansen<sup>1</sup>

Por Miguel Galperin<sup>2</sup>

## Resumen

En este trabajo se abren vías de acceso a la interioridad de la producción de Kevin Johansen, David Abram, Timothy Morton y su obra *The Spell of the Sensuous*, vías que permiten establecer relaciones de analogía. Hay similitudes, relaciones especulares, retóricas y de inversión. Mientras Abram interpela a Morton mediante un recorrido de las ideas al arte, la obra de Johansen constituye un ejemplo en el sentido contrario: desde estructuras musicales, el componente semántico y poético de las letras de sus canciones, y las imágenes a las que se asocia a partir del aspecto visual de sus discos, el autor alcanza tópicos del ámbito de las ideas. Aquí se propone que la obra de Johansen habita un espacio entre el arte y el pensamiento y que, además –en lo que se configura como una segunda relación con Abram–, ese intersticio puede entenderse como construido por un tránsito de lo grande (lo global) a lo pequeño o local.

## I

David Abram, filósofo dedicado a la construcción de nociones de ecología, desarrolla en un interesante libro llamado *The Spell of the Sensuous* (“El hechizo de lo sensual”) dos potentes imágenes del individuo y su relación con el mundo. El mundo mediado por la tecnología se nos aparece “ilimitado, global”, dice Abram, mientras que “el mundo de nuestras interacciones directas, inmediatas, es siempre local.”

Abram progresa a lo largo del libro en estas dos situaciones sujeto-contexto. Lo hace de manera compleja. Por un lado, entiende la tecnología en un sentido amplio, que incluye

---

<sup>1</sup> Texto presentado en el ciclo de Seminarios Generales del IDAES en noviembre de 2006.

<sup>2</sup> Licenciado en Música de la Universidad Católica Argentina; obtuvo un máster en Composición de Mills College y un doctorado en Teoría y Composición de la Universidad de California, Davis (University of California, Davis). Actualmente es profesor invitado en la Universidad Nacional de General San Martín.

disposiciones de orden teórico. Por el otro, el mundo de las experiencias, sostiene, no es inocente. Abram concibe la percepción como una compleja reunión de información que, además, no trasciende el lenguaje. De hecho, el gran proyecto de esta inusual mezcla de filosofía, etnografía y crítica cultural es el fomento de tránsitos desde la inmensidad hacia la cercanía a través de la recuperación de una conexión supuestamente original entre lenguaje humano y naturaleza.

*The Spell of the Sensuous* se inscribe acaso como símbolo de una creciente sofisticación cultural respecto de lo ecológico. Pero me ocupa aquí algo mucho más limitado al libro mismo: en *The Spell of the Sensuous*, la propia escritura intenta hacerse modelo del rescate de significación que proponen sus ideas. Tal como lo dice Timothy Morton (uno de los más inteligentes lectores de Abram), en *The Spell* “el proceso de escritura está más allá del resultado ideológico”. El propio lenguaje, en lo que termina por ser una “asimilación de fenomenología, prestidigitación, literatura de naturaleza y chamanismo... pareciera conjurar su verdad.”

Cito uno de los pasajes dominantes del libro:

Contrastando con el carácter aparentemente ilimitado, global, del mundo que es mediado por la tecnología, el mundo sensual –el mundo directo, no-mediado de nuestras interacciones– es siempre local. El mundo sensual es el suelo particular por el que caminamos, el aire que respiramos. Para mí, al momento de escribir esto, es la tierra húmeda de una isla parcialmente deforestada próxima a la costa noroeste de América del Norte. Es este terreno oscuro y pedregoso que nutre las raíces de los cedros y pinos, y de los alisos que se elevan en frente de la cabaña, sus últimas hojas balanceándose frágilmente antes de ser arrojadas al cielo por las primeras tormentas del invierno. Y es el aire salino que traspasa las porosas ventanas, aromatizado a cedro y alga, y a veces con un dejo de los humos diesel del barco que, de proa al sur, remolca en una barcaza inmensa prolijos troncos. A veces, también, hay en el aire un muy lejano perfume a los desechos de las nutrias. Cada día, durante la marea alta, un grupo de nutrias se desliza desde el

agua verdosa hacia rocas cercanas, uno o dos adultos y tres pequeños y suaves cuerpos, por lo menos uno llevando entre sus dientes un pez todavía vivo. Las nutrias, ellas también, respiran este aire salvaje, y cuando los vientos de tormenta castigan a la isla, extienden sus cuellos hacia este movimiento invisible, bebiendo ampliamente del tumulto.

En el interior de la isla, en las profundidades del bosque, todo es más tranquilo. Inmensas torres habitan allí, sin ser perturbadas por los vientos, sus cortezas crujientes surcadas por líneas en constante bifurcación y atravesadas por hormigas, gusanos y pequeños insectos de diferentes formas y tipos. Un solitario pájaro carpintero golpea un tronco lejano, su ritmo percusivo alcanzando mis oídos sin eco, el sonido absorbido por los tréboles inundados del agua que tarda horas en deslizarse desde las capas más altas de vegetación (cada gota acomodándose en sucesivas grietas, juntando peso en el goteo subsiguiente, después deslizándose por entre el moho y las diminutas arañas hacia la próxima protuberancia). Los abetos caídos, y un viejo tronco de pino carcomido por las termitas, yacen húmedos y podridos en el suelo, las entrelazadas ramas bloqueando la sutil huella de ciervo que sigo.

Este extenso trecho de *The Spell of the Sensuous* articula claramente tropos poéticos. Hay también algo de performativo: Abram dice y al mismo tiempo, en lo que es una categoría frágil, actúa. Se aproxima esta situación, sobre todo, en un análisis que verifique la problemática del narrador: si el agente de lo escrito está escribiendo en el comienzo, justamente (Abram dice: “Para mí al momento de escribir esto...”), descubrimos al final del segmento que hay un narrador-personaje plenamente inserto en la descripción. El que nos cuenta acerca del solitario pájaro no es ya el que escribe sino – a través de una operación del texto que no es, en sentido estricto, del nivel semántico– aquel que sigue la “sutil huella de ciervo...”. Dicho de otro modo, en el pasaje citado hay representación de pensamientos pero también un nivel no explícito en el texto, una dimensión en la que la escritura, según Morton: “intenta generar un objeto de fantasía –o un ambiente fantástico– que se ubica al lado del argumento propuesto por el escritor...”.

Sigue Morton: “no tanto ilustrando este argumento sino como proveedor de una secuencia de imágenes atractivas, pero a la vez inevitablemente inconsistentes, que estéticamente lo refuerzan”. Es decir, en la referencia a lo ficticio del gesto de dislocación del narrador, así como en el intento por describir este efecto desde un imaginario fílmico de imágenes, secuencias y fantasía, Morton trata, en última instancia, de adherirse a una dualidad. *The Spell of the Sensuous* se le aparece a la vez como arte y como no arte. La aceptación del texto como un caso límite de lo performativo se da en el intento de Abram de que su libro pueda existir entre el comentario académico riguroso y la absorción por parte del lector de la oblicua relación entre las ideas propuestas y los efectos retóricos.

En vistas a que este trabajo obtenga vías de acceso a la interioridad de la producción de Kevin Johansen, Abram, Morton y *The Spell of the Sensuous* pueden ayudar en cuanto a relaciones de analogía. Hay una similitud. Más precisamente, una relación especular, de inversión. Es decir, si Abram sorprende a Morton porque *The Spell* parece realizar un recorrido de las ideas al arte, Johansen se vuelve importante para mi pensamiento en el sentido contrario: desde estructuras musicales, el componente semántico y poético de sus letras, y las imágenes a las que se asocia a partir del aspecto visual de sus discos, alcanzo inevitablemente tópicos del ámbito de las ideas. Se intentará aquí, de hecho, proponer que la obra de Johansen habita un espacio entre el arte y el pensamiento y que, además –en lo que se configura como una segunda proximidad a Abram–, ese intersticio puede entenderse como construido por un tránsito de lo grande a lo pequeño.

*Star Estrella*, una canción que narra una versión problemática del amor, nos servirá de caso de estudio.

## II

[Letra de *Star Estrella*]

Esta canción es la segunda pista en *Sur o no Sur*, segundo disco solista de Johansen, editado por el sello Los Años Luz en 2002. Una morfología que considere aspectos del

texto obtiene tres divisiones: existe una situación dialogal en las dos estrofas iniciales, que forman una primera sección; la segunda parte se da en la tercera estrofa, donde se habla predominantemente en tercera persona y se ofrece el contexto: “*he was born in cuna de plata/she was born in cuna de madera*”; a partir del verso “nooo, no te voy a mirar”, el que habla lo hace de manera acusadora, lo que forma un tercer segmento.

Johansen reproduce en la primera parte de *Star Estrella* una conversación entre amantes. En paralelo, nos presenta un lenguaje bilingüe. Bastaría esto, acaso, para sugerir un correlato entre el qué y el cómo del discurso. Pero colabora en esta dirección de la lectura el hecho de que el cambio de idioma no ocurra arbitrariamente sino respetando el final de cláusulas. De hecho, cuando Johansen escribe en esta primera parte, por ejemplo, “*And it is asking me, ¿qué estás haciendo?*,” usa lo que desde el Code Switching (el campo de estudios lingüísticos dedicado al bilingüismo y al multilingüismo) se llama bilingüismo por alternación, una categoría que, justamente, acentúa el hecho de que el lenguaje –así como el nivel explícito del texto opera en relación a la historia de amor– construya una dualidad. Entonces, debido al equilibrio dispuesto por la regulación del discurso a través de dos gramáticas, es posible que acerca de esta primera sección se pueda conjeturar que el bilingüismo es una estrategia retórica para proyectar significación.

Hay un nivel de análisis interesante, también, en la consideración de un manejo de la experiencia temporal a través del bilingüismo. El primer segmento de *Star Estrella* construye una situación idiomática dialéctica. La segunda división explora la situación de opuestos. La tercera parte prácticamente abandona el bilingüismo, lo que establece, de alguna manera, un efecto de cierre. Dicho de otro modo, el diseño idiomático parece controlado por un esquema de evolución que incluye nociones de comienzo, medio y fin: el comienzo presenta el problema, el medio lo amplía, el fin lo resuelve. Pero propongo ser muy cuidadoso en este punto: me aproximo a la importancia de una idea de totalidad, o de forma orgánica resultante de varios elementos musicales que pueden ser leídos en este sentido.

En la primera parte, donde predomina la alternancia de idiomas, Johansen construye inestabilidad armónica al tocar una nota disonante en el bajo. Este sonido adquiere énfasis al estar dado no sólo fuera de la tonalidad del inicio de *Star Estrella*, sino al ser una especie de golpe violento, también fuera del esquema afectivo del comienzo. Por otra parte, ese elemento de inestabilidad contiene un ingrediente de síncopa. Entonces, si bien el elemento tonal de la inestabilidad se abandona en la sección media de *Star Estrella*, es posible entender que la categoría se mantiene a través de las síncopas en el cambio de la cumbia de la primera parte a un ritmo general mucho más cercano al son o la rumba en la segunda sección. Una vez en el segmento final, reaparece el clima íntimo del comienzo, esta vez sin síncopas o notas disonantes, por lo que es legítimo pensar que la inestabilidad es controlada, algo con lo que colabora una melodía de largas duraciones, un tropo inequívoco de tranquilidad a lo largo de la historia de la música.

Un punto central de este análisis reside en la observación de que el término del proceso musical y textual hacia la estabilidad coincide con el de la clarificación del tópico de la canción. Es decir, en forma simultánea al momento de arribo a una situación de reposo en los niveles más profundos de la estructura, Johansen deja poco lugar a dudas respecto del porqué de lo problemático de la relación: el amor revela demasiado (“Ay, estrella Star, *why can't you lie!* [por que no podés mentir] como los demás?”).

### III

Dada la imagen de *Star Estrella* que construimos, podemos concebir más claramente los nexos entre ciertos elementos de la estética de Johansen, los mundos de Abram y el intersticio entre arte y pensamiento que Morton ve en *The Spell of the Sensuous*. En *Star Estrella*, Johansen interviene, manipula, destruye, rediseña el plano idiomático en función de una interacción con la significación del texto y en relación también con el control de un arco formal. Con esto, lo que antes era símbolo de localización geográfica, construcción de diferencia, de identidad, es decir, tecnología de “mundo grande”, se transforma en elemento de juego en el taller compositivo, “mundo chico” en cuanto a que

el bilingüismo, en su completa capacidad de respuesta a los requerimientos de todo momento de una forma compleja, parece un aspecto fundamentalmente maleable, casi táctil en la flexibilidad con la que Johansen lo usa.

En relación a una producción que es tanto arte como ideas, es difícil escaparle a un sentido en el que *Star Estrella* funciona como modelo. Exagero, sin duda, pero a la vez me resulta importante decirlo: la canción insinúa rasgos visionarios en la sofisticación con que maneja el bilingüismo. Afirmo esto en concordancia con las Naciones Unidas, la Unión Europea y una mayoría de lingüistas que consideran que el bilingüismo y el multilingüismo conformarán el escenario idiomático del futuro.

Estas visiones se apoyan básicamente en tres situaciones: una es el sostenido crecimiento de dinámicas migratorias hacia los centros urbanos; otra, la ampliación del acceso a nuevos medios de comunicación; el tercer proceso es el que identifica al inglés como el idioma que tiende a universalizarse. Combinados, estos procesos resultan en la figura de la persona que migra hacia un centro urbano donde se habla de manera predominante inglés, pero en el que el emigrante sostiene su idioma nativo al mantenerse, a través de nuevos modos de comunicación, en contacto con su lugar de origen. Más allá de las especificaciones de conformación de lo que será un abanico de lenguajes (se habla en función de “idiomas urbanos híbridos”), estas nuevas hablas tendrán al inglés como denominador común y la necesidad –aquí es donde calza un Johansen *futurista*– de encontrar referentes en cuanto a cómo contar historias que la humanidad necesita re-actualizar permanentemente.

#### IV

La aproximación a un aspecto de vislumbre en la obra de Johansen instala una ironía: la importancia del plano histórico. El músico termina su formación en lo que se llama la *downtown scene* de Nueva York, un conjunto de bares, *lofts* y galerías de arte que todavía hoy albergan una tradición musical muy ligada a las vanguardias llamadas históricas. Su biografía dispara esta conexión. “Kevin,” dice el sitio Web [www.johansen.com](http://www.johansen.com),

nació en Alaska (sí, en Fairbanks), pero se crió en la Argentina desde los 12 años. De madre argentina y padre norteamericano, tuvo un breve paso por el rock local con Instrucción Cívica. El 12 de Octubre de 1990, se fue a “redescubrir” la América del Norte de su infancia... Al poco tiempo de arribar, conoció a Hilly Krystal, dueño de CBGB's, quien lo invitó a participar de su futuro sello. Durante los noventa, grabó y tocó allí como “house band” todos los sábados, también en el Knitting Factory y el Mercury Lounge...

Es decir, la referencia desde lo que, de alguna manera, es el portavoz oficial de Johansen a un panorama histórico que menciona a artistas identificados con el *downtown* de Manhattan, como Richard Hell, Patti Smith, Andy Warhol, New York Dolls, Talking Heads, Ramones, Sonic Youth..., incluye su producción dentro de un *corpus* extremadamente heterogéneo pero a la vez ampliamente inserto en función de una narrativa de orígenes. El momento cero, es decir, la precedencia usada para ordenar esta perspectiva histórica, es la obra de John Cage, artista que en la historia del arte moderno está considerado como aquel que, en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, señala la continuidad de las vanguardias europeas de principios del siglo pasado. Hay en Cage mismo, de hecho, una lectura de la historia de lo moderno y también una concepción de progreso histórico que ubican la raíz de su pensamiento próxima al Manifiesto Futurista de 1909 o a los escritos de Tristan Tzara y Werner Serner, miembros del círculo dadaísta de Zurich. En definitiva, Johansen está ubicado en el extremo reciente de un mapa cultural que siempre planteó una conexión particularmente fuerte entre arte y pensamiento como una manera, precisamente, de contornear un futuro.

## V

Entender a Johansen, sin embargo, significa al mismo tiempo que una inscripción histórica muy definida, controlar una difícil relación con continuidades. Esto, en parte, es propio de la actividad de ordenar una vida y una obra, tarea que siempre implica trazar puentes entre diferentes estilos, tiempos y lugares. En Johansen, no obstante, impresiona el rol enfático y lo complejo de esos trazados. A través de sólo tres discos recorreremos desde las dinámicas raciales en el Detroit de los años sesenta hasta los corridos *narco-*

*tech* de Tijuana en los años noventa, pasando por cumbias, Bolywood o el *folk* universitario de Bob Dylan. Además, como analistas, estos caminos se nos presentan sin direcciones claras: Johansen es y a la vez se hace, pertenece y no pertenece; la obra alternativamente mezcla, cita, contrasta, superpone, homenaja, ridiculiza.

Estoy sugiriendo aquí un constituyente conflictivo para el análisis de Johansen, un límite, si se quiere. Lo planteo de otra manera.

En función del proyecto-guía en *The Spell of the Sensuous* (recuperar sentido en el lenguaje a través de un acercamiento con la naturaleza), Abram debe mostrar el agente de lo que se escribe cerca de lo que se sostiene en el texto; de otra manera, pierde la construcción de la distancia corta entre subjetividad y mundo. Lo interesante en esta operación es que la obligación del gesto de acercamiento, el rol particularmente destacado del detalle del mundo chico en el pensamiento de Abram, puede presentar una noción de subjetividad sin perspectiva, tan completamente identificada con la exterioridad que no es difícil concebirla perdida, o sin credibilidad. El mismo riesgo existe en la obra de Johansen. Es decir, junto con el interés por la intervención omnívora de las tecnologías (aquello que logra la sensación de cercanía con los materiales), aparece en el estudio de Johansen la ansiedad de perder la subjetividad que ordene, que disponga jerarquías, que nombre las cosas con claridad.

El propio Johansen parece validar esta especie de aporía. Toda su obra está cubierta de una pátina de humor, y es muy difícil ubicar el valor de estas operaciones. *Sur o no Sur* es la transformación de “ser o no ser” al plano migratorio; esto pareciera tener un grado, por hablar de manera freudiana, de verdad o de relevancia frente a la obra. Pero, ¿qué hacer con las “*Argenteenagers*” de la canción *Puerto Madero*, donde, además, un texto predominantemente en español es pronunciado por un supuesto turista angloparlante? También es conflictivo el rol de muchas de las definiciones estilísticas de las canciones. Si Johansen se sabe “desgenerado,” tal como lo él mismo ha planteado, ¿para qué sirve, si no es en respuesta a un interés por la significación misma o, más precisamente, por crear un territorio que intenta saturar la comprensibilidad al imponerle significado a todo –

creando en el mismo gesto una ambigüedad fundacional–, inventar términos como “CelticSambarera”, “Popklore”, o asociarse a la imagen del *equecutivo*?

Responder esta pregunta acaso implique postular una subjetividad más libre que ambigua; no en vano Milan Kundera dedica un capítulo entero de lo que es su historia de la novela a la íntima conexión entre humor y libertad. Creo, sin embargo, que seguiría pensando sobre el aparato de ideas que hasta aquí manejé. Al menos, trataría de generar otra imagen, como la de una obra entre el arte y el pensamiento que a la vez ejerza un movimiento entre concepciones de mundo, que encuentre esta producción compleja en situación dinámica, de cambio. Una obra repleta de significación merece, en todo caso analítico, un modelo a su altura.

# **La gestión del patrimonio y los conflictos en torno a las identidades sociales. ¿Gestión cultural sin políticas culturales transversales?<sup>1</sup>**

por Rubens Bayardo<sup>2</sup>

## **Resumen**

En este trabajo se abordan los cambios acaecidos en la institución museo, y se considera la constitución del patrimonio en relación con las políticas culturales y la gestión cultural. Centrado en el caso del Museo de Arte Popular “José Hernández” de la Ciudad de Buenos Aires, se analiza en detalle una actividad, la Exposición y Feria Artesanal Cultural de los Pueblos Originarios, que forma parte de un programa de valorización de las artesanías. Su desarrollo deja a la vista los conflictos por la definición y la apropiación del patrimonio, y por la visibilidad y el reconocimiento dignificantes de las identidades sociales de sus productores en el marco de la transnacionalización. Esto permite plantear las dificultades para el cumplimiento de los objetivos propuestos por el museo, entre ellas la renovación de la institución y de sus prácticas de gestión, poco acompañadas por políticas culturales públicas transversales y formadoras de ciudadanía.

## **Desarrollo**

En este trabajo abordamos los cambios acaecidos en la institución museo, considerando la constitución del patrimonio en relación con las políticas culturales y la gestión cultural. Nos centramos en el caso del Museo de Arte Popular “José Hernández” de la Ciudad de Buenos Aires y analizamos una actividad en particular, la Exposición y Feria Artesanal Cultural de los Pueblos Originarios. Esta forma parte de un programa de valorización de las artesanías y de los mismos artesanos indígenas, cuyo desarrollo deja a la vista los conflictos por la definición y la apropiación del patrimonio, y por la visibilidad y el reconocimiento dignificantes de las identidades sociales de sus productores en el marco de la transnacionalización. Ello nos permite abordar las dificultades que se plantean para el cumplimiento de los objetivos propuestos por el museo, cuando la renovación de la institución y de sus prácticas de gestión no se encuentran acompañadas por políticas culturales públicas transversales que las encaucen y potencien en los sentidos buscados.

---

<sup>1</sup> Este artículo se basa en una ponencia presentada a las III Jornadas de Museología “Gestión, Curaduría y Turismo Cultural”, Buenos Aires, 25 y 26 de octubre de 2004.

<sup>2</sup> Director del Programa Antropología de la Cultura, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; Director del Programa de Estudios Avanzados en Gestión Cultural, IDAES, Universidad Nacional de San Martín.

El Museo de Arte Popular “José Hernández” depende de la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires; en 1948 fue inaugurado como un Museo de Motivos Argentinos. Esa denominación refiere a la colección que le dio origen, que incluyó trabajos en plata, en cuero, en telar, en objetos tales como mates, fustas, arcos, mantas, aperos, etc. Este acervo evocaba la vida rural desde la perspectiva idealizada, estereotipada y esteticista que el criollismo construyó del gaucho y del campo. De aquí que el museo lleve el nombre de “José Hernández”, autor del reconocido libro *Martín Fierro*, texto emblemático de la literatura nacional argentina. La actual dirección lleva más de diez años de gestión, en los que ha puesto en discusión la problemática del patrimonio y de la museología desde una perspectiva semiótica. En esa sintonía ha procurado transformar el guión museográfico, al romper con prácticas de exhibición que reproducen estereotipos y perspectivas homogeneizantes de la nación y sus habitantes, para pasar a exponer diversas situaciones sobre las que se constituye la realidad heterogénea del país.

La nueva denominación “Museo de Arte Popular” procura dar cuenta de ese giro hacia las distintas poblaciones tradicionales e indígenas y sus producciones artesanales. El museo lleva adelante un Programa de Patrimonialización de las Artesanías y Promoción de los Artesanos, con el que se propone no sólo exponer piezas artesanales, sino también demostrar las habilidades de los productores, vincular directamente a los artesanos con los públicos y ofrecerles un canal de comercialización de sus trabajos<sup>3</sup>. En relación con esto existe una activa preocupación por cambiar la imagen del museo entre sus audiencias reales y potenciales, para lo cual se han encarado estudios de público y análisis de la política de comunicación del museo. Los *exhibits* del “José Hernández” en algunas estaciones del subterráneo de la ciudad y en diversos eventos culturales, la página web del museo, los boletines informativos también manifiestan esta búsqueda.

El Museo de Arte Popular “José Hernández” se localiza en la zona de Palermo Chico, conocida por sus vecinos como Barrio Parque. Se trata de una zona de muy alto nivel socioeconómico, acorde con el elevado valor del suelo en el área, que figura entre los más costosos de Buenos Aires. En Palermo Chico abundan mansiones, embajadas, concesionarias de automóviles de lujo, confiterías selectas de la ciudad. La presencia de cabinas de vigilancia, personal de seguridad pública y privada, servicio doméstico uniformado, atestiguan sobre los sectores privilegiados que viven en el lugar. El museo está ubicado en la Avenida del Libertador, eje monumental situado en el norte rico de la ciudad, cercano a la ribera del

---

<sup>3</sup> Ello se liga con la conceptualización semiótica que orienta la gestión. Al respecto véase Cousillas 2001 y 2003.

Río de la Plata. La avenida está circundada de amplios parques en buena parte de su trazado, es lindera con el Zoológico y está próxima al Jardín Botánico, lo que en una ciudad pobre en áreas verdes la convierte en un espacio recreativo muy frecuentado. También se trata de un relevante eje cultural, pues sobre esta arteria, o en sus proximidades, se localizan destacadas infraestructuras culturales. Nos referimos a las Salas Nacionales de Exposición del Palais de Glace, el Centro Municipal de Exposiciones, el Centro Cultural Recoleta, el Museo Nacional de Bellas Artes, la Biblioteca Nacional, el Museo Nacional de Arte Decorativo y el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires.

Comparado con estas infraestructuras monumentales o de grandes superficies, el *petit hotel* que ocupa el Museo de Arte Popular es relativamente pequeño, y pasa casi inadvertido entre las casonas y edificios de la Avenida del Libertador. Algo similar sucede con su acervo de *folk arts*, en comparación con las obras que forman parte de las colecciones y muestras de las instituciones mencionadas, todas ellas vinculadas al arte culto y a las expresiones legitimadas. Pero, además, si antes el guión museográfico se emparentaba con las realizaciones y los imaginarios valorados por las elites locales, el actual dista de poner el acento sobre aquellas expresiones con las que estos sectores quieren verse identificados o están dispuestos a reconocer. De aquí que la localización socioespacial del “José Hernández” plantea algunos desafíos para la nueva propuesta museográfica y las nuevas prácticas de visita que el museo ofrece a sus públicos.

Desde el año 2000 el Museo de Arte Popular organiza durante todo el mes de octubre la Exposición y Feria Artesanal Cultural de los Pueblos Originarios. En ella se hacen presentes artesanos de grupos kolla, toba, guaraní, mapuche, entre otros, los que no sólo exhiben sus mejores obras, sino que también trabajan a la vista de los visitantes, dialogan con ellos y ofrecen a la venta sus productos<sup>4</sup>. Dado que por el régimen administrativo financiero de la ciudad el museo no puede realizar ventas ni ingresar dinero en sus arcas, estas se organizan fuera de su órbita, directamente entre productores y compradores, en el ámbito de la referida Feria. El museo procura dar a los artesanos indígenas oportunidades de las que carecen en los lugares donde viven, y a la vez permitirles resarcirse de los gastos de traslado y estancia en la ciudad, que corren por su propia cuenta ya que la institución carece de fondos para sostenerlos. Pero los esfuerzos por dar lugar a un nuevo paradigma sobre el patrimonio cultural abren paso al estallido de conflictos entre interpretaciones divergentes.

---

<sup>4</sup> Sobre los fundamentos conceptuales y el encuadre institucional de estas actividades, véase Cousillas 2003.

La directora del museo, la antropóloga Ana María Cousillas, ilustra esta situación con un caso al que sugestivamente llama “artesanos indígenas versus la estética de la Avenida del Libertador” (Cousillas 2001, p. 214 y ss.). El cierre de la primera Exposición y Feria Artesanal Cultural de los Pueblos Originarios se produjo los días 27 y 28 de octubre de 2000. Para la ocasión los artesanos trasladaron sus mesas de trabajo y de exposición desde el interior del predio del museo a la vereda. Algunos vecinos hicieron una denuncia a la comisaría de la zona, ante lo que consideraron una infracción de la ordenanza municipal que prohíbe la venta en la vía pública. Las autoridades del museo debieron explicar al personal policial que no se trataba de una venta callejera, sino de un “evento de promoción del patrimonio cultural autóctono, organizado por el museo con autorización de las autoridades del gobierno de la ciudad”. El lunes 29 la institución recibió el llamado de un abogado representante del consorcio de un edificio vecino, quienes el domingo anterior, “preocupados por la ocupación de la acera”, realizaron una reunión de emergencia y requirieron sus servicios. Al recibir las mismas explicaciones que la policía, el abogado respondió que “aunque la presencia de artesanos en la acera no viole ninguna norma, atenta contra la estética de la Avenida del Libertador”, por tratarse de “cabecitas negras”, “villeros”, “delincuentes”, “gente que ya se sabe cómo son... lo mismo de la Villa 31”.

Años atrás se había producido un acontecimiento de similares características, cuando se hizo instalar en la vereda un teléfono público que ofrecía información sobre el museo en varios idiomas. Una vecina se apersonó para objetar que éste afectaba la estética de la avenida, por la posibilidad de que “el personal doméstico femenino de la zona utilice las cabinas para hablar con sus novios”. Cousillas anota en su texto que el conflictivo teléfono no difería del modelo que la empresa concesionaria de la zona norte instala en toda el área, y que el mobiliario utilizado en la Exposición es similar al que utilizan en las veredas las confiterías frecuentadas, entre otros, por vecinos del barrio. Por otra parte muchos “cabecitas negras” se desempeñan cotidianamente en la zona, en la construcción de edificios, en la provisión y reparación de servicios públicos, en el cuidado de niños y en la realización de compras para los hogares en los que trabajan. Como bien señala la autora, “lo que violenta y rompe las reglas de su noción sobre la estética de la Avenida es que personas como éstas desempeñen roles que los coloquen en pie de igualdad en tanto usuarios de este espacio público con los vecinos, ya asumiendo el rol de productores culturales, ya como usuarios de un servicio público” (Cousillas 2001, p. 217).

Lo referido ilustra el modo en que algunos de los vecinos de Palermo Chico conciben a la Avenida del Libertador como un patrimonio propio y exclusivo, al que no deben tener acceso “los otros”, pese a tratarse de un eje monumental, recreativo y cultural de la ciudad, lo que enfatiza su carácter de espacio público. Al reducir ese patrimonio a una “estética” en la que se atribuyen un protagonismo excluyente, no sólo diluyen y banalizan su sentido, sino que desconocen en forma abierta los derechos de la ciudadanía. Por otra parte no exploran disposiciones para reconocer el patrimonio, o mejor dicho, los patrimonios, de “los demás”, y no confieren a las instituciones responsables legitimidad en la identificación y gestión del patrimonio cultural. Asimismo se muestran incapaces de percibir distinciones entre los tipos físicos de poblaciones diferentes entre sí, al etiquetarlas con un rótulo común despectivo. De este modo convierten un hecho de promoción del patrimonio cultural autóctono en un episodio delictivo pasible de intervención policial y judicial. Todo ello se nutre de estereotipos, estigmatizaciones, prejuicios, racismo y discriminación, que en el caso particular de los pueblos indígenas, encuentran amplio sustento en los contenidos de la formación cívica e histórica provista por las prácticas educativas del Estado nacional. El dicho “los argentinos descendemos de los barcos”, reitera desde el sentido común lo que la enseñanza pontifica: no existen indígenas en el país, a lo sumo son un recuerdo del pasado remoto y los argentinos somos descendientes de inmigrantes europeos. Nociones similares a éstas, no tanto por el contenido concreto como por su rechazo de las poblaciones indígenas, se encuentran en distintos sectores de la población, inclusive en aquellos mejor dispuestos hacia la alteridad. También se las puede encontrar en otros países latinoamericanos, con diversos matices acordes a las situaciones nacionales. Al respecto, resulta ilustrativa otra situación planteada en relación con el Museo Hernández.

En octubre de 2002, en ocasión de realizarse la III Exposición y Feria Artesanal Cultural de los Pueblos Originarios, expuso sus obras en el Museo “José Hernández” el artista plástico chamacoco Ogwa, identificado por el Estado paraguayo como Flores Balbuena<sup>5</sup>. Tomamos contacto personal con él a través de Edgardo Cordeu, quien lo conoce desde que en los años setenta emprendió sus investigaciones etnológicas con los chamacoco o ishir del Chaco Boreal<sup>6</sup>. Este pueblo vio derrumbarse su modo de vida a medida que las industrias extractivas, los misioneros y los Estados nacionales ocuparon la región, y sus territorios ancestrales fueron usurpados y cercados. Ogwa nació en Bahía Negra, cerca de la triple frontera entre Paraguay,

---

<sup>5</sup> Nótese que tanto Flores como Balbuena usualmente son apellidos, sin embargo a Ogwa se le impuso en sus documentos paraguayos el nombre Flores, el que por otra parte parecería ser femenino y no masculino.

<sup>6</sup> Al respecto véase Cordeu 1989.

Brasil y Bolivia, fue iniciado según los ritos tradicionales a los doce años y llevó una vida trashumante hasta que, según el mismo relata, la etnóloga Bratislava Susnik lo “sacó del monte” en la década de 1950. Ella fue quien por primera vez le proveyó materiales, y lo incitó a dibujar y pintar diversas escenas de su cultura expresadas en los mitos y rituales nativos, lo que desde los años setenta hace con Edgardo Cordeu<sup>7</sup>. Paralelamente, entre 1959 y 1969, fue traductor de la Biblia para la Misión Evangélica Nuevas Tribus, y adquirió un fluido manejo del español y del guaraní, que se une a su conocimiento de las lenguas caduveo, quechua y aymara. Más tarde, se instaló en las afueras de Asunción, donde continuó con su labor artística, ilustró libros, expuso en galerías y recibió premios por su obra<sup>8</sup>, que ha llegado a comercializarse en España, Francia, Suecia y Canadá. Con todo, Ogwa jamás cesó de trasladarse con mucha frecuencia hacia Bahía Negra y las zonas frecuentadas por los chamacoco en Brasil y Bolivia. Una pequeña “tarjeta de trashumante” que atestigua su condición de indígena, firmada por un juez de paz paraguayo y protegida por un plastificado, hace las veces de pasaporte y “legaliza” sus desplazamientos por las tierras tradicionales, hoy divididas por las fronteras de tres Estados nacionales<sup>9</sup>.

En el dominio que en Occidente denominamos “arte”, o más precisamente “arte étnico”, los ishír practicaban una ornamentación abstracta y geometrizable, ostensible en el tejido y la cestería. La pintura corporal que, en alusión a su dualismo cosmológico, recubría partes enteras del cuerpo con los colores rojo y negro, junto con el blanco<sup>10</sup>, se realizaba en fajas alternas combinadas geométricamente, sobre las que se imprimían manos, líneas, puntos, anillos, escamas y diseños ramificados. La cerámica y la talla en madera, caracterizada por sus motivos zoomórficos y figurativos, son producto de influencias tardías de mbyá caduveo y misioneros, que no guardan relación con el complejo mítico-ritual sino con el intercambio comercial. En contraste con las pautas tradicionales, Ogwa realiza un trabajo de tipo figurativo, con dibujos realizados en lápiz, tinta o bolígrafo, pintados con témperas, lápices de colores y sellados. Hombres-dioses que bailan en el éxtasis ritual, delgadas palmeras agitadas por el viento, pájaros, chanchos del monte, avestruces y víboras, ocupan, junto con las escenas mítico-rituales, el centro de sus preocupaciones pictóricas y de su memoria cultural.

---

<sup>7</sup> Hemos realizado un trabajo más extenso sobre este tema en coautoría con Ana M. Spadafora, cuyo resumen fue publicado en Bayardo y Spadafora 2003.

<sup>8</sup> Es interesante anotar que en 1995, Ogwa recibió el Premio Ignacio Nuñez Soler “al arte naif” en el Bosque de los Artistas (de Asunción del Paraguay), extendido a nombre de Flores Balbuena. Tanto esto último como la categoría premiada muestran las dificultades de la sociedad nacional paraguaya para reconocer su condición étnica.

<sup>9</sup> Un tratamiento más exhaustivo de este tema puede verse en Spadafora 2003.

<sup>10</sup> Estos colores se obtenían de sustancias naturales como la hematita, el hollín, las cenizas y el caolín.

Sus figuras se recortan sobre fondos donde se percibe la frondosidad del paisaje y la vastedad del cielo chaqueño, y todas sus obras llevan una leyenda escrita que sitúa al espectador en la escena representada. Ello testimonia la familiaridad del autor con el mito, a la vez que señala su distancia respecto de éste, el alejamiento producido en esa trayectoria, bisagra entre los dos mundos sobre los que transita su vida. La obra de Ogwa no se ciñe a la recuperación de un pasado cultural idílico, sino que constituye una mirada actual de la historia de los chamacoco, que se nutre del dinamismo y la complejidad de la relación intercultural. Su obra es más que un intento por descubrir el velo de la memoria de una sociedad, cuyo proceso de confinamiento y desestructuración no ha alcanzado a borrar las huellas de un pasado que se resiste a transigir. Es también una expresión de quienes se niegan a ser interpretados como meros testimonios de un presente etnográfico ajeno al devenir histórico, una demostración del porqué la recuperación de la memoria es un modo de situarse en el presente y de perfilar el futuro.

Son estos aspectos significativos de la pintura de Ogwa y la calidad de su factura las que llevaron a las autoridades del museo a distinguir sus obras como un trabajo más artístico que artesanal, que ameritaba condiciones de exhibición distintas de las del conjunto de la III Exposición y Feria Artesanal Cultural de los Pueblos Originarios. Es por ello que sus pinturas se exhibieron enmarcadas en parte del subsuelo del museo. Dado que, como dijimos, el museo por cuestiones administrativas y financieras no puede realizar ventas, estas operaciones las canalizó la Exposición y Feria con apoyo de una Organización No Gubernamental. Es interesante marcar este contraste entre la pintura exhibida como arte y la obra vendida como artesanía, pues llama la atención sobre esas distinciones. No queremos aquí volver sobre un debate teórico no zanjado, pero sí anotar la jerarquización implícita en la clasificación arte/arte popular/artesanía, y en las connotaciones que esto tiene con respecto al valor de cambio de la obra, pues es claro que éste disminuye en la medida que nos acercamos a la artesanía. De todos modos, en este caso esa era la única manera en que las pinturas podían ser comercializadas.

La treintena de trabajos que Ogwa trajo para la venta se vendió en diez dólares cada uno y prácticamente se agotaron en el primer día de la Exposición y Feria. Los compradores fueron personas que respondieron a la invitación del Museo y de la ONG para participar de la apertura del evento. Se trataba fundamentalmente de personas allegadas a ambas instituciones, familiares y amigos, pero también de antropólogos, estudiantes y coleccionistas de arte. A partir de los diálogos que mantuvimos en esa ocasión, reconstruimos dos tipos de

motivaciones que se hicieron explícitas a la hora de valorar o adquirir las obras. El primer tipo de motivaciones se afirmaba en los aspectos artísticos o estéticos, que incluían dos vertientes diferenciadas. Una, más ligada a antropólogos, coleccionistas y “conocedores”, refería al valor estético de la pintura, y destacaba su condición de arte “indígena”. La otra provenía de un público menos familiarizado que, con mirada occidental, hacía una identificación de las obras con el estilo artístico conocido como naif o ingenuo. El segundo tipo de motivación estaba presente en muchos de los asistentes, entremezclado sin antagonismo con los anteriores, y apuntaba a poner en práctica una acción de “solidaridad con el indígena”. Esto último resultaba algo esperable, porque el evento era propiciado por la ONG en cuestión, y por el mismo perfil de los visitantes. Pero, por otra parte, mostró que el peso relativo concedido a la condición de indígena puede estar oscureciendo o dando un reconocimiento parcial a la condición de artista, como si ambas cosas no pudieran terminar de conjugarse aún en personas abiertas a la alteridad.

Cabe consignar que el precio de diez dólares era una cifra superior a la que Ogwa podía obtener vendiendo una pintura en las calles de Asunción, como hace habitualmente. Pero por otro lado, en Buenos Aires, si bien se trataba de un monto aceptable para una artesanía, resultaba muy bajo para una obra artística<sup>11</sup>. Más exiguo aún si se toma en consideración el funcionamiento del mercado internacional de este tipo de obras. Así, un antropólogo norteamericano, coleccionista de arte nativo australiano, comentaba que esas piezas usualmente se vendían entre los quinientos y los cinco mil dólares. Y agregaba asombrado que en el caso de Ogwa, al tratarse de una producción original y ubicada en las márgenes del mercado de arte, el valor debía ser superior, pues la obra de arte étnico marcada por las huellas del mercado disminuye su precio. El caso australiano puede estar refiriendo a una situación nacional incomparable con ésta, pero resulta de importancia porque es otra señal de lo poco que se pagó por la obra de Ogwa, pese a que el Museo la consideró especialmente. En términos generales, muestra que el valor de cambio del “arte étnico”, en sintonía con el cultural-capitalismo, pasa más por el exotismo y por la diferencia que por la ponderación de la obra en relación al artista, su trayectoria y su reconocimiento. La cotización de la obra, en contraste con lo usual en el arte sin adjetivos, aparece escindida de su creador y el artista, por

---

<sup>11</sup> En julio de 2002 tuvo lugar en Buenos Aires la 11° edición de la feria de galerías de arte Arte BA, que a diferencia de las anteriores dio lugar a espacios y a artistas emergentes. Ello se debió al estallido de la crisis que a fines de 2001 terminó con la paridad peso/dólar en la Argentina (y llevó la cotización del dólar a \$ 3,50) y con el cese de los pagos de la deuda externa. Como consecuencia, la feria se abrió a otras expresiones, jóvenes, nacionales, con precios accesibles y en pesos, en detrimento de los artistas consagrados o cuyas obras estaban valuadas en dólares. Los artistas jóvenes vendieron sus obras entre \$ 400 y \$ 2.500 (aproximadamente entre U\$S 115 y U\$S 715). Véase “Con mucho público y buenas ventas finaliza hoy Arte BA”, nota de Maricruz Barcia en el diario *La Nación*, Buenos Aires, 21.07.02.

el hecho de ser indígena, no alcanza a ser reconocido plenamente. Nótese que como señala Williams (1997) buena parte de los artistas consagrados por el modernismo eran emigrantes y en ese sentido también eran “extraños”, pero al serlo en tanto ciudadanos de otros Estados nacionales pudieron transitar caminos de reconocimiento, circunstancia que en el caso de Ogwa presenta otras aristas.

Los Estados nacionales latinoamericanos se constituyeron en el siglo XIX, por sobre los pueblos originarios que tradicionalmente vivían en los territorios ocupados por las naciones. Sus tendencias uniformizantes plasmaron en la negación de estas sociedades, por la vía del etnocidio (la conversión al cristianismo, la enseñanza del español, el servicio militar obligatorio, la ruptura de modos de vida), cuando no del genocidio (persecuciones, matanzas, campañas militares, cercamiento y privación de sus fuentes de subsistencia). Este proceso de negación persiste actualmente mediante diversas prácticas: la folclorización y espectacularización de los modos de vida nativos, la falta de reconocimiento pleno de las lenguas indígenas, los nombres propios y las diversas identidades étnicas, las dificultades interpuestas a la educación bilingüe, a la restitución de territorios y a la circulación entre Estados, los abusos ejercidos por las mismas autoridades<sup>12</sup>. Con la globalización ha habido avances en este campo, en ocasiones apenas mediante una retórica comercial de la diversidad cultural al estilo Benetton<sup>13</sup>, en otros casos mediante acuerdos que, como el Convenio 169/1989 de la Organización Internacional del Trabajo, comienzan a dejar su impronta en las constituciones nacionales. Pero esta misma situación informa de una continuidad de derechos no efectivizados y de una negación de la ciudadanía que no conocieron los artistas del modernismo europeo.

El caso de Ogwa se suma a los de otros indígenas que los Estados de esta parte del mundo continúan procurando ignorar, y por ello sus posibilidades de supervivencia pasan por amoldarse a las oscilaciones entre la venta local en las calles y la venta para coleccionistas cosmopolitas, entre la exhibición como arte en el museo y la venta como artesanía en la feria. Algo similar ocurre con su identidad<sup>14</sup>, definida entre la autoadscripción como ishir y la

---

<sup>12</sup> Ogwa relata que en los pasos fronterizos es usual que le quiten parte de las tallas en madera y de los trabajos en plumaria que traslada, aduciendo que pueden transmitir plagas.

<sup>13</sup> Es interesante señalar que esta empresa textil y de indumentaria, que posee extensos campos en la Patagonia argentina, se ha mostrado como uno de los principales enemigos de la población mapuche que allí vive, disputándole sus tierras con la connivencia de los poderes locales.

<sup>14</sup> Las identidades, siguiendo a Maura Penna, son “formas de reconocimiento que involucran disputas en torno de criterios de delimitación y cualificación de grupos (esquemas clasificatorios y sus atributos) o de la pertenencia de un individuo a él, y que se encuentran en movimiento tanto a partir del interior del grupo (o individuo) en cuestión como a partir de otros grupos que le son exteriores, o sea, de la sociedad” (1992, pp. 81-82 n/traducción). La autora denomina autoatribución (autoadscripción) o identidad pretendida a los criterios interiores al grupo, y alteratribución o identidad reconocida a los provenientes de otros grupos sociales. Considera que las disputas o luchas por el reconocimiento procuran, desde el endogrupo, hacer coincidir la identidad pretendida con la reconocida.

denominación externa como chamacoco, entre el aborígen Ogwa y el paraguayo Flores Balbuena, entre el artista y el indígena, entre el artista étnico y el artista naif, entre el artista y el artesano, entre la valoración estética de su obra y la valoración ética de la solidaridad. En este sentido es interesante señalar que en contra de las atribuciones de “primitivismo”, “atavismo”, “fundamentalismo”, “cristalización”, con las que se ha pretendido vincular indisolublemente lo local a lo tradicional, con Ogwa nos encontramos ante la conformación de una identidad compleja y dinámica, multilingüe, signada por las relaciones con otros pueblos indígenas y con otros blancos pertenecientes a distintas sociedades nacionales, y por el esfuerzo de reformular su propio mundo acorde con las nuevas circunstancias de la vida.

Desde esta perspectiva, llama aún más la atención la defensa de la estética de la Avenida del Libertador realizada por algunos vecinos de Palermo Chico, a los que nos hemos referido. Si Buenos Aires es una capital que se precia de ser cosmopolita, este sector más que ninguno en la ciudad tiene acceso a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, los viajes en avión, la interacción con personas de otras culturas, lenguas o religiones, el uso de vestimentas y accesorios adquiridos en *free shops* y en las capitales internacionales de la moda. Pero los hijos selectos de la modernidad y el cosmopolitismo se comportan con virulencia premoderna en defensa de una identidad local acrisolada en torno a “su” patrimonio. Este último sólo es tal en tanto resulta desgajado del espacio público, apropiado y negado al otro, en un rechazo que no refiere al desconocimiento de la alteridad, sino de la igualdad de derechos presupuesta en la ciudadanía. En este caso nos encontramos ante la constitución de una identidad local cristalizada, que no se contrapone al mercado transnacional ni puede ser explicada como una reacción de defensa ante la globalización.

Indudablemente, las identidades locales distan de adecuarse a los estereotipos que circulan acerca de ellas, ya se las trate en términos de “atavismos” o de “reacciones autodefensivas”. Su conformación es resultado de elaboraciones más complejas y variadas en las que lo local y lo global se constituyen mutuamente, acorde a circunstancias concretas y no a una dinámica universal. Así se hace imposible predeterminar quiénes son los cosmopolitas y quiénes los locales, y qué aspectos de la globalidad y la localidad resultarán relevantes en las actualizaciones identitarias que reorganizan las clasificaciones, representaciones y jerarquías del orden social. Se lo propongan o no, los museos intervienen en estos procesos y en la conflictividad social de la que son vehículos. Por ello este problema es parte de la gestión de los museos y cada institución debe encararlo acorde a sus circunstancias particulares. Pero los esfuerzos aislados de las mejores instituciones no bastan para desarticular las exclusiones que

las mismas estructuras del Estado han contribuido a establecer y naturalizar. Y ello es así porque nos desenvolvemos en un espacio público cuyas coordenadas se definen más ampliamente que en el seno de las instituciones y de las interacciones inmediatas.

En tal sentido, también se hace necesario reflexionar sobre las articulaciones entre Estado, mercado y comunidad, últimamente enarboladas como una vía regia para resolver distintos aspectos de las crisis. En este “nuevo contrato social” los museos supuestamente deberían hallar su anclaje en alternativas que implican nuevas formas institucionales (como la transformación en sociedades del Estado, la vinculación con fundaciones o el establecimiento de encuadres mixtos entre público y privado) y nuevas relaciones con sus visitantes (como la apertura a la multiplicidad de públicos, la amigabilidad de sus instalaciones y sus pautas de funcionamiento)<sup>15</sup>. Y esta flexibilidad le permitiría hallar a cada museo su medio cultural, sus públicos, su sustentabilidad, y llevar a cabo del mejor modo posible su misión.

El caso del Museo de Arte Popular nos lleva a pensar que ésta es una visión parcial del problema. En el marco de los continuos ajustes y recortes presupuestarios, los museos apenas pueden mantener las infraestructuras, los equipamientos, las colecciones y los salarios de su personal. En aras de su sustentabilidad, desde el mismo Estado se los alienta a buscar otras fuentes financieras. Pero inclusive con el recurso a las asociaciones de amigos y a los acuerdos con entidades privadas y comunitarias, escasamente se logran solventar los gastos operativos. El ámbito público propone, pero el que en definitiva dispone es el mercado, y esta decisión de la “mano invisible” no asegura la visibilidad ni la diversidad deseables de expresiones y de actores. Así, los artesanos indígenas que exponen en la Exposición y Feria a que nos referimos aquí son sólo aquellos que pueden pagarse el viaje hasta Buenos Aires y la estadía en la ciudad. A esto debe agregarse que las construcciones patrimoniales y los conflictos identitarios sobre los que el museo procura trabajar con una propuesta superadora no sólo se hallan en el pasado de la institución, sino que también están arraigadas en numerosos aspectos de la sociedad contemporánea. En tal sentido, se hace necesaria una intervención integral y reflexiva que requiere de diagnósticos previos, acciones programadas para el largo plazo y un seguimiento de estas que dé lugar a reformulaciones del rumbo trazado.

La institución aislada encuentra serios obstáculos para tal tipo de accionar en un medio que es resultado de estructuras e interacciones más vastas, y de una cultura pública que la excede en tanto es resultado de múltiples determinaciones. Con todas sus limitaciones, el agente que

---

<sup>15</sup> Al respecto, resultan de interés las contribuciones reunidas en Fondo Nacional de las Artes-Fundación Antorchas 1999.

más opera en procura del interés general ha sido tradicionalmente el Estado en sus distintos niveles. Consecuentemente, en lugar de la búsqueda de soluciones por la vía del interminable achicamiento del Estado al que asistimos en Latinoamérica (que no ha hecho más que empeorar las cosas), más bien hace falta un Estado activo y, muy concretamente, políticas culturales que vayan más allá de la gestión cultural localizada en una institución e inclusive en el mero sector cultural. Las políticas culturales deben considerarse en forma amplia e incluir activamente no sólo a las autoridades y el personal de los museos y del sector cultura, sino también de otras áreas de la administración. No basta con políticas territoriales municipales y provinciales, se requieren políticas a nivel regional y nacional capaces de reorientar la cultura pública. Es necesario elaborar e instrumentar políticas relativas a la educación y la comunicación, políticas lingüísticas y políticas con respecto a las migraciones, sin excluir otros ámbitos como la salud, la vivienda, el deporte, etc., pues las políticas culturales, para ser efectivas, no pueden quedar limitadas a una problemática sectorial, sino que deben atravesar y vincular la dimensión cultural de las distintas áreas de la vida social.

En el contexto de los mercados transnacionales, tales políticas culturales no necesariamente han de conformarse en contra del aspecto económico y de marketing del sector de la cultura, sino que más bien han de incluirlos en su agenda. Esta debe ser reconocida como un proceso no sólo definido por las presiones de las grandes corporaciones del cultural-capitalismo<sup>16</sup>, sino también por las activaciones patrimoniales e identitarias de actores de distintos sectores, muchos de ellos subprivilegiados, que buscan mejores posicionamientos materiales y simbólicos en un paisaje de acechante exclusión social. El desafío de estas políticas es superar las propuestas balsámicas y conformistas de la engañosa inclusión cultural, que hace un elogio estetizante y desleído de la diversidad cultural, y niega sus condiciones efectivas al hacer invisibles desigualdades y conflictos. Por ello no contribuye a conformar una ciudadanía que involucre el reconocimiento pleno de los derechos civiles, políticos, sociales, económicos y culturales de todos. De aquí que en las políticas culturales, la complejidad de las intervenciones en pro de la integración social debe anteponerse a la celebración del multiculturalismo feliz.

---

<sup>16</sup> Estamos pensando en las megacorporaciones nacionales y transnacionales que en muy pequeño número concentran diversificadamente la mayor parte de los mercados culturales, en especial visibles en el sector audiovisual, la música, la edición de libros, la percepción de derechos, etc. Según Enzensberger (1974, p. 32 y ss.) en los años setenta la industrialización de la protección del medio ambiente dio lugar a un ecocapitalismo, en el que los sectores involucrados en esta nueva rama del desarrollo se beneficiaron y aumentaron la concentración del capital. En la configuración actual nos parece pertinente referirnos a un cultural-capitalismo que instala la cultura en el centro del desarrollo y motoriza la dinámica del sector con vistas a su más compleja inclusión en la lógica del valor de cambio.

## Bibliografía

R. BAYARDO (2001): “Cultura, artes y gestión cultural. La profesionalización de la gestión cultural”, trabajo presentado a las *III Jornadas de Investigación del Instituto de Historia del Arte Argentino y Latinoamericano*, FFyL, UBA. En: [www.leador.com/sociedad/gestioncultural.shtml](http://www.leador.com/sociedad/gestioncultural.shtml).

R. BAYARDO y A. M. SPADAFORA (2003): “Ogwa: pintar el pasado para reinventar el futuro. Aproximaciones al arte de los chamacoco o ishir del Chaco Boreal Paraguayo”. Resumen en: *Discutir el canon. Tradiciones y valores en crisis*, Buenos Aires, CAIA.

M. BIALOGORSKI y A. M. COUSILLAS (2000): “Gestión cultural y estudios de público en el Museo Hernández de la ciudad de Buenos Aires”, en: *Cuadernos de Antropología Social*, Buenos Aires, n° 12.

E. J. CORDEU (1989): “Los chamacoco o ishir del chaco boreal. Algunos aspectos de un proceso de desestructuración étnica”, en: *América Indígena*, vol. XLIX, n° 3. julio – septiembre.

A. M. COUSILLAS (2001): “Sobre patrimonio cultural, imaginarios y conflictos”, en: *Temas de Patrimonio 5, Primeras Jornadas de Patrimonio Intangible “Memorias, identidades e imaginarios sociales”*, Buenos Aires, Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires.

A. M. COUSILLAS (2003): “Reflexiones desde la gestión sobre el patrimonio cultural artesanal en un museo de la ciudad de Buenos Aires”, trabajo presentado al *Primer Congreso Universitario de Folklore*, Universidad Nacional de Córdoba, 20 al 23 de junio de 2003.

H. M. ENZENSBERGER (1974): *Crítica de la ecología política*, Buenos Aires, Amorrortu Ediciones.

FONDO NACIONAL DE LAS ARTES - FUNDACION ANTORCHAS (1999): *Lo público y lo privado en la gestión de museos. Alternativas institucionales para la gestión de museos*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

N. GARCÍA CANCLINI (ed.) (1987): *Políticas culturales en América Latina*, México, Grijalbo.

U. HANNERZ (1998): *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*, Madrid, Frónesis Cátedra.

A. HUYSEN (2002): *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, Fondo de Cultura Económica.

D. JULIANO (1992): “Estrategias de elaboración de identidad”, en: HIDALGO, C.; TAMAGNO, L., *Etnicidad e identidad*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

F. LACOUTURE FORNELLI (1997): “La museología y la práctica del museo. Áreas de estudio”, en: *Cuicuilco, Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, México D.F, Nueva Época, vol. 3, n° 7.

L. G. MORALES MORENO (1997): “¿Qué es un museo?”, en: *Cuicuilco, Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, México D.F, Nueva Época, vol. 3, n° 7.

M. PENNA (1992): *O que faz ser nordestino. Identidades sociais, interesses e o ‘escândalo’ Erundina*, San Pablo, Cortez Editora.

Ll. PRATS (1997): *Antropología y patrimonio*, Barcelona, Ariel.

R. RIZZARDO (1995): “Identités et politiques culturelles”, en: SAEZ, J.P. (dir.), *Identités, cultures et territoires*, París, Desclée de Brouwer.

G. SCHMILCHUK (1997): “Venturas y desventuras de los estudios de público”, en: *Cuicuilco, Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, México D.F, Nueva Época, vol. 3, n° 7, pp. 31-57.

A. SPADAFORA (2003): “Tarjeta de trashumante. La deuda pendiente de la agenda del MERCOSUR”, en: <http://www.bioetica.org>.

R. WILLIAMS (1999): *La política del modernismo. Contra los nuevos conformistas*, Buenos Aires, Manantial.

## Cultura y Civilización.

### Del romanticismo alemán a la sociología de Georg Simmel

Por Emiliano Torterola<sup>1</sup>

#### Resumen

El concepto de cultura encontró definiciones sumamente disímiles en los campos intelectuales francés y alemán de los siglos XVIII y XIX. Ello se debió fundamentalmente al modo en que ambas tradiciones asimilaron o concibieron los procesos de modernización y racionalización característicos de la “civilización” moderna. A través de su noción de *Kultur*, la preocupación por el desarrollo autónomo de la individualidad y la “interpretación” trágica de la modernidad, Simmel retomó aspectos centrales de las corrientes románticas y anticivilizatorias alemanas. Sin embargo, y en afinidad con la ética kantiana, la sociología del filósofo berlinés también vislumbró la posibilidad de acercar la cultura subjetiva a las exigencias del orden social.

#### Antiiluminismo y reino de la subjetividad. El campo intelectual alemán en la modernidad clásica

El origen del concepto “cultura”, tal como lo entendemos hoy, debemos buscarlo en los umbrales mismos de la modernidad, esto es, entre los siglos XIII y XV, bajo los conceptos de *civilité* –el más influyente, sin duda, luego entendido como *civilization*– y *policer*. El aspecto distintivo del primero de estos términos remite a la máxima por la que abogaron una y otra vez la mayoría de los contractualistas: poner fin al “estado de naturaleza”, al gobierno de las pasiones y de las fuerzas irracionales, espontáneas e instintivas del ser.

De este modo, *civilité* apuntaba a la sociabilidad y la educación del hombre moderado en el seguimiento minucioso –y disciplinado– de las pautas y las costumbres concebidas como correctas por la sociedad: “significaba cortesía, buenos modales, reverencia mutua demostrada mediante reglas de comportamiento cuidadosamente seguidas y meticulosamente aplicadas” (Bauman 1997, p. 131).

---

<sup>1</sup> Sociólogo, estudiante del IDAES; el que sigue es un trabajo presentado en el marco de la Maestría en Sociología de la Cultura.

El segundo término *-policer-* encontró su sentido primario en el mantenimiento del orden político. Para ello, era necesario erradicar todo tipo de “barbarie” en las relaciones humanas. Por una parte, el Estado moderno debía constituirse en el único actor capaz de monopolizar e imponer legítimamente la violencia física. Por otra, en el ámbito de las organizaciones y relaciones humanas, era preciso que los conflictos o bien se sublimasen, o bien se moderasen mediante actividades o estructuras marcadas por la organización impersonal.

La moderna autodisciplina parece amalgamar ambas concepciones de la *civilitéé*: tanto una “economía de los afectos” –la adecuación del individuo a las normas y reglamentaciones sociales– como la “suavización de las costumbres” –es decir, una sublimación de la lucha en las relaciones interpersonales– precisan del encauzamiento (a través de mecanismos internos y externos) de la voluntad y las fuerzas humanas.

Como afirmara Raymond Williams, las críticas a estos dos pilares del concepto de cultura – consolidados durante el iluminismo francés y el utilitarismo inglés– encontraron dos corrientes diferentes pero afines: por un lado el romanticismo, que oponía los principios de “refinamiento interior” y “autorrealización del yo” al “estado artificial [que supone] el cultivo de las propiedades externas”; a todo lo superficial que hay en las correctas formas de comportarse y presentarse –los modales, el lenguaje, la vestimenta– en los seres humanos (Williams 1995, p. 25). Por otro lado, las corrientes sociológicas –y fundamentalmente las antropológicas– tendieron a denunciar la concepción monista y occidental de cultura como herramienta ideológica de dominación. En efecto, los términos “razón” y “civilización” conformaron las armas simbólicas por excelencia de las que se sirvieron los órdenes sociales –y no sólo europeos– en los siglos XVIII y XIX para reproducir dicha dominación en los ámbitos políticos, económicos y hasta morales.

Mientras los intelectuales franceses e ingleses fueron proclives a comprender “positivamente”, a legitimar los cimientos, las instituciones centrales del orden social y el modo de vida moderno, el campo intelectual alemán, en cambio, desde mediados del siglo XVIII y hasta finales del XX, estuvo caracterizado por una relación conflictiva (cuando no ásperamente crítica) con estos.

Ello se puede observar y corroborar en lo que podríamos definir heurísticamente como “los senderos del *Gegen-Aufklärung*” (antiiluminismo) germano: desde el *Sturm Und Drang* [tempestad y esfuerzo] de Herder, Hamman, Schiller y el joven Goethe hasta la “escuela de la sensibilidad”, el romanticismo de los hermanos Schlegel y Heine; desde la *lebensphilosophie*

[filosofía de vida] de Nietzsche y Simmel, y la apuesta por una creativa articulación del pensar y el sentir de Spengler y Gundolf hasta la crítica weberiana a las “consecuencias” de la racionalidad occidental moderna, la “pasión por la burocracia” y la “americanización de la vida”.

La intelectualidad alemana del siglo XVIII, fragmentada a lo largo y ancho del territorio germano –sus miembros eran “hombres de segunda categoría”, según la arrogante nobleza prusiana, pero “aristócratas espirituales” frente a los sencillos ojos del pueblo–, se caracterizó en lo esencial por dos aspectos. Por una parte, su aversión a la formación de un movimiento social o político, a lo que, seguramente, debemos buena parte de su espíritu intempestivo. El “imperio de lo interno” y la “orgullosa soledad” del artista confrontaba con la sociabilidad y el aburguesado modo de vida tanto del político como del erudito “profesionalizado” (Lepenies 1994). Por otra parte, la crítica hacia el racionalismo peculiar del Occidente moderno y sus “logros” subyacentes –fundamentalmente en el ámbito científico-tecnológico y el desarrollo de la economía capitalista–; en suma, hacia “todo aquello que la sociedad occidental de los últimos dos o tres siglos cree llevar de ventaja a las sociedades anteriores o a las contemporáneas más ‘primitivas’” (Elías 1995, p. 57).

La “tormenta” o “borrasca” (*Sturm*) que soplaba desde la filosofía idealista y la literatura clásica de Weimar venía a socavar los cimientos de la cultura moderna: la mirada complaciente de *Les philosophes* y la *République des lettres* de Condorcet, Diderot, D’Albembert e incluso Voltaire –quienes pusieron el concepto de “razón” en el centro de la modernidad–, como así también la *belle époque* y el “progreso indefinido” del siglo XIX (que tuvo en August Comte, probablemente, a su principal abanderado).

No debe sorprendernos que el espíritu crítico de Rousseau –quien asoció el “progreso de la cultura” con “la decadencia moral” y un “irremediable proceso degenerativo” (Marí 1997, p. 19)–, así como su pensamiento en general, haya tenido menos repercusión en Francia que en Alemania, o que el vitalismo bergsonianiano fuese más considerado en la filosofía de la vida alemana que en las corrientes intelectuales francesas.

Tal como suele afirmarse (Lepenies 1994; Elías 1995), la disposición notoriamente disímil que, respecto de la industrialización, la urbanización y la ilustración de la vida, mantuvieron durante la primera modernidad los intelectuales franceses e ingleses por un lado, y los alemanes por el otro, se debe esencialmente al marcado atraso político-social que afrontaba la nación germana.

En el plano económico, solo a finales del siglo XIX llegó a desarrollar las ciencias naturales y una industria sólida y floreciente. En la esfera política, se encontraba más preocupada por la propia unificación que por la colonización de vastos territorios, como sí lo hacían la Francia e Inglaterra imperiales.<sup>2</sup>

El “bloque histórico-cultural” alemán se ha conformado a partir de una extraña pero original combinación entre *clasicismo* y *romanticismo*: del primero reivindicó la necesidad de no abandonar –a la par de recuperar– la herencia de las culturas antiguas, sobre todo la griega. En el esfuerzo por comprender los rasgos esenciales y singulares de las civilizaciones pretéritas es posible rastrear los comienzos del *historicismo*, el cual se opuso y distanció de las valoraciones etnocéntricas, tan presentes en las corrientes positivistas y evolucionistas.

En defensa del romanticismo destacó la importancia del individuo, su refugio en la interioridad y el cultivo de su singularidad, al mismo tiempo que tomó distancia del objetivo mundo social. La esfera individual, ese “segundo mundo” que el hombre construye autónoma o heterónomamente, fue la “piedra de toque” del *interpretativismo*, del estudio referido al *sentido subjetivo* de la acción. Se podría decir que mientras las ciencias del espíritu (*Geisteswissenschaften*) alemanas se orientaron a la comprensión de la interioridad humana –*hermenéuticamente*–, el positivismo francés y el análisis del “organismo” social conformaron los pilares de la sociología *estructural–funcionalista*.

Interpretativismo e historicismo –cuyo máximo precursor fue probablemente Wilhem Dilthey– resultan, entonces, cualidades que caracterizaron la formación del pensamiento filosófico y científico alemán, en marcada confrontación con los conceptos –sean biológicos o mecánicos– y las teorías –basadas en leyes universales– del positivismo francés; en general, con la cosmovisión civilizatoria u optimista que definió a dicho paradigma (Lash 1999, p. 115).

Clásicos y románticos coincidían básicamente en una actitud sospechosa (cuando no abiertamente crítica) en lo que respecta a la “cosmovisión” hegemónica –llamémosla por lo pronto también “burguesa”– de la sociedad.

---

<sup>2</sup> A finales del siglo XVIII y al compararse en estos aspectos con Francia e Inglaterra, Federico II se lamentaba del escaso desarrollo de las ciencias naturales y exactas alemanas (debido a las constantes guerras) como así también del insuficiente desarrollo del comercio nacional, pero fundamentalmente del internacional.

Puede resultar interesante detenerse brevemente en un ámbito sobre el que reflexionaron una y otra vez los autores de esta corriente: el mundo del trabajo (una sociedad formada y reglada bajo la mecánica y disciplina laboral) y dentro de éste, la producción científica.

Si hay algo que diferenciaba a estos pensadores de Marx era no sólo su método dialéctico y positivo; no sólo el sentido (relativamente) evolutivo y determinista de la historia: era fundamentalmente el pensar –y ello gracias a la notable influencia que recibió de la economía política inglesa– al ámbito de la producción, al mundo de la “infraestructura económica” como la “base” de la sociedad, definiendo a la esfera simbólica y a las “producciones” espirituales y culturales como epifenómenos, cristalizaciones o efectos mecánicos de aquella infraestructura.<sup>3</sup>

A la vida cosificada y mecánica del *homo faber*, la intelectualidad alemana contrapuso el *homo pictor*, el hombre creador de símbolos, cuya vida intensificada y peculiar entraba necesariamente en conflicto con la generación de mercancías. A su vez, la formación *unilateralizada* y la conducción ascético-metódica de la vida (características del urbanita inserto en la división del trabajo) confrontaba con el ideal de formación armónico del yo, su expresión estética, original y elevada.

Los hombres del *Sturm Und Drang* –que tanto influyeron sobre las generaciones del siglo XIX– concebían el lenguaje poético como “superior” y “elevado” no sólo respecto del científico-conceptual (falta de imaginación y saturado de rigidez), sino también respecto de la literatura erudita. Según Marí (1997, p. 17):

dos palabras ocupan lo primordial de la escena: *Kunstler* y *Genie*, artista y genio. El artista, porque acaba finalmente por liberarse de los lazos, las normas y las reglas de las supuestas leyes que asfixian y ahogan lo genial y terminan por nivelar todo lo creativo. El genio, por su parte, porque se pone a resguardo de ser absorbido por el entendimiento y la razón [...] Por sobre su

---

<sup>3</sup> Posteriormente, en el siglo XX, el marxismo crítico retomó los aspectos centrales de la vieja distinción alemana entre cultura y civilización, distinción a la que se le formularon dos críticas elementales. Por un lado, el hecho de abstraer la producción cultural de las condiciones histórico-sociales de producción, esto es, de las desigualdades materiales y las asimetrías sociales. Por otro lado, la escisión, el desentendimiento con que se concibió el arte respecto de la praxis y la lucha social, de la dominación político-económica. En suma, la concepción de un individuo a-social y a-político, así como los conceptos de originalidad y genialidad, aparecen para el marxismo crítico, directa o indirectamente, como componentes insoslayables de la “ideología alemana” (véase Lucács 1973; Adorno y Horkheimer 1969; Marcuse 1970).

cabeza una nube, una bruma paradójicamente brillante, sigue sus pasos y lo acompaña. Se trata de una nube inefable, que él vive como lo irracional de la belleza.<sup>4</sup>

En dos de los principales educadores de la modernidad clásica alemana, Goethe y Nietzsche, pueden identificarse todas las ideas-fuerza aquí señaladas: la crítica al racionalismo económico y científico-tecnológico moderno, la apuesta por una individualidad sustantiva y distintiva del ser sobre la burguesa configuración formal y exterior, la ponderación de la esfera artística como instancia objetiva mediante la cual el individuo puede expresar y elevar su singularidad.

De acuerdo con lo expuesto anteriormente, la romántica asimilación de la “*Kultur*” al concepto de “*Bildung*” (sin duda gracias a ese vasto movimiento intelectual) no refiere al “correcto” modelar del comportamiento ni a una formación enciclopédica. Menos todavía a los “éxitos” comerciales o políticos. El *ethos* de la *Bildung* es lo que en alemán se conoce como “lo puramente espiritual” (“*das rein geistige*”): la apuesta por la formación de la interioridad, el *cultivo* de la subjetividad, un constante señalamiento de la antítesis entre lo superfluo y lo profundo.<sup>5</sup>

En todo caso, el término *Beruf* podría ser el que más se asemeja al de *civilité* francés, si por aquél se entiende una “vocación” heterónomamente determinada y una “profesión” orientada de manera utilitaria; como una educación en los aspectos mayormente formales y objetivos – en suma, más sociables– del hombre. Mientras *civilité* destaca aquello que es común a todos los hombres, la predominancia de lo colectivo sobre lo individual, el de *Bildung* se dirige a las cualidades más distintivas y originales del individuo, para las cuales “lo social” es siempre una amenaza. En este sentido, Simmel afirmó:

El superficialismo de las personalidades simplemente libres, pensadas fundamentalmente como iguales, determina el individualismo racionalista de Francia e Inglaterra, mientras que el que se

---

<sup>4</sup> Recuérdese al respecto la importancia que tuvieron las estéticas aforística y fragmentaria en las obras de Nietzsche y Simmel respectivamente, como respuesta a los principios de método y sistema; a la fría abstracción de los pensadores del positivismo.

<sup>5</sup> “Si hay una figura central en la noción alemana de *Kultur* es el concepto de símbolo en Goethe. Aquí, el ‘símbolo’ se contrapone a la ‘alegoría’, no de la literatura clásica española, sino de la francesa [...]. El símbolo, por ejemplo, fue interior a la subjetividad y privado, mientras que la alegoría fue asociada con la publicidad de los salones, las maneras de la sociedad cortesana. El símbolo fue profundo y sus significados cargados de

dirige a la unicidad e intransformabilidad cualitativas es asunto del espíritu germánico (Simmel 1986, p. 278).

Precisamente, en el marco de la formación de la sociología interpretativa –siguiendo a Nietzsche y Goethe–, Simmel tendió, por un lado, a definir el concepto “cultura” desde una perspectiva mucho más amplia que la proveniente de la ilustración francesa; por otro lado, lo circunscribió al desarrollo personal y singular de las más puras o autónomas fuerzas vitales: aun cuando consideraba a la cultura como dualismo sintético, como amalgama y recíproca ponderación de la cultura subjetiva y objetiva, su preocupación esencial era la consumación del espíritu subjetivo, hacia la que debían orientarse –y encontrar su sentido o finalidad– las series culturales cristalizadas.

### **Georg Simmel: de la metafísica unidad al reino de la objetivación**

El concepto de cultura –tal como lo entendió el filósofo berlinés– es, probablemente, el más agudo y representativo de este “espíritu de época” alemán. Puede analizarse, a grandes rasgos, a partir de dos dimensiones: una *filosófica y metafísica* y otra *sociohistórica*.

Desde una perspectiva filosófica, Simmel definió por cultura a la elaborada formación, al *cultivo* que los individuos ejercen sobre su interioridad. El ejemplo o la metáfora más acabada parecen brindarlo los árboles frutales: de manera análoga a la acción realizada para potenciar y perfeccionar las cualidades innatas –transformando así el arbusto silvestre en peral, manzano, naranjo, etc., según el caso–, el hombre sólo *cultiva* (en un sentido estricto) aquellas fuerzas, capacidades, facultades, que se encuentran latentes y son constitutivas de su ser.

Al igual que en su trabajo sobre la vida orgánica o animal, para desarrollar la cualidad o singularidad que lo caracteriza –“su naturaleza”– el hombre se vale de la propia volición, inteligencia o sentimiento. De ello se desprende que, a diferencia de los reinos vegetales o animales, el ser humano puede hacer de su propio cultivo una *finalidad*, y establecer para ello los medios objetivos precisados (conocimientos, técnicas, herramientas disponibles), y orientar sus fuerzas volitivas en tal sentido.

En el núcleo de la concepción simmeliana de cultura se encuentran dos elementos metafísicos. Por una parte, el apremio, la aspiración del alma a realizarse o consumarse

---

sentido, mientras la alegoría fue superficial y ornamental, esto es, vacía. El símbolo fue poético, la alegoría

unitaria, armónicamente.<sup>6</sup> Por otra parte, la asimilación de la singularidad individual a la existencia de una “naturaleza” o “esencia” del ser, de un “núcleo interno originario”. Precisamente, este último aspecto resulta fundamental en su crítica de la cultura moderna, pues apunta a distinguir los elementos más distintivos y singulares de la individualidad de los superficiales y exteriores.

Pasamos entonces a la dimensión sociohistórica del concepto: el cultivo de la singularidad posee un marco temporal y espacial definido, esto es, la cultura objetiva “espiritual” y “material”: el lenguaje, los saberes y conocimientos; las herramientas técnicas, la tecnología y demás productos o artefactos.

En la medida en que la cultura subjetiva sólo puede desarrollar o expresar el alma al realizar un rodeo sobre sí misma, la cultura objetiva conforma la condición de posibilidad histórico-social de aquella, el marco y la mediación entre el ser y su cultivo; entre las singularidades individuales, su voluntad y su refinamiento.

La amplitud del concepto de cultura en Simmel resultó extraño al estrecho sentido que dicho término adquirió habitualmente en la civilización moderna: “cultivados” resultan tanto el esgrimista medieval de Japón (por la rapidez y la perfección con que ejecuta sus movimientos e incisiones) como el hindú formado en el arte del propio y ajeno deleite sexual; tanto el hombre contemporáneo que ha alcanzado un elevado conocimiento, delicadeza y capacidad en la jardinería como las tejedoras artesanales del altiplano andino, por ejemplo.

Es decir, el ideal simmeliano parece acercarse, en este sentido, a una concepción amplia, antropológica de la cultura, al tiempo que rechaza o se aleja de aquellas corrientes del siglo XIX que tendieron a restringir su significado a las “bellas artes”. Por otra parte, en la medida en que se centra en el perfeccionamiento de los aspectos más significativos y peculiares de cada individualidad, entra en clara confrontación (fundamentalmente en la modernidad) con la incorporación de capacidades, saberes, conocimientos técnicos, etc., que sólo en forma tangencial o exterior resultan valiosos para el desarrollo del núcleo vital. Como resumió el propio Simmel: “Si bien la cultura es una consumación del hombre, en modo alguno cualquier consumación es cultural” (Simmel 1986, p. 122).

---

prosaica, cuando no ensayística” (Lash 1999, p. 114).

<sup>6</sup> Por armonía parece entender Simmel tanto el desarrollo y ordenamiento equilibrado de las distintas fuerzas singulares de acuerdo a “la situación global del alma”, como al vínculo sintético o unitario entre las capacidades interiores y los elementos objetivos, entre la cultura subjetiva y la objetiva.

Tanto la formación enciclopédica como el moderno desarrollo profesional-objetivo escindido de la vocación interior conforman notorios ejemplos de la paradójica posibilidad de que el individuo “posea cultivos”, sin por ello “haberse cultivado”.

Lejos de evaluar “positivamente” el progreso técnico-científico moderno y en fuerte disonancia con los intelectuales orgánicos de la modernización y los entusiastas de la *belle époque*, Simmel llamó la atención sobre el desarrollo sociohistórico que caracteriza la cultura moderna, desarrollo que definió esencialmente como *trágico*.

Si bien el filósofo berlinés expuso a lo largo de su obra diferentes acepciones de “la tragedia cultural moderna”, suelen prevalecer dos. Por una parte, la confrontación o conflicto ineludible o irreductible entre la vida y las formas culturales. Por otra, la autodestrucción del ser, su empobrecimiento o extrañamiento interiores, a manos de sus creaciones autonomizadas.<sup>7</sup> Mientras la primera de estas acepciones puede no sólo no ser pesimista –sino que incluso, de manera inversa, puede significar una elevación de la vitalidad–, la segunda, en cambio, nos remite a la crítica sociocultural y su sombrío desarrollo.

Como conflicto o como destino que emerge de las entrañas mismas de las irrefrenables fuerzas modernizadoras, la tragedia cultural contemporánea de Simmel puede resumirse en términos cuantitativos o cualitativos.

En términos cuantitativos, Simmel señaló que la organización racional y diferenciada del trabajo generó una dinámica frenética e ilimitada de desarrollo en las series y productos culturales objetivos especializados, dinámica que generó al mismo tiempo una brecha cada más amplia entre la cultura objetiva y la subjetiva; entre los productos tan masivos como diferenciados y el acotado refinamiento o perfeccionamiento al que puede aspirar el individuo moderno.

La ampliación y especialización de las esferas objetivas contemporáneas suscitó en el espíritu subjetivo un profundo extrañamiento frente a la amplia y fragmentada cultura objetiva por dos motivos elementales. Puesto que, por una parte, a lo largo de su existencia sólo podrá acaparar una mínima proporción de ella. Por otra, la gran mayoría de estas formas y contenidos cristalizados resultan irrelevantes o innecesarios para el cultivo genuino del núcleo vital singular.

El aceleramiento de la dinámica autónoma de la cultura objetiva moderna, seguido de una vertiginosa ampliación de sus creaciones histórico-objetivas, cuya lógica de desarrollo la

escinde cada vez más de la espiritualidad subjetiva, contrasta con esa “feliz armonía” – existente en las “civilizaciones afortunadas” de la humanidad, como la antigua Grecia– entre la cultura subjetiva y la objetiva.

La escasa diferenciación característica de la vida comunitaria se traducían en una unidad orgánica y armoniosa entre la interioridad y un conjunto de conocimientos, valores, etc., poco diferenciados y fragmentados, los cuales se encontraban enlazados “como las dos olas de un río” (Simmel 1986, pp. 129 y 134; 2001, p. 39).

La tragedia cultural de índole cualitativa podría ser abordada desde dos aspectos. En primer lugar, como formación periférica o superficial del individuo y no de sus capacidades más “enraizadas”, aquello que lo singulariza. Para Simmel, el fetichismo de la técnica –la tecnocracia como piedra angular no sólo del orden económico y social moderno, sino también de la formación y acción individual– constituye un notorio ejemplo de la supremacía contemporánea de los medios sobre los fines, de los instrumentos objetivos sobre la voluntad y las capacidades humanas.

En segundo lugar, la “unilateralización” de la formación espiritual confronta con la metafísica aspiración de “armonía interior” anteriormente señalada, que sólo puede ser alcanzada a partir del cultivo y la expresión equilibrada de las múltiples “partes” o facultades que conforman el ideal yoico simmeliano<sup>8</sup>.

Si la formación clásica –orientada al desarrollo y la expresión de la interioridad, al cultivo del *valor personal* de cada ser humano– se encontraba en afinidad con la exigencia del “ordenamiento” y la “consumación” del ser sobre la base de una “interacción armoniosa” entre las facetas del individuo (conforme a la “situación global” y unitaria del alma), en cambio, la formación técnico-profesional (predominante en las sociedades modernas desde comienzos del siglo XIX) confrontaba con ella.

El ideal armónico sostenido en el plano de la interioridad como en el vínculo entre el individuo y las estructuras culturales objetivas, la metafísica comprensión de la cultura como cultivo o refinamiento de la propia “naturaleza” o “alma” y los notorios reparos a considerar la formación especializada como genuino cultivo de la individualidad: estos aspectos

---

<sup>7</sup> Para un análisis riguroso y exhaustivo de la tragedia cultural en Simmel, véase el texto de Ramos Torre (2001).

<sup>8</sup> “La unidad del alma no consiste en que abarca homogéneamente los desarrollos de cada una de sus fuerzas, sino en que las fuerzas, al desarrollarse, desarrollan el alma en su totalidad, desarrollo al que ya se ha señalado interiormente como un fin, un desenvolvimiento, en el que conspiran las facultades y perfecciones singulares”, Simmel 1934, p. 179).

presentes en la interpretación trágica de la cultura moderna parecen acercar a Simmel a los valores de la *Bildung* (Habermas 2002, p. 431; Múgica Martinea 2003b, p. 36), al tiempo que lo alejan de la *Beruf* (profesión) y su activa realización en el contexto de la división del trabajo.

¿Cuáles son, para este autor, las “causas” de la tragedia cultural moderna? Fundamentalmente, la *división del trabajo*. Pero no entendida sólo como diferenciación y especialización de la producción, sino también como la comprendía Weber, esto es, como su organización planificada y calculada, como cumplimiento formal e impersonal de las tareas sobre la base de principios técnicos, etcétera.

Y junto con la organización racionalizada y diferenciada, su *condición cultural*: la formación de un *modo de vida sistemático y objetivo* –sustentado en la intelectualización y calculabilidad de los vínculos, acciones y relaciones–, desarrigado de los aspectos más irracionales y afectivos del ser.

Al igual que en Weber, el estilo vital “ascético-intramundano” orientado al éxito social y económico, configuró las disposiciones culturales (disciplinada y sobria formación especializada, cumplimiento de las tareas, etc.) que permiten comprender, desde la vida del espíritu, la inserción del individuo moderno como un engranaje más del férreo, hermético y hasta opresivo funcionamiento maquinal de la organización capitalista del trabajo.

A la “desespiritualización” del proceso productivo capitalista (pérdida de los aspectos humanos y creativos del trabajo, los instrumentos y los productos mismos), Simmel contrapuso la singularidad y originalidad de la actividad artística o artesanal premoderna. A la jornada laboral objetiva, estricta y coercitivamente definida, el ritmo de trabajo espontáneo y asistemáticamente comprendido (definido desde el centro del ser, sus intereses y necesidades); a la autónoma, hermética e indiferente cerrazón de la máquina, la relación personal con las herramientas de trabajo también singulares; al producto impersonal o incapaz de encontrar un individuo en el cual reconocerse, el “aura subjetiva” que caracteriza a las producciones únicas.

En este sentido,

la obra de arte representa un valor cultural incomparable, porque escapa a toda división del trabajo y lo creado conserva lo más íntimo del creador. [...] Lo que en Ruskin pudiera parecer odio de la cultura es, en realidad, pasión por ella: pretende aminorar la división del trabajo, que

desubjetiviza los contenidos culturales, prestándoles una objetividad des-almada, que les hace desplazarse del auténtico proceso cultural (Simmel 1934, p. 205).

En Simmel, el arte o la esfera artística posee un doble valor. Por una parte, y al igual que en Nietzsche, se presenta no sólo como la “actividad en la que el crear llega a sí y se vuelve más transparente”, no es sólo “una forma de la voluntad de poder entre otras”, sino “la más elevada” (Heidegger 2000, pp. 77–78). Por otra parte, en el marco de la condición moderna, parece ofrecerse como el reino cultural probablemente menos alcanzado por la racionalización social.

Este último punto se encuentra, sin embargo, en oposición con la perspectiva weberiana. Para Weber, no sólo el arte –y el trabajo artístico– había sido alcanzado (al igual que la economía, la ciencia, el derecho, etc.) por dicha racionalización, sino que sólo es posible realizar una “obra valiosa”, o llegar a constituirse en una “personalidad”, a través de la especialización técnica y la profesión ascética, al interior de las estructuras legalizadas y formalizadas del mundo del trabajo.

Con todo, el “ascetismo burgués” weberiano no soslaya o ensombrece ni sus análisis críticos asociados a las “consecuencias” de la racionalización cultural y social, ni la apuesta por el desarrollo de una individualidad sustantiva, elevada y singular. Si las teorías de la modernidad de Weber y Simmel son afines en ambos puntos, no menos cierto es que ellas encuentran en las corrientes románticas y “anticivilizatorias” alemanas de los siglos XVIII y XIX un marco intelectual insoslayable para sus propias producciones.

Ramos Torre describe de manera precisa y a la vez profunda –al trazar un paralelo con el burócrata aletargado, carente de “corazón” y “espíritu” de Weber y Kafka–, el tipo de individualidad que subyace a la tragedia de la civilización moderna:

El hijo de la tragedia simmeliana sufre por desconocimiento y cansancio, por desorientación y excesivos nervios. Se ve arrojado a un mundo en el que prima lo absurdo. No grita; no se queja. [...] tampoco se atisba la dignidad del héroe. [...] Difuminado lo comunitario, sólo queda una muchedumbre solitaria de hombres que viven cansina y trivialmente un mundo que les resulta impenetrable, y del que [...] sólo pueden hallar una salida en los milagros extracotidianos de la aventura o la experiencia estética de la movilidad pura (Ramos Torre 2001, p. 53).

La ausencia de un valor o principio rector en el centro de la vida, el detenimiento o la ponderación humana de mediaciones (dinero) o principios sociales (técnica) sólo contingentes, tangencialmente vinculadas al carácter y la voluntad autónoma –en suma, la primacía de los medios objetivos sobre los fines subjetivos– se cristalizan en aquella neurastenia, extrañamiento y superficialidad característica del *homo urbanus* moderno.

Bien por la inevitable complejidad social propia de las civilizaciones contemporáneas –que lleva a los hombres a detenerse constantemente en las estaciones intermedias para alcanzar hasta las consumaciones más simples–, bien por la formalización, cuantificación e intelectualización de vida, el individuo ha perdido de su horizonte los fines capaces de otorgarle valor y sentido a la existencia.

“El delirio en que el triunfo de la telegrafía y la telefonía ha sumergido a los hombres”, advertía Simmel a comienzos del siglo XX, “hace que éstos se olviden a menudo que lo importante es lo que se ha de comunicar” (Simmel 1977, p. 609). Al igual que el marxismo, y alejándose de las corrientes más irracionistas, para Simmel las maravillas tecnológicas modernas constituyen medios legítimos y nada despreciables para alcanzar los fines individuales. El problema surge cuando la relación medios/fines se “invierte” y los primeros adquieren un carácter cosificado y autónomo, en reemplazo de los fines, y la espiritualidad humana, lejos de cultivar y expresar su singularidad, hace que la conciencia se detenga constantemente en las mediaciones objetivas.

Si el dinero –el más impersonal y abstracto de los bienes, aquel que reduce todo lo cualitativo y peculiar a lo cuantitativo, a un “común denominador”– ha trascendido el ámbito económico para expandirse como un “gas mortífero” al conjunto de las esferas sociales, ello es en detrimento del vital desarrollo de la cultura subjetivamente entendida: “Si para Nietzsche el principio *Vergesellschaftung* (socializador) destructor de la vida fue el cristianismo y sus pálidos seguidores ideológicos, la democracia y el socialismo, para Simmel éste era el mismo dinero” (Lash 1999, p. 128).

En suma, la conciencia del hombre moderno parecería detenerse en los medios, contentándose así con “tenerlo todo y no poseer nada”. Sea en el descolorido dinero, sea en la aversiva técnica, descansan los esfuerzos y valoraciones de los “últimos hombres” de las culturas maduras, incapaces de encontrar fines subjetivos que les den valor a los des-almados medios.

### **Digresión final: la mediación entre cultura subjetiva y objetiva**

La línea de trabajo aquí retomada necesita, en virtud del enriquecimiento y la problematización del análisis, relativizar algunas de sus afirmaciones, entre ellas la asimilación claramente crítica del orden moderno (racionalización, urbanización, etc.), o el pesimismo sobre las condiciones de posibilidad de un desarrollo libre y autónomo de la subjetiva “interioridad”.

Uno de los ejemplos que nos lleva a sostener tal moderación lo conforman, ni más ni menos, la literatura y el pensamiento goethiano. Si bien en Goethe los aspectos románticos y la crítica cultural resultan insoslayables (Berman 1989), también sostuvo la necesidad de articular –al acercarse o entrar en afinidad con la ética kantiana– el desarrollo sustantivo y singular de la individualidad a la división del trabajo.

En el joven Goethe, el reino subjetivo –la vitalidad y los aspectos irracionales y afectivos del ser– se erigía inconfundiblemente sobre el objetivo, es decir, las formas sociales, el modo de vida burgués. En cambio, en la madurez del poeta de Weimar, el aristocratismo espiritual dejó lugar al anhelo de que el individuo conciba al trabajo socialmente útil como un “medio legítimo” para llevar a cabo su realización personal.

En este sentido, si el *Werther* o los *Años de Aprendizaje de Wilhelm Meister* sostuvieron el ideal del héroe romántico y la formación interior o humana del ser, posteriormente, los *Años de Andanzas de Wilhelm Meister* (consolidados los aspectos formales y espirituales elementales de la modernidad occidental) bregaron por la formación unilateralizada del individuo y su objetiva realización, por medio de la “profesión ascética-intramundana”<sup>9</sup>.

Precisamente, el Goethe que asimiló el desarrollo de la individualidad cualitativa y autónoma a través de las exigencias y la utilidad social es el mentado por Weber en las páginas finales de *La ética protestante*, en su oda al moderno mundo del trabajo: “conocer la limitación al trabajo especializado y la renuncia a la universalidad fáustica”, el recíproco condicionamiento

---

<sup>9</sup> Tal como resumiera González García, “El desarrollo de Goethe desde la hegemonía de lo subjetivo hasta la objetivación del sujeto, su evolución desde la afirmación de que el sentimiento lo es todo hasta la preeminencia del obrar (crear más actuar) y del conocer, sella la transición entre la juventud y la madurez del autor. La propia vida de Goethe está, pues, marcada por el paso del sentimiento a la voluntad y representación, del idealismo de la vitalidad subjetiva al idealismo del actuar y conocer objetivos. [...] Los *Años de aprendizaje* significan la búsqueda del ideal del hombre completo, de la personalidad armónica y total. [...] Los *Años de andanzas de Guillermo Meister* [...] son un homenaje explícito a todos aquellos que, en el orden a prestar un servicio útil a la sociedad mediante su trabajo profesional, tienen que renunciar al desarrollo armonioso y equilibrado de una personalidad total” (González García 1992, pp. 97-99).

entre “‘acción’ y ‘renuncia’”, significó para Goethe, “desde la cumbre de su conocimiento de la vida” uno de los aprendizajes más importantes (Weber 2001, p. 199).

En afinidad con dichas máximas –así como con la ética kantiana, la cual reivindicó un balance entre las esferas internas y externas de la individualidad–, el “Simmel sociológico” fue proclive a señalar, en el análisis de fenómenos sociales tan variados y disímiles entre sí, las “consecuencias positivas” de la vida social y cultural moderna.

La colorida ampliación y diversificación del todo social, los círculos de asociación, las relaciones sociales y acciones individuales; el destierro de los valores tradicionales y de los restrictivos, homogéneos lazos comunitarios del modo de vida al tiempo que la subjetividad moderna gana en reflexividad y autonomía: estos aspectos llevaron a Simmel a trazar una inequívoca afinidad entre libertad, diferenciación sociocultural y la posibilidad de desarrollar una “cultura subjetiva” no sólo en su sentido formal, sino también sustantivo.

Un ejemplo de ello lo constituye la simmeliana definición de la individualidad cualitativa moderna, orientada por el *pathos de la diferencia* y que aspira a desarrollar autónomamente sus singularidades. No sólo el hombre romántico conformó una de las figuras más representativas de este individualismo. También lo fue, para Simmel, el asceta profesional.

Mientras aquél definió su individualidad de manera expresiva y contemplativa y por fuera o en rechazo no sólo del orden social, sino también de la sociabilidad misma, el segundo lo hizo activamente, en el marco de la división del trabajo, interactuando y complementándose con el resto de los individuos.

En resumen, la *Beruf* moderna simbolizó, gracias a su doble condición (vocación interior y profesión objetiva), la posibilidad de articular, por una parte, las singularidades, las disposiciones naturales del ser y su expresión o realización objetiva, a través de una función o un puesto específico. Por otra parte, representó el puente entre la individualidad cualitativamente diferenciada y la racionalización y diferenciación social, “entre la estructura y proceso vital de la sociedad, de un lado y las cualidades e impulsos individuales, de otro” (Simmel 1939, p. 49).

## **Bibliografía**

Adorno, Theodor y Horkheimer Max (1969): “Cultura y civilización”, en *La sociedad. Lecciones de sociología*, Buenos Aires, Prometeo.

Bauman, Zygmunt (1997): “El descubrimiento de la Cultura”, en *Legisladores e Intérpretes*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Ediciones.

Berman, Marshall (1989): “El fausto de Goethe: la tragedia del desarrollo”, en *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Elías, Norbert (1995): “Sociogénesis de la oposición entre ‘cultura’ y ‘civilización’ en Alemania”, en *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica.

González García, José M. (1999): *Las huellas del Fausto. La herencia de Goethe en la sociología de Max Weber*, Madrid, Tecnos.

Habermas, Jürgen (2002): “Epílogo: Simmel como intérprete de la época”, en Simmel, G.: *Sobre la aventura. Ensayos de estética*, Barcelona, Ediciones Península.

Heidegger, Martin (2000): *Nietzsche*, Barcelona, Ediciones Destino.

Jamme, Y. y otros (1998): *El movimiento romántico*, Madrid, Akal.

Lash, Scott (1999): “Symbol and Allegory: Simmel and German Sociology”, en *Another modernity. A different rationality*, Londres, Blackwell Publishers.

Lepenes, Wolf (1994): “Alemania”, en *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, México, Fondo de Cultura Económica.

Lukács, Georg (1973): “Vieja y nueva kultur”, en *Revolución socialista y antiparlamentarismo*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, n° 41.

Marcuse, Herbert (1970): “El carácter afirmativo de la cultura”, en *Cultura y Sociedad*, Buenos Aires, Sur.

Marí, Enrique (1997): *Papeles de Filosofía II*, Buenos Aires, Biblos.

Música Martinena, Fernando (2003a): “Entre la aventura y la tragedia: la compleja relación entre la subjetividad y el mundo (I)”, en Kroker, R. y Música, F.: *Georg Simmel: Civilización y Diferenciación Social (II)*, Serie de Clásicos de la Sociología– Cuadernos de Anuario filosófico, n° 4, Universidad de Navarra.

(2003b): “Entre la aventura y la tragedia: la compleja relación entre la subjetividad y el mundo (II)”, en Kroker, R. y Música, F.: *Georg Simmel: Civilización y Diferenciación Social (III)*, op. cit.

Ramos Torre, Ramón (2000): “Simmel y la tragedia de la cultura”, en *Georg Simmel en el centenario de Filosofía del dinero*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, Revista Española de Investigaciones sociológicas, nº 89.

Simmel, Georg (1923): *El conflicto de la cultura moderna*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

(1934): *Cultura femenina y otros ensayos*, Madrid, Revista de Occidente.

(1939): *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, Buenos Aires, Espasa Calpe.

(1977): *Filosofía del dinero*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos.

(1986): *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Barcelona, Ediciones Península.

(2002a): *Cuestiones fundamentales de sociología*, Barcelona, Gedisa.

(2002b): *Sobre la individualidad y las formas sociales. Escritos escogidos*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Ediciones.

Williams, Raymond (1995): “Conceptos básicos”, en *Marxismo y Literatura*, Barcelona, Ediciones Península.

## **Al borde pero sin caerse o agarrados de las falanges.**

### **Un ejercicio comparativo entre mensajeros en moto e hinchadas de fútbol**

Por José Garriga Zucal y María Graciela Rodríguez<sup>1</sup>

#### **Resumen**

Cada autor ha trabajado, en forma individual, con diferentes grupos constituidos en instancias de sus respectivas investigaciones. En un caso, con un grupo de hinchas del Club Atlético Huracán, y en otro, con un grupo de moteros (mensajeros en moto) de la ciudad de Buenos Aires. A partir de mutuas lecturas, surgieron una serie de cuestiones que exceden lo meramente descriptivo y que enriquecen las posibilidades del análisis cultural. Por un lado, la relacionada con los mecanismos de visibilidad e invisibilidad de cada grupo y, en ese marco, las razones que subyacen en estos mecanismos, sus relaciones con la sociedad en general y con los medios de comunicación en particular, y el alcance del concepto de instrumentalidad, rápidamente supuesto en este mecanismo. Por otro lado, las reflexiones consideran los marcos de los trabajos de investigación en cultura, sus matrices de análisis, sus potencialidades interpretativas y la necesidad de superar las matrices dicotómicas para avanzar en redes conceptuales abiertas al análisis de un espesor cultural más allá de la oposición cultura popular/cultura dominante.

#### **Desarrollo**

Cada uno de nosotros ha trabajado, en forma individual, con sendos grupos que hemos constituido en instancias diferentes de nuestras investigaciones, como unidad de análisis. José Garriga Zucal ha hecho su trabajo de campo con un grupo de hinchas del Club Atlético

---

<sup>1</sup> José Garriga Zucal es Doctorando en Filosofía y Letras (UBA), becario de Conicet, Magister en Antropología Social (IDES-IDAES/UNSAM) y docente de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Ha sido premiado con el segundo puesto en el concurso Mejores Tesis de Maestría IDAES-Prometeo 2006. María Graciela Rodríguez es egresada, docente e investigadora del IDAES/UNSAM, doctoranda en Ciencias Sociales (UBA) y docente también de la facultad de Ciencias Sociales (UBA) y de la facultad de Humanidades (UNLP). El siguiente texto ha sido elaborado especialmente para *Papeles de Trabajo*.

Huracán, y María Graciela Rodríguez ha trabajado con un grupo de moteros (mensajeros en moto) de la ciudad de Buenos Aires.<sup>2</sup>

A partir de mutuas lecturas y de decenas de intercambios informales, comenzamos a comparar ambos trabajos, no tanto en relación con sus resultados sino, más bien, en cuanto a las dimensiones sobre las que en cada caso nos interesó indagar y respecto de los ejes interpretativos que nos sugería cada análisis en particular. Al realizar este ejercicio comparativo (pues no se trató más que de eso, de un ejercicio), surgieron una serie de cuestiones que empezaron a exigirnos afinar cada vez más nuestras preguntas, y a la vez las miradas sobre las relaciones que la comparación ofrecía. Así, encontramos similitudes y diferencias entre ambos grupos que exceden lo meramente descriptivo para, más allá de esa obviedad, señalar(nos) otras zonas que enriquecen las posibilidades del análisis cultural. En esta presentación, nos interesa dar a conocer dos de esas zonas. Por un lado, la relacionada con los mecanismos de visibilidad e invisibilidad que en cada grupo se establecen y, en ese marco, las razones que subyacen en estos mecanismos, sus relaciones con la sociedad en general y con los medios de comunicación en particular, y el alcance del concepto de instrumentalidad, rápidamente supuesto en este mecanismo, aunque amerita una mirada más atenta. Por otro lado, las reflexiones nos guiaron hacia una segunda zona vinculada a los marcos que se seleccionan para abordar los trabajos de investigación en cultura, las matrices de análisis que surgen de cada marco elegido, lo que “abre” y lo que “cierra” cada matriz en términos de potencialidades interpretativas, y la necesidad de superar las matrices dicotómicas para avanzar en redes conceptuales abiertas al análisis de un espesor cultural más allá de la oposición cultura popular/cultura dominante. Y esto no porque pretendamos olvidar la existencia de la dominación sino porque, en el marco del ejercicio comparativo, uno de los puntos claves fue la necesidad de observar, junto con el conflicto, también los préstamos, las apropiaciones y las relaciones de complicidad y de mutua instrumentalidad. Nos interesa tomar en cuenta los modos en que estos sujetos constituyen modelos que son legítimos según sus parámetros, y que, a la vez que están ligados a relaciones de poder, pueden conformar un estilo propio. Al ensayar la comparación surgió la pregunta por los

---

<sup>2</sup> Garriga Zucal realiza una investigación etnográfica entre los miembros de la “hinchada” del club Huracán desde febrero del 2004 y Rodríguez está haciendo su trabajo de campo con “moteros” desde fines del 2003.

márgenes de autonomía para estilizar la vida de cada grupo y, en ese sentido, nos planteamos que estos márgenes están más expandidos y son más amplios que los de una mera oposición cultura popular/cultura dominante, aún cuando subyacen en ellos las relaciones de dominación. Al ser, además, estos márgenes poco claros, las relaciones entre las partes señalan que los contactos y las producciones simbólicas y prácticas emanadas de ambos son, antes que datos peculiares, espacios y elementos constitutivos de la modelización de la vida de los sujetos. El estilo forma parte, así, del contacto y del diálogo con la cultura de la sociedad “mayor” en la cual están insertos, y es desde ahí, desde esa zona de grises, que nos interesa pensar nuestro ejercicio.

Para presentar de modo claro nuestras reflexiones, en primer lugar intentaremos dar cuenta, someramente, de las diferencias y similitudes de ambos grupos estudiados; en segundo lugar presentaremos un conjunto de reflexiones que, ancladas en la comparación mencionada, focalicen sobre los mecanismos de visibilidad e invisibilidad; finalmente, avanzaremos en la presentación de algunas inquietudes que esperamos sirvan de proposición para alimentar el debate acerca de lo que habilita o inhabilita la opción por diferentes concepciones de cultura.

### **Moteros e hinchas: los pibes**

Los dos grupos puestos a consideración muestran atributos que en apariencia los asemejan y también características que los distancian. Por eso, la propuesta de este primer apartado es dar cuenta de los atributos expresivos, las lógicas de acción y el encuadre moral de ambos grupos, en atención a una suerte de clasificación “desclasificada” que, antes que una comparación dicotómica puntual, permita discriminar zonas de grises, de claroscuros y de contrastes. Esta clasificación, sin embargo, se asume provisoria y frágil porque, a medida que se ingresa en el universo de los grupos estudiados, muestra por sí misma la debilidad de sus límites, y por ende, su labilidad y porosidad, aunque también revela su potencialidad interpretativa. De modo que, ante la dificultad de someter a los grupos a una “clasificación” dicotómica cerrada, la comparación se presenta en forma de gradientes o grises de diferencias y similitudes según el eje en cuestión: los gestos “puramente expresivos”, las

prácticas orientadas a un fin o los universos morales que orientan a ambos.<sup>3</sup> Este juego de similitudes y diferencias surge de producir una discriminación que es útil solamente a los efectos analíticos. Porque lo que encontramos es un entramado más similar a un degradé que a una dicotomía de blancos y negros, donde los únicos elementos distintivos serán, indudablemente, los grises.

Incluso más, las fronteras se solapan de continuo: así como un hincha puede tranquilamente trabajar de motero, un motero puede pertenecer a una hinchada de fútbol. De hecho, una de las primeras señales que expresaban los moteros al preguntarles por los rasgos del “motero emblemático”, se compendia en este breve listado: “faso, mina, birra, hincha de Chacarita, para en el barrio”.<sup>4</sup> Por eso, en la dimensión expresiva, al comparar los rasgos que traman la presentación de sí de estos sujetos, observamos pocas diferencias y éstas aparecen, concretamente, en al menos dos sentidos (el segundo de los cuales nos conduce, inevitablemente, al límite de la discriminación analítica propuesta que comienza, así, a mostrar su carácter de simulacro). En términos de una descripción superficial, casi expresionista, pueden observarse ciertos indicadores “objetivables” tales como la vestimenta, el consumo de alcohol y de drogas, las modelizaciones de la voz y del habla y ciertas señales que manifiestan sus consumos culturales. En este punto, las similitudes son importantes y, de algún modo, oscurecen la posibilidad de discriminar atributos propios de cada grupo. Hasta aquí, aún con mínimos detalles diferenciadores, los dos grupos se asemejan bastante y podrían ser catalogados, en una rápida clasificación, dentro de lo que se ha dado en llamar la cultura del aguante (Alabarces *et al.* 2000; Alabarces 2004 y 2005). Por otro lado, ambos grupos son portadores de un repertorio de términos que ya no sólo involucra una dimensión retórica o expresiva de la presentación pública de sí, sino que atraviesa las prácticas de modos contundentes. Y sin embargo, las distancias comienzan exactamente aquí. Porque si bien los significantes de este repertorio son los mismos, cada

---

<sup>3</sup> Estilo, prácticas instrumentales y régimen moral difícilmente puedan separarse en los hechos. Hacemos esta distinción sólo a los efectos de producir una mirada más sutil que permita leer las distancias y las cercanías entre los dos grupos.

<sup>4</sup> La confrontación de este listado ideal con las prácticas efectivas de los sujetos indica que los consumos son más uniformes en el plano del imaginario que en el real, lo cual no implica que la construcción ideal no esté permanentemente sirviendo de guía o de marco a la hora de organizar sus narrativas.

uno de ellos se corresponde con diversas significaciones otorgadas y definidas desde las prácticas nativas. Así, “pibe”, “yuta”, “aguante”, “banda”, “combate”, “esquina”, “pararse”, entre otros, no responden a sentidos uniformes sino que poseen significados diferentes según el grupo del que se trate, por lo cual su valor difiere y, en consecuencia, difiere el peso que tienen respecto de la capacidad para ocupar posiciones en las redes sociales en las que intervienen.

Por ejemplo, entre los moteros la definición de jóvenes se relaciona con el uso de la categoría de *pibes*, la cual a su vez se distingue de otros usos culturales de la nominación por una posición peculiar respecto del mundo de los adultos. Porque el pibe, en este universo, no es un niño sino, más bien, un sujeto liminal. Según Archetti (1998), la categoría de pibe señala un espacio liminal, a medio camino entre los territorios legítimos (la adultez, la escuela, el estadio) y los márgenes (la niñez, el barrio, el potrero), que sostiene en lo privado un peculiar conjunto de valores. Ser pibe, en el universo de los moteros, se expresa particularmente en las formas de organizar los espacios básicos de la vida, como el trabajo o la descendencia: “Yo no quiero crecer: quiero seguir siendo pibe”, afirman. Ser adulto, en estos comentarios, no remite tanto a una condición etaria sino más bien al aburrimiento, la rutina, el “trabajo gris” y el sueldo. En un sentido, la clave de trabajar como moteros no reside en la ausencia de horarios fijos, dado que de hecho están encuadrados en un ordenamiento de pautas horarias (especialmente las de entrada), sino, más bien en que la rutinización es baja comparada con otros formatos laborales, y en que, durante la jornada laboral, encuentran tiempos de libertad relativa que les arrancan a las obligaciones. Encontrarse en la cola de un banco con un amigo, por ejemplo, e irse a tomar una cerveza permite gozar de la experiencia de la fuga del sistema, aunque sea momentáneamente.<sup>5</sup> Ser un pibe entre los moteros tiene sentido en la conformación de un estilo que les permite distanciarse de un mundo considerado careta, donde la clave estaría dada por los horarios laborales rígidos, el traje y la corbata.<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> “Y lo bueno es que yo ando por la calle, no me controla nadie. Yo me subo a la moto, me voy, y soy yo (...) La gente me dice, ‘llevame esto urgente’ y yo le digo, ‘sí, sí’ y después voy para el centro y le hago el trámite, pero también hago lo otro, ¿entendés? Yo voy tranquilo”, dice Quique.

<sup>6</sup> Desde la postura de los dueños de agencias (muchos de ellos ex-moteros) esta posibilidad no implica riesgos: “Menos laburan, menos guita”, contesta Lucas levantando los hombros a la pregunta sobre la ausencia de control. La elección laboral está tamizada, así, por la contundente negación de la rutina y por la

Por el contrario, ser un pibe en “la hinchada” es señal de pertenencia al grupo, marca que se define por la práctica de acciones violentas y, por lo tanto, no distingue jóvenes de adultos, sino a quienes se la aguantan de los que no. El aguante es el principal de los bienes simbólicos y remite al plano de la violencia en su dimensión de enfrentamiento, ya que sólo en una lucha, en una acción donde se ejerce violencia de hecho y no simbólica, se puede probar la posesión del aguante. Este bien engloba nociones de lucha corporal, de resistencia al dolor y de carencia de temor al riesgo. Estas formas de actuar sólo pueden ser probadas en una contienda corporal, en donde el cuerpo disputa el aguante. En la pelea, ya sea contra parcialidades rivales, contra la policía, entre las facciones que conforman la hinchada o entre los mismos integrantes de una facción, se dirime la posesión del aguante. El aguante es una forma típica de honor, ya que valora comportamientos y propiedades determinadas como honorables o deshonorables. Y esto es así porque en cada sociedad, en cada momento dado, el honor toma aspectos distintos con relación a las formas de vida y el sistema intelectual de cada cultura, lo que permite expresar la aprobación y desaprobación de conductas y formas de pensar (Pitt-Rivers 1980).

Así, el aguante, que es imposible de disociar de la violencia para los integrantes de la hinchada, es el valor moral que define a los pibes; valor moral que forma un estilo que los desmarca de los que no usan la violencia como señal de distinción: trompadas, cicatrices, heridas de balas de goma, formas de mover el cuerpo, gestos y cierta cadencia del habla son las señales del lenguaje del aguante. La distancia de los valores legítimos ubica a los pibes de la hinchada más allá de los márgenes de lo socialmente aceptado y, en tal sentido, parece que están ubicados en un lugar distinto del de los moteros. Sin embargo, como veremos más adelante, ambos estilos están “adentro”.

Lo cierto es que la comparación indica que, ante un mismo significante, que seguramente posee formantes históricos similares, los significados difieren. En un caso, “pibes” está relacionado con un formato laboral que requiere de la exhibición de unos atributos expresivos para oponerse a un estilo de vida considerado no deseable; mientras que en el

---

eficacia de sentirse dueños de pequeños espacios de fuga que, a modo de *tácticas de antidisciplina* (de Certeau, 1996), son usados durante la jornada laboral, es decir, dentro del encuadre. Todo esto, sin embargo, no implica “irresponsabilidad”. Aún más: muchos de ellos son padres de familia responsables, con dos, tres y hasta cinco hijos a cargo.

otro caso, está vinculado al uso de la violencia e implica una forma de ser o de estar en el mundo. Las diferencias entre prácticas y estilos diferenciados nos advierten sobre la necesidad de observar más allá de la oposición dicotómica mencionada porque, en esa oposición, la suerte de los significados quedaría vaciada de su correspondiente densidad conceptual. Podría decirse que, en general, el repertorio mencionado (sobre el cual dimos sólo un ejemplo) proviene de una suerte de “núcleo en común”, desde y hacia el cual cada elemento se va modificando, adaptando, reconfigurando, cuando los practicantes transitan de un espacio a otro. Las prácticas que remiten al uso de este repertorio no sólo nutren la significación (densa) de cada término, sino que además éste se va solapando con los significados de otras prácticas experimentadas en otros espacios culturales.<sup>7</sup> Aun cuando sea posible distinguir el uso plural de un repertorio aparentemente similar, atribuirle un “origen”, afirmar que “nació” en el ámbito del rock, del fútbol, de las prácticas políticas o de las prácticas laborales, es ciertamente difícil.<sup>8</sup>

En este sentido cobra importancia la operación de puesta en escena de la cultura del aguante por parte de los dispositivos del mercado de la cultura (Baranchuk 2005), donde el papel de los medios de comunicación se vuelve central para entender no sólo la imposibilidad de buscar un “origen”, sino también las modalidades por las cuales estos grupos quedan rotulados en el mismo marco. Y es que, en su necesidad de “balizar” las lecturas de los receptores, de dirigir la decodificación hacia “domicilios” de significados conocidos (Hall 1980), los medios producen dos operaciones que, aunque de signo opuesto, se revelan igualmente cruciales en la dinámica de captura de las prácticas populares. Por un lado, aplanan las diferencias al reducir la cultura del aguante a una serie de rasgos que remiten a la primera de las entradas analíticas y que ubicarían a los términos de ese repertorio como portadores del mismo significado entre los practicantes, ya sea que estén realicen prácticas de violencia en el fútbol, asistan a un recital de rock o transiten con sus

---

<sup>7</sup> Entendemos *experiencia*, siguiendo a Thompson (1989), en el doble sentido de vivencia y agencia.

<sup>8</sup> En todo caso, nos inclinamos por abordar la idea de “lo real”, en un sentido foucaultiano, es decir no como una instancia global a ser restituida sino como la trama de objetos sociales (un tipo de racionalidad, una forma de percibir, una tecnología, una práctica, un discurso, etc.) cuya equivalencia fundamental es similar y donde, por lo tanto, lo esencial no consiste en distinguir entre grados de “realidad” sino en comprender la articulación de los regímenes de práctica y las series de discursos que producen lo que es lícito designar como la “realidad” en un momento dado (Chartier, 1999).

motos por una manifestación política. Por el otro lado, y paralelamente, los medios producen identificadores “desde arriba” (Brubaker y Cooper 2001)<sup>9</sup> que, en tanto elementos de distinción, señalan recortes culturales identificables rápidamente como “subculturas”.

Aplanamiento y distinción son, así, dos caras de la misma moneda.

En esta suerte de escala de grises propuesta al inicio, y en concordancia con lo planteado anteriormente, las diferencias más acentuadas se observan (porque en verdad no se dejan observar) en las prácticas que podríamos llamar de supervivencia, es decir, en las formas que cada grupo tiene para sostener su vida cotidiana. Aquí las diferencias proceden de elementos tales como el acceso al mundo laboral o no, el bagaje educativo-cultural, las operaciones que se hacen con esa competencia, el ingreso a redes sociales de intercambio. Diferencias de grado y no de “sustancia”, que se solapan en una trama cultural donde los contactos, antes que las oposiciones, siguen siendo un dato relevante. De hecho, como ya se dijo, un motero puede ser miembro de la hinchada y viceversa, pero es difícil que cualquiera de ellos sea político, profesional, ejecutivo o bancario.

En el caso de los moteros, las competencias educativas y culturales adquiridas les permitieron, y les permiten, elaborar de modos creativos sus estrategias de inclusión, tanto desde el punto de vista de sus prácticas de supervivencia (concretamente las laborales), como desde el más inaprensible sistema simbólico que les sirve de contención y afirmación. En ese sentido, una práctica recurrente, que da cuenta de las posibilidades que poseen de acceder a recursos materiales y culturales, es la música, y esto tanto en su condición de oyentes competentes como de integrantes de una banda, es decir de “hacedores” y ejecutantes de sus propias músicas.<sup>10</sup> Por otra parte, para muchos de ellos el trabajo de

---

<sup>9</sup> Con el fin de desagregar la categoría de *identidad* que, en principio, aparecería poco operativizable, estos autores consideran que habría dos grandes dimensiones donde analizarla: los discursos “desde arriba” y los discursos “desde abajo”. A los primeros, en tanto interpelaciones de los sistemas de representación en general, los denominan *identificadores* porque actúan categorizando (y por ende clasificando) a los sujetos. En razón de poseer los recursos materiales y simbólicos para poder producir identificadores, el estado es uno de los productores de identificadores más poderosos. Sin embargo, tal como afirman Brubaker y Cooper, existen otros productores de *identificadores* paralelos que a veces lo contradicen y que en algunos casos pueden ser tan efectivos como el estado. En esta categoría caen, por ejemplo, los medios de comunicación.

<sup>10</sup> En efecto: muchos de ellos acusan una extrema sofisticación en la escucha y a la vez pertenecen a bandas musicales de baja proyección y repercusión mediática. Sea como bajistas, cantantes, bateristas o guitarristas, muy probablemente hayan accedido al equipamiento material y cultural necesario para la competencia musical, gracias a la particular situación histórica y económica de los 90 que, como observa Seman (2005), “combina la proyección que alcanzó por diversas vías el rock en el mundo popular, con la facilitación del

motero no es el primero que realizan y su trayectoria laboral está precedida por el desempeño en fábricas o empresas. Algunos de ellos compraron su moto con la indemnización de un trabajo anterior y otros han puesto finalmente una agencia después de trabajar de moteros por su cuenta. Los modos de inserción en el mundo laboral están indiscutiblemente ligados a la posesión de recursos materiales y simbólicos, no sólo por la capacidad de acceder a un pequeño capital para adquirir el vehículo, sino también por las tácticas<sup>11</sup> a partir de las cuales arman emprendimientos personales, las que requieren la posesión de cierto capital cultural. Por otro lado, muchos de ellos han concluido (o estuvieron a punto de hacerlo) sus estudios secundarios y algunos, inclusive, han comenzado y luego interrumpido estudios universitarios.

Para los integrantes de “la hinchada”, las competencias culturales y educativas tienen un lugar secundario en la delimitación de un estilo que se define por el conocimiento de técnicas de lucha, de resistencia al dolor y de carencia de temor. Éstas forman parte de un habitus (Bourdieu 1991) conformado en la herramienta de interacción con otros actores sociales. Es la estrategia, según Bourdieu (1988), lo que hace que se elija esa característica del habitus y que ésta pueda ser una herramienta de intercambio e interacción. Los integrantes de la hinchada son competentes en el manejo de esas cualidades: saben cómo, cuándo, dónde y ante quien exhibir las características violentas que los identifican y que los incluyen en redes sociales. Aquellos que usan de mal modo su habitus, los que andan a diestra y siniestra golpeando y matando, por ejemplo, no pueden establecer las relaciones sociales que los incluyan en redes sociales. Reconocer espacios, actores y situaciones donde exhibir sus capacidades violentas, las señales de su estilo, les permite relacionarse. Las competencias educativas y otras competencias culturales, como consumos musicales o literarios, no son importantes en su estrategia de inclusión: su estilo recorre otros caminos. Aunque es cierto que el poder de idealización señala de antemano quién puede tener más aguante que otro; por ejemplo, para los hinchas “los chetos”, aquellos que por sus condiciones económicas se supone que no tienen las experiencias delictivas y de lucha que

---

acceso a equipos de ejecución y producción musical en virtud del abaratamiento global de estos productos y la intensificación de este efecto derivada de la sobrevaluación del peso argentino, lo que permitía la importación de esos productos a precios más que accesibles”.

<sup>11</sup> Tomamos el término de *táctica* en el sentido que le da de Certeau (1996).

marcan al estilo, no se la aguantan (sin embargo siempre hay sorpresas en asuntos de piñas y aquél que parece más inofensivo puede resultar un luchador temerario).

### **Visas y coartadas**

Uno de los elementos que nos resultó más significativo al hacer el ejercicio comparativo es el que pone en juego la relación con la visibilidad o invisibilidad de cada grupo. Y este elemento también nos permite realizar una inflexión analítica. En efecto, la visibilidad se propone como una puesta en escena de los rasgos expresivos, de una cierta estilización de la vida que excede la función de ser una simple presentación de sí vacía de sentido, sino que, en ambos casos, adquiere el estatus de ser una suerte de “pasaporte” hacia otras cosas. En el caso de los hinchas de Huracán, la visibilidad es utilizada para la exhibición del capital violencia (Garriga Zucal 2005), lo que les permite ofrecerlo en el mercado simbólico compartido por quienes están vinculados a ellos en las redes de intercambio social (dirigentes políticos, punteros barriales, comerciantes, vecinos, etc.). En el caso de los moteros, la elección de un peculiar formato laboral les ofrece una coartada que ponen en juego a través de la estilización de las prácticas intrínsecas del trabajo, lo que les permite seguir considerándose *outsiders*, aquellos que no se dejan apresar por el sistema. La insistencia en señalar los rasgos del “motero imaginario” distancia el nivel de los enunciados de la dimensión de las prácticas y, a la vez, sirve como “distractor”, permite la fuga, impide su encasillamiento. Ante la pregunta por sus comienzos, uno de ellos dice: “No soy motero típico porque no empecé porque me gustaban las motos sino por necesidad”. Las indefiniciones funcionan, a la vez, como astucias para no ser encasillados y exhibir la estilización de la vida les posibilita entonces presentarse como inaprensibles y no plenamente “integrados al sistema” (Rodríguez 2005).

En suma: podría decirse que si los moteros están al borde pero sin caerse, los hinchas de Huracán están afuera pero agarrados de las falanges.

Sin embargo, esta necesidad de visibilidad no constituye un mero gesto instrumental, aun cuando, en ocasiones, pueda resultar imprescindible exhibirse primero para poder negociar después. De manera mayoritaria esta visibilidad también funciona, básicamente, como

reconocimiento hacia adentro del grupo, lo que opera a través del relato de las partidas (De Certeau 1996), es decir, de la rememoración pública de sus propias actuaciones. Esto significa que no sólo contribuyen a la cohesión interna y refuerzan la memoria grupal, sino que, además, sirven como reconocimiento social (Jelin 2003).

En el caso de los hinchas de Huracán exhibir sus prácticas violentas les asegura el respeto por parte de los compañeros. El reconocimiento tiene forma de respeto entre los integrantes de la hinchada y éste sólo se obtiene a través del aguante, de la práctica violenta. Es necesario exhibir la posesión del aguante para ganarse el respeto. Los simpatizantes de Huracán tienen un video, que intercambian entre ellos, en el que tienen grabados diferentes enfrentamientos emitidos por la televisión. En él se muestra a Coco, cinturón en mano, blandiéndolo como látigo, cuando auxiliaba a un compañero que era golpeado por la policía. Varias veces Coco comentó esta escena, lo llenaba de orgullo el haber ayudado al compañero y también aparecer en la televisión de esta forma, ya que así su accionar se volvía inobjetable. Aquellos que veían el video (re)conocían el aguante de Coco y por eso él se volvía un sujeto respetado según los parámetros grupales. Entre los moteros la función es relativamente similar, aunque con diferencias, porque en este caso los relatos deben servir, centralmente, para su confirmación con el afuera, con el mundo de los adultos.<sup>12</sup> Entonces, los relatos sobre la solidaridad, la peligrosidad o el aguante, son en sí mismos y simultáneamente relatos de autorreconocimiento y de reconocimiento. Así, Miguel relata que una vez iba en la moto por la zona de Parque Centenario, en el centro geográfico de la ciudad de Buenos Aires, y vio pasar dos motos delante, y entre seis y ocho detrás de la primera. Decidió seguirlos y llegó a Plaza de Mayo, donde confirmó que el que conducía la moto que iba adelante era ladrón y que el resto lo estaba persiguiendo. En ese momento, apareció un policía y, sin ponerse de acuerdo previamente, el grupo decidió no denunciar al ladrón. Lo más significativo de esta anécdota es el remate de Miguel, que la utiliza como excusa para comunicar el valor de la solidaridad: “Lo miré al cana y le dije ‘no, papi, queremos la moto de vuelta, no lo vas a meter en cana por eso...’”. Es el relato de la partida más que la anécdota lo que Miguel pone en juego en la entrevista, porque funciona como

---

<sup>12</sup> De allí la importancia de narrar estas anécdotas a los que, como nosotros, indagamos sobre su mundo moral.

esa señal “hacia fuera” mencionada más arriba. Nótese, por ejemplo, la utilización del vocativo “papi” y la estructura narrativa: “Lo miré y le dije...”, dos señales estilísticas que, antes que referir el acontecimiento, están marcando un (indemostrable) posicionamiento simétrico frente al poder. Esto último, y no la anécdota, es lo que Miguel pretende resaltar.

### **Juego de luces y sombras**

Por otro lado, como ya mencionamos, la estilización funciona como visa o coartada según el caso. En el universo peculiar de los moteros la necesidad de hacer visible el estilo opera como salvaguarda de sus propios valores, y también como una señal hacia “afuera”. Con ésta se pretende indicar que hay una parte de sí que los habilita a mantener una posición relativamente autónoma y sobre la que no desean claudicar. La estilización cultural se vuelve así un juego que funciona como coartada para poder enfrentar la necesaria obligación laboral. Entre los moteros el estilo no es la representación (más o menos fiel, no tiene importancia) de una “realidad” anterior, sino, parafraseando a Ehrenberg, la traducción de un imaginario. Y, más específicamente, la parte del imaginario que transforma en imagen algo completamente distinto de lo “real”. Así, podría decirse que, de modos contradictorios, el estilo invisibiliza la contundencia de la “realidad”. En el caso de los hinchas de Huracán, por el contrario, esta necesidad de visibilidad, además de reforzar, como ya se describió, el sentido de pertenencia al grupo, también sirve de “plataforma” para exhibir aquello que tienen para intercambiar. Es preciso destacar aquí que hay otros grupos, no estigmatizados por la sociedad mayor, que consideran al capital violencia moneda de cambio con un valor apreciable, y que entran en redes de intercambio con los hinchas, aunque en espacios expresamente no visibilizados. Ambas partes, hinchas y sus relaciones, sean políticos, dirigentes o comerciantes, disimulan entre sombras sus lazos personales, que sólo aparecen en los pequeños relatos, las crónicas, la historia con minúscula. En cambio, lo que se hace visible son las señales del estilo violento por parte de los hinchas y los discursos condenatorios de la violencia de aquellos que luego tienen relaciones personales con “los violentos”. Sin embargo, aquellos que condenan la violencia tienen en otros contextos otras valoraciones de las mismas prácticas. Muchos dirigentes,

políticos y vecinos se enorgullecen de socorrer a sus “amigos” de la hinchada cuando están en problemas y, al mismo tiempo, reniegan de esas relaciones en otras dimensiones de la vida pública porque pueden ser condenados desde visiones que presuponen que auxilian y sustentan a “los violentos”.<sup>13</sup>

En cierto modo, los medios comparten y construyen esta concepción hegemónica de la violencia, y definen (y al definir hacen visibles) los límites de prácticas aceptadas y prácticas no válidas. Por lo tanto prescriben lo que está bien y lo que está mal.<sup>14</sup> Pero, a la vez, las lógicas del mercado de la cultura capturan y ponen en escena eso que se requiere hacer visible. Entonces, en el caso de los hinchas de fútbol, y de maneras contradictorias, los medios escenifican un “estilo”, lo condenan y en esa misma operación vuelven visible, entre otras cosas, el capital violencia, moneda de intercambio en la red de relaciones que saltan por encima, o pasan por debajo, o por el costado, de los límites que de ese modo se edifican.

Por lo tanto, en el juego de visibilidad e invisibilidad que se dan los grupos, las diferencias mayores se relacionan no tanto con el grado de instrumentalidad del gesto, sino, más bien, con las relaciones que cada grupo establece con la cultura en general. El aplanamiento con el que los medios clasifican a algunos grupos de “subcultura” les sirve a los moteros para distinguirse de un mundo “careta” del que se resisten a ser considerados parte; a los hinchas, en cambio, les sirve para “vender” un capital simbólico que, de por sí, está

---

<sup>13</sup> Puede parecer contradictorio que la misma acción que da prestigio, desprestige al mismo tiempo. Pero no lo es. Muchos de estos actores sociales, políticos y dirigentes, interactúan en mundos morales con parámetros distintos para definir algunas prácticas. Esto produce que una acción de ayuda y solidaridad con los integrantes de “la hinchada” sea una operación que nutre de prestigio en un determinado mundo moral pero que pueda ser valorada de forma negativa en otro universo.

<sup>14</sup> El programa de televisión por cable *El Aguante* es un caso paradigmático. Este programa, que se autopostula como aquel que repone en la superficie textual televisiva el mundo moral de las bandas de hinchas, recorta este mismo objeto con el discurso objetivo e imparcial del periodismo que conecta con un discurso más general de condena a la violencia. Lo interesante de este mecanismo puesto en escena por *El Aguante* es que esta condena no aparece en forma explícita sino, más bien, por omisión y obturación. En efecto: en *El Aguante* no se trata de mostrar episodios de violencia en el fútbol junto con comentarios en off cuyos contenidos serían de tipo valorativo o prescriptivo (tal como es habitual en los noticieros o en los mismos programas de transmisión de partidos), sino que su estrategia consiste en no otorgar visibilidad a los grupos de hinchas que hacen una utilización extrema del cuerpo y que, por lo tanto, rozan el límite con los comportamientos denominados violentos, aunque sí se los nombra para condenarlos. Para ampliar ver Salerno (2005).

rotulado como ilegítimo. La visibilidad es así “coartada” para los moteros y “visa” para los hinchas.<sup>15</sup>

Además de lo que significa la exhibición para cada grupo, en la dimensión de lo que se visibiliza o invisibiliza es posible observar el juego que se da a partir de la incorporación, en el análisis, de otro elemento, relacionado con las acciones premeditadas o intencionales de los sujetos, que funcionan a modo de “llamadores” para su captura por parte de los sistemas de representación. Por cierto que en esta dimensión, el juego que cada grupo propone para exhibir u ocultar sus atributos presenta características y dinámicas bien diferentes según el caso. Y esto porque, en el encuadre de este juego no participa sólo el grupo en cuestión, más allá de que sus rasgos distintivos apunten en esa dirección. Y porque tampoco es un encuadre dispuesto solamente y “desde arriba” por los medios o por los sectores hegemónicos. Aquí el encuadre funciona a modo de arena en la cual cada grupo despliega acciones que poseen potencialidad para convocar a los dispositivos culturales a que iluminen algunos atributos u oscurezcan otros. Así, en el marco de unas reglas de juego heterónimo, cada grupo encuentra el modo de sacar provecho de las mejores cartas que tiene en la partida. Y el encuadre, por lo tanto, como parte de la misma dialéctica cultural, también se irá moviendo (Hall 1984).

Concretamente, lo que los moteros dejan en sombras es el trabajo. O, mejor dicho, la parte más rutinaria y “gris” de su trabajo: hacer trámites. Esta dimensión, la que sería la más “careta” de la vida cotidiana en el marco de su esquema, es lo que privilegian no mostrar, al priorizar y echar luz, en cambio, sobre la estilización de sus vidas, es decir sobre aquello que los marca como *outsiders*.<sup>16</sup> Y si decíamos que en el juego de luces y sombras otro actor de importancia son los medios es porque, permeables a lo “noticiable”, iluminan o ensombrecen esos rasgos de distinción. No es que los medios sean “cómplices” de alguna trama maldita, sino que son, sencillamente, sensibles a capturar lo exótico. Porque, ¿qué tendría de noticiable (y por ende rentable) un sujeto que hace trámites en horario de oficina? El estilo posee más valor de noticiabilidad. Y, por eso, se lo ilumina. Los medios

---

<sup>15</sup> Al mismo tiempo, los hinchas exhiben marcas de su estilo al “vender” su capital y los moteros se insertan en redes de solidaridad al “vender” su estilo.

<sup>16</sup> De allí su permanente táctica de inapresabilidad que permea el contacto con ellos y, por ende, el trabajo de campo.

reconocen en estos sujetos practicantes de la cultura del aguante no sólo a un grupo de consumidores ávidos, sino también a una generación post-dictatorial, rebelde y transgresora.

Sin embargo, la “transgresión” no puede limitarse a un gesto que produzca, como sugiere De Certeau, “marcas” en el territorio del Otro. Si esa transgresión no es acompañada de un gesto que le atribuya legitimidad, su eficacia se reducirá a una simple modificación simbólica, muchas veces, incluso, producida a partir de la propia captura por parte del mercado de la cultura.<sup>17</sup> Que estos sujetos sean autorreflexivos respecto de la potencialidad del estilo para obtener beneficios en su desempeño laboral es una hipótesis que, en principio, debería ser desestimada, porque la obtención de estos beneficios les jugaría más bien en contra. De hecho, y si bien no todos los moteros están sindicalizados, la relación que establece el sindicato (SIMECA) con los moteros es precaria y en su breve historia de cinco años no ha podido articular una política que dé cauce a los supuestos reclamos de mejoramiento de las condiciones de trabajo. Y esta desarticulación no fue producto de procesos de construcción identitaria desde el interior del grupo, que pueden funcionar en ocasiones, como bien lo explica Reguillo (2004), como verdaderos momentos de reflexividad, agenciamiento y empoderamiento, sino, más bien, de un destiempo entre el establecimiento de una base representativa y una repercusión mediática no buscada que confrontó diversas temporalidades. De hecho la inesperada visibilidad adquirida durante las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 en Buenos Aires, sin que éste hubiera sido un objetivo buscado de antemano, desencadenó un efecto paradójico en el sindicato. Un análisis rápido determinaría que a partir de la adquisición de una visibilidad connotada, además, de épica, el sindicato cambiaría su condición.<sup>18</sup> Pero lo cierto es que la sobrerrepresentación lograda tras aquellas jornadas no hizo más que profundizar las diferencias entre sus integrantes, al forzar un cisma que recién hoy se está empezando a recomponer. Ciertamente, en la cultura de estos pibes, una acción política que comprometa la

---

<sup>17</sup> Desde el punto de vista de los cambios subjetivos, por otra parte, la posibilidad de agencia presupone, tal como señala Ortner (2005), que el sujeto internaliza “una serie de circunstancias en las que se encuentra, reflexiona sobre ellas y, finalmente, reacciona contra ellas” (46), cosa que no está puesta en juego, al menos explícitamente, en ninguno de los dos casos.

<sup>18</sup> El SIMECA, aunque existente en ese momento, no tenía reconocimiento legal. La personería jurídica la consiguió en octubre de 2005, simultáneamente al momento de escribir esto.

subjetividad subyacente y que, entonces, se mueva en pos de la consecución de objetivos concretos acerca de la utilización del poder en forma diferencial, o que, al menos, permita redistribuir el acceso a los recursos del Estado, es vista como un valor careta y, por lo tanto, no les pertenece. En este caso, por lo tanto, la visibilidad obturó la posibilidad efectiva de concretar objetivos políticos y, más aún, obró en contra al obligar a sus integrantes a enfrentar un debate interno.<sup>19</sup>

En el caso de los hinchas de Huracán, lo que los sujetos iluminan, dejan ver, hacen visible, son sus prácticas de violencia, su estilo, que es lo que les permite “vender” su capital en el mercado de las relaciones personales. Pelearse con la policía ante las cámaras de televisión, robar protagonismo en los diarios que relatan sus “combates”, contar una y otra vez la pelea en que les robaran la bandera a “los cuervos” o exhibir una cicatriz que les evoca la mítica pelea con los de Platense son formas de alumbrar señales distintivas que los diferencian. Sin embargo, iluminar su estilo es al mismo tiempo autoestigmatizarse, señalarse como sujetos anómalos sobre los que pueden caer las fuerzas de seguridad, ya que los hinchas saben que su peculiaridad es mal vista. A pesar de eso no dejan de cantar las canciones en las que recuerdan peleas o mencionan el deseo de ajusticiar a sus rivales o a la policía. Esto no lo hacen ni porque son locos ni porque son sujetos contrahegemónicos que quieren agudizar las contradicciones del sistema, sino porque éstas son las marcas legítimas de su estilo. Legitimidad que puede entenderse si se tienen en cuenta dos cuestiones. Primero, que la violencia es parte de las experiencias cotidianas de estos actores, que afirman que los problemas se dirimen de esa forma, “a las piñas”. La violencia no se considera anormal, ya que forma parte de su cotidianidad. Lo que es foráneo es la señalización de anormalidad, y es sobre esta demarcación de anormalidad que podemos encontrar el segundo lugar donde se afina la legitimidad, dado que la elección de la violencia como marca de un estilo es sumamente efectiva al lograr distinguirse de manera radical. La efectividad de la distinción es inobjetable, ya que los hinchas logran con creces diferenciarse y rápidamente generan “otros” que los apuntan. Aunque iluminar tiene sus matices: no buscan iluminar todas sus

---

<sup>19</sup> Este debate se centra, brevemente, en que una sobrerrepresentación épica no buscada, según muchos de los propios protagonistas, no sólo no tiene correlato con las expectativas de acciones efectivas, sino que, además, funcionó condicionando al SIMECA a ocupar posiciones de alineación, antes que de confrontación, con el gobierno de turno.

prácticas por temor a la persecución judicial, sino que juegan lo mejor posible entre diferenciarse, mostrar su estilo violento y, al mismo tiempo, seguir en libertad en una sociedad de la que nunca quisieron irse.

En otras palabras, lo que los hinchas dejan en la sombra es su “trabajo”, la tarea que les permite sobrevivir pero, en este caso, por razones bien diferentes a las de los moteros. Y aquí las distancias entre ambos grupos son decididamente acentuadas. Y es que, para los hinchas de Huracán, el juego presenta aristas diferentes, más riesgosas si se quiere, porque, aun cuando las prácticas violentas pueden no ser totalmente legítimas para la sociedad “mayor”, lo que puede resultar sorprendente o llamativo es que los grupos políticos, los dirigentes de los clubes, los vecinos o los comerciantes se relacionen con los que en otras dimensiones de su vida condenan. Y es que, entre los hinchas, mostrar la posesión del capital violencia tiene como objetivo establecer interacciones. La violencia es un capital que entabla relaciones sociales con distintos actores del espacio barrial y del espacio futbolístico. Este capital, sin llegar a ser legítimo fuera del campo de los pibes, se conforma como una suma de técnicas y conocimientos que tiene una utilización posible más allá del reducido ámbito que define el campo. Los integrantes de la hinchada se ajustan a los códigos establecidos y exhiben las particularidades que los caracterizan. En el interior del grupo este ejercicio sólo posee un valor moral de delimitación de acciones válidas y no válidas, que marca los códigos de la violencia. Pero cuando este sistema de códigos se muestra fuera de los límites del grupo es parte de una exhibición que permitirá establecer o continuar con relaciones de interacción. En el caso de los hinchas de Huracán, la verdadera “estrategia” no es encontrar los momentos propicios para hacer “la muestra”, sino convertir a esta cualidad violenta en una herramienta de interacción. Transformar una característica de su habitus en una propiedad que los relaciona es, parafraseando a Bourdieu, jugar el mejor juego con las cartas que se tiene, es asegurar la (re)producción de su espacio en el mapa social.

## **Zonas grises y matrices culturales**

Nuestra intención en esta presentación es mostrar sistemas culturales abiertos y en comunicación. Creemos que en ese marco no sólo es posible observar sistemas culturales vinculándose entre sí sino también discriminar la relación entre los diversos elementos que se ponen en juego: hegemónicos, masivos, populares, laborales, de supervivencia cotidiana. Pero no como elementos que sólo juegan su juego “de las fronteras para adentro” de cada grupo y que, entonces, se convertirían en bienes de mercado, al modo en que García Canclini (1995) estima que cobran entidad de “negociables” los atributos culturales cuando entran en relaciones de intercambio. Sino, acaso lo más interesante, como elementos a los que desde los sectores considerados legítimos también se les otorga valor. Observar, por ejemplo, los investimentos públicos de ciertas elecciones grupales de vida posibilita dar cuenta de los ardidés y las astucias culturales que algunos grupos desarrollan para sortear las contradictorias fisuras de la sociedad. Por otro lado, exhibir cómo se relacionan los sistemas que hacen de la violencia una marca con otros que la rechazan permite mostrar que el “más allá” (la violencia expulsada de los límites de los sistemas racionales) tiene un pie en el “más acá” (la sociedad que estigmatiza y acusa el uso de la violencia). De hecho, la hipótesis de la posesión del capital violencia de los hinchas (Garriga Zucal 2005) permite ver más la comunicación que la disimetría entre sistemas culturales supuestamente sin relación entre sí, porque ilumina aquello que posee valor de cambio no sólo para los sujetos portadores de ese capital sino también para los que públicamente lo desvalorizan aunque les reconocen valor.<sup>20</sup> No se trata, en fin, de culturas cerradas que dialogan desde dos lugares de emisión irreductibles, sino que se trata de superficies de contacto, de porosidad, de mutua correspondencia, donde, entonces, es el sentido de lo compartido, tanto como el de lo diferente, lo que interesa a los efectos de analizar la dinámica social y cultural. En ese sentido, estas observaciones nos conducen a desestimar el uso de la analogía propuesta por Grignon y Passeron (1991) cuya matriz postula (muy resumidamente) la homologación de capitales y “haberés” para restituir luego el análisis en el marco de la

sociedad “mayor”. Una perspectiva de este tipo no permite pasar más allá de un análisis que sólo refuerce lo ya conocido, esto es, que haberes y capitales no funcionan con la misma lógica y que, puestos a jugar en el juego de la dinámica cultural, los haberes “pierden” frente a los capitales. Correcto, pero anodino, este tipo de análisis mantiene la perspectiva dicotómica y, aún cuando positivice los “haberes”, no permite ver las relaciones ni la comunicación entre las partes (que, de hecho, no son sólo dos). Puesto que no se trata de dos universos, sino de grupos diversos que construyen sus estilos en el contacto, lo cual no inhabilita a pensar el eje de la dominación, sino que la reubica, justamente, en el punto en que el contacto mismo la hace más dinámica, más compleja y con matices y texturas que en la visión dual quedan ocultas al analista. Y esto porque la hegemonía no adquiere formas dicotómicas, sino que se traduce en espacios más o menos invisibilizados que, en tanto se legitiman públicamente, comportan lógicas afines y forman parte de zonas fronterizas de la cultura. En esos espacios, más que “negociar”, se producen procesos de ósmosis, de intercambio y de redes, espacios donde, claro está, finalmente unos tienen más recursos que otros. Lo que nos importa es ver tanto qué es lo que se comparte como qué queda como resultado, porque ver lo que compartido permite analizar el resultado desde otra postura que también muestra el modo en que se comparte, y observa, en fin, la dominación en la relación misma y no entre dos entidades separadas.

### **Lo interesante de lo común**

A la manera de la costumbre de Thompson (1990), los repertorios culturales parecen imbricarse con la fuerza normativa que posee lo estatuido, lo que no sólo funciona de modo consuetudinario sino que además regula las relaciones entre las partes, aun cuando una de ellas ocupe posiciones más favorables, en relaciones disimétricas. Ante esto, las preguntas más interesantes no tienen que ver con el juego de oposiciones y diferencias sino con aquello que se tiene en común: ¿qué tienen las prácticas políticas de “parecido” a la lógica de las hinchadas de fútbol? ¿Qué comparten? Y aquello que comparten, ¿qué nos dice de

---

<sup>20</sup> La pregunta que aún queda sin responder es: entonces ¿por qué el fútbol? ¿por qué la política? ¿por qué la violencia? Y ¿qué mundos similares o compartidos hay entre los hinchas que poseen el capital violencia y los

las formas de hacer política? Y ¿por qué algunos jóvenes que encontraron un modo de estar incluidos en el sistema laboral se resisten a participar activamente en el mejoramiento de sus condiciones laborales? ¿Qué resonancia posee la cultura del aguante en ellos? ¿Y por qué se produce un retraimiento de la posibilidad de agenciamiento efectivo? Y en la vida cotidiana, ¿qué nos dicen los valores invocados y valorados por los ciudadanos “comunes” de la propia cultura?

De un modo o de otro, la “clasificación-desclasificada” que propusimos al comienzo, terminó mordándose la cola. Al final, es como si hubiéramos vuelto al principio, al lugar en donde observábamos las mayores cercanías: la dimensión puramente expresiva. Y, sin embargo, aun cuando el trayecto haya formado un círculo, sabemos ahora que lo que en apariencia los acerca finalmente los distancia. Y viceversa. Ambos grupos están “adentro”: los moteros que se muestran “afuera”; los hinchas de Huracán que ocultan su pertenencia al “adentro”. Una sutileza no menor que, invocando otro regreso (que preferimos dejar para un próximo ejercicio reflexivo), llevaría a discutir, en coincidencia con Fonseca (2005), la pertinencia de considerar en todo análisis cultural los ejes de dominación, y, en particular, los de inclusión y exclusión social, política y económica.

Por ahora esperamos haber cumplido la promesa de proponer líneas de argumentación para un intercambio académico productivo. En nuestra modesta contribución, la única certeza de la que podemos hacer gala es que la indagación sobre la cultura se muestra mucho más interesante cuando se la interroga desde las articulaciones, es decir, a partir de lo que tienen en común diversos sectores, que desde las carencias y las diferencias. Casualmente, igual que ocurre en las disciplinas académicas. Y acaso en la política. Y, ¿por qué no?, también en las novelas venezolanas. Como parece ocurrir, en fin, en la vida misma.

## Bibliografía

- ALABARCES, P. (comp.) (2005): *Hinchadas*, Buenos Aires, Prometeo.
- (2004): *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*, Capital Intelectual, Buenos Aires.
- ALABARCES, P. *et al.* (2000): “‘Aguante’ y represión: fútbol, violencia y política en la Argentina”, en: Alabarces, P. (comp.): *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO-ASDI.
- ARCHETTI, E. (1998): “El potrero y el pibe. Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino”, en: *Nueva Sociedad*, n° 154, Caracas, marzo-abril.
- BARANCHUK, M. (2005): “Mercado cultural e industrias de la comunicación y la cultura: en la búsqueda de algunas distinciones clasificatorias”, en: Luchessi y Rodríguez: *Fronteras globales. Cultura, política y medios de comunicación*, Buenos Aires, La Crujía.
- BOURDIEU, P. (1988): *Cosas dichas*, Buenos Aires, Gedisa.
- (1991): *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.
- BRUBAKER, R. y COOPER, F. (2001): “Más allá de ‘identidad’” (pp. 30-67), en: *Apuntes*, n° 7, Buenos Aires.
- CHARTIER, R. (1999): *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa.
- DE CERTEAU, M. (1999) [original 1974]: *La cultura en plural*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- FONSECA, C. (2005): “La clase social y su recusación etnográfica” (117-138), en: *Etnografías contemporáneas*, año 1, n° 1, abril, Buenos Aires.
- GARCIA CANCLINI, N. (1995): *Consumidores y Ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo.
- GARRIGA ZUCAL, J. (2005): “Haciendo amigos a las piñas. Violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol”, tesis de Maestría en Antropología Social, IDES-UNSAM, inédita.
- GRIGNON, C. y PASSERON, J. (1991): *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*, Buenos Aires, Nueva Visión.

- HALL, S. (1980): "Encoding/Decoding", en: Hall, Stuart *et al.* (eds.) *Culture, media, language*, Londres, Hutchinson.
- (1984): "Notas sobre la deconstrucción de lo popular", en: Samuels, R. (ed.): *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica.
- JELIN, E. (2003): "La escala de la acción de los movimientos sociales" (25-5), en: Jelin, E. (comp.): *Más allá de la nación: las escalas múltiples de los movimientos sociales*, Buenos Aires, Ediciones del Zorzal.
- ORTNER, S. (2005): "Geertz, subjetividad y conciencia posmoderna" (pp. 25-53), en: *Etnografías contemporáneas*, año 1, n° 1, abril, Buenos Aires.
- PITT RIVERS, J. (1980): *Antropología del honor o política de los sexos*, Barcelona, Crítica.
- REGUILLO, R. (2004): "Subjetividad, crisis y vida cotidiana. Acción y poder en la cultura" (249-270), en: Grimson, A. (comp.): *La cultura en las crisis latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO.
- RODRIGUEZ, M. G. (2005): "La infantería motorizada del pueblo. O las contradicciones de la epicidad", en: *Question*, Universidad de La Plata, invierno.
- SALERNO, D. (2005): "Apología, estigma y represión. Los hinchas televisados del fútbol", en: Alabarces, P. (comp.): *Hinchadas, op. cit.*.
- SEMAN, P. (2005): "Venganza de clases en el rock", ponencia ante el Primer Congreso Latinoamericano de Antropología, Rosario, 11 al 15 de julio.
- THOMPSON, E. P. (1990): *Costumbres en común*, Buenos Aires, Crítica.
- (1989): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, tomo I, Barcelona, Crítica.

# ¿Es posible la debilidad estatal?

## Notas de investigación en torno de la construcción del Estado en política social

Por Luisina Perelmiter<sup>1</sup>

### Resumen

A partir del análisis de las percepciones y relaciones de los agentes participantes de un microescenario de gestión en el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, este trabajo discute con los supuestos teóricos que subyacen en la “tesis de la debilidad del Estado argentino”. Alternativamente, propone considerar, antes que negar, el carácter heterogéneo y contextual de los actores y procesos involucrados en la construcción cotidiana del Estado.

### Introducción

La mayor parte de los estudios sobre el Estado argentino destaca sus incapacidades para regular las relaciones sociales y para cumplir con sus funciones sistémicas. También se señalan su falta de autonomía burocrática, sus dificultades para establecer fronteras con prácticas gubernamentales o partidarias, y sus deficiencias técnicas y administrativas. En conjunto, concluyen en lo que llamaremos “tesis de la debilidad del Estado argentino”. Nuestro objetivo es identificar los supuestos que subyacen a dicha tesis y los límites que éstos suponen para el análisis de procesos políticos, en particular, quizás, en el mundo periférico. En ese sentido, argumentaremos que en vez de evaluar la debilidad o fortaleza del Estado, podría ser fructífero utilizar una perspectiva centrada en el entramado microsocio de actores, prácticas y relaciones que hacen al funcionamiento cotidiano de aquello que llamamos Estado, o más modestamente, de alguna de sus áreas o situaciones.

En primer lugar y en consonancia con esta propuesta, analizamos los primeros emergentes del trabajo de campo en curso en un escenario estatal en particular, el delimitado por el Proyecto APAC (Apoyo a Proyectos Alimentarios Comunitarios) en el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. Desde un enfoque centrado en los participantes, basado en entrevistas en profundidad, procuramos atender a la experiencia y ejercicio de la gestión estatal tal y como sus miembros la construyen y significan. Por el momento, focalizamos la atención en los miembros de menor nivel

---

<sup>1</sup> Licenciada en Sociología (UBA), actualmente es becaria doctoral del CONICET y doctoranda en el Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. E-mail: luisina.perelmiter@gmail.com

jerárquico –técnicos locales y coordinadores intermedios– del componente AFI (Asistencia para el Fortalecimiento Institucional) del proyecto, de modo de generar hipótesis de trabajo que sirvan como criterios de selección de nuevos grupos de actores o casos. Las preguntas que han orientado este acercamiento inicial son las siguientes: ¿Qué tipo de actores y relaciones conforman la trama de la actividad cotidiana en este escenario? ¿Qué tipo de vínculo mantienen sus participantes con el ámbito estatal más amplio? ¿Cuáles son sus lugares de sociabilidad política? ¿De qué manera significan la especificidad de la práctica estatal?<sup>2</sup>.

Suponemos que la exploración empírica de estas preguntas puede contribuir a identificar las conexiones que hacen inteligible los procesos de formación y transformación de áreas estatales específicas, en este caso las de política social, y su rol en la dinámica política. Nuestra hipótesis es que, en el microescenario analizado, ese proceso está marcado por las diferencias entre las macrorrepresentaciones de la estatalidad que orientan las prácticas de los actores. Diferencias que se fundarían en las relaciones de pertenencia que los agentes mantienen con instituciones “no estatales” –organizaciones de la sociedad civil, grupos político-partidarios, grupos técnico-profesionales, movimientos sociales o sindicatos– y en los valores de legitimidad vinculados a estas conexiones. Sea entonces para desidentificarse de una idea de Estado estigmatizada en su carácter de poder jerárquico, discrecional, manipulador o ineficiente, o para identificarse con una idea de Estado legitimada en su poder racional, benefactor y transformador, los actores disputan, a veces conflictivamente, la realidad concreta del Estado. Al hacerlo, no sólo participan de la (de)construcción de sus fronteras cognitivas y prácticas, sino que las revelan como inherentemente elusivas.

En segundo lugar, exploramos las consecuencias teóricas derivadas de los emergentes empíricos. Para ello, reconstruimos las formas en que la tesis de la debilidad ha servido como caracterización del Estado argentino, identificamos sus presupuestos teóricos y esbozamos un enfoque alternativo. Dicho enfoque, básicamente, consiste en articular dos elementos presentes en la literatura especializada y en aportes más generales de la teoría social. Por un lado, en un nivel concreto, la consideración de las “agencias estatales” como *escenarios de organización contextual de la vida política*, cuya dinámica no responde a una unidad coherente de intención o de acción, sino a la interacción microsituada entre los participantes de esos escenarios, cuyos rasgos, por tanto, están constantemente “en disputa” y “en formación”. Por otro lado, la consideración del “Estado” como una idea (Abrams 1988) o macrorrepresentación (Knorr-Cetina 1981) diversamente construida, no

---

<sup>2</sup> Al momento de escribir este trabajo se habían realizado ocho entrevistas a Técnicos Locales afectados al conurbano bonaerense y cuatro a Coordinadores Intermedios.

sólo por las ciencias sociales, sino por los actores de sociedades y momentos históricos específicos, incluidos, por supuesto, los actores que participan de los escenarios institucionales del aparato del Estado.

### **Representaciones en disputa: el carácter elusivo de las fronteras estatales en política social**

Luego de la profunda crisis de legitimidad que terminó de expresarse en diciembre de 2001 y de una inestable transición política hasta la llegada de Kirchner a la presidencia, el área social del Estado adquiriría una renovada importancia política. En mayo de 2003 Alicia Kirchner es nombrada al frente del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. La ministra había manejado la política social en Santa Cruz y, como en la política provincial, asumió un rol estratégico en el esquema de poder del presidente, no sólo en términos electorales, sino también en la definición de un estilo de gestión impregnado de un discurso a la vez profesionalizado y politizado. Las ideas de una política social orientada al “desarrollo” y la incorporación de diversos actores en importantes cargos del ministerio le otorgarían a esta gestión un tono innovador y una complejidad política específica. En efecto, el ministerio presenta un mapa heterogéneo de funcionarios jerárquicos: referentes de movimientos piqueteros<sup>3</sup>; académicos, fundamentalmente provenientes de FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales); dirigentes medios de las filas kirchneristas santacruceñas; referentes políticos municipales, etc. Su visibilidad política, por otra parte, ha estado basada en el manejo de un abultado presupuesto ejecutado a través de tres ejes de política: el Programa Familias por la Inclusión Social; el “Plan Nacional de Desarrollo Local y Economía Social Manos a la Obra; y el Plan Nacional de Seguridad Alimentaria (PNSA).

Nuestro trabajo de campo se circunscribe, hasta el momento, al eje de la política alimentaria. Vale la pena mencionar que el PNSA se origina en una Iniciativa Popular, a través de una Ley Nacional (25.724) a principios de 2003. Presuntamente, la innovación organizativa del Plan es que unifica a todos aquellos planes destinados a la problemática alimentaria bajo un mismo marco, e intenta su articulación. De allí que se presente como una experiencia distinta en cuanto a su diseño e instrumentación: el trabajo coordinado entre varios ministerios nacionales, la participación activa de la sociedad civil a través de consejos consultivos locales y provinciales y una comisión

---

<sup>3</sup> Entre los más destacados, el nombramiento del “Huevo” Ceballos, dirigente del movimiento Barrios de Pie, a cargo de la Subsecretaría de Organización y Capacitación Popular. También el de Alicia Sánchez, pareja de Luis D’Elía, dirigente de la FTV (Federación de Tierra y Vivienda), como Coordinadora Nacional de Jardines Maternales Comunitarios.

nacional asesora; y la gestión asociada como ámbito de fortalecimiento de las iniciativas locales, tanto gubernamentales como no gubernamentales (López 2005, p. 19).

Por el momento, hemos focalizado la atención en los miembros de menor nivel jerárquico del componente AFI de uno de los proyectos del PNSA, el APAC (Apoyo a Proyectos Alimentarios Comunitarios). Es importante advertir que no se ha considerado el APAC en tanto unidad de análisis, sino como criterio preliminar de recorte empírico de un microescenario estatal; es decir, el APAC cuenta como *lugar* de indagación, no como objeto de estudio. Según documentos oficiales, el APAC se propone mejorar las condiciones de funcionamiento de los actuales comedores comunitarios que cuentan con financiamiento del programa FOPAR (Fondo Participativo de Inversión Social), y propiciar un proceso social que los transforme en centros comunitarios. Totaliza un monto de 11.200.000 euros y 720.000 pesos, de los cuales diez millones de euros corresponden a una donación de la Comunidad Europea<sup>4</sup>. Alcanza a los veinte aglomerados más habitados del país e involucra diecisiete ministros provinciales y ochenta y un intendentes, afecta a 248 Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC) de las 613 que presentaron su solicitud. La implementación del Proyecto prevé: 1) la realización de obras para mejorar la infraestructura de los comedores comunitarios; 2) el fortalecimiento institucional de las organizaciones responsables de la gestión de los proyectos comunitarios; 3) la puesta en marcha o apoyo a proyectos productivos vinculados a los comedores. Estas actividades se organizan en tres componentes, Asistencia para el Fortalecimiento Institucional, Obras y Emprendimientos Productivos<sup>5</sup>.

Los criterios de reclutamiento de los *técnicos locales (ATL-PI)* privilegiaron la experiencia en trabajo comunitario y, luego, la formación académica o la trayectoria en el sector público. Durante la primera parte del proyecto, su trabajo consistió en la realización de talleres con los miembros de las OSC que gestionaban los comedores, de modo de relevar las inquietudes de sus miembros. Cada uno tenía asignados tres comedores y los resultados de cada taller debían ser volcados en un informe estandarizado que se elevaba periódicamente a los coordinadores regionales. Esta primera etapa culminaba con la presentación de un Proyecto Institucional para cada comedor, a través de un modelo estandarizado. Los *coordinadores intermedios*, por su parte, integraban el equipo central

---

<sup>4</sup> En ese sentido, presenta cierta autonomía administrativa respecto de otros programas dentro del ministerio, así como procedimientos diferenciados de contratación de su personal. Cuestión relativa, ya que las remuneraciones del personal de coordinación corresponden a los recursos aportados por el Estado nacional y los procedimientos de contratación rígidos por la Comunidad Europea afectan sólo a los técnicos locales. La contratación de los técnicos ATL-PI, a quienes entrevistamos, se realizó a través de un concurso público, por cuatro meses renovables, y con dedicación parcial.

<sup>5</sup> Véase [www.proyectoapac.org.ar](http://www.proyectoapac.org.ar).

del componente, y su tarea consistía en asistir, monitorear y sistematizar los informes de los ATL-PI, así como organizar aspectos operativos y comunicativos. Viajaban regularmente a las regiones que tenían a cargo, pero tenían su lugar de trabajo en las oficinas del ministerio.

Pues bien, no es nuestra intención desarrollar el tópico de las OSC o “el tercer sector” en la Argentina. Baste señalar que, en los años noventa, este campo se expandió no sólo al calor de una demanda social desatendida desde el Estado, sino a partir de la propia demanda estatal que tercerizó servicios (Forni y Lucimeire 2006); además, su “participación” suele invocarse como criterio legitimador de las políticas sociales en tanto sustitutos de los antiguos sistemas efectores de la seguridad social (sindicatos, partidos, Estado) y como nuevas formas de sociabilidad, cuyo presunto carácter comunitario vendría a expresar un ideal alternativo, frente al Estado y el mercado, de democracia y cambio social (Draibe 1994). En la práctica, no obstante, esta retórica genera contradicciones en la determinación conceptual de las fronteras del Estado y en su valoración. Más precisamente, cuando la política social construye en las OSC un objeto de política, un sustituto legítimo de regulación social y un interlocutor “purificante”, surge, entre los agentes participantes de dichas políticas, el interrogante sobre el rol, la legitimidad y especificidad del Estado que ponen a funcionar.

Por un lado, tanto para los coordinadores como para los técnicos, el trabajo orientado hacia las OSC explicita y capitaliza una intención política democratizante. Ciertos significantes políticos como “comunidad”, “horizontalidad”, “autogestión”, “participación social” y “desarrollo local” (cuyo valor se construye *vis á vis* los atributos de las instituciones políticas tradicionales, como partidos, corporaciones o las propias agencias estatales) forman parte de un lenguaje al que los entrevistados recurren cuando refieren al contenido moral y político de su actividad.

C: Que lo que acá... lo importante... era fortalecer a las organizaciones, que tuvieran autonomía, que no dependieran exclusivamente de los recursos del Estado y tampoco de esta relación de toma y daca que tiene con algunos sectores políticos... ¿Qué lectura hago yo de todo esto? Vos te encontrás con un gobierno que pretende modificar el mapa político... ¿qué significa? Que no se apoya en el partido, digamos, que está pasando con las organizaciones?, ¿qué papel están jugando? Y esto también lo planteo la subsecretaria, de no tener esta visión naif de las organizaciones, que el trabajo social...si no que están jugando un rol político, en sentido amplio, ¿no? No partidario... De la participación en toma de decisiones...Ahora las organizaciones, muchas no tienen conciencia de esto (...) la idea es que la organizaciones sean promotores del desarrollo local (...) y yo sé lo que se dice con esto, para mí no es un discurso nada más, yo sé lo que significa...(C, coordinadora regional equipo central)

En efecto, esa intención democratizante se presenta, en particular para los técnicos locales, como desestatalización de la sociedad y de su propio trabajo. La mayoría de los técnicos pertenecen a “organizaciones sociales”. Ya sea desde una trayectoria de militancia social o barrial, desde la pertenencia activa a alguna organización (como Cáritas o Club de Leones), como miembros de sus

“propias” organizaciones, o a partir de circuitos de trabajo y formación orientados a este sector (Foros, Fundaciones, posgrados), los técnicos locales son soportes de sociabilidades políticas construidas al calor de la delegación de función estatales en la “autoorganización social” y de un discurso que construye al Estado como un espacio de regulación política en competencia con dicho sector. De allí que la estatalidad no sea reconocida como un rasgo central de sus actividades y que razonen que “deben” manifestar su compromiso personal con dichas organizaciones.

Si la legitimidad de la actividad de los técnicos consiste, precisamente, en desmarcarse de una posición estatal, ¿qué macrorrepresentaciones del Estado subyacen en dicha posición? En primer lugar, aparece como un poder externo y jerárquico del que hay que diferenciarse. En esa medida, se trata de integrarse a las organizaciones, y cultivar una relación cercana, horizontal y despojada de intenciones normativas.

H: Yo no sentí que me percibían como Estado, porque venía de Desarrollo Social... No, no... es decir, había confianza en la relación, ellos se animaban a hablar... vos si sos el Estado, te parás y no podés decir nada... se tuvo una muy buena vinculación... en los dos lugares... bien recibida en los dos lugares... Favorecieron todo y aparte ya te digo, a mí me parece bien, más que nada como persona, a mí me parece bien... lo del APAC quedo desdibujado... es decir, yo iba en representación del APAC, pero no fui como APAC, no me impuse como el APAC, en realidad les dije que venía a ayudar, no bajé ninguna línea, trabajé con lo que ellos traían, yo vengo a ayudar... Yo trabajé desde la humildad, y por eso no me vieron como Estado, trabajé desde venir al servicio de ellos... era una empleada y me habían dado un rol para trabajar con ellos, para ayudarlos... (H, técnica ATL-PI, GBA)

E: ¿Y en qué consiste tu laburo? Tenés tres comedores, ¿no?

S: No, tengo tres quilombos. No, ja ja, no, no, ¡la gente maravillosa pero con unos quilombos! En lo concreto, yo con estas organizaciones trabajé... me aparté un poco del programita del APAC... y trabajé con el entorno, amenazas del entorno... porque estaban con una situación de mucho pegoteo y mucha dependencia de todo lo que es el Estado... sobre todo del programa alimentario... Entonces, viste, hay que correrlos de ese lugar... Mi planteo es que el Estado se terminó, viste. Así, a lo bruto. Y que bueno, ¿cómo hacemos para seguir existiendo? Si el Estado no nos da más guita, ¿qué hacemos? ¿Nos ponemos una banderita de remate? (S, técnica ATL-PI, GBA)

En segundo lugar, cuando los técnicos refieren a una dimensión estatal macro, que trasciende su contexto inmediato de interacción, prima una mirada sobre el Estado estigmatizada en su articulación con la política partidaria clientelista. También aparece una crítica al carácter desordenado y fragmentario de la política social en terreno. Los técnicos reivindican cierto saber práctico construido en el terreno y en su vínculo con las organizaciones. El privilegio político de este saber también alude, en cierta medida, a un punto de vista que comulga con la realidad de las comunidades locales, frente a los tecnicismos abstractos de los decisores estatales del nivel central.

E: ¿Y cómo perciben las organizaciones al Estado?

S: Si consiguen cosas... Si el Estado da, es bueno; si el Estado no da, es lo político lo que no permite que dé... o sea, no estamos alineados con la misma estructura política, entonces no nos dan por eso... si nos da está todo bien, si no nos da, bueno, vamos a tener que militar en el kirchnerismo, ahora es la nueva. Anda a preguntarles a los piqueteros, a la gente de D'Elía lo que consiguen... Yo te digo, de donde vengo ahora, "El Ornerito", hoy la presidenta me dice, "Ay S... me llamó X..." "Qué suerte", le digo, "¿y qué te dijo?" "Que nos consiguió cinco lugares de laburo..." "¿A cambio de qué mamita?... Mirá que vas a tener que entregar tu alma al diablo..." Cuando salimos, me dice, "yo no te quise decir, pero lo que me están pidiendo es que la gente empiece a ir a los actos... que esto que el otro... Bueno", me dice, "pero yo así les consigo laburo... Todo el mundo tiene vínculo partidario, todo el mundo intenta agarrarla..." Igual cuando te digo esto, no pienso en las organizaciones del APAC... solamente... pienso en general... Y adentro de la iglesia también se les filtra... Hay todo un poder político económico que está ahí dando vuelta... (S, técnica ATL-PI)

O: Y que vayan a la realidad... porque a veces lo que hacen lo hacen sólo para justificar el sueldo. Yo creo que los programas sirven para que se justifiquen y legitimen los horarios de ellos, de ese grupezco que plantea el programa, en cada caso... los pensantes de los programas... eso lo tenés en todo el Estado... la distancia entre la realidad y los teóricos. La gente que la contratan para armar los programas... vas a ver... toques el segmento que toques, esto está presente (O, técnica local ATL-PI)

Las macrorrepresentaciones que acabamos de apuntar resultan relevantes en la medida en que otro grupo de actores estatales –los coordinadores regionales del componente AFI– las reconocen como un dato significativo y problemático. En efecto, aquello que para algunos técnicos aparece como natural y correcto, para los coordinadores regionales resulta un problema de gestión y una fuente de conflicto. Para los miembros del equipo central, la menor o mayor fortuna en la construcción de una misma pertenencia político-institucional tiene una importancia fundamental en la dinámica de las relaciones entre los agentes del proyecto y en los resultados de la política. Las dificultades para construir pertenencias institucionales unificadas respecto de los niveles más macro de la política se asocian a un "error de gestión". Error que pasa por cuestiones variadas: desde la carencia de un "encuadre sostenido", la falta de unificación de criterios políticos sobre el objetivo de las acciones, la diversidad de tipos de contratación, la falta de comunicación e información o la ineficacia de las instancias de coordinación. De este modo, la presencia o falta de estatalidad en la política comienza por ser una *experiencia* del propio lugar –adentro o afuera– de los actores que participan de políticas sociales.

C: A mí también me interesan las organizaciones, pero yo no me puedo olvidar del lugar en el que estoy, y es un error que los técnicos no se sientan "parte de"... yo creo que esto tiene que ver con las características de la contratación y esta cuestión de, digamos, vos viste, se los contrató primero cuatro meses, después seis meses... no es una cuestión, digamos, como que la percepción que ellos tienen de sí mismos es como de un agente externo y no como "parte de"... yo creo que eso es un error y no se ha laburado... (C, coordinadora regional, equipo central)

L: (...) los tipos no se sienten el Estado en el terreno, se sienten otra cosa... van deambulando de programa en programa... que sé yo... en parte tiene que ver con el encuadre sostenido... cuando vos das un encuadre a una

asistencia técnica local, al principio, *grossa*, pero después monitoreás constantemente y bajás a terreno constantemente y seguís encuadrando... y seguís repitiendo... somos parte del Plan... y eso A no lo hizo... siempre se han demandado reuniones de técnicos... se suspendieron esas instancias...o de viajar más seguido al interior... (L, coordinadora regional, equipo central)

La producción de identidad en la definición de lo que significa una “posición de acción estatal” implicaría, para los coordinadores, la “concientización” en torno de las *fronteras* que diferencien el Estado de otras instituciones. También aquí subyace cierta macrorrepresentación. Lo que en el caso de los técnicos aparece como un lugar de poder verticalista, caduco, poco respetuoso de la lógica de las organizaciones comunitarias que, naturalmente, “hay que eludir”; en el caso de los coordinadores del equipo central se manifiesta como un lugar de exterioridad y autoridad necesario de modo de producir coherencia y racionalidad en las acciones. A pesar de que se reivindica la lógica de la “gestión participativa”, el Estado es considerado portador de una legitimidad sustantiva, teóricamente definida, de la cual se puede estar más o menos advertido, pero que define objetivamente la propia posición de acción.

E: ¿Decís que es un error?

C: Yo creo que no, que nosotros también jugamos un papel político-técnico, yo me considero un cuadro político-técnico, esto no quiere decir que yo voy a ser... jamás me escucharon hablar del presidente ni muchísimo menos, pero sí del Estado, porque el Estado es mucho más que el gobierno, y esto es lo que no se entiende... Yo me siento totalmente comprometida desde este lugar, creo que podemos aportar a una transformación, fijate vos, desde este lugar, lo que implica una mirada y una acción... Yo esto, cuando te digo, yo siempre tuve claro esto... cuando llego a algún lugar, te dicen.. “ahhh, ahí viene la chica de Nación”... entonces... acá no es tanto pero en el interior es muy fuerte, tiene una implicancia muy fuerte (...) (C, coordinadora regional, equipo central)

De acuerdo con este carácter “objetivo” de la posición estatal, las disputas en torno de su legitimidad son significados como “malentendidos” o “desvíos” que, típicamente, en todo caso, recrean un error de razonamiento. Esta macrorrepresentación se manifiesta en el modo en que los coordinadores enfrentan la “falta de estatalidad” en los planteos de los técnicos locales.

L: El tema es que mirá... que en estas famosas Jornadas, de los nutricionistas, que vinieron los técnicos en terreno de Gran Buenos Aires, junto con los nutricionistas de todo el país...(...) hete aquí que los grupos de Gran Buenos Aires no eran nutricionistas nuevos, recién contratados... estaban aparte los ATL-PI, los técnicos... y no se fueron, se quedaron porque ellos también querían escuchar qué hacía el Plan Nacional en esta región... entonces se formaron dos grupos gigantes, con un nutricionista en cada lugar... la cuestión es que los técnicos empezaron a bardear, los que no son nutricionistas... de por qué no se hace esto desde el Plan, por qué no reparten alimentos... en vez del municipio... y centralizan en las organizaciones, o porque no hay programas para adolescentes... medio a bardear y esta nutricionista se rayó mal... dice... “yo no vine acá para que gente que es del Plan”, porque teóricamente somos todos del plan, “bardeen de esta manera...” porque vos podés hacer un planteo de otra manera... bueno... hubo que parar la pelota... podés hacer una propuesta desde adentro... ahí se hizo evidente la

no pertenencia y la demanda de los técnicos... desde el Tercer Sector... se identificaban más con las organizaciones que con el propio Plan (L, coordinadora regional AFI, equipo central)

Así, la dificultad para generar pertenencia respecto de los niveles macro de la política, y el carácter difuso y contextual de las fronteras entre Estado y sociedad que la propia orientación del proyecto habilita, lejos de interpretarse como un rasgo constitutivo de una forma de gestión y organización específica, termina por verse como un problema político. Como se advierte en el testimonio anterior, un momento de explicitación de este problema se dio en el marco de unas Jornadas de Capacitación<sup>6</sup> organizadas por el componente AFI.

El problema de las fronteras estatales también organiza las interpretaciones de los conflictos entre los miembros del equipo central. A pesar de que en la explicación de dichos conflictos se mencionan aspectos personales, éstos se asocian a la falta de unidad de criterios en la definición de la posición de acción.

C: ... porque X no tiene capacidad para hacerse cargo de esta responsabilidad...Porque, a ver, cuando nosotros vamos a cualquier lugar, vamos representando al Estado, somos el Ministerio, el Estado nacional, no te podés olvidar de eso... Te guste o no te guste, estés de acuerdo o no estés de acuerdo, vos representás al Estado cuando vas...

E: ¿Y por qué uno no se puede olvidar de eso?

C: ¡Y porque ese es el lugar en donde estás! ¡Vos sos parte del Estado!

E: ¿Pero qué pasó con X?

C: Y primero que es gremialista, y esto de cómo te posicionás, vos no podés ir a una reunión con organizaciones y hablar mal del ministerio... si sos el responsable regional o vas de apoyo, estás son las arbitrariedades que toma una persona ... (C, coordinadora regional, equipo central)

M: ... porque X también tiene una cosa como que se identifica con el tercer sector y con el Estado a la vez... y hace unas identificaciones medio raras...entonces no se sabe de qué lado está... si la línea que baja es del proyecto o si, como hace diez años que está en el ministerio baja otra cosa... también cada técnico del equipo central podría hacer un desbande si quisiera... X se cree, como que con la relación con las organizaciones hace un mundo aparte y es difícil controlarlo... (...)

E: ¿Por ejemplo?

M: Y... por ejemplo... su función no es tener relaciones estrechas con las organizaciones que están trabajando con los técnicos que el estaba monitoreando... que no es nada... yo también las tengo... pero bajaba información que no está bueno que baje... transparenta cosas... conflictos internos... cuestiones que desvirtúan la línea del proyecto... la línea del plan... más allá de su función... como si fueras el amigo de doña Rosa y... (B, coordinadora regional, equipo central)

<sup>6</sup> Dichas jornadas inauguraban la incorporación de técnicos locales nutricionistas en el componente AFI y fueron referidas como un momento importante en la consolidación del grupo de trabajo de AFI. A pesar de que no estaban dirigidas a los técnicos ATL-PI, los que trabajan en la zona de Gran Buenos Aires y Capital Federal fueron invitados a participar.

De esta manera, el valor legitimante de la lógica de lo comunitario y la gestión participativa instala un escenario de disputa no sólo entre actores estatales y “fuerzas de la sociedad civil”, como si fueran en verdad entidades claramente distinguibles en la práctica, sino en las relaciones cotidianas de los miembros de las políticas. Un ideal en el que subyace cierto corrimiento de una noción de racionalidad estatal jerárquica organiza un contexto de incomodidad sobre lo que “es el Estado” y lo que debería ser “actuar desde el Estado”, que constituye un elemento de (des)organización de las interrelaciones entre los “agentes estatales”.

Más allá de las dicotomías de moda: Estado/mercado o Estado/sociedad civil, lo cierto es que los escenarios estatales constituyen, ellos mismos, instancias de actualización y despliegue de este efecto de frontera. Los desacuerdos y malentendidos entre los integrantes de una política no hacen sino revelar su carácter inherentemente difuso o inconcluso, tanto a nivel cognitivo como institucional. De allí que, en vez de constatar o inferir, una vez más, la carencia de un Estado unificado en un cuerpo de funcionarios cohesionado y autónomo, o corroborar, una vez más, la tesis de la debilidad, sería interesante invertir el procedimiento analítico y preguntarse por las implicancias que las percepciones de estos actores pueden tener para revisar los supuestos sobre los que descansan dichas conclusiones.

### **Del campo a la teoría. Supuestos y límites de la tesis de la debilidad del Estado argentino**

En 1968, Nettl reflexionaba sobre el origen de la erosión del concepto de Estado en las ciencias sociales de su época, por entonces dominadas por el estructural-funcionalismo norteamericano. La coincidencia entre dicha erosión y el giro del centro de gravedad de las ciencias sociales a los Estados Unidos durante los últimos treinta años, sugería, no era un dato casual: “La relativa ‘falta de estado’ de las ciencias sociales norteamericanas coincide con la “falta de estado” de los Estados Unidos” (Nettl 1968, p. 561). Para Nettl, el tratamiento irregular del concepto de Estado se asociaba al carácter diverso de la “estatalidad” en distintas sociedades o, lo que es lo mismo, a las diferencias en las disposiciones históricas, intelectuales y culturales para adjudicarle existencia conceptual (*op. cit.*, p. 566). Si se tiene como referencia esta noción de “estatalidad”, resulta paradójico el hecho de que el Estado haya ocupado un rol analítico importante en las ciencias sociales argentinas (y en las orientaciones de los actores sociales) y al mismo tiempo haya sido caracterizado en términos negativos y residuales.

Si bien, por un lado, hasta hace poco no existía una tradición local de estudio del Estado en sus rasgos institucionales concretos<sup>7</sup>; por el otro, los estudios que proliferaron durante la década de 1960 y 1970 le asignaban un rol central en la explicación de problemas como el desarrollo económico o la inestabilidad política (Portantiero 1977; O'Donnell 1972, 1977, 1982; Cardoso 1972). Un rasgo común de estos estudios es el señalamiento de las deficiencias del Estado para cumplir con lo que se entiende son sus funciones esenciales: la implementación de proyectos socioeconómicos, la integración entre los niveles políticos y económicos de dominación social, y la producción de legitimidad y autoridad pública. Sobre la base del reconocimiento intelectual y político del rol del Estado en los procesos de modernización de las sociedades latinoamericanas, la tesis de la “crisis” o “debilidad” del Estado proporcionaba una explicación histórico-estructural de los motivos que conducían a la frustración de las expectativas de los actores involucrados en la reformulación periódica de los patrones socioeconómicos y políticos de la sociedad.

De este modo, la presunta debilidad estatal no se expresó en las ciencias sociales a través de la erosión del concepto de Estado, como en el caso de Estados Unidos e Inglaterra, sino a través de su descripción en tanto *falla sistémica*. Lo cual implicaba la utilización no sólo de un concepto de Estado, sino de una teoría general que diera cuenta de su función y práctica específica. Con muchos elementos provenientes de los aportes de Poulantzas, Gramsci y Weber, dichas perspectivas producían ricas interpretaciones históricas sobre las características de las clases y fracciones de clases, y sus modos de vinculación con el aparato estatal; no obstante, los argumentos explicativos referían a una dimensión estatal abstraída y separada de esas descripciones empíricas. A riesgo de simplificar, primaba la referencia a un concepto de Estado no reducible a las instituciones estatales, cuya funcionalidad histórica, precisamente, podía concretarse si y sólo si se presentaba como una entidad escindida de la sociedad, un tercero con autonomía relativa y racionalidad sistémica (O'Donnell 1984).

Ahora bien, durante los años ochenta y noventa, se desarrolló en los medios académicos norteamericanos una versión neomarxista del realismo organizacional cuyos abordajes se han basado, fundamentalmente, en las categorías de “autonomía potencial” y “capacidad institucional”, y en la proposición general de centrar los estudios históricos de cambio social en la variable estatal (Evans *et al.* 1999). A pesar de las consideraciones en torno de la necesidad de vincular estas categorías operativas a cuidadosas descripciones históricas, muchos de sus usos corresponden a una idealización que las convierten en un modelo normativo de eficiencia administrativa, pericia

---

<sup>7</sup> La débil tradición de estudios académicos sobre los aspectos institucionales del Estado es referida por algunos autores como un indicador de los rasgos de la cultura estatal argentina o de su bajo grado de “estatalidad”. Véase Sikkink (1993).

técnica y neutralidad política. Lo cual conduce a tipologías antinómicas de Estados débiles y fuertes, o tradicionales y modernos<sup>8</sup>.

Evidentemente, si tomamos en cuenta modelos de este tipo, deberíamos concluir que la situación de gestión analizada en el anterior apartado corresponde a un Estado débil. De hecho, análisis de dimensiones macroagregadas de las agencias estatales utilizan modelos de estas características y llegan a esta conclusión (Estevez 2001; Iacovello *et al* 2002). Recientemente, una serie de trabajos ha analizado las transformaciones del Estado en la última década (López, Corrado y Ouviña 2005; Oszlak 2000; Orlansky 2001; Zeller y Rivkin 2005; Thwaites Rey 2005; López 2005; Sidicaro 2001, 2003). En coincidencia con el postulado de que el legado institucional y político de los años noventa, antes que resolver, ha profundizado las incapacidades y falta de autonomía burocrática del Estado, estos estudios confirman, también, la tesis de la debilidad estatal. En lo que refiere al área de acción social, la privatización de la seguridad social, la descentralización de los servicios de seguridad y salud, la focalización y fragmentación de las acciones, la debilidad interestatal, la descoordinación de acciones, la falta de continuidad de los funcionarios, la primacía de criterios partidista-electoral en la utilización de los recursos, el escaso grado de coherencia de las estructuras burocráticas específicas, la falta de autonomía respecto de los organismos internacionales de financiamiento, más las prácticas asistencialistas y clientelistas, han sido rasgos que diversos analistas destacan respecto de los años noventa (Repetto 2000; Salas 1999).

Lo que aquí intentamos sostener es que los presupuestos generales de *la tesis de la debilidad estatal (o de su fortaleza) dan por sentado rasgos macroestructurales sin atender a las realidades socioantropológicas del Estado* (Rodríguez Castillo 2006); es decir, a la trama de agentes e interacciones microsituadas en que consiste su proceso cotidiano de formación, mantenimiento y transformación. Al hacerlo, no sólo desatienden procesos sociopolíticos importantes cuyo *locus* es el Estado, sino que interpretan como carencias o distorsiones realidades que podrían ser pensadas en su productividad y singularidad política.

Con productividad política nos referimos a dos cuestiones. En primer lugar, al hecho de que una aproximación que se detenga en los procesos genéticos, en curso, de formación estatal parece ser especialmente pertinente en contextos como el argentino, donde virtualmente en cada década se asiste a un nuevo colapso y refundación de las reglas del juego; y en donde la informalidad

---

<sup>8</sup> Las estilizaciones de la idea de “Estado fuerte” puede encontrarse en los trabajos de Skowronek. Entre otras cuestiones, menciona la existencia de centralización y concentración de autoridad, el control territorial, la especialización de tareas y roles, la existencia de reglas rutinarias de coordinación y cohesión de los agentes de carrera, y el talento intelectual. Para una reseña crítica véase Barrow (1993).

juega un rol importante en la experiencia, circulación y ejercicio del poder (Levitzky y Helmke 2006). En segundo lugar, a una vieja paradoja, al hecho de que el Estado argentino, aun en su histórica “debilidad”, resulta un *componente material e ideológico* central en las estrategias de las elites políticas y los actores sociales (Sidicaro 2001, 2003).

Si estas caracterizaciones nos permiten intuir la posible fecundidad metodológica de ubicar el Estado como una suerte de “laboratorio” en el estudio de la vida política local, la individualización de los presupuestos teóricos que arriban a la tesis de la debilidad de los Estados nos permitirá delinear con mayor precisión un enfoque que vincule el análisis de dicha vida política con los procesos de formación de los Estados efectivamente existentes, más allá de modelos normativos. Para ello, tomaremos como referencia principal un artículo de Grzymala-Busse y Jones Luong (2002), a propósito de la formación de Estados en los países poscomunistas y sus implicancias teóricas. Las autoras identifican cuatro problemas.

En primer lugar, *asumir que el objeto de análisis, el Estado, existe como una entidad relativamente fija y consolidada*. En el caso de las perspectivas Estadocéntricas, este presupuesto permite tomar como foco analítico las estructuras estatales y luego inferir los procesos que las vinculan con determinados *resultados* económicos o políticos. De la misma manera, las teorías preocupadas por el modo de funcionamiento de los Estados, o por evaluar si lo hacen bien, también lo consideran como una entidad establecida. No obstante, en mayor o menor medida, los procesos de formación de Estados son *dinámicos y en curso*, no resultados o factores causales mensurables de manera estática. De allí que focalizar la mirada en los *procesos* de transformación y desarrollo de Estados concretos, o de áreas específicas, pueda resultar útil en la caracterización de su naturaleza y rol en situaciones y momentos concretos. Hemos visto como el área de política social del Estado argentino no sólo se transforma al calor de su cambiante rol político en estrategias gubernamentales concretas, sino que también, a nivel micro, aparece como un proceso contextual y dinámico, donde la existencia de distintas macrorrepresentaciones sobre lo que el Estado es o debería ser vuelve difusa la definición del carácter estatal de sus agentes y acciones.

En segundo lugar, en relación con lo anterior, *asumir que el Estado es un actor unitario*. Las ideas de “autonomía” y “capacidad” estatal para describir y evaluar al Estado, por ejemplo, presuponen un actor unitario e intencional. Estas nociones sugieren una conceptualización antropomórfica, voluntarista e idealista del Estado (Mitchel 1991). Más allá de las objeciones propiamente teóricas, lo cierto es que la realidad empírica de los Estados se caracteriza por una multiplicidad de actores, domésticos e internacionales, con acceso a las agencias estatales y, en consecuencia, a su proceso de formación. Ningún agente en particular tiene influencia o autoridad uniforme a lo largo de todos

los sectores estatales, y la acción estatal no es ni centralizada ni coherente. Habrá que ver, entonces, qué actores, en qué contextos y a través de qué prácticas logran mayor o menor peso en la definición de la dinámica de formación de Estados o áreas estatales. La situación estatal analizada muestra que la reivindicación de las OSC como un sector capaz de ocupar una función legítima de regulación social alternativa al Estado provoca “desacuerdos” y “malentendidos” en torno al rol que le cabe al Estado en este proceso. Si algo parece ser claro en los testimonios de los participantes de menor nivel jerárquico del componente AFI es que la “posición estatal” no constituye aquello que los unifica, ni un marco de organización de la acción relevante para todos. La caracterización general de Estados fuertes o débiles quizá le pone una etiqueta descriptiva a esta falta de coherencia, pero impide comprenderla.

Un tercer presupuesto es *asumir la existencia de una frontera clara entre Estado y sociedad*. Un rasgo común de los estudios sobre el Estado es que, o bien dan por sentada esta frontera, o bien presuponen que el objetivo de los actores estatales es, precisamente, la producción y mantenimiento de esta frontera. Como vimos, no resulta conveniente asumir a priori que existen actores u organizaciones estatales claramente diferenciadas de actores u organizaciones sociales, ni que esas diferencias sean reconocidas por los actores que participan de la formación de Estados. Más bien, los actores construyen fronteras de manera desigual y en función de cierta idea, o lo que llamamos macrorrepresentación del Estado, en “disputa”. Vimos cómo la necesidad de los participantes por establecer las fronteras conceptuales de su práctica estatal o social es en sí un indicador de su carácter inherentemente difuso. En consecuencia, un abordaje alternativo puede explotar de forma analítica este carácter borroso, antes que negarlo. Como sugiere Mitchell, habría que preguntarse “en un área de prácticas específica, ¿cómo se crea el *efecto* de que ciertos aspectos de lo que ocurre corresponden a la sociedad, mientras que otros permanecen aparte, como Estado?” (Mitchell 1991, p. 89).

Por último, un cuarto presupuesto es *asumir que la realidad institucional de los Estados puede caracterizarse a partir del estudio de sus instituciones formales* (reglas y procedimientos escritos y oficiales) o, más precisamente, por el grado en que estas instituciones se corresponden con las prácticas efectivas. Este presupuesto tiene dos importantes desventajas. Por un lado, establece una correlación necesaria entre grado de formalidad de las instituciones y grado de fortaleza de los Estados, lo cual significa idealizar y reducir el dominio de lo estatal *al* de lo formal-legal. Por otro lado, y más importante, es que en contextos donde la informalidad juega un papel crucial en la organización de las relaciones entre actores, se desatiende la importante tarea de reconstruir, por fuera del papel, los modos en que los actores se las arreglan para, aun así, concertar o disputar

expectativas, acciones y visiones sobre sus actividades cotidianas. En ese sentido, la reconstrucción de los razonamientos y prácticas de participantes concretos de políticas estatales puede ser una puerta de entrada para la identificación de sentidos compartidos y no compartidos difícilmente observables en documentos oficiales.

En resumen, los *procesos de formación* de Estados, en particular en el mundo periférico, son permanentes, incompletos, heterogéneos, parcialmente informales y sobredeterminados. Por lo tanto, en vez de abordar el Estado como un resultado consolidado, un actor unitario o una entidad discreta –e interrogarse por lo que el Estado *es* o *hace*–, pareciera más apropiado preguntarse por cómo el Estado *deviene* (Gryzmala-Busse y Jones Luong 2002, p. 546). Esta pregunta general podría concretarse a través de distintas estrategias analíticas; aquí propusimos poner atención a *las realidades microsituadas*, es decir, a las prácticas y razonamientos de los participantes de áreas estatales específicas, y a las *macrorrepresentaciones sobre el Estado* que allí se recrean.

La principal desventaja de esta estrategia es que difícilmente describa el proceso de formación del Estado en general. En ese sentido, quizá sea menos ambiciosa que las estrategias macrosociológicas. No obstante, esta renuncia resulta congruente con las críticas que hemos puntualizado a los enfoques que parten de un concepto estático y unitario del Estado. Si se trata de dar cuenta de las dinámicas genéticas –en curso– de formación del Estado, que no tienen por qué ser homogéneas, centrarse en microescenarios concretos puede al menos proporcionar alguna pista sobre algún proceso involucrado en esa dinámica. La informalidad institucional, por otra parte, puede ser observarse mejor y reconstruirse en contextos de interacción cotidianos, donde los actores ponen a funcionar dichas reglas.

Ahora bien, ¿de qué modo se articula este foco en los microescenarios de interacción con el análisis de las macrorrepresentaciones del Estado recreadas por sus participantes? Si bien, en función de lo que venimos desarrollando, resulta teóricamente justificado asumir que la formación del Estado se juega en contextos microsociales diversos, no es menos cierto que para los actores involucrados en esos contextos, el Estado aparece como una estructura con entidad propia. Esto es así porque, evidentemente, ninguno de esos escenarios es capaz, en sí mismo, de abarcar a la totalidad de la realidad práctica del Estado y porque el Estado, como otras instituciones sociales, tiene para los actores una existencia a la vez material y cognitiva. Como argumenta Nettl (1968), el Estado existe como variable conceptual o disposición cultural de los actores de maneras variadas entre distintas sociedades y actores. También, como sugiere Abrams (1988), el Estado, con mayúscula, es en verdad un *Estado-idea*. Para este autor, el Estado existe o bien como conjunto institucional (el *Estado-sistema*), o bien como metáfora de poder. Creer que además hay un Estado (agente, relación

o función) tras el cual se esconde la verdad de las prácticas políticas, no hace más que dificultar su análisis empírico.

Al recuperar estos aportes, la pregunta sobre qué tipo de relación existe entre los microescenarios estatales (o, en los términos de Abrams, las unidades del *Estado-sistema*) y la existencia sociocultural del Estado (en tanto *Estado-idea*) puede ser abordada como un caso específico de la pregunta más amplia por el vínculo entre las dimensiones micro y macro de la vida social, problema que ha atraído el interés de la sociología en las últimas décadas (Knorr-Cetina y Cicourel, 1981), y que ha originado diversas respuestas teórico-metodológicas. Aquí tomaremos la ofrecida por Knorr-Cetina (1981), a la que denomina “hipótesis representacional” y de la que hemos tomado la noción de macrorrepresentación.

La hipótesis representacional parte de considerar la principal objeción que se realiza a las perspectivas microsociológicas: su incapacidad para dar cuenta de la forma en que distintas microsituaciones se vinculan entre sí. Ahí donde las perspectivas macrosociológicas asumen dicha interrelación como dada, las microsociológicas parecen eludir el problema, al arribar a concepciones monádicas de los microeventos que examinan. Salir del monadismo, argumenta Knorr, significa aceptar que si bien la microsociología tiene buenas razones ontológicas y epistemológicas para considerar a las microsituaciones como las unidades *sui generis* de la vida social y aducir, por tanto, que las prácticas atribuidas al Estado o a la familia deben ser estudiadas en esas situaciones, también debe reconocer que esas prácticas *trascienden* su contexto inmediato. En efecto, no hay que profundizar mucho para advertir que los actores refieren rutinariamente a ocasiones y fenómenos en un tiempo-espacio diferente, mediante el empleo de nociones en acciones cuya mutua inteligibilidad aparece basada en presuposiciones y conocimientos de instituciones sociales más amplias: el Estado, por ejemplo. En consecuencia, la salida al dilema micro-macro puede ser asumir un modelo de la realidad social compuesta por microsituaciones pero, al mismo tiempo, expandido en un elemento específico, las macroconstrucciones endógenas a esas situaciones (Knorr-Cetina 1981, p. 31).

Las macroconstrucciones son *representaciones sintéticas* sobre el conocimiento mutuo, los intereses, proyectos e intenciones de los actores de una situación, producidas a partir del ejercicio de una “vista de pájaro” o “mirada relacional”, y logradas activamente en los microescenarios de acción. De esta manera, la reconstrucción de la red de relaciones y conflictos que emergen de esas definiciones –de las formas en que los actores se convencen a sí mismos de haber logrado o utilizado la representación adecuada– puede darnos una pista del modo en que los microepisodios de un fenómeno social dado se interrelacionan entre sí (*Ibidem*, p. 33). Si

consideramos las críticas apuntadas a las concepciones del Estado como actor unitario, resultado consolidado, unidad discreta e institución formal, la exploración empírica del vínculo entre el Estado –como conjunto de *micro-interacciones situadas* en áreas de política específica– y el *Estado* –como *macro-representación lograda y disputada* por los participantes de esas interacciones– pueda quizá permitir perfilar los problemas, procesos y actores involucrados en la formación cotidiana de los Estados o de alguna de sus regiones.

## **Conclusión**

En este trabajo hemos querido hacer dos cosas. En primer lugar, mostrar un proceso de disputa en torno a la naturaleza de lo estatal, sus fronteras cognitivas y su poder tanto legitimador como estigmatizante, por parte de los miembros de una microsituación de gestión en el Ministerio de Desarrollo Social. En relación con este proceso, intentamos argumentar que los desacuerdos y malentendidos entre dichos participantes se asocian a diferentes sociabilidades políticas y a la emergencia de un discurso, en el área de políticas sociales, que considera las “organizaciones de la sociedad civil” un sector alternativo al Estado en sus funciones de regulación e integración social. Este discurso genera tensiones a la hora de definir la propia posición de acción de los agentes y está inscripto en las macrorrepresentaciones del Estado a partir de las cuales conectan sus actividades y percepciones a nivel micro con un marco institucional más amplio. Hemos visto que estas macrorrepresentaciones funcionan en ambos sentidos: para reivindicar el poder estatal o para desmarcarse de él. Si lo estatal no constituye un espacio de pertenencia institucional para los agentes estatales –que actúan en y desde el Estado, pero que se forman y socializan en otras instituciones políticas–, resulta esperable que aquello que llamamos Estado sea, en verdad, un proceso de constante formación, altamente contextual, y no un resultado consolidado al que es posible caracterizar de acuerdo con un modelo normativo. En segundo lugar, entonces, hemos procurado utilizar los emergentes empíricos analizados para revisar los presupuestos de la tesis de la debilidad del Estado argentino. No para desestimar las dimensiones empíricas a que esta tesis refiere, sino para indicar aquello que pierde de vista: los modos en que el Estado se forma y transforma al calor de los actores y procesos de la vida política más amplia que es *capaz* de introyectar en su funcionamiento institucional y en sus políticas.

## Bibliografía

- ABRAMS, P. (1988): "Notes on the Difficulty of Studying the State" (1977), *Journal of Historical Sociology*, vol. 1, n° 1, marzo.
- BARROW, C. (1993): *Critical Theories of the State. Marxist, Neo-marxist, Post-marxist*, University of Wisconsin Press.
- CARDOSO, F. H. (1972): *Estado y Sociedad en América Latina*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- ESTEVEZ A. M. (ed.) (2001): *La Reforma managerialista del Estado. Nueva gerencia pública, calidad total y tecnocracia*, Buenos Aires, Ediciones Cooperativas.
- EVANS, P., RUESCHEMEYER, D. y SKOCPOL, T. (eds.) (1985): *Bringing the State Back In*, Cambridge University Press.
- FELDER, R. (2005): "Bienaventurada Argentina. La intervención del Banco Mundial en la reforma del Estado y la promesa del reino de los cielos", en M. Thwaites Rey y A. López (eds.): *Entre tecnócratas globalizados y políticos clientelistas. Derrotero del ajuste neoliberal en el Estado argentino*, Buenos Aires, Prometeo.
- FORNI, P. y LEITE, L. (2006): "El desarrollo y legitimación de las organizaciones del tercer sector en la Argentina. Hacia la definición de un isomorfismo periférico", en *Sociologías*, Porto Alegre, año 8, °16, julio/diciembre, pp. 216-249.
- GRZYMALA-BUSSE, A. JONES LUONG, P. (2002): "Reconceptualizing the State: Lessons from Post-Communism", *Politics & Society*, vol. 30, n° 4, diciembre, pp. 529-554.
- IACOVELLO, M.; ZUVANIC, L. y TOMMASI, M. (2002): "Politización, estrategia y cultura burocrática: áreas de abordaje para la reforma del servicio civil en Argentina", *Diagnóstico institucional de sistemas de servicio civil. Diálogo Regional de Políticas, BID*, septiembre, [www.top.org.ar/publicac.htm](http://www.top.org.ar/publicac.htm)
- KNORR-CETINA, K. (1981): "The micro-sociological challenge of macro-sociology: towards a reconstruction of social theory and methodology", en Knorr Cetina & Cicourel (eds): *Advances in social theory and methodology. Towards an integration of micro and macro sociologies*, Boston, Routledge & Kegan Paul Ltd.
- LEVITZKY, S. y HELMKE, G. (eds.) (2006): *Informal institutions and Democracy. Lessons from Latin America*, The Johns Hopkins University Press.
- LOPEZ, A., CORRADO, A., y OUVIÑA, H. (2005): "Entre el ajuste y la retórica: la Administración Pública tras veinte años de reformas" en M. Thwaites Rey y A. López (eds.),

*Entre tecnócratas globalizados y políticos clientelistas. Derrotero del ajuste neoliberal en el Estado argentino*, Buenos Aires, Prometeo.

LOPEZ, A. (2005): “Los fundamentos de la Nueva Gestión Pública: lógica privada y poder tecnocrático en el Estado mínimo”, en M. Thwaites Rey y A. López (eds.): *Entre tecnócratas globalizados y políticos clientelistas. Derrotero del ajuste neoliberal en el Estado argentino*, Buenos Aires, Prometeo.

LOPEZ, G. (2005): Plan Nacional De Seguridad Alimentaria, mimeo.

MITCHELL, T.(1991): “The Limits of the State: Beyond Statist Approaches and Their Critics”, *The American Political Science Review*, vol. 85, n° 1, marzo, pp. 77-96.

NETTL, J.P.(1968): “The State as a conceptual variable”, *World Politics*, vol. 20, n° 4, pp.559-592.

O'DONNELL, G. (1982): *El Estado Burocrático-autoritario. Triunfo, derrotas y crisis*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.

O'DONNELL, G. (1972): *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires, Paidós.

O'DONNELL, G. (1984): “Apuntes para una teoría del Estado”, en O. Oszlak (comp.): *Teorías de la burocracia estatal: enfoques críticos*, Buenos Aires, Paidós.

ORLANSKY, D. (2001): *Política y Burocracia. Argentina 1989-1999*, Documentos de Trabajo n° 26, Instituto de Investigaciones Gino Germani, noviembre.

OSZLAK, O. (2000): “El mito del Estado mínimo: Una década de reforma estatal en la Argentina”, ponencia presentada ante el IV Congreso Internacional del CLAD sobre Reforma del Estado y de la Administración Pública, Santo Domingo.

PORTANTIERO, J. C. (1977): “Economía y política en la crisis argentina”, en *Revista Mexicana de Sociología*, n° 2.

REPETTO, F. (2000): “Gestión pública, actores e institucionalidad: las políticas frente a la pobreza en los ‘90””, en *Desarrollo Económico*, vol. 39, n° 156, enero-marzo, pp. 597-618.

RODRIGUEZ CASTILLO, L. (2006): “Reflexiones socioantropológicas sobre el Estado”, en *Perfiles Latinoamericanos*, n° 28, julio-diciembre, pp.186-212.

SIDICARO, R. (2001): *La crisis del Estado. Y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1989-2001)*, Buenos Aires, Libros del Rojas, Universidad de Buenos Aires.

SIDICARO, R. (2003): *Los tres peronismos. Estado y poder económico (1946-55/1973-76/1989-99)*, Buenos Aires, Siglo XXI.

SIKKINK, K. (1993): “Las capacidades y la autonomía del Estado en Brasil y la Argentina. Un enfoque neoinstitucionalista”, en *Desarrollo Económico*, vol. 32, n° 128.

THWAITES REY, M. (2005): “Tecnócratas vs. Punteros: nueva falacia de una vieja dicotomía: política vs. administración”, en M. Thwaites Rey y A. López (eds.): *Entre tecnócratas globalizados y políticos clientelistas. Derrotero del ajuste neoliberal en el Estado argentino*, Buenos Aires, Prometeo.

ZELLER, N. y RIVKIN, A. (2005): “La burocracia argentina: nuevos procesos de trabajo y flexibilidad en las relaciones de trabajo” en M. Thwaites Rey y A. López (eds.): *Entre tecnócratas globalizados y políticos clientelistas. Derrotero del ajuste neoliberal en el Estado argentino*, Buenos Aires, Prometeo.

# La rearticulación del bloque de poder en la Argentina de la post-convertibilidad

Por Ricardo Ortiz (UBA) y Martín Schorr (CONICET-FLACSO)<sup>1</sup>

## Resumen

El propósito central de este trabajo es delinear los elementos centrales que hicieron posible la cohesión social post-convertibilidad en la Argentina, su conformación, sus características y sus límites, ya que el “modelo del dólar alto” vigente desde la devaluación del año 2002 evidencia que en muchos aspectos se afianzaron las posiciones estructurales de ciertas fracciones de la clase dominante, y fortalecieron en muchos aspectos la lógica socioeconómica desindustrializadora, extranjerizante, concentradora y socialmente regresiva de las últimas décadas. Se indaga aquí acerca de las principales líneas de continuidad y de ruptura que cabe identificar entre la fase actual y el período anterior en lo atinente a la dinámica de la acumulación del capital en la Argentina y, estrechamente ligado a ello, la fisonomía y el comportamiento de las diferentes fracciones de clase que integran el bloque de poder.

## I. Introducción

La recesión iniciada en la Argentina a mediados de 1998 fue el punto de partida para la crisis del régimen de la convertibilidad. Las restricciones financieras que originó el *shock* externo (debe recordarse el proceso de reflujo de los capitales internacionales a partir de la serie de crisis originadas en Indonesia, Brasil y Rusia) fueron determinantes a la hora de explicar las complicaciones de un patrón económico que requería del financiamiento externo del balance de pagos como base de su propia lógica de funcionamiento.

Efectivamente, el mantenimiento de la convertibilidad demandaba que la importante salida de divisas al exterior generada por la fuga de capitales, la remisión de utilidades de las firmas extranjeras, el pago del endeudamiento externo –público y privado–, el

---

<sup>1</sup> Para contactarse con los autores: ricky\_ortiz@hotmail.com y schorr\_martin@yahoo.com.ar.

déficit de la balanza comercial y el turismo se compensara mediante un mayor ingreso de capitales. Dado que los ingresos por Inversión Extranjera Directa (IED) y exportaciones no alcanzaba a cubrir el saldo de las importaciones ni las otras salidas de divisas, la Argentina se volvió crecientemente dependiente de las inversiones de cartera y préstamos. Así, la acumulación de reservas de divisas producida bajo la convertibilidad estuvo sustentada esencialmente en la colocación de deuda externa pública<sup>2</sup>.

La Argentina se convirtió así en un espacio nacional para la obtención de enormes ganancias financieras, tanto para agentes económicos nacionales como extranjeros. Los cambios ocurridos en el sector bancario, de seguros y sus actividades relacionadas permitieron aceptar la circulación de distintos tipos de inversiones, y fortalecieron el lugar hegemónico que ocupaban los representantes de los grupos financieros locales y extranjeros en la economía nacional, conjuntamente con las empresas de servicios públicos privatizados y el capital extranjero en general.

El período transcurrido entre los años 1998 y 2001 fue el de la desarticulación política de una “comunidad de negocios” (Basualdo 2000) en la que los grupos económicos locales se subordinaron a las fracciones anteriormente mencionadas, aunque hasta bien avanzada esta crisis del “modelo de la valorización financiera”, los enfrentamientos entre estos grupos no adoptaron una forma abierta en el ámbito del Estado. En este sentido, durante el gobierno de la Alianza se expresaron gradualmente las dificultades por evitar una crisis en la que, por un lado, la administración De la Rúa intentaba acordar con los organismos financieros internacionales y con el gobierno de los Estados Unidos el apoyo externo, mientras por el otro se iba constituyendo una heterogénea coalición de intereses que en las jornadas de diciembre de 2001 y en los primeros meses de 2002 fue cohesionándose como una fuerza social hegemónica por poderosos y viejos –aunque *aggiornados*– actores del bloque de poder de la Argentina.

El propósito central de este trabajo es el de delinear los elementos centrales que hicieron posible esta nueva cohesión social, su conformación, sus características y sus límites, ya que el “modelo del dólar alto” vigente desde la devaluación del año 2002 evidencia que

---

<sup>2</sup> En efecto, mientras que el sector privado, en el período 1992-99, fue deficitario en sus transacciones con el resto del mundo por todo concepto, el sector público colocó más deuda externa que la requerida por sus propios pagos en divisas (Damill 2000).

en muchos aspectos se afianzaron las posiciones estructurales de ciertas fracciones de la clase dominante, y fortalecieron en muchos aspectos la lógica socioeconómica desindustrializadora, extranjerizante, concentradora y socialmente regresiva de las últimas décadas. Se trata, en última instancia, de indagar acerca de las principales líneas de continuidad y de ruptura que cabe identificar entre la fase actual y el período precedente en lo atinente a la dinámica de la acumulación del capital en la Argentina y, estrechamente ligado a ello, la fisonomía y el comportamiento de las diferentes fracciones de clase que integran el bloque de poder<sup>3</sup>.

## **II. La estrategia de la “fracción devaluacionista” ante la crisis de la convertibilidad**

Es evidente que un cambio discursivo comenzó a generarse con creciente fuerza entre los sectores dominantes de la Argentina a partir de las devaluaciones en el sudeste asiático (1997) y Brasil (1999), en coincidencia con el comienzo de una acentuada recesión económica en el orden local a mediados de 1998, que tendría hondas repercusiones sobre ciertas fracciones del bloque de poder, en especial aquellas cuya dinámica de acumulación y reproducción ampliada del capital se apoyaba en lo sustantivo en torno de la actividad manufacturera: caída en las ventas internas, fuerte disminución en la tasa de ganancia, dificultades crecientes para exportar y para seguir beneficiándose de la especulación financiera en el frente interno, etc. Ello, a diferencia de lo sucedido en la crisis de 1995, cuando las firmas líderes prosiguieron con el fuerte proceso de expansión y acumulación que habían venido registrando desde el lanzamiento de la convertibilidad (Schorr y Wainer 2005). Fue en ese momento cuando los representantes de la industria –o, como les gusta autodenominarse, los “sectores de la producción”– reclamaron en forma manifiesta medidas que compensaran la sobrevaluación del peso: “Hace siete años que no se toca el tipo de cambio y mientras

---

<sup>3</sup> En este trabajo se utilizan de modo indistinto los términos *bloque de poder* y *bloque dominante*. Tales conceptos hacen referencia a “la unidad contradictoria particular de las clases o fracciones de clase dominantes, en su relación con una forma particular del Estado capitalista... Es aquí donde el concepto de hegemonía puede aplicarse a una clase o fracción dentro del bloque en el poder. Esa clase o fracción hegemónica constituye en efecto el elemento dominante de la unidad contradictoria de las clases o fracciones políticamente dominantes, que forman el bloque en el poder... La lucha de clases, la rivalidad de intereses entre esas fuerzas sociales, está presente allí constantemente, conservando esos intereses su especificidad antagónica” (Poulantzas 2001).

tanto en el mundo pasaron cosas. Hay que tomar medidas urgentes; por ejemplo, la suspensión de los aportes patronales: sería una devaluación compensada”<sup>4</sup>.

A lo largo de esos años (1998-2001) se fueron conformando dos bloques alrededor de los que giraron las disputas por el sentido que adquiriría la salida de la crisis: por un lado, sectores del “empresariado productivo” agrupados en torno de la UIA y, por el otro, buena parte del sector financiero local y las empresas privatizadas. De manera externa a estos dos núcleos se encontraba el principal representante institucional de los acreedores externos: el Fondo Monetario Internacional (FMI), que, tras tener una posición inicial a favor del mantenimiento de la convertibilidad, finalmente terminó cerrando filas detrás de la salida devaluacionista.

Desde la perspectiva prodevaluación, en el empresariado argentino las voces calificadas fueron haciéndose escuchar. En esa línea, el grupo económico Techint cumplió un rol más que destacado a la hora de criticar el “modelo” –más allá de que éste lo había beneficiado ampliamente–, y fueron sus propios directivos los que llevaron más lejos el ataque al “1 a 1”. Así lo sintetizó Roberto Rocca:

Todo el mundo se da cuenta de que el tipo de cambio [fijo] es un problema. Éste no es momento para tocar el tipo de cambio. Pero cuando esté consolidado el próximo gobierno, no tendría que haber inconvenientes en poder anunciar con tranquilidad un régimen de fluctuación cambiaria, como fluctúa el yen contra el dólar, o el marco contra el dólar, o las monedas europeas entre sí, y no pasa nada. El Brasil pudo devaluar con éxito porque nunca tuvo ese problema psicológico que existe en la Argentina, pero que en algún momento se va a superar (*Página/12*, 19/8/99).

Este mensaje, lanzado dos meses antes de las elecciones nacionales que determinaron la derrota del candidato oficialista, tenía como destinatarios tanto a éste como al de la oposición (De la Rúa), ya que en ninguna de las dos fuerzas políticas se planteaba la salida de la convertibilidad, sino por el contrario, la búsqueda del fortalecimiento de los

---

<sup>4</sup> Declaraciones del por entonces presidente de la Unión Industrial Argentina (UIA), Claudio Sebastiani, *Clarín*, 24/3/98. En el mismo sentido opinaba otro integrante del Consejo Directivo de esa entidad, Ignacio de Mendiguren: “Si la competitividad de las empresas se ataca desde afuera con estas devaluaciones [se refiere a las acaecidas en otros países]... llegará un momento en que habrá que discutir la convertibilidad” (*Clarín*, 19/8/98).

*fundamentals* del “modelo”, a través del apoyo externo (organismos financieros internacionales, Grupo de los 7, etc.), para dar una “señal positiva a los mercados” y revertir la recesión.

Frente al nuevo gobierno, los sectores prodevaluación intentaron una estrategia dual: en el corto plazo, apostar a las “devaluaciones indirectas” y, con un objetivo cuya concreción les insumiría un poco más de tiempo, impulsar la conformación de una fuerza social de mayor alcance.

Para la primera de las metas, prontamente propusieron la mejora de la competitividad externa de las exportaciones vía una disminución de los costos mediante la rebaja de los aportes patronales, el congelamiento del salario mínimo y la flexibilización de las condiciones de trabajo, algo que obtuvieron en forma paulatina, incluso a través de medios ostensiblemente ilegales y que derivaron en una fuerte crisis política como el escándalo de las “coimas” en el Senado para la aprobación de las leyes de flexibilización laboral, que incluyó la renuncia del vicepresidente de la Nación. También con la creación de una “canasta de monedas” que reemplazaría al dólar como único referente del peso convertible.

Para el segundo objetivo, el más estratégico, se hacía necesario que el “frente por la devaluación” se extendiera más allá de los sectores empresariales (industriales y algunas entidades agropecuarias) y se acercara a las representaciones de los trabajadores, a buena parte de la clase política y a otros ámbitos (como la Iglesia). No alcanzaba, para ello, con reclamar la rebaja de los costos empresarios a costa del ingreso de los asalariados. Hacía falta asentar un discurso integrador, que rescatara del imaginario social ciertos valores positivos que refirieran a la defensa de “la producción”, “la industria”, “el trabajo”, el “regreso del Estado”, “la Nación”, todos ellos en oposición a las características del “modelo” que habían generado la crítica situación social y económica: “la especulación financiera” y la “extranjerización”, principalmente. Estos planteos estaban formulados de una manera general e interpelaban a un amplio conjunto de grupos sociales a los que, a fines del año 2000, el presidente de la UIA, Osvaldo Rial, los definía de la siguiente manera:

La sociedad, los industriales, los productores agropecuarios, los pequeños comerciantes, los trabajadores, los sectores de la cultura y los religiosos debemos entender que de la

crisis salimos con un modelo que estimule la producción y el poder adquisitivo de la gente (*Clarín*, 24/11/00).

La “salida devaluacionista” de la convertibilidad pudo congregar a muy diversos sectores articulándose en lo ideológico-discursivo sobre la valorización de los mencionados conceptos, los que, por la propia naturaleza de los objetivos del capital concentrado interno que conducía dicho bloque social, estaban definidos de una manera un tanto *peculiar*. Se insistía en que la convertibilidad y el anclaje cambiario habían sido el origen de todos los males, sin hacer mención al proceso de reformas estructurales que habían sido introducidas como el “caballo de Troya” de las políticas económicas de los años noventa (Nochteff 1999). Así, se eliminaba del diagnóstico un elemento central que determinaba gran parte de las graves condiciones sociales y económicas de finales de la década y que apuntalaron la crisis de 2001. Ignacio de Mendiguren (UIA) lo expresaba de esta manera:

La vulnerabilidad externa se fue agudizando a lo largo de los años noventa como consecuencia de la falta de una política de desarrollo de los sectores productivos y del empresariado nacional, que determinó un significativo déficit comercial, transferencias crecientes de utilidades y dividendos, un aumento vertiginoso del endeudamiento externo; [de allí que] la pérdida de competitividad del sector productivo argentino es una realidad innegable. Desde los inicios de la década de los noventa, se generó una distorsión en los precios relativos de los sectores transables que se tradujo en una apreciación de la moneda nacional y la consiguiente pérdida de competitividad (UIA, 2001).

Los planteos por un “nuevo modelo económico”, sustentados sobre la modificación del tipo de cambio, contaron con el creciente apoyo de amplios sectores del espectro político-sindical nacional y de buena parte de la “comunidad académica” local e internacional (Schorr 2001). Con la mira puesta en construir una fuerza social capaz de impulsar y convalidar este “proyecto productivo”, se insistió en que con él se podría mejorar el ingreso de los sectores populares y se beneficiaría principalmente a las pequeñas y medianas empresas, al vincular más fuertemente, a medida que se profundizaba la crisis, las ideas de “devaluación” y de “redistribución del ingreso”.

La conformación del denominado Grupo Productivo fue la primera etapa en este proceso de acumulación de fuerzas. En septiembre de 1999 (un mes antes de las elecciones presidenciales) la Unión Industrial Argentina, la Cámara Argentina de la Construcción y las Confederaciones Rurales Argentinas se constituyeron como grupo de presión y referencia político-empresaria de esta posición prodevaluación. Su nacimiento fue a la vez expresión de la crisis de otro agrupamiento representativo de intereses empresarios, el Grupo de los Ocho (que reunía a las tres entidades mencionadas más las dos asociaciones de bancos, la Bolsa de Comercio de Buenos Aires y la Cámara Argentina de Comercio) que, hegemónico por el sector financiero y comercial, había tenido una fuerte presencia al apoyar las políticas públicas neoconservadoras de los años noventa.

Un segundo paso fue la articulación paulatina de intereses con la clase política local, a partir de la relación establecida con una fracción del Partido Justicialista. Si bien el candidato oficial para las elecciones presidenciales de 1999, el entonces senador nacional Eduardo Duhalde, no proponía la salida de la convertibilidad, incorporó a sus listas de candidatos a diputados al presidente de la UIA, Osvaldo Rial. El Grupo Productivo sostuvo que ello no implicaba un acuerdo político con esa fracción del PJ, sino que la candidatura era a título de “extrapartidario”. De todos modos, la paulatina imbricación de intereses políticos y económicos se cimentó en la polarización de posiciones que iba generando la profundización de la crisis durante los años 2000 y 2001. En efecto, a fines de 2000 Duhalde le propuso a un grupo de empresarios nacionales organizar un “movimiento productivo multipartidario y multisectorial”, por fuera de los partidos políticos, con el fin de presionar al Gobierno de la Alianza para que aplicara políticas que favorecieran a los sectores “vinculados a la producción” (*Clarín*, 22/12/00). Además de Ignacio de Mendiguren y Osvaldo Rial, de la UIA, estuvieron presentes representantes de la Confederación General Económica (CGE), la Cámara Argentina de la Mediana Empresa (CAME), la Sociedad Rural Argentina (SRA), las Confederaciones Rurales Argentinas (CRA), la Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa (CARBAP), la Cámara Argentina de la Construcción (CAC), la Confederación Intercooperativa Agropecuaria (CONINAGRO) y la Federación Agraria Argentina (FAA).

Al mismo tiempo, la vinculación con el PJ le sirvió al Grupo Productivo para allanar su relación con distintas fracciones del sindicalismo peronista, especialmente el encabezado por Hugo Moyano del sindicato de camioneros. A mediados del año 2000, el Grupo Productivo y la CGT-Moyano<sup>5</sup> coincidían en que la “salida productiva” implicaba la necesidad de una devaluación de la moneda doméstica, y buscaban el apoyo de otros sectores políticos como ciertos estamentos de la Unión Cívica Radical (que integraba el gobierno de la Alianza) encabezados por Raúl Alfonsín y también de la Iglesia católica, a través de la Pastoral Social dirigida por monseñor Rodolfo Bufano<sup>6</sup>. Desde otras fracciones del poder económico se buscó resolver la crisis mediante una profundización de la convertibilidad. Para ello se propuso la dolarización de la economía, sobre todo por parte de los sectores empresarios altamente favorecidos durante el gobierno de Carlos Menem (empresas privatizadas y del sector financiero) y por la ortodoxia neoliberal (como el Centro de Estudios Macroeconómicos de la Argentina, CEMA)<sup>7</sup>. Las características de esta propuesta y de los actores económicos que la apoyaron fueron los factores que finalmente terminaron por unir a los grupos devaluacionistas. En efecto, si se identificaba la convertibilidad como la matriz de la cual se desprendían los problemas, su profundización implicaría consolidar aún más la crisis. Así lo manifestaron la UIA y la CGT en un documento conjunto:

Más allá de las obvias razones de autonomía y dignidad nacional, [la dolarización] significaría privarnos para siempre de instrumentos esenciales de política económica. Abandonaríamos definitivamente la posibilidad de tener política monetaria. La Argentina pasaría a importar definitiva y pasivamente la política monetaria de los Estados Unidos y

---

<sup>5</sup> La Confederación General del Trabajo estaba dividida en dos grupos (ambos peronistas), uno encabezado por Hugo Moyano, opositor al gobierno de la Alianza, y otro por Rodolfo Daer (del sindicato de la alimentación), de tendencia más “dialoguista”.

<sup>6</sup> Recuérdense, en tal sentido, las declaraciones de Duhalde en relación con la necesidad de “desplazar a la comunidad financiera” como requisito para “hacer un país industrialista” a partir de la celebración de una “concertación patriótica” que agrupara a empresarios de la producción, los trabajadores y la clase política (*Clarín, La Nación y Página/12*, 15/10/01); las de Moyano, en el sentido de que el abandono de la convertibilidad vía una devaluación del peso, así como la conformación de un “frente productivo”, constituían requisitos indispensables para revertir la crisis económica (*La Nación*, 3/10/01); y las del ex presidente Alfonsín, quien en plena “crisis terminal” del régimen convertible señaló: “No creo que el ministro de economía, Domingo Cavallo, esté pensando en una devaluación, ni tampoco veo interés en Estados Unidos, pero de veintisiete mil millones de pesos sólo quedan diecisiete mil y si sigue ahondándose este proceso, la devaluación terminará dándose de hecho” (cita extraída de la edición del 6/1/04 de *El Cronista Comercial*).

<sup>7</sup> Transitoriamente también tuvieron apoyo de una parte de la comunidad financiera internacional, aunque el FMI finalmente optó por desentenderse de esta propuesta y dejar avanzar la salida devaluacionista.

a depender de su fase del ciclo económico y de su aumento de productividad (*Clarín*, 9/12/01).

El tercer momento fue el del conflicto abierto entre los dos proyectos, uno que intentaba cristalizar las relaciones de fuerza emergentes de la economía de los años noventa, y otro que procuraba realizar cambios al interior del bloque dominante. Ambos coincidían en que la salida de la crisis debía recaer fundamentalmente sobre las espaldas de los asalariados. El enfrentamiento de estas fracciones por la hegemonía al interior del bloque se saldó con la movilización popular como el arma fundamental de una de ellas (la devaluacionista). Para lograrlo resultó esencial la identificación de un enemigo (el “sector financiero”, la “especulación”, la “extranjerización de la economía”, etc.), que pudo ser vinculado al elemento detonante de la crisis (el corralito bancario) y una propuesta difusa que retomaba valores positivos para proyectarlos en una superación de las dificultades (“la Nación”, “el trabajo”, etc.). De este modo lo expresó el presidente provisional Eduardo Duhalde en enero de 2002: “Mi gobierno pondrá fin a la alianza del poder político con el poder financiero, que perjudicó al país, para sustituirla por una alianza con la comunidad productiva” (*Clarín*, 5/1/02). Para llevar adelante este “modelo productivo”, creó el Ministerio de la Producción, cuyo primer titular fue De Mendiguren, quien repitió el discurso que venía sosteniendo acerca de las “virtudes” del nuevo régimen, el cual debería recomponer el ingreso de los sectores populares: “Vamos a reconvertir a los sectores productivos para que tengan valor agregado dentro de una economía abierta, competitiva y globalizada pero de manera exitosa y no para desintegrarnos en ella. Queremos una visión estratégica que nos dé mejores salarios, como hacen otros países” (*Clarín*, 18/1/02).

De todos modos, esta perspectiva no hizo más que retomar, a partir de un nuevo nivel del tipo de cambio (muy superior, en términos reales, al vigente durante la convertibilidad), la vieja teoría del “derrame”, según la cual la recomposición de las ganancias de una parte de la gran burguesía local y de otras fracciones de los pequeños y medianos empresarios productores de bienes transables se trasladaría en parte a los asalariados y la creación de empleo. Ahora bien, en términos estrictos y concretos, la “distribución del ingreso” tal como lo planteaban los sectores devaluacionistas implicaba que la masa de ganancias generada por la economía argentina se

redistribuyera –a partir de los efectos generados por la devaluación– hacia las grandes empresas exportadoras y, en muy menor medida, hacia las pequeñas y medianas industrias que habían logrado sobrevivir al cepo de la convertibilidad. Al final, el impacto de la devaluación sobre los ingresos de los sectores populares sería absolutamente regresivo, debido a la valorización en divisas que tuvieron los alimentos y a la inflación; así, no se mejoró sino que se agravó la situación de los sectores populares.

En síntesis, frente a la creciente crisis de acumulación que experimentaba el capital concentrado interno (ya que para una parte importante de la burguesía no podía garantizarse el funcionamiento de la economía y una tasa y regularidad de acumulación capitalista) sumada a la crisis política y de régimen<sup>8</sup>, el grupo devaluacionista logró generar un esquema de alianzas sociales mucho más sólido, inclusivo y plural en su integración que el que conformaron los impulsores de la opción dolarizadora. Para ello fue primordial que ganara la disputa ideológica (identificación del origen y las razones de la crisis) y que se concentrara la solución en una sola medida: la modificación del tipo de cambio. Al no plantearse con similar claridad otros lineamientos de la política futura (sólo se hacían menciones generales a la “distribución del ingreso”), estos últimos fueron interpretados de acuerdo con lo que cada fracción social deseaba o intentaba lograr. Quien pudiera hegemonizar el movimiento social y lograra organizarlo detrás de sus propuestas sería quien llenara de contenido esa reivindicación. En las condiciones de debilidad de los sectores populares propios de tres décadas de políticas neoliberales, la dirección estuvo en manos de los grupos económicos locales y los conglomerados extranjeros productores de bienes transables y orientados a la exportación<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> Aquí se retoman algunas de las interesantes propuestas teóricas de O'Donnell (1982) relacionadas con la caracterización de las crisis en general.

<sup>9</sup> El discurso “proindustria nacional”, “proempleo”, “proredistribución progresiva del ingreso”, etc., elaborado y difundido por los sectores agrupados alrededor del Grupo Productivo contrasta marcadamente con las posturas esgrimidas desde el “bloque dolarizador”. Al respecto, resulta de interés traer a colación un tramo del discurso con el que el entonces titular de la Asociación de Bancos de la Argentina, Eduardo Escasanny, inauguró la Reunión Anual de dicha institución en junio de 2001: “Más allá del diseño de las políticas más adecuadas para recuperar el crecimiento [entre otras: reforma del Estado, disminución significativa del gasto primario consolidado, eliminación de algunos impuestos y reducción de ciertas alícuotas impositivas, “modernización” de los servicios educativos y de salud], hay una cuestión previa a resolver, que por su trascendencia no podemos dejar de mencionar. Esta cuestión concierne a la vigencia de la Ley, requisito central para una convivencia civilizada. Efectivamente,

En consecuencia, se terminó por dar la “paradoja” de que si bien la fracción del gran capital que ejerció la conducción del armado del “bloque devaluacionista” tenía por diversas razones menos poder económico que sus contrincantes (por su relativamente bajo peso en la estructura productiva doméstica a raíz de la fenomenal extranjerización de los años noventa, por ocupar un lugar marginal en el mercado mundial, etc.), logró elaborar una propuesta de resolución de la crisis de carácter “inclusivo” (ello, con independencia de que éste fuera genuinamente procurado o un mero artilugio con vistas a agrandar y diversificar su base social de apoyo). Y de ese modo pudo “torcer el curso de la historia” a su favor. Sin duda, reparar en estas cuestiones es de lo más relevante ya que expresan el carácter central que asumen las instancias ideológicas y políticas en el análisis de un proceso económico o, más específicamente, porque indican que en las coyunturas históricas en las que se disputa la hegemonía dentro del bloque dominante, el poderío estructural de un actor no necesariamente determina hacia dónde se inclina “el fiel de la balanza”; su accionar asume más importancia en el plano político-ideológico.

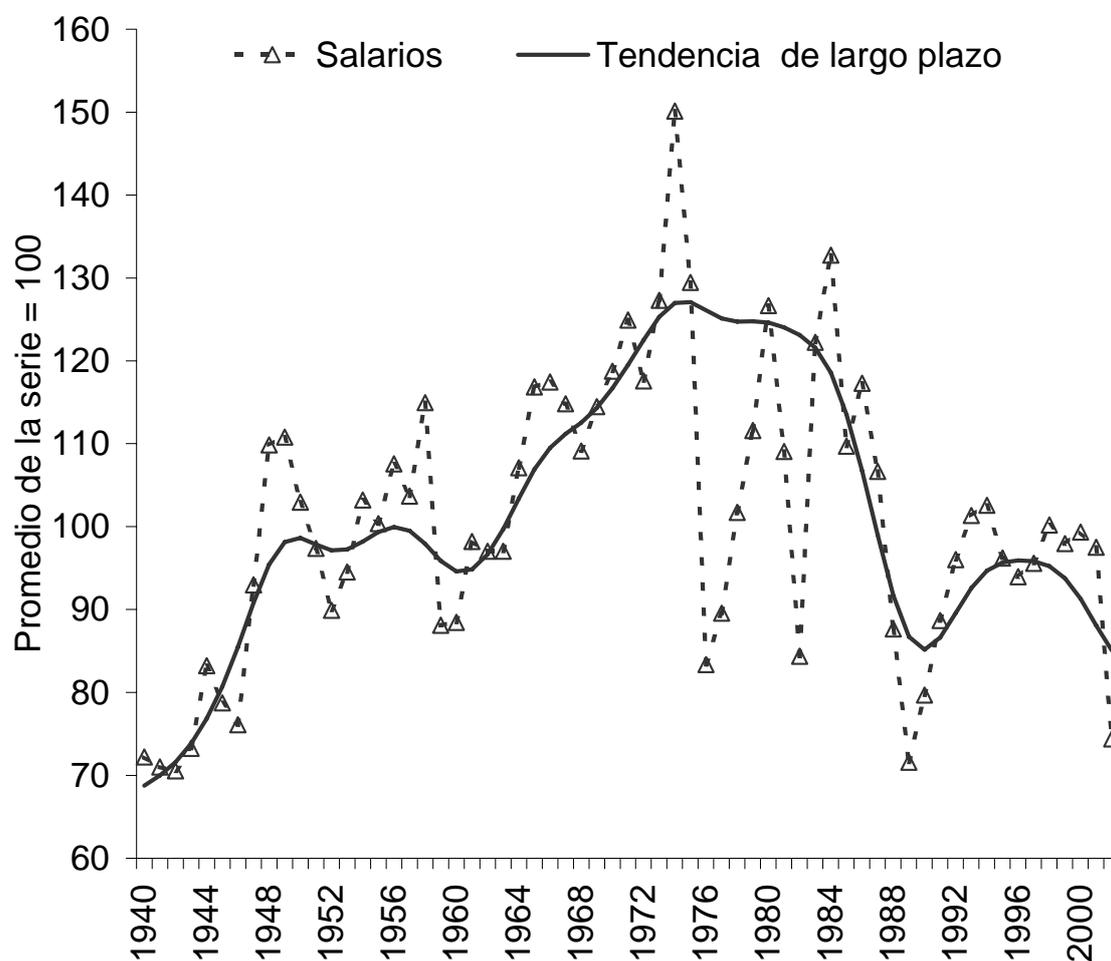
### **III. Principales impactos de la “salida devaluacionista” de la convertibilidad**

Como se desprende de la información proporcionada por el Gráfico 1, la salida de la convertibilidad a partir de un incremento significativo del tipo de cambio real derivó, como era de esperar dadas las características sobresalientes de la estructura productiva y del poder económico de la Argentina, en una enorme erosión del salario real y profundizó una tendencia de largo plazo iniciada a mediados de la década de los setenta (Gráfico 1).

---

vivimos inmersos en un clima de violencia cotidiana, por el auge del delito y por el hecho de que cualquier reclamo se expresa vulnerando el derecho de los demás (cortes de ruta; de aeropuertos; de calles; etc.). Si no se asegura la vigencia de la Ley, el Estado desaparece, ya que su razón de ser es, precisamente, evitar que la sociedad se transforme en una lucha de todos contra todos. Si el Estado desaparece, porque las autoridades abdican de su obligación básica, se entroniza la anarquía, y con ésta reinando, no hay ninguna posibilidad de ir resolviendo los problemas económicos y sociales que afligen a nuestra sociedad” (disponible en: <http://www.aba-argentina.com/reunionanual/fr-reunion.htm>). Así, mientras los impulsores de la “opción devaluatoria” habían logrado articular un dispositivo ideológico que viabilizó la conformación de un bloque policlasista de apoyo a la devaluación, desde el “frente dolarizador” se emplazaba a las autoridades nacionales a “controlar” la fuerte protesta social existente (que seguramente se profundizaría en caso de concretarse la dolarización: esta “salida” suponía un ajuste recesivo de la economía y de numerosos rubros productivos, con su obvio –y buscado por sus

**Gráfico 1**  
**Evolución de los salarios reales en la Argentina, 1940-2002**  
**(índice promedio de la serie=100)**



Fuente: elaboración propia basada en Arceo y otros (en prensa).

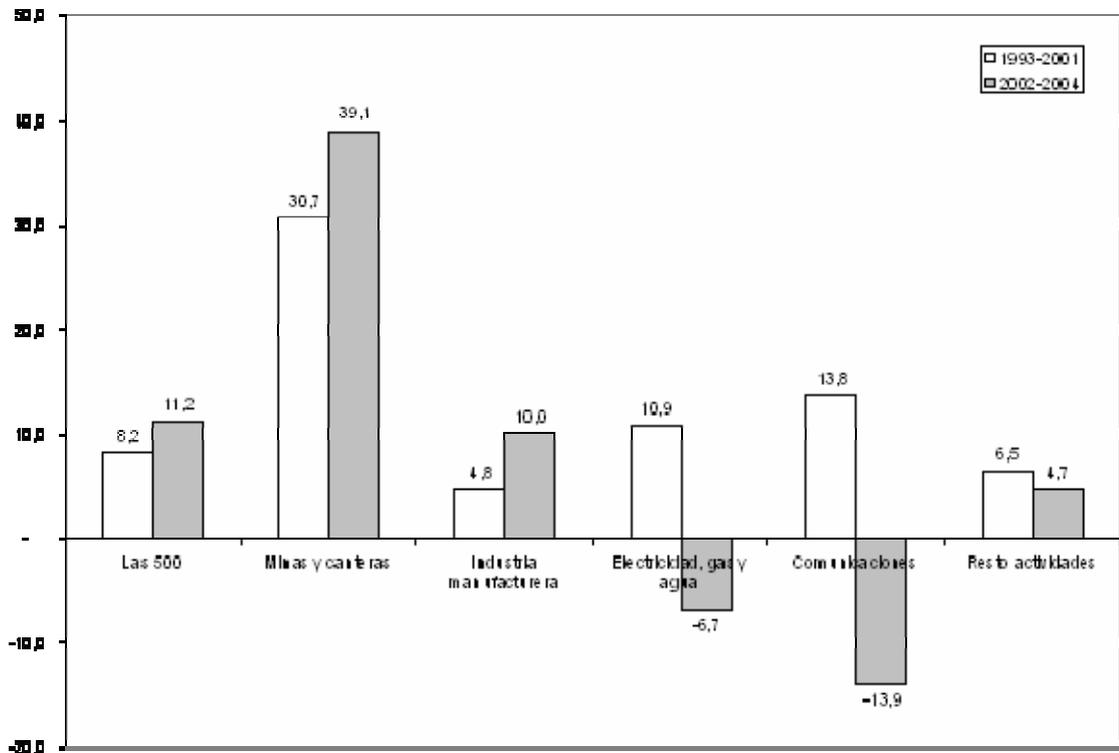
Al mismo tiempo, y en gran medida como resultado de la brusca contracción que experimentó el poder adquisitivo de las remuneraciones de los asalariados, tuvo lugar una importante recomposición de la tasa de ganancia, en especial para las grandes empresas que, en el medio local, operan en los ámbitos de la extracción de recursos naturales (básicamente en los campos minero y petrolero) y de la producción manufacturera (Gráfico 2).

**Gráfico 2**

---

impulsores– correlato negativo sobre el mercado de trabajo, los salarios y el reparto del ingreso). Ello recortó sobremedida el arco posible de alianzas con otras fracciones sociales.

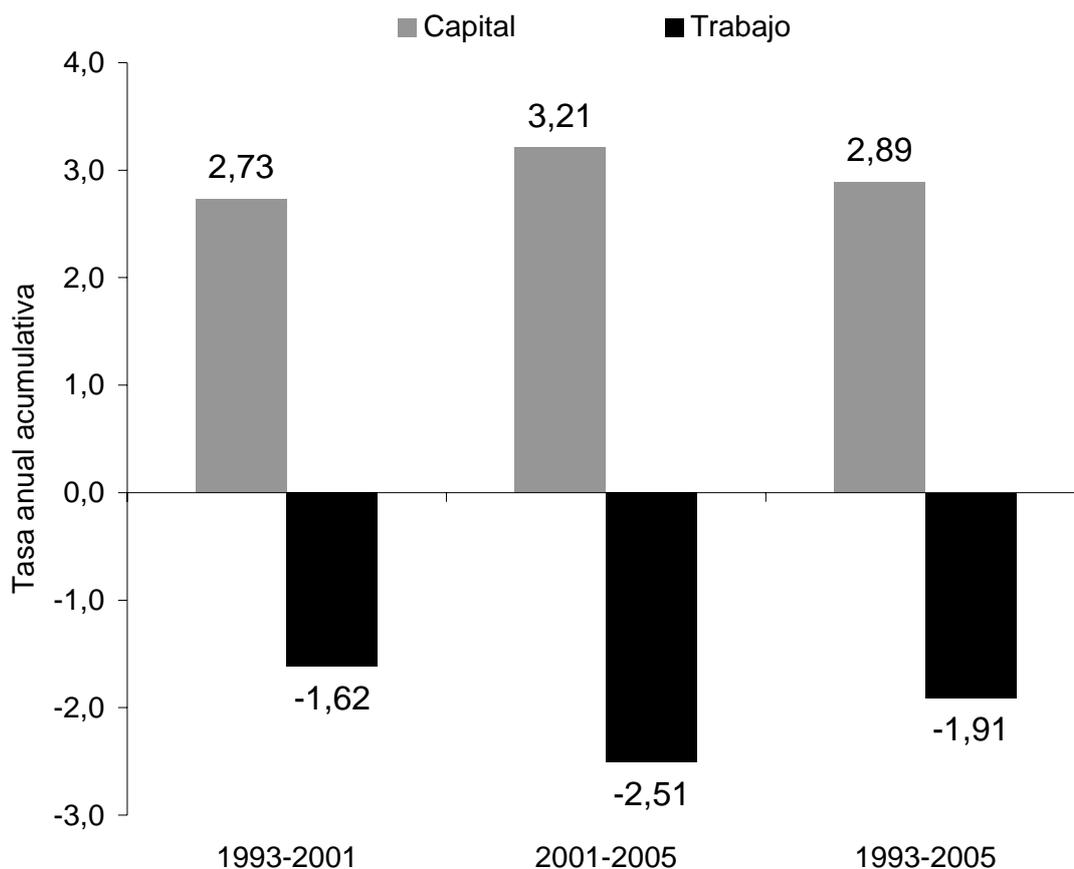
**Evolución de la relación utilidades/valor de producción al interior de las 500 empresas más grandes de la Argentina según sector de actividad preponderante, 1993-2004 (porcentajes)**



Fuente: elaboración propia basada en datos del INDEC.

Como resultado de los comportamientos dispares entre los salarios y los márgenes de beneficio, tuvo lugar una considerable transferencia de ingresos desde los trabajadores hacia estos capitales, y se profundizó la tendencia verificada en el país durante el transcurso del decenio de los noventa, y más ampliamente desde mediados de los años setenta, en particular, a partir del golpe de Estado perpetrado en marzo de 1976 (Gráfico 3).

**Gráfico 3**  
**Tasa de variación anual de la participación en el ingreso de la Argentina del capital y el trabajo, 1993-2005**



Fuente: elaboración propia según información del INDEC.

A partir de entonces se ha planteado (tanto durante el gobierno de Duhalde como en el de Kirchner) que el “régimen del dólar alto” ha sentado las bases necesarias para la reconstrucción de un “empresariado nacional” y ha logrado que la economía argentina se emplazara en un sendero de crecimiento que permitirá revertir la crisis laboral y el cuadro de inequidad distributiva heredados del “modelo de los noventa”. En principio, el comportamiento del producto bruto a partir del año 2002 parece avalar esta perspectiva, lo cual ha afirmado las bases para su convalidación social y ha desplazado del centro del debate ciertas cuestiones que a nuestro criterio son sumamente relevantes: ¿cuáles son los actores económicos que más se han beneficiado con este nuevo “modelo”?; ¿cuáles son las continuidades y las rupturas que el “modelo del dólar alto” tiene con el denostado “modelo neoliberal, especulador y extranjerizante”? y ¿quiénes son los perjudicados?

### III. 1. Un “modelo abierto al mundo”

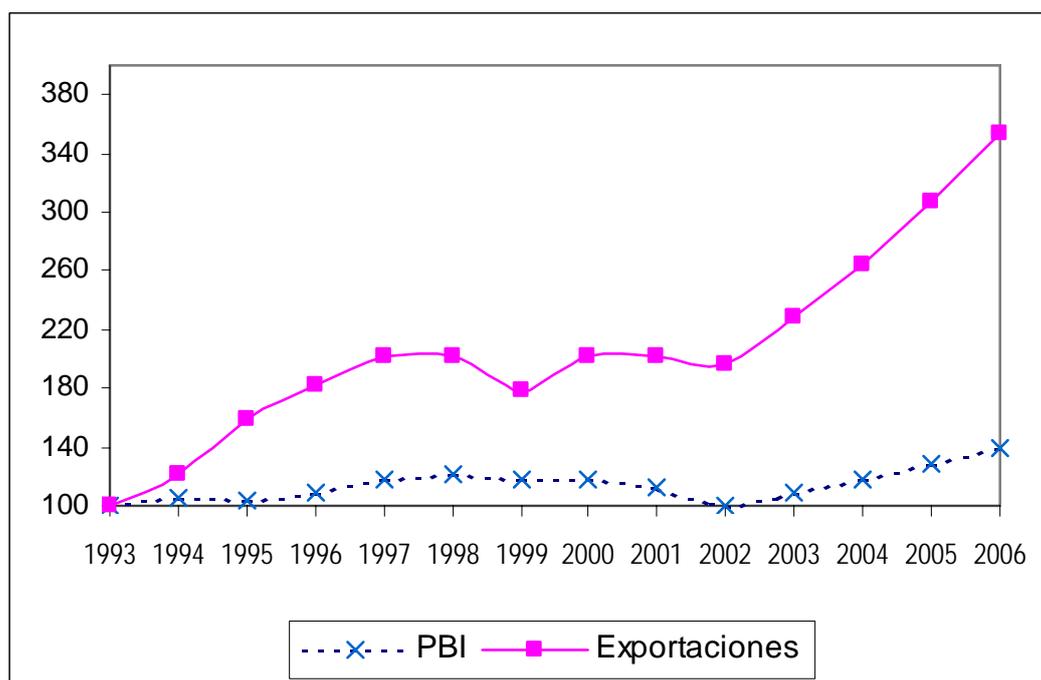
A mediados de los años noventa comenzó a ganar consenso el discurso que vincula un patrón de crecimiento económico asociado a las exportaciones con la generación de una serie de beneficios que se “derramarían” a toda la sociedad. En efecto, a partir del contraste de la irregularidad de la evolución del PBI durante la convertibilidad (y de la alta exposición de la economía argentina a diferentes *shocks* externos, tanto de carácter real como financiero), en diversos ámbitos que abarcan desde las representaciones políticas y corporativas hasta los institutos de investigación –públicos o privados–, se han producido –y reproducido– propuestas de salida a las recurrentes crisis económicas que hacen hincapié en la necesidad de superar las restricciones externas vía el incremento de las exportaciones y la instauración de un “modelo exportador” para la Argentina<sup>10</sup>.

Luego de la devaluación, las estrategias exportadoras planteadas en los años previos por diferentes actores económicos se vieron reforzadas por las nuevas condiciones generadas por el mejoramiento de la competitividad internacional sostenida en la caída de los salarios reales y el reajuste de los precios relativos. Así, uno de los aspectos más importantes de la salida a la crisis recesiva adoptó la figura del “modelo exportador” como una “opción blanda” (Nochteff 1994) para aprovechar las nuevas condiciones macroeconómicas e insertarse en una economía mundial signada por un aumento considerable de la demanda y la vigencia de precios sumamente favorables para los principales productos exportados por la Argentina, en especial, cereales e hidrocarburos y sus derivados (Gráfico 4).

---

<sup>10</sup> Las propuestas relacionadas con la instauración de un planteo exportador pueden revestir diferentes características; pueden asentarse casi exclusivamente sobre la explotación de recursos naturales (por ejemplo, la que surge claramente desde las organizaciones representativas de intereses de los productores agropecuarios), o también pueden presentarse como una vía para fortalecer el sector industrial, tal es el caso de las propuestas de la UIA (2001). En otros casos, se asume simplemente como una necesidad, sin buscar desarrollar un sector sobre otros (en este espacio se pueden agrupar diferentes perspectivas, que van desde sectores liberales –Kiguel 2001, Cristini 2001– hasta posiciones más “heterodoxas”: Redrado 2003; IEERAL 2001 y 2002; y Ministerio de Economía 2003).

**Gráfico 4**  
**Evolución del PBI y las exportaciones argentinas, 1993-2006 (índice 1993=100)**



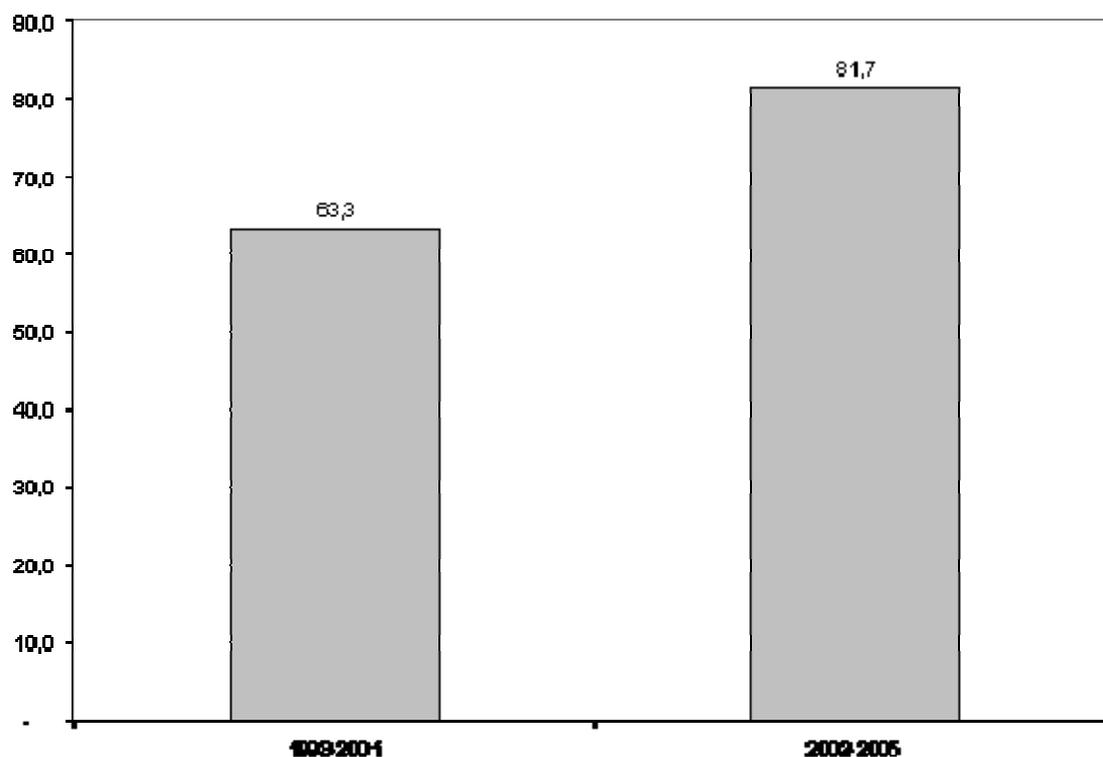
Fuente: elaboración propia basada en datos del INDEC.

Esta inserción en las propuestas que hegemonizan el discurso económico se propone como el aprovechamiento de las condiciones “naturales” de la Argentina, al adaptar en muchos casos la teoría de las ventajas comparativas a la situación nacional, asumiendo que la inserción productiva del sector exportador no debe ser modificada y que la distribución regresiva del ingreso, los bajos salarios y la desocupación son un dato “normal”.

Ello implica convalidar y cristalizar las relaciones de poder al interior del grupo de firmas y sectores exportadores emergentes de una década de convertibilidad y casi tres décadas de desindustrialización. La evidencia empírica disponible indica que las empresas exportadoras no escapan a los graves efectos que ha tenido la aplicación del esquema de apertura económica, desregulación y privatizaciones acontecido durante la década de 1990: distribución regresiva del ingreso, apropiación por parte de los empresarios de los aumentos de productividad, baja generación de empleo y de encadenamientos productivos en el nivel interno (Ortiz y Delfini 2003).

Al analizar la evolución de las exportaciones de acuerdo con el tamaño de las firmas, se destaca el hecho de que las ventas al exterior están crecientemente concentradas en un número sumamente reducido (algo más de un centenar) de grandes empresas (Gráfico 5). Se trata, sin duda, de un muy elevado nivel de concentración económica que, no obstante, hace abstracción de un fenómeno característico de la economía argentina post-dictadura militar: el control de un número importante de las principales empresas exportadoras del país por parte de algunos grandes grupos económicos de capital nacional y extranjero. En otros términos, la señalada concentración de las exportaciones no refleja en toda su dimensión el grado de oligopolización realmente existente.

**Gráfico 5**  
**Participación de las grandes empresas\* en el total**  
**de exportaciones de la Argentina, 1993-2005 (porcentajes)**



\* En el período 1993-2001 las grandes empresas exportadoras fueron en promedio 109, mientras que en la etapa 2002-2005 fueron en promedio 125.  
Fuente: elaboración propia basada en datos del Área de Economía y Tecnología de la FLACSO, Revista Prensa Económica e INDEC.

Además, dentro del grupo de las firmas líderes que operan en la Argentina queda en evidencia que durante la década de 1990 los sectores más dinámicos en términos de

exportaciones fueron los que más disminuyeron la ocupación, a la vez que no incrementaron los salarios. Resulta notable en este sentido la caída del empleo en los sectores vinculados a la producción primaria y agroindustrial, y a la producción industrial más promovida durante los años noventa, como la automotriz (-9%, -2% y -30%, respectivamente). El conjunto de la industria exportadora, en síntesis, fue responsable de casi la totalidad de la disminución en el empleo del total de las firmas exportadoras. A la inversa, la productividad de estas empresas se incrementó en forma considerable, lo que implicó, dado los niveles de inversión, que el aumento de la productividad se debió fundamentalmente a un aumento de la intensidad de la jornada laboral. Finalmente, y como derivación de todo ello, las empresas exportadoras más importantes de la Argentina fueron, siempre en la década del 90, más regresivas en la distribución de la riqueza generada que el conjunto de las grandes empresas no exportadoras (Ortiz y Delfini 2003).

Por otra parte, dado que la estructura exportadora argentina y de las grandes empresas se encuentra fuertemente vinculada a las ventajas comparativas naturales, y se ubica en las primeras etapas de la cadena de valor agregado<sup>11</sup>, es difícil que éstas puedan aumentar el volumen de empleo. Incluso en el sector industrial los sectores más dinámicos son aquellos que se asentaron en la explotación de estas ventajas o en actividades que se ubican en las primeras etapas del proceso productivo: elaboración de alimentos, productos derivados de la refinación del petróleo o producción de *commodities* siderúrgicos<sup>12</sup>.

Merece destacarse lo ocurrido con el sector automotor, ya que contó con un régimen especial de “intercambio compensado”, un eufemismo para proteger el negocio de las grandes terminales que operan en el mercado local. A pesar de ello, la producción local

---

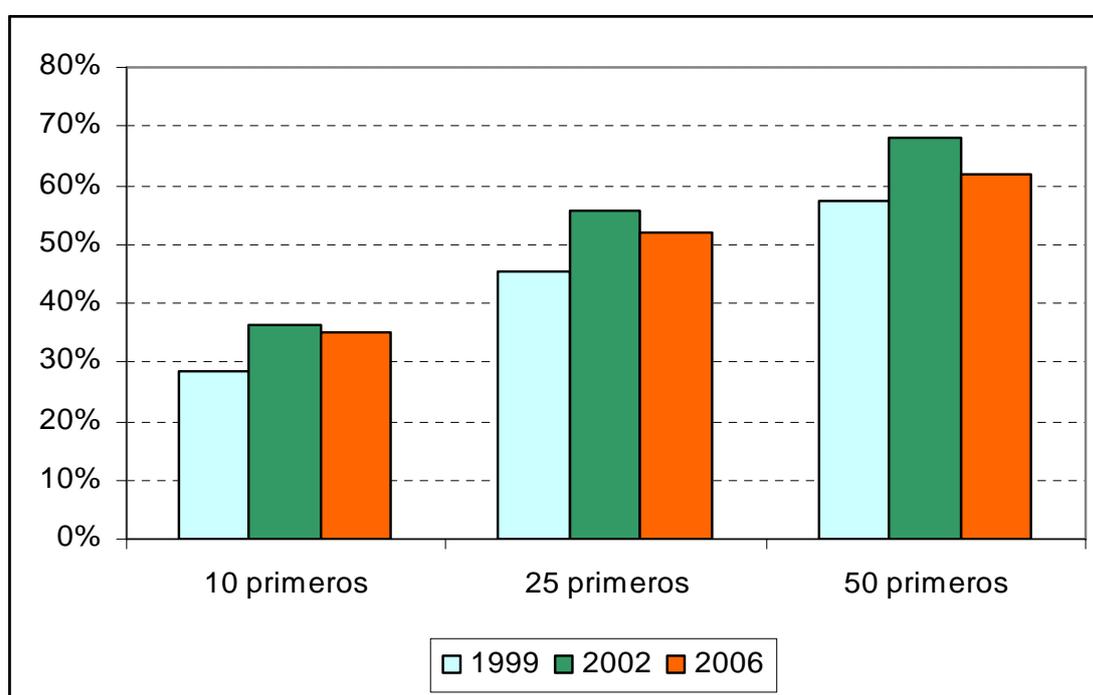
<sup>11</sup> Al tratarse en forma mayoritaria de *commodities*, las exportaciones argentinas son muy dependientes de la variación de precios internacionales, y en ninguno de ellos el país es fijador sino tomador de precios, lo que hace muy débil al sector exportador local. Más allá de coyunturas particulares, la caída de los precios de los productos primarios o con una pequeña transformación industrial ha sido una tendencia histórica en el siglo XX (al respecto, véase CEPAL, 2002).

<sup>12</sup> Los datos del año 2006 indican que el principal complejo exportador de la Argentina es el oleaginoso, con una participación del 21,4% en el total de las ventas al exterior del país, seguido por el complejo petrolero-petroquímico con el 18,5% y el automotor con el 10%. Luego de éstos, se encuentra el cerealero (7,1%), bovino (6,7%), siderúrgico (3,8%), frutihortícola (3,4%) y del cobre (2,9%). Comparados con la situación vigente a mediados de la convertibilidad (1996), el complejo oleaginoso prácticamente mantiene la misma participación, crecen el petrolero-petroquímico, el automotor y el del cobre y se reducen el cerealero y el bovino (INDEC: “Estadísticas del sector externo”, varios números).

ha derivado en actividades de armado y ensamblado de insumos y partes importadas (cuando no en la comercialización directa de vehículos importados por las terminales). Como contracara de la apertura económica, la importación de insumos ha producido una disminución en el valor agregado total generado por la actividad y un importante proceso de desintegración de la producción local, al reducir la posibilidad de incremento del valor agregado generado por las empresas locales. Por ello, puede afirmarse que se ha operado un proceso de “simplificación productiva”, reflejado en que muchas firmas industriales han dirigido sus esfuerzos hacia el armado o ensamblado de partes y piezas, al disminuir el grado de “industrialización” de su oferta.

Ello, además, se ve confirmado al relevarse las características de las cincuenta empresas que realizan las mayores ventas al exterior. Entre 1999 y 2006, este selecto grupo de firmas incrementó su participación en el total de las exportaciones argentinas, llegando a concentrar más del 60% de los ingresos totales del país por este concepto (Gráfico 6).

**Gráfico 6**  
**Participación de las primeras 10, 25 y 50 firmas en el total de las exportaciones de la Argentina, años 1999, 2002 y 2005**



Nota: los datos correspondientes al año 2006 son estimados.

Fuente: elaboración propia en base a datos del INDEC, el Área Economía y Tecnología de FLACSO y la revista *Prensa Económica*.

Si se consideran los sectores de actividad en los que se desempeñan estas compañías, las diferencias entre 1999 y 2006 son prácticamente inexistentes: en ambos años, de las diez primeras firmas, sólo había dos exclusivamente industriales (las automotrices Volkswagen y Ford en 1999 –en las posiciones novena y décima–, y Tenaris Siderca y Toyota en 2006, en las posiciones octava y décima, respectivamente); una sola empresa minera (Minera Alumbreira), y el resto estaba constituido por petroleras, cerealeras y aceiteras (Repsol YPF, Pan American Energy, Cargill, Bunge Argentina, Aceitera General Deheza, Vicentín, Dreyfus, La Plata Cereal y otras).

Por último, debe mencionarse el fuerte proceso de transnacionalización de la economía argentina durante los últimos quince años, tendencia que –a pesar del discurso oficial sobre el carácter “nacional” del régimen económico surgido tras la devaluación– no se ha revertido. En este sentido, al analizar la composición de la cúpula empresaria local se observa que la participación de las firmas controladas por capitales extranjeros se ha incrementado en su número y en el peso de su facturación y sus exportaciones sobre el total de las ventas internas y al exterior de las doscientas mayores empresas de la Argentina (Ortiz 2006a) cristalizando las relaciones de poder económico emergentes del criticado “modelo de la especulación y la extranjerización”<sup>13</sup>. Como se verá a continuación, este proceso se repite al interior de una de las actividades más dinámicas de la última década: la explotación de los recursos naturales.

### **III.2. La depredación de los recursos naturales**

La legislación que permitió el proceso aperturista, desregulador y privatizador de los años noventa no sólo no fue revisada en el marco del “modelo del dólar alto”, sino que

---

<sup>13</sup> Entre las principales operaciones de venta de firmas nacionales a empresas extranjeras durante la post-convertibilidad sobresalen: la adquisición de un porcentaje del capital social de Cervecería Quilmes (perteneciente al grupo local Bemberg) por parte de la brasileña AmBev; la venta de la participación que Molinos Río de la Plata tenía en la alimenticia Trigaglia a favor de la estadounidense Cargill; la compra del control accionario del *holding* Pecom Energía (que pertenecía al conglomerado local Pérez Companc y que, entre otros rubros económicos, participa en los ámbitos petrolero y petroquímico) por la estatal brasileña Petrobras; y la toma del control accionario de Acindar por parte de la Companhia Siderurgica Belgo-Mineira (también de Brasil). Asimismo, se destacan la compra de importantes frigoríficos nacionales (Swift, Cepa, Quickfood y Col-Car) por parte de capitales brasileños; y la venta del principal oligopolio cementero del país (Loma Negra) a manos del grupo Camargo Correa de Brasil. Respecto de estas cuestiones, cabe apuntar que de acuerdo a información de la UNCTAD el grado de extranjerización de la economía argentina (medido por la participación del *stock* de IED en el PBI total) es mucho más elevado que los vigentes en gran parte de los países en desarrollo.

se mantuvo y permitió la profundización de esos fenómenos en todas las áreas vinculadas a los recursos naturales. Por ejemplo, la producción y comercialización de oleaginosas, el sector de los hidrocarburos y la minería representan tres espacios privilegiados para la acumulación de capital para un puñado de grandes empresas y grupos económicos que distinguen un tipo de crecimiento económico que consolida los rasgos regresivos de la estructura socioeconómica vigente, en la que el Estado juega (por acción u omisión) un rol fundamental para su sostenimiento.

### **III.2.1. El sector petrolero**

La desregulación y la privatización incidieron fuertemente en el incremento de los niveles de explotación de estos recursos naturales. En efecto, en el último año previo al proceso de desregulación (1988), el volumen de producción del petróleo fue de algo más de 26 millones de metros cúbicos, mientras que la producción de gas fue de 22,7 mil millones de metros cúbicos; esos valores aumentaron a lo largo de dieciocho años cuando alcanzaron los 49 millones de metros cúbicos de petróleo en 1998 y casi 52 mil millones de metros cúbicos de gas en 2004. Desde 1998 en adelante, la producción petrolera fue disminuyendo paulatinamente, y en el año 2005 se encontraba en los niveles de 1994; en cambio, la explotación del gas natural lleva una curva ascendente ininterrumpida desde fines de la década de los ochenta, destinada en forma creciente hacia la exportación (Ortiz 2007).

Paralelamente al incremento de la producción y de las exportaciones, no se verificó un desarrollo de las áreas petroleras y gasíferas que pudiera incorporar nuevos yacimientos a los que había descubierto y puesto en producción YPF mientras estaba en manos del Estado. Ello implicó que el horizonte de reservas, sobre todo las gasíferas, disminuyera al ritmo de la explotación de estos recursos naturales no renovables: mientras en el año 1988 las reservas de petróleo alcanzaban para el abastecimiento del mercado por un período equivalente a los catorce años y las de gas llegaban a los treinta y cuatro años, en 2005 esa expectativa era de nueve años tanto para el petróleo como para el gas (Ortiz 2007). Así, se pone en evidencia la estrategia empresaria de extraer la totalidad del recurso natural sin invertir en la búsqueda de nuevas fuentes de abastecimiento y la funcionalidad que ha tenido la “retirada del Estado” en los últimos años respecto de la

potenciación de la dinámica de acumulación y reproducción del capital de ciertas fracciones del poder económico.

A pesar de este comportamiento de las empresas privadas, en el sentido de abandonar toda responsabilidad exploratoria y sólo dedicarse a la extracción acelerada de los recursos naturales no renovables, el actual gobierno nacional impulsó la sanción de una ley de “promoción” para que las empresas exploren, en vez de sancionarlas por el incumplimiento de sus obligaciones estipuladas en la ley de hidrocarburos y en la normativa que les entregó los yacimientos de YPF. A fines de octubre de 2006 se promulgó la ley 26.154, que crea un régimen promocional para la exploración y explotación de hidrocarburos. Por ella se establecen beneficios impositivos y de eliminación de tasas y derechos de importación para aquellas firmas que se presenten a solicitarlo, los que tienen un carácter similar al Régimen Minero aplicado desde 1993<sup>14</sup>. Paralelamente, algunas de las provincias que tienen petróleo en su subsuelo, encararon una renegociación anticipada de los contratos con las compañías que tienen concesionados los yacimientos. Algunas de estas negociaciones se efectuaron en el transcurso de 2007 en Chubut y Santa Cruz, donde diez años antes del vencimiento de las concesiones se otorgaron prórrogas a las empresas por períodos de veinte y cuarenta años (hasta el 2027 en Chubut y hasta el 2047 en Santa Cruz), sin que ello tuviera justificaciones basadas en criterios técnicos o productivos<sup>15</sup>.

De todos modos, ello está en línea con la política energética a nivel nacional, ya que luego de la importantísima devaluación del año 2002 las firmas petroleras y gasíferas obtuvieron ganancias extraordinarias gracias a la exportación de estos recursos, y a que el nivel de las retenciones aplicadas fue muy bajo (actualmente es del 5% en los

---

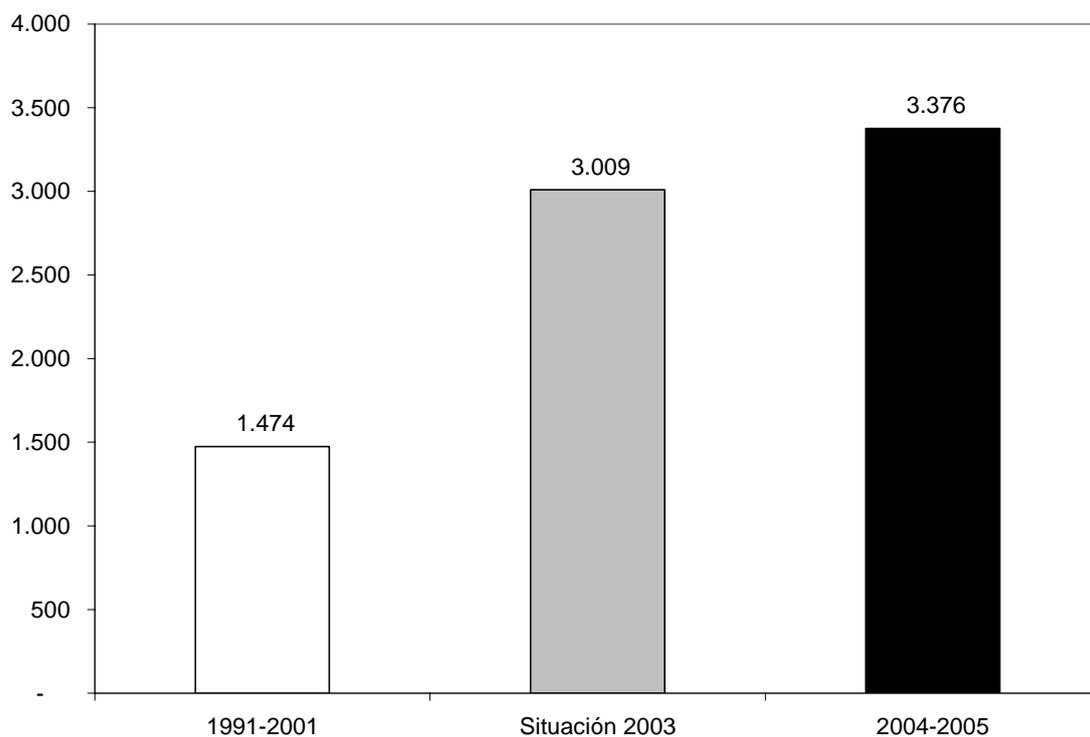
<sup>14</sup> De acuerdo con la Ley 26.154, las empresas que se asocien con ENARSA (Energía Argentina S.A., empresa con participación mayoritaria estatal) podrán obtener la devolución anticipada del Impuesto al Valor Agregado, la amortización del Impuesto a las Ganancias y la exención del Impuesto a la Ganancia Mínima Presunta sobre la totalidad de los gastos e inversiones realizadas en la etapa de exploración y las concretadas en el período de explotación de los recursos. También se exime del pago de los derechos de importación y todo otro derecho por la introducción de bienes de capital necesarios para la ejecución de las actividades de exploración y explotación. Estos beneficios son otorgados por un plazo que oscila entre los diez y los quince años, de acuerdo con el tipo de área promovida. Por otra parte, a las empresas que ya están explotando petróleo y gas, no han realizado exploración y se suman al régimen de incentivos, se les otorga además diez años más de concesión sobre las nuevas áreas, a contarse a partir del vencimiento del plazo original de la concesión.

<sup>15</sup> Lo mismo había hecho el gobierno de la Alianza en el año 2000 con la prórroga de la concesión del yacimiento Loma de la Lata en Neuquén, hasta 2027.

combustibles, del 20% en el gas licuado de petróleo y del 45% en el petróleo crudo), máxime si se tienen en cuenta los costos internos de producción y los niveles exorbitantes que ha alcanzado el precio del petróleo en el mercado internacional (Gráfico 7).

Ello ha permitido que, tanto durante la vigencia de la convertibilidad como luego de la salida devaluatoria a su crisis, las empresas petroleras y gasíferas se ubicaran en el conjunto de las más grandes exportadoras del país. Así, Repsol-YPF, Petrobras, Chevron-San Jorge, Pan American Energy, Vintage Oil, Shell, Esso, Tecpetrol y Total Austral –todas ellas de propiedad de capitales transnacionales– obtienen importantes ingresos en divisas que no están obligadas a ingresar al país (la normativa vigente establece que hasta un 70% del total puede ser mantenido en el exterior)<sup>16</sup>.

**Gráfico 7**  
**Estimación de la renta hidrocarburífera en la Argentina, 1991-2005**  
**(millones de dólares)**



Fuente: elaboración propia basada en Kozulj (2005).

<sup>16</sup> Entre los años 2003 y 2006 sólo Repsol-YPF obtuvo, por sus ventas al exterior, U\$S 10.882 millones.

Para la internalización de las elevadísimas rentabilidades que tienen las empresas petroleras, también debe considerarse el control oligopólico del mercado interno de hidrocarburos y sus combustibles derivados. En efecto, sólo cinco firmas (Repsol-YPF, Pan American Energy, Petrobras, Chevron San Jorge y Tecpetrol) tienen en sus manos el 80% del mercado del petróleo y únicamente cuatro empresas (Repsol-YPF, Shell, Esso y Petrobras) manejan el 90% de la oferta de naftas y gasoil, y más del 80% del mercado de lubricantes en la Argentina. En suma, las falencias regulatorias (bajas regalías –del 12%– por la explotación de los hidrocarburos; entrega del manejo del comercio exterior al oligopolio petrolero; falta de control de las reservas por parte del Estado; inexistencia de sanciones ante el incumplimiento de la normativa sectorial) y la decisión política de no modificar este escenario han determinado que el manejo de los recursos naturales no renovables quede a cargo de un grupo de firmas que operan prácticamente sin rendir cuentas de sus acciones y obtienen ganancias extraordinarias (por lejos, las más altas de la economía argentina en la post-convertibilidad).

### **III.2.2. La minería**

En el año 1993 se ordenó la legislación minera y se dio inicio a un proceso que, paralelamente al incremento de los precios internacionales de los principales productos de la minería metálica, fue profundizándose a través de nuevas leyes, decretos y tratados internacionales<sup>17</sup> impulsados y pactados por los diferentes gobiernos nacionales hasta la actualidad<sup>18</sup>.

Las facilidades otorgadas a las empresas mineras ubican a la Argentina como uno de los países más “amigables” para la inversión extranjera en el sector. La estabilización de la carga impositiva de los proyectos por un período de hasta treinta años es el plazo más amplio otorgado por los países de la región: las firmas gozan de esta manera de un congelamiento de las cargas tributarias totales, ya sean nacionales, provinciales o municipales. También se eliminaron impuestos especiales, gravámenes a bienes de

---

<sup>17</sup> Respecto del proceso de creación de incentivos a la explotación minera en la Argentina y sus efectos más relevantes, véase Ortiz (2006b).

<sup>18</sup> Es notable que además del “puntapié inicial” dado durante los dos períodos de gobierno de Carlos Menem (1989-1995 y 1995-1999), tanto en la gestión de Fernando de la Rúa (1999-2001) como en el gobierno de Duhalde (2002-2003) y el de Kirchner (2003-2007), no sólo se mantuvo sino que se profundizó la misma política minera.

capital e insumos, derechos de importación y exportación<sup>19</sup>; por otra parte, las compañías están obligadas a constituir una previsión especial para cubrir posibles daños ambientales, pero son ellas mismas las que fijan el monto de los aportes. Los fondos destinados a estas previsiones también pueden ser deducidos del impuesto a las ganancias hasta en un 5%, lo que ha sido utilizado por la totalidad de las grandes empresas registradas en el régimen de promoción minera (Prado 2005).

Además, para su comercio exterior no deben pasar por la aduana y tienen libre disponibilidad de las divisas, lo que impide los controles sobre los movimientos reales de productos, bienes y divisas. Tampoco pagan impuestos de ingresos brutos, ni a los combustibles, ni sellos ni tasas para la importación; deducen gastos al doble a los fines del impuesto a las ganancias; gozan de la devolución del IVA, y todo ello con estabilidad impositiva. Como si se tratara de un sector desfavorecido, en el sur de la Argentina gozan de un reintegro especial por exportar desde los puertos patagónicos.

Esta situación redundante en bajísimos costos para la explotación del mineral. En el caso del oro, su costo en la Argentina oscila entre 120 y 170 dólares la onza; a principios de noviembre de 2007 se cotizaba a un precio internacional de más de 800 dólares la onza.

La producción de minerales metalíferos se orientó a la exportación desde el origen mismo de los proyectos impulsados por grandes empresas transnacionales y adquirió carácter definitivo con la puesta en marcha del proyecto Bajo de la Alumbrera en 1998. Así, la explicación del impulso exportador minero reside en tres sustancias: cobre, oro y plata.

Es evidente que la nueva minería produjo un salto cualitativo en la relación exportaciones/producción, orientada por las estrategias de las empresas extranjeras y las políticas estatales que no privilegian la incorporación de valor agregado a los productos, sino que se limitan a explotar el recurso natural y venderlo al exterior sin realizar procesamientos que impliquen industrializar las sustancias. En este sentido, se vuelven coherentes con otros lineamientos sectoriales (por ejemplo, los casos del petróleo y el gas y la producción de granos y oleaginosas) en los cuales el lugar de la Argentina es el

---

<sup>19</sup> Respecto de las regalías, a pesar de que las empresas deben pagar un 3% a las provincias mineras, del monto resultante se deducen los costos de transporte, fletes, seguro, molienda, comercialización, administración, fundición y refinación (véase el artículo 22 de la Ley 24.196). De esta forma, gran parte de las inversiones las termina financiando en los hechos el propio Estado.

de simple proveedor de materias primas para el mercado mundial. En el caso específico de la producción de mineral de cobre, la evolución de las exportaciones entre el año 2001 y 2006 ejemplifica claramente este aspecto<sup>20</sup>.

También es ilustrativo considerar lo que sucede en cuatro de los más grandes proyectos mineros en operación: Minera Aguilar (plomo, plata y zinc), Bajo de la Alumbrera (cobre y oro), Salar del Hombre Muerto (litio) y Cerro Vanguardia (oro y plata). Todos ellos están destinados a extraer el mineral y comercializarlo en el exterior sin añadir mayores procesos que incorporen valor agregado doméstico.

Resulta más relevante, incluso, tener en cuenta la relación existente entre las inversiones en la etapa productiva y los montos de las exportaciones. De acuerdo a estimaciones de la Dirección Nacional de Minería, en el caso de Minera Aguilar, entre 2001 y 2007 sus accionistas habrán realizado inversiones por 29 millones de dólares y habrán exportado por un monto estimado de 158 millones de dólares; en Bajo de la Alumbrera, se habrán invertido 1.531 millones de dólares en el período 1995-2007 y exportado por 5.685 millones de dólares; en Salar del Hombre Muerto, se habrán realizado inversiones por 148 millones de dólares entre 1995 y 2007, y se habrá vendido minerales al exterior por 345 millones de dólares. En Cerro Vanguardia se habrán invertido 310 millones de dólares y exportado por un valor de 889 millones de dólares. En síntesis, los ingresos por exportaciones triplican, cuadruplican o quintuplican en diez o doce años los aportes realizados por los propietarios de estas minas<sup>21</sup>. Se trata de la firma suiza Glencore (en Minera Aguilar); la suiza Xstrata asociada a las canadienses GoldCorp Ltd. y Northern Orion Resources Inc. (en Bajo de la Alumbrera); la sudafricana AngloGold (en Cerro Vanguardia); y la norteamericana FMC Lithium Corp. (en el Salar del Hombre Muerto).

Por último, pero no menos importante, debe destacarse el impacto negativo de la explotación de este recurso natural no renovable sobre el medio ambiente y las condiciones de vida de la población: la extracción por medio de explosivos, el uso de químicos para lograr la separación del mineral y los metales, la contaminación de las

---

<sup>20</sup> En dicho período las exportaciones anuales del complejo cuprífero se incrementaron un 258%, y fue el agrupamiento exportador más dinámico dentro del segmento de los más importantes del país (INDEC 2007).

<sup>21</sup> Debe señalarse, por otra parte, que dichas estimaciones fueron realizadas en el año 2005 con un precio internacional de la onza de oro de alrededor de 450 dólares. Desde entonces, se ha registrado un aumento en el valor del metal del 78 por ciento.

tierras y los ríos, y la competencia con los productores agrícolas por la provisión del agua en zonas de intensa aridez<sup>22</sup>.

### **III.2.3. Los “agronegocios”**

Desde la introducción de la soja transgénica, el paradigma de los denominados “agronegocios” experimentó una expansión de este cultivo, lo transformó en la principal producción agrícola y en una de las exportaciones más importantes del país<sup>23</sup>. Este proceso ha sido liderado principalmente por grandes empresas transnacionales y algunas de capital nacional, que son propulsoras de un régimen de acumulación fuertemente concentrador y excluyente.

Además, el avance de los “agronegocios” que se da con la expansión del “modelo sojero” tuvo grandes impactos en el empleo del sector, ya que la reducción de la mano de obra que se experimenta con la adopción de la siembra directa provocó que muchos trabajadores rurales perdieran sus puestos de trabajo y se acentuara el éxodo de estos hacia las zonas urbanas<sup>24</sup>.

Este incremento de la concentración se conecta con un proceso en el que un grupo reducido de empresas controla la comercialización de los productos de la soja, dentro del cual fue creciendo la presencia de capitales extranjeros. Así, un grupo de compañías multinacionales se consolidó en la cúpula exportadora y ha concentrado cada vez más las ventas al exterior de un mercado externo en crecimiento (Pérez 2006).

El incremento de las exportaciones de aceite de soja ha convertido a la Argentina en el primer exportador de ese producto del mundo. Entre los años 1988 y 2005, las exportaciones se multiplicaron 5,5 veces, y casi llegaron a alcanzar los cinco millones de toneladas en total. Esta expansión se realizó de manera tal que fue apropiada por un pequeño grupo de empresas: en el período mencionado, la participación de los primeros

---

<sup>22</sup> Para un mayor desarrollo de estos temas consúltese Ortiz (2006b).

<sup>23</sup> En el año 2006, el complejo oleaginoso representaba el 21% de las exportaciones y se ubicaba en el primer lugar, superando al complejo petróleo-petroquímico por dos puntos porcentuales (INDEC 2007).

<sup>24</sup> Mientras en 1970 los trabajadores rurales representaban el 24% de la población económicamente activa, en 2001 solo representaban el 8% (Giarraca 2006).

cinco exportadores de productos agropecuarios pasó del 33 al 82% del total de las ventas externas.

Conjuntamente con este proceso de concentración, hubo un cambio en el tipo de firmas que integraron la cúpula exportadora agropecuaria. Por un lado, se encuentra Cargill, que ha sido durante todo el período la principal firma (salvo el año 2005, cuando fue desplazada por Bunge). Por otro lado, el resto de las empresas que la acompañan en la cúpula presenta diferencias. Mientras que hacia finales de la década de 1980 se evidenciaba la presencia de entidades cooperativas (FACA) o empresas nacionales vinculadas a la producción regional (Aceitera Chabas), durante la segunda mitad de la década de 1990 la cúpula estuvo integrada por empresas transnacionales y grupos económicos de capital local. Finalmente, luego de la salida de la convertibilidad, pese a que la cúpula siguió conformada por estos dos últimos tipos de empresas, son las primeras las que predominan. Así, en el año 2005 se observa que tres de estas cinco empresas son transnacionales (entre ellas, las dos primeras Bunge y Cargill, y la cuarta Louis Dreyfus) y concentran el 54% de las exportaciones; las otras son dos grandes grupos locales (Aceitera General Deheza y Vicentín)<sup>25</sup>.

Respecto de la exportación de granos, que casi quintuplicó las ventas al exterior entre 1988 y 2005, también existe un alto grado de concentración, ya que en ese mismo período los cinco principales exportadores pasaron de manejar del 51 al 72% de las exportaciones. Por otro lado, el proceso de extranjerización presenta niveles mayores que los de otros productos, ya que mientras que en el año 1988 en la cúpula se observaban entidades cooperativas y empresas de capitales nacionales (Federación Argentina de Cooperativas Agrarias, Agricultores Federados Argentinos, Cía. Emiliana), en el año 2005 la cúpula está formada mayoritariamente por empresas transnacionales: Cargill, Toepfer, Louis Dreyfus, ADM Argentina y Nidera.

En síntesis, en los tres sectores considerados se evidencian ciertos patrones comunes entre los efectos de las políticas de los años noventa y las actuales: aumento de la transnacionalización de las firmas más dinámicas, incremento de la producción y

---

<sup>25</sup> La misma situación se observa en la cúpula exportadora de pellets, debido a la complementariedad en la producción entre estos dos productos (el pellet puede ser considerado un subproducto del aceite). Por ello, los niveles de concentración y las firmas que forman parte de la cúpula presentan las mismas características descriptas en la exportación de aceite de soja.

concentración del comercio exterior en un conjunto muy acotado de grandes empresas extranjeras, continuidad de las políticas aperturistas y orientadoras a la exportación de bienes con escaso o nulo valor agregado. La variación del tipo de cambio tuvo un impacto positivo muy fuerte en las ganancias de las firmas que operan en estos sectores, ya que su preponderante y creciente orientación hacia el mercado externo implicó una incrementada y beneficiosa relación entre costos e ingresos; tendencia que se ha visto potenciada por la vigencia de precios sumamente elevados en el mercado mundial. De esta manera, esas actividades profundizaron su importancia en la economía, en especial por su rol como generadoras de divisas; por la misma razón, las grandes empresas que se desenvuelven en tales sectores reforzaron su muy elevado poder económico y capacidad de coacción<sup>26</sup>.

Sin duda, es importante reparar en el hecho de que el ostensible repliegue que ha experimentado la Argentina en las últimas décadas hacia la reprimarización (y que el “modelo del dólar alto” no ha hecho más que profundizar) se ha dado a partir de producciones que si bien pueden potenciar procesos innovadores, en la generalidad de los casos se caracteriza por poseer estructuras de oferta oligopólica y un reducido dinamismo en lo relativo a la creación de empleo y el aumento de los salarios. Estas cuestiones arrojan numerosos interrogantes en relación con el argumento ampliamente difundido en el nivel nacional en los ámbitos académicos, políticos y empresariales respecto de que este perfil de especialización productiva es condición necesaria y suficiente para que la Argentina ingrese en un sendero de desarrollo con equidad social.

### **III.3. El sector industrial<sup>27</sup>**

A partir del abandono de la convertibilidad, el diagnóstico oficial se ha venido asentando sobre la importancia de contar con un esquema de funcionamiento de la economía doméstica motorizado por los sectores productivos (en particular, la industria) y el empresariado nacional, ya que así se revertirían los procesos de desindustrialización, desarticulación productiva y extranjerización a los que nos llevó la

---

<sup>26</sup> Las exportaciones del sector oleaginoso y del sector petrolero son las más importantes de la economía argentina.

<sup>27</sup> En este apartado se resumen las principales conclusiones del análisis de Schorr (2006).

aplicación del “modelo financiero y de ajuste estructural” del período 1976-2001. Por esa vía, se empezaría a resolver la dramática situación heredada en materia laboral y distributiva y, más ampliamente, a recrear un capitalismo nacional.

Así, para los defensores del “modelo del dólar alto” la vigencia de un “tipo de cambio real competitivo y estable” (esto es, de un peso devaluado) y una “macro funcionando bien” parecen constituir *en los hechos* condiciones necesarias y *suficientes* para garantizar altas tasas de crecimiento de la producción y el empleo que permitan revertir los legados críticos del período 1976-2001. Ello por dos razones básicas: primero, por la vigencia de un proceso virtuoso de sustitución de importaciones por producción local; segundo, y fundamental, por el incremento de las exportaciones de manufacturas (en especial, las llamadas “de origen industrial”)<sup>28</sup>. Esto explicaría los motivos por los que desde el abandono de la convertibilidad no se vislumbra un programa estratégico de desarrollo económico en general, y productivo en particular, y que el eje de la política económica haya estado focalizado de modo prácticamente excluyente en el sostenimiento de un tipo de cambio alto y en la estabilidad macroeconómica.

El comportamiento reciente de la industria parece darles la razón a aquellos que impulsan y sostienen el “modelo del dólar alto”, a tal punto que se estaría transitando su “período de consolidación”. En ese marco vale la pena plantear cuáles son algunos de los rasgos distintivos de dicho “modelo”. En tal sentido, del análisis de la trayectoria manufacturera registrada desde el abandono de la convertibilidad se desprenden algunas conclusiones relevantes:

- en base al incremento de la productividad del trabajo y, fundamentalmente, de una importante declinación del costo salarial (en pesos y, mucho más aún, en dólares), el crecimiento fabril de los últimos años ha dado lugar a una nueva y fuerte transferencia de ingresos desde los trabajadores hacia los capitalistas, sobre todo hacia las grandes empresas y los grupos económicos que controlan las exportaciones (en el campo manufacturero, como en el resto de los sectores de la actividad económica, la regresividad en la distribución interna del ingreso constituye una de las principales líneas de continuidad desde 1976). Las evidencias disponibles indican que de no haber

---

<sup>28</sup> Una visión favorable al actual régimen macroeconómico, así como una estilización de éste, se puede encontrar en Frenkel y Rapetti (2004).

sido por los aumentos salariales dispuestos por el gobierno (en particular, los incrementos de suma fija en los sueldos del sector privado y las subas del salario mínimo) y cierto dinamismo en materia de negociaciones colectivas (todo lo cual ha recaído fundamentalmente sobre los trabajadores “en blanco” y ha tenido un leve “efecto demostración” sobre los trabajadores “en negro”), dicha traslación de recursos hubiera sido bastante más acentuada;

- una proporción importante del empleo generado ha sido “en negro”, algo que merece destacarse por dos razones. La primera es que muchos de los nuevos obreros (y una cantidad considerable de los “viejos”) perciben un salario que no les permite acceder a una canasta básica de bienes y servicios<sup>29</sup>. La segunda cuestión, derivada de la anterior, es que se ha profundizado la segmentación de la clase obrera argentina, con su consiguiente debilitamiento en términos políticos;

- el *boom* productivo-exportador de los últimos años no ha logrado viabilizar un cambio estructural en el perfil de especialización productiva de la Argentina, lo que se refleja en el hecho de que un puñado de actividades –y de grandes firmas– muy ligadas al procesamiento de recursos básicos (fundamentalmente procesadoras de recursos naturales e insumos intermedios de uso difundido) presenta una considerable gravitación en el PBI del sector. Se trata, en su gran mayoría, de mercados con oferta concentrada, con escasas articulaciones internas en el plano productivo, relativamente poco demandantes de mano de obra, en los que los salarios juegan un rol de costo empresario más que de factor dinamizador de la demanda interna, y que se hallan muy expuestos a los vaivenes del mercado mundial. En este sentido, vale la pena enfatizar lo señalado en relación con los interrogantes que genera la existencia de esta fisonomía productiva respecto de las posibilidades de concretar un proceso de desarrollo nacional ligado a crecientes niveles de inclusión socioeconómica;

- la mayoría de las medidas aplicadas en el ámbito fabril ha tendido a favorecer el mencionado perfil de especialización de la producción y las exportaciones sectoriales y, en consecuencia, a las empresas y grupos económicos líderes. Al respecto, se destaca la

---

<sup>29</sup> El fenómeno de los “trabajadores pobres por ingresos” (que se manifiesta en la mayoría de los sectores económicos) constituye un dato ineludible para explicar los motivos por los que, a pesar de que en el último tiempo ha crecido la economía y ha caído la desocupación, la distribución del ingreso sigue siendo sumamente regresiva (Arceo y otros, en prensa).

puesta en práctica de un régimen de promoción de inversiones en bienes de capital destinados a la industria (se trata de un programa de incentivos fiscales apoyada en la devolución anticipada del IVA por la adquisición de maquinaria y equipo, y su amortización acelerada en el pago del impuesto a las ganancias, y que apunta a incrementar la formación de capital en el nivel fabril, en especial, con vistas a la expansión de las exportaciones). Hasta el momento, casi el 100% del importante “sacrificio” fiscal asociado a esta medida ha sido canalizado hacia un núcleo sumamente reducido de firmas de grandes dimensiones que, entre otras cosas, se caracterizan por tener una alta propensión exportadora, elevados niveles de productividad y de competitividad internacional (con independencia del nivel del tipo de cambio) y funciones de producción de naturaleza capital-intensiva. Como tales, se encuentran entre las principales ganadoras del “modelo del dólar alto” y, por ende, seguramente realizarían las inversiones comprometidas. Entre las más importantes figuran: Aluar, Siderar, Peugeot-Citroen, Cargill, Siderca, Repsol-YPF, Fate, Volkswagen, Aceitera General Deheza y General Motors<sup>30</sup>;

- la recuperación económica e industrial que se viene registrando en el país desde mediados de 2002 ha traído aparejado un incremento considerable en las compras al exterior (particularmente importante en dos rubros claves para el sector fabril: equipamiento e insumos intermedios, pero también de bienes finales)<sup>31</sup>. Este dato, que generalmente es utilizado por los defensores del “modelo del dólar alto” para destacar la reactivación y el crecimiento de la inversión, no debería soslayarse. Por un lado, porque refleja el achicamiento y la desintegración del tejido manufacturero local verificados en los últimos años y la debilidad relativa de un número considerable de empresarios nacionales *vis-à-vis* sus similares de otros países (por ejemplo, de Brasil). Por otro,

---

<sup>30</sup> Si bien se han instrumentado algunas medidas destinadas al segmento de las PyME (bonificación de tasas de interés, aplicación de restricciones a las importaciones en algunas actividades, fomento a la industria del *software*), hasta el presente el grueso de los recursos públicos destinados a subsidiar al sector privado ha sido canalizado hacia las grandes empresas y *holdings* económicos. Respecto de esto último, consúltese Peralta Ramos (2007).

<sup>31</sup> Entre los años 2002 y 2005 las importaciones globales se incrementaron casi un 220%, mientras que las exportaciones totales crecieron un 56%. Como resultado de ello, el saldo comercial se contrajo algo más de un 31% (pasó de 16,7 a 11,4 miles de millones de dólares). En el mismo período, el superávit comercial de productos industriales disminuyó un 82% (pasó de 9,7 a 1,7 miles de millones de dólares). Con respecto a esto último, interesa destacar que el saldo manufacturero global incluye a ramas altamente superavitarias (industria alimenticia, refinación de petróleo y metales básicos, entre los más relevantes) y a otras con fuertes déficits (maquinaria y equipo, sustancias y productos químicos, equipos y aparatos de radio, televisión y comunicaciones, y vehículos automotores, entre los más importantes).

porque alerta sobre un aspecto muy relevante: que en ausencia de una radical redefinición del grado de apertura de la economía y de la estructura arancelaria, así como de una política activa de reconstrucción de encadenamientos productivos (cuyos logros, por cierto, no se visualizan sino en el mediano o largo plazo), más temprano que tarde podrían existir presiones tanto por el lado de las divisas (para pagar las importaciones) como por el de los precios de los bienes finales (por el costo de los insumos o de los bienes de capital involucrados en el proceso productivo);

- si bien en el marco de la post-convertibilidad se ha reactivado el comportamiento inversor e innovador de las empresas industriales, se destaca que éste es muy reducido en una comparación internacional; ello, producto del débil carácter innovador de gran parte de las firmas nacionales, la fuerte dependencia de abastecimiento externo que caracteriza a la mayoría de las manufacturas y el débil “efecto derrame” en materia innovadora por parte de las empresas extranjeras que controlan gran parte del aparato manufacturero doméstico; y

- a pesar de que el sector financiero doméstico ha logrado retornar a cierta “normalidad” tras la salida de la convertibilidad, son ostensibles las dificultades que enfrenta buena parte de las empresas que operan en el ámbito industrial nacional para acceder a líneas de crédito. Esta situación es particularmente perjudicial para las PyME, no así para las firmas y los conglomerados empresariales de grandes dimensiones, que tienen cierta capacidad de fondearse en el mercado financiero internacional y son “sujetos de crédito” en la plaza doméstica, son importantes generadoras de divisas, cuentan con cuantiosos recursos en el extranjero [que podrían repatriar] y han recibido cuantiosos subsidios estatales en lo que va del “modelo del dólar alto”.

Lo expuesto sugiere que el régimen económico en curso tiene una orientación mucho más productiva y “proempleo” que su antecesor; sin embargo, no se puede soslayar que guarda ciertas similitudes con aquel en lo referido a sus sesgos implícitos. Hasta el momento, los aspectos salientes del entorno macroeconómico en curso, la naturaleza de las medidas aplicadas en el nivel fabril y la ausencia de una estrategia integral de desarrollo económico e industrial no han tendido a propiciar un cambio estructural en el perfil de especialización productivo-industrial y de inserción internacional de la Argentina. Al contrario, han tendido a favorecer al núcleo más concentrado del capital,

en detrimento de las fracciones empresarias de menor tamaño y, fundamentalmente, de los trabajadores.

#### **III.4. Las fracciones subordinadas dentro del bloque dominante**

Buena parte de la estructura discursiva utilizada por los defensores del “modelo del dólar alto” se basa en la explotación del enfrentamiento con los representantes del “modelo de la especulación y la extranjerización”. Según este enfoque, el sector financiero y las empresas vinculadas a las actividades no sometidas a la competencia externa (aquellas asentadas sobre sectores no transables, especialmente los servicios públicos privatizados) fueron no sólo los principales beneficiarios de los cambios ocurridos durante la convertibilidad, sino además los enemigos declarados de los industriales “nacionales” agrupados fundamentalmente en la UIA y en otras cámaras empresarias aliadas. Si bien ello concordaba parcialmente con la realidad, ocultaba el carácter social de las representaciones empresarias “opositoras” al “modelo de los noventa” (Gaggero y Wainer 2004).

De todos modos, el enfrentamiento político-económico entre ambos agrupamientos de los sectores dominantes por la conducción de dicho bloque evidenciado durante todo el gobierno de la Alianza (1999-2001) –y que fuera resuelto recién a principios del año 2002– fue presentado por los “ganadores” como una derrota en toda la línea de los beneficiados por las políticas económicas de la convertibilidad. Sin embargo, una sintética descripción de dos aspectos de la política económica aplicada con posterioridad al abandono de dicho régimen permite resignificar tales aseveraciones.

En primer lugar, si bien las tasas de interés en el mercado doméstico se ubican en niveles reales muy inferiores respecto de lo acaecido durante los años noventa, cabe destacar que el sector financiero en general –más allá de la belicosidad con la que fue tratado discursivamente– no debió responder con sus propios activos a la delicada situación en la que había quedado luego de la devaluación, ya que las más grandes entidades –que durante el año 2001 habían activado y acelerado la fuga de capitales que derivó en la crisis financiera de diciembre de ese año– se encontraban con un alto endeudamiento en dólares y sus acreencias pesificadas por decisión del Poder Ejecutivo Nacional. Al respecto, es sumamente importante señalar que casi las tres cuartas partes

de la deuda bancaria de las grandes empresas (principalmente las de servicios públicos privatizados y los grupos económicos locales) se encontraban en manos de instituciones financieras de capital extranjero (Basualdo, Schorr y Lozano 2002). En otras palabras, los gobiernos post-convertibilidad acordaron con el FMI y convalidaron un conjunto de “compensaciones” a los bancos, ahorristas y deudores del sistema financiero que implicaron –a fines de 2003– un costo fiscal de más de 14.000 millones de dólares (Lozano 2004), lo que permitió que las entidades bancarias equilibraran sus balances<sup>32</sup>.

En segundo lugar, un aspecto habitualmente mencionado es el lugar subordinado en el que han quedado las empresas privatizadas. Luego de una década en la que las más grandes de ellas formaron parte del conjunto de empresas de mayores rentabilidades relativas de la economía, el “modelo productivo” parecería haberlas colocado en una penosa situación, ya que favorecería únicamente a la “industria nacional”. Si bien las rentabilidades ya no se encuentran en los niveles extraordinarios de los años noventa, el análisis de los balances de varias de las firmas de servicios públicos permite separar el discurso de la realidad. Efectivamente, el funcionamiento del actual régimen económico permite que muchas firmas del sector energético (petróleo, gas y electricidad) y las telecomunicaciones logren o mantengan elevados niveles de rentabilidad operativa (Cuadro 1).

**Cuadro 1**  
**Promedio anual de las rentabilidades operativas de varias empresas privatizadas o vinculadas a las privatizaciones (utilidades operativas sobre ventas), 1998-2001 y 2002-2006 (porcentajes)**

<b>Empresa</b>	<b>Promedio 1998-2001</b>	<b>Promedio 2002-2006</b>
Repsol-YPF	26%	40%
Transportadora de Gas del Norte	54%	34%
Transportadora de Gas del Sur	66%	45%
Camuzzi Gas Pampeana	11%	9%
Distribuidora de Gas Cuyana	26%	16%
Gas Natural BAN	20%	9%
Metrogas	14%	7%
Central Costanera	18%	25%
Central Térmica Güemes	0%	1%

<sup>32</sup> Especialmente los bancos fueron subsidiados para afrontar las consecuencias de la pesificación asimétrica, por la reprogramación de depósitos, la indexación asimétrica de activos y pasivos y por canje de bonos. Las grandes firmas deudoras también se beneficiaron con la pesificación de sus obligaciones en dólares con el sistema financiero local. Sobre estos temas se recomienda consultar el estudio de Peralta Ramos (2007).

<b>Empresa</b>	<b>Promedio 1998-2001</b>	<b>Promedio 2002-2006</b>
Central Puerto	18%	1%
Hidroeléctrica Piedra del Aguila	42%	27%
Transener	40%	18%
Edelap	13%	-2%
Edenor	22%	5%
Edesur	14%	0%
Telecom	13%	7%
Telefónica de Argentina	25%	14%

Fuente: elaboración propia basada en balances de las empresas.

Así, puede observarse que en términos generales, son las centrales eléctricas y las distribuidoras de electricidad del área metropolitana de Buenos Aires las que más caen; sin embargo, la Central Térmica Güemes ha superado a partir de 2005 los niveles predevaluación, y en 2006 Edelap está casi en los mismos porcentajes de antes del año 2002. Lo mismo sucede en las telecomunicaciones con Telecom. En el caso de las gasíferas, la disminución de alrededor del 30% no implica olvidar que partían de exorbitantes niveles de rentabilidades en los años previos a la devaluación (especialmente las transportadoras del fluido). Por último, la disminución de los costos internos debido a la devaluación del peso y el alto nivel de exportaciones fue lo que permitió a Repsol-YPF elevar sustancialmente su rentabilidad operativa. Como se observa, ello no debe opacar el hecho de que el actual régimen económico *per se* no inhibe la obtención de importantes ganancias operativas por parte de muchas de las empresas privatizadas. Sin embargo, no debe soslayarse el hecho de que, devaluación y cambio en la estructura de precios y rentabilidades relativas mediante, los señalados márgenes de beneficio de las privatizadas no suponen, como en la convertibilidad, altas masas de ganancias en “moneda fuerte” para remitir a sus países de origen o a sus acreedores; de allí sus presiones para que las tarifas aumenten en forma considerable.

#### **IV. Reflexiones finales**

En este trabajo se han tratado de desentrañar ciertos aspectos estructurales que hacen a la conformación de las fracciones de clase del bloque de poder y su articulación compleja y contradictoria con posterioridad a la salida devaluacionista de la convertibilidad. Si bien se trató de una crisis de hegemonía al interior del bloque

dominante, su resolución requirió la participación de una amplia y heterogénea alianza social (que incluía a las clases y fracciones de clase subordinadas) como elemento decisivo para lograr la derrota política de los sectores que aparecían como más fortalecidos por las políticas de los años noventa. Paradójicamente, fueron los *restos* de la ideología de la hoy inexistente burguesía nacional (la lucha “nacional vs. extranjero”, “trabajo vs. especulación”) lo que permitió que los grupos económicos de capital local y extranjero con fuerte inserción productivo-exportadora y una importante transnacionalización de sus actividades encabezaran un nuevo ciclo de acumulación de capital luego de cuatro años de crisis económica y financiera.

En este sentido, se pueden efectuar algunas reflexiones finales acerca del “modelo productivo” vigente desde principios del año 2002:

1. Luego de las amplias movilizaciones sociales efectuadas durante el año 2001 y el primer semestre de 2002 (enmarcadas en la crisis creciente del sistema de partidos políticos expresada en las elecciones de 1999 y 2001 y en la consigna “que se vayan todos”), el “modelo del dólar alto” ha permitido que la burguesía como clase restableciera las bases de su dominación al resolver las dificultades para su acumulación y reproducción ampliada de capital. Este proceso, tal como se desprende de las diversas evidencias analizadas, ha sido posible en buena medida merced a la caída que experimentaron los ingresos de los trabajadores, y ha estado asociado a un replanteo de consideración en el interior del bloque dominante respecto de los años noventa en cuanto a las fracciones de clase que ejercen la hegemonía y a las que se ubican en posiciones subordinadas.

2. Al mismo tiempo, la caída de los costos laborales, la pesificación de las deudas con el sistema financiero, las “compensaciones” y los subsidios estatales concedidos a diversas fracciones de la gran burguesía y (no menos importante) la fuerte transferencia de ingresos desde el trabajo hacia el capital han logrado morigerar los enfrentamientos al interior del bloque dominante.

3. Desde las políticas públicas se han mantenido muchas de las características sobre las que diversos agentes económicos basaron sus altas rentabilidades (por ejemplo, los vinculados a la producción hidrocarburífera y minera). La aplicación de retenciones sirvió como recurso fiscal para incrementar los ingresos del Estado, aunque en su mayor

parte fueron destinados para el sostenimiento del tipo de cambio alto, favorable a los exportadores. Más allá de esa medida no se efectuaron otras que regularan la explotación de estos recursos, de forma tal que se realicen de manera ambientalmente sustentable, pero que además establezca que la explotación se efectúe en virtud de los beneficios de toda la población (es decir, que permitan desandar el camino recorrido en las últimas décadas).

4. El *boom* económico-industrial oculta el carácter regresivo y heterogéneo de la reactivación fabril post-devaluación, ya que los sectores de mayor crecimiento y la oferta productivo-exportadora de la industria no se fundan en actividades de importante demanda de mano de obra que permitan revertir los principales legados críticos del régimen de acumulación del capital vigente entre 1976 y 2001 sobre el sector manufacturero.

5. Se ha cristalizado la concentración del comercio exterior en un grupo selecto de firmas asentadas en actividades de muy baja generación de valor agregado doméstico (agroindustria, petróleo, industria automotriz, siderurgia, minería) y fuertemente transnacionalizadas, lo que permite discutir si, como se sostiene, la vigencia de una paridad cambiaria “competitiva” es, en sí misma, condición necesaria y suficiente para revertir la desindustrialización, la crisis laboral y la distribución regresiva del ingreso, características de las últimas tres décadas de la Argentina.

Así, el tipo de crecimiento afirmado sobre un sistema productivo con un ostensible grado de primarización, las características estructurales de los actores que conducen el bloque dominante y el legado sociopolítico del neoliberalismo intentan ser legitimados a través de una actualización de la “teoría del derrame”, ahora fundamentada en que el crecimiento industrial post-crisis mejorará notablemente las condiciones de vida de la mayoría de la población, recuperando no sólo lo perdido durante la salida de la crisis de la convertibilidad sino también durante el retroceso social de los años noventa. En función del contenido de las políticas públicas implementadas a partir del año 2002 y de las omisiones estatales en diversos planos, es evidente la carencia de una estrategia de desarrollo productivo e industrial, ya que el eje de la política económica gira alrededor del mantenimiento del dólar en niveles elevados en términos reales. Paradójicamente,

hasta el momento se reproduce, en muchos aspectos, la lógica del “piloto automático” que caracterizó el denostado “modelo de los noventa”.

## Bibliografía

- ARCEO, N., MONSALVO, P., SCHORR, M. y WAINER, A. (en prensa): *Empleo y salarios en Argentina. Una visión de largo plazo*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- BASUALDO, E. (2000): *Concentración y centralización del capital en la Argentina durante la década de los noventa. Una aproximación a través de la reestructuración económica y el comportamiento de los grupos económicos y los capitales extranjeros*, Buenos Aires, FLACSO/Universidad Nacional de Quilmes/IDEP.
- BASUALDO, E., SCHORR, M. y LOZANO, C. (2002): “Las transferencias de recursos a la cúpula económica durante la Administración Duhalde. El nuevo plan social del gobierno”, Aporte presentado en la asamblea nacional del FRENAPO, IDEF-CTA, Buenos Aires.
- CEPAL (2002): *Globalización y desarrollo*, Santiago de Chile.
- CRISTINI, M. (2001): “El diseño de una política comercial procompetitiva y su funcionamiento en un escenario de regionalismo abierto”, en FIEL: *Crecimiento y equidad en la Argentina*, Buenos Aires.
- DAMILL, M. (2000): “El balance de pagos y la deuda pública bajo la convertibilidad”, en *Separata del Boletín Informativo Techint*, n° 303, Buenos Aires.
- FRENKEL, R. y RAPPETTI, M. (2004): “Políticas macroeconómicas para el crecimiento y el empleo”, Buenos Aires, CEDES/OIT, mimeo.
- GAGGERO, A. y WAINER, A. (2004): “Crisis de la Convertibilidad: el rol de la UIA y su estrategia para el (tipo de) cambio”, en *Realidad Económica*, n° 204, Buenos Aires.
- GIARRACA, N. (2006): “Avance del agronegocio”, en *Página/12*, Buenos Aires, 30/7/06.
- IEERAL (2002): *Bases y propuestas para una economía sustentable*, Córdoba, Fundación Mediterránea.
- IEERAL (2001): *La inserción de la Argentina en la economía global*, Córdoba, Fundación Mediterránea.
- INDEC (2007): “Complejos exportadores”, Información de Prensa del 26/04/07, Buenos Aires.
- KIGUEL, M. (2001): “La economía argentina a comienzos del nuevo siglo”, en FIEL: *Crecimiento y equidad en la Argentina*, Buenos Aires.
- KOZULJ, R. (2005): “Crisis de la industria del gas en Argentina”, Santiago de Chile, CEPAL, Serie Recursos Naturales e Infraestructura, n° 88.
- LOZANO, C. (coord.) (2004): “Acerca de la negociación del endeudamiento externo. Discursos y realidad. La economía contra la política”, Buenos Aires, IDEF-CTA.
- MINISTERIO DE ECONOMIA Y PRODUCCIÓN (2003): *Lineamientos para fortalecer las fuentes de crecimiento económico*, Buenos Aires.

NOCHTEFF, H. (1999): “La política económica en la Argentina de los noventa. Una mirada de conjunto”, en *ÉPOCA, Revista Argentina de Economía Política*, n° 1, Buenos Aires.

NOCHTEFF, H. (1994): “Los senderos perdidos del desarrollo”, en AZPIAZU, D. y NOCHTEFF, H.: *El desarrollo ausente. Restricciones al desarrollo, neoconservadurismo y elite económica en la Argentina. Ensayos de Economía Política*, Buenos Aires, Tesis/Norma.

O’DONNELL, G. (1982): *El Estado burocrático-autoritario*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.

ORTIZ, R. (2007): *Las empresas transnacionales en el sector petrolero argentino. Agotamiento de los recursos naturales, comportamiento oligopólico e irresponsabilidad socio-ambiental*, Buenos Aires, Observatorio de Empresas Transnacionales, Cuadernos del Observatorio n° 2, Foco-Inpade/MISEREOR IHR HILFSWERK.

ORTIZ, R. (2006a): *Inversiones extranjeras y empresas transnacionales en Argentina*, Buenos Aires, Observatorio de Empresas Transnacionales, Cuadernos del Observatorio n° 1, Foco-Inpade/MISEREOR IHR HILFSWERK.

ORTIZ, R., (2006b). *Las empresas transnacionales en la minería argentina: seguridad jurídica para las empresas, inseguridad ambiental e incumplimiento de los derechos de las comunidades locales*, Buenos Aires, Observatorio de Empresas Transnacionales, Foco-Inpade/MISEREOR IHR HILFSWERK.

ORTIZ, R. y DELFINI, M. (2003): “Exportaciones y empleo: ocupación y salarios en las grandes firmas exportadoras”, ponencia presentada en el VI Congreso Nacional de Estudios del Trabajo organizado por la Asociación de Estudios del Trabajo, Buenos Aires.

PERALTA RAMOS, M. (2007): *La economía política argentina: poder y clases sociales (1930-2006)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

PEREZ, P. (2006): *Agronegocios y empresas transnacionales. Las consecuencias de la expansión del monocultivo de la soja transgénica*, Buenos Aires, Observatorio de Empresas Transnacionales, Foco-Inpade/MISEREOR IHR HILFSWERK.

POULANTZAS, N. (2001): *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, México, Siglo XXI Editores.

PRADO, O. (2005): *Situación y perspectivas de la minería metálica en Argentina*, Santiago de Chile CEPAL, Serie Recursos Naturales e Infraestructura, n° 91.

REDRADO, M. (2003): *Exportar para crecer*, Buenos Aires, Planeta.

SCHORR, M. (2006): *Cambios en la estructura y el funcionamiento de la industria argentina entre 1976 y 2004. Un análisis socio-histórico y de la evolución de las distintas clases sociales y fracciones de clase durante un período de profundos cambios estructurales*, tesis de Doctorado, Buenos Aires, FLACSO.

SCHORR, M. (2001): “¿Atrapados sin salida? La crisis de la Convertibilidad y las contradicciones en el bloque de poder económico”, Buenos Aires, Área de Economía y Tecnología de la FLACSO, mimeo.

SCHORR, M. y WAINER, A. (2005): “Argentina: ¿muerte y resurrección? Notas sobre la relación entre economía y política en la transición del ‘modelo de los noventa’ al del ‘dólar alto’”, en *Realidad Económica*, n° 211, Buenos Aires.

UIA (2001): *Un proyecto nacional para el desarrollo*, VII Conferencia Industrial organizada por la Unión Industrial Argentina, Buenos Aires.

## **Igualdades y desigualdades imaginadas en América Latina.**

### **Entrevista a Luis Reygadas<sup>1</sup>**

Por Tobías Wainhaus

La siguiente entrevista al antropólogo mexicano Luis Reygadas fue realizada a partir de la conferencia “Desigualdades imaginadas en América Latina. Representaciones de la discriminación y la exclusión”, que Reygadas dictó en el IDAES en agosto de 2007. A lo largo de su presentación, basada en un artículo homónimo publicado originalmente en inglés, el autor de *Ensamblando culturas. Diversidad y conflicto en la globalización de la industria* (Gedisa, 2002) analizó las representaciones subalternas de la desigualdad en América Latina. Su argumento central es que estas representaciones (1) sintetizan procesos sociales complejos en imágenes sencillas y cargadas de dramatismo, que implican elementos emotivos y éticos: el saqueo, la discriminación y el olvido; (2) remiten a la memoria histórica de abusos pasados (el saqueo de las riquezas naturales, el maltrato hacia los indígenas, la esclavitud de los negros) para interpretar los agravios contemporáneos; (3) deslegitiman privilegios y jerarquías, presentándolos como frutos de la corrupción o la discriminación; (4) eximen a quienes ocupan posiciones subordinadas, en contraposición a las narrativas hegemónicas que atribuyen la desigualdad a los vicios y las deficiencias de los pobres o a la supuesta inferioridad de los latinoamericanos, las mujeres, las comunidades indígenas; y finalmente, (5) son significativas para comprender las experiencias y las perspectivas de los agentes sociales que viven día a día la desigualdad. Dice Reygadas que las desigualdades imaginadas “tienen valor no por lo que describen, sino por lo que provocan. No

---

<sup>1</sup> Antropólogo, profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa (México) y especialista en antropología industrial y culturas laborales. Ha publicado diversos libros y artículos sobre la minería mexicana y las empresas maquiladoras en México y Guatemala. Una versión previa de su libro *Ensamblando culturas. Diversidad y conflicto en la globalización de la industria* (2002) obtuvo el Premio de Investigación Laboral que otorga la Secretaría del Trabajo en México en convenio con el BID. Autor, además, de *Proceso de trabajo y acción obrera. Historia sindical de los mineros de Nueva Rosita 1929-1979* (1988) y *Mercado y sociedad civil en la fábrica. Culturas del trabajo en maquiladoras de México y Guatemala* (2001).

constituyen un inventario riguroso de los procesos de explotación, acaparamiento de oportunidades y exclusión en América Latina, pero pueden ayudar a la comprensión de los mapas mentales de quienes los padecen. Son dispositivos culturales para lidiar con el despojo, para revertir los estigmas étnicos y de género y para explorar vías de inclusión. Son herramientas que usan los sujetos para combatir en la arena de la legitimación de las apropiaciones”.

**Pregunta: En su texto plantea que, desde la cultura hegemónica, hay una construcción de la imagen de la desigualdad que lleva a cabo un doble desplazamiento: por un lado, estigmatiza al pobre, y por otro, consigue que se pierdan de vista las relaciones de dominación que generan la pobreza. Esta supresión simbólica de la desigualdad, ¿no encuentra un discurso contra-hegemónico que las enfrenta desde las clases subalternas? En otras palabras: ¿hasta qué punto hay verticalismo y no influencia recíproca entre las clases dominantes y las subalternas?**

Respuesta: Estaría en principio de acuerdo con la idea que está detrás de la pregunta: hay una influencia recíproca. Sucede que este texto forma parte de un libro que está por publicarse, donde la cuestión se plantea de manera menos unilineal. Allí se discute cómo se legitiman las desigualdades pero también cómo hay discursos que se posicionan en contra o que critican esa legitimación. Por cierto los discursos hegemónicos que plantean que la desigualdad es algo normal, que es resultado de los diferentes méritos y esfuerzos de cada grupo, se enfrentan con otras interpretaciones que plantean que la desigualdad no es algo normal, sino fruto de una serie de procesos que benefician a algunos. Y estos dos discursos no van en paralelo, están todo el tiempo en diálogo, en confrontación. Sin embargo, la influencia es asimétrica: no se da en una relación horizontal, tal vez tampoco en una relación totalmente vertical, sino en una relación oblicua. De todos modos, es cierto que están muy difundidas las imágenes críticas de la desigualdad. Recuerdo una encuesta que dice que la mayor parte de la población de América Latina piensa que sus sociedades son desiguales. Pero aunque esta idea está muy difundida, eso no necesariamente implica que se desarrollen políticas

públicas en consecuencia. Ahí aparece la asimetría, porque durante las últimas dos décadas las opiniones que decían que la desigualdad era algo normal y que se iba a ir eliminando conforme hubiera crecimiento económico se impusieron en la mayor parte de las políticas públicas.

**P: En la conferencia que dictó en el IDAES se preguntaba si “basta erradicar la discriminación para que desaparezca el acaparamiento de oportunidades”; o si para revertir la exclusión es suficiente con que haya “empresarios con buenas intenciones y un gobierno diligente que no se olvide de los excluidos”. ¿Cuáles son los factores necesarios, y qué lineamientos deberían seguir, para que desaparezca la falta de oportunidades?**

R: Esto tiene que ver con una discusión que se ha dado mucho en los últimos quince años en América Latina en relación con la discriminación de género y la discriminación étnica; discriminación con respecto a los indígenas en algunos países, a la población negra en otros, y a las mujeres en todos los casos. El sentido común que hoy afirma que la discriminación produce la desigualdad en parte tiene razón: la discriminación a lo largo de muchos años, décadas, siglos incluso, ha producido esta desigualdad. Pero trato de sugerir que no basta con eliminar los prejuicios para lograr la igualdad. Supongamos que en este momento, por ejemplo, se dijera en Brasil: “Se prohíbe toda discriminación, se establece una serie de mecanismos para garantizar que no haya discriminación”. ¿Ganaría inmediatamente lo mismo la población negra que la mulata y la blanca? Porque tienen diferente escolaridad, diferente capital cultural y diferentes oportunidades, y lo han tenido a lo largo del siglo. Entonces se necesita algo más que eliminar los prejuicios. ¿Qué se necesitaría? Por un lado una política más proactiva, de inclusión de largo plazo para ir alcanzando mayor igualdad de oportunidades. También sería importante que existieran instituciones consolidadas. Porque estas imágenes de sentido común acerca de la desigualdad son muy voluntaristas: piensan que hay alguien que tiene mala voluntad y discrimina, excluye, y que si sacamos del poder a alguien con mala voluntad y ponemos a alguien con buena voluntad, ya se solucionó todo. Y no es así. La voluntad importa, pero se necesita además que haya instituciones que garanticen acceso equitativo a la salud, a la educación de buena calidad, a una serie de servicios

básicos, a financiamiento de créditos a tasa razonable para todo el mundo. Recién entonces podría haber igualdad de oportunidades. En un primer paso, la crítica a la discriminación, creo que es necesaria, indispensable, pero no suficiente.

**P: ¿Cómo entra en juego el planteo de una “desigualdad debido al saqueo de América Latina”, esgrimido por las clases medias y populares, es decir que no es propiamente un discurso de las clases excluidas, en la interrelación entre la imaginación de la desigualdad construida desde la hegemonía y la creada por las clases subalternas?**

R: En efecto, hay muchas representaciones que tienen que ver con las clases, con los estratos sociales, pero no sólo tiene que ver con la clase. Son más bien para legitimar o deslegitimar una situación de desigualdad. Si vamos a la clase media, está en una situación dual, porque por un lado puede ser crítica con respecto a sectores más privilegiados, pero también tiene algo que defender frente a otros. Si vemos por ejemplo el caso de un sindicato, puede ser crítico respecto de ciertos elementos que favorecen a la empresa, pero también tiene algo que defender: los afiliados tienen acceso a cosas que otros no tienen, y las defienden. Entonces, son posiciones duales que atraviesan a todos los sujetos. Cada quien tiene algo que defender; incluso un sector muy empobrecido puede tener acceso a ciertos planes de apoyo al ingreso, y lo defiende frente a quien no lo tiene. Hay una disputa por ver cómo se distribuyen los recursos públicos o los recursos al interior de una organización, de una empresa, de una institución. Entonces aquí las representaciones sobre esta distribución son parte de la distribución misma, es decir, son herramientas, armas, argumentos que los grupos utilizan para cuestionar una situación o para defender algo establecido. Y es muy común que un grupo, un actor social, use esas representaciones en función de sus intereses. Ahora, no todo es instrumental, porque puede haber un consenso cultural independiente de los intereses, donde distintos sectores estén de acuerdo en una redistribución más justa de la riqueza, aun cuando eso pudiera significar que algunos pagan más impuestos o tienen que colaborar más porque creen en eso. Por eso son importantes estas batallas simbólicas, porque pueden influir en qué tan cohesiva y qué tan incluyente es una sociedad.

**P: En referencia a lo que señala en el final de su artículo, ¿es posible terminar la “batalla simbólica” de forma independiente y desligada de “las acciones que los sujetos desarrollan con base en ellas”?**

R: No, en realidad son dos caras de la misma moneda, porque las acciones también tienen una carga simbólica: si un grupo de piqueteros corta la ruta es una acción, pero al mismo tiempo tiene un contenido expresivo, también es simbólico. Son dos caras de lo mismo. Ahí en el artículo están separadas; analizo aquí esta parte simbólica y en la siguiente sección del libro analizo prácticas y acciones que tienen que ver con ellas. Pero a veces las acciones no coinciden con las representaciones; hay una especie de asincronía. Se tienen ideas sobre la desigualdad que corresponden a épocas anteriores, a la época de la colonia o al siglo XIX o a principios del XX, y sin embargo se puede actuar en función de circunstancias actuales, sin una correspondencia absoluta entre lo que se dice y lo que se hace. Lo que ha habido en los últimos veinticinco años es un cuestionamiento fuerte de las desigualdades de origen étnico y racial, de las que tienen que ver con relaciones de género, y también de las que se han originado a partir de las políticas neoliberales y de apertura económica. En el plano simbólico se ha avanzado mucho en la crítica a todas esas prácticas que generaban esas situaciones poco equitativas, pero eso no quiere decir que se reviertan. Hay una crítica al sexismo, a la exclusión de las mujeres de una serie de puestos de poder o de cargos importantes, pero de ahí a que logren realmente una equidad en todos los planos se necesita más tiempo, aunque han avanzado mucho. Creo que en ese caso la brecha entre lo simbólico y la práctica se empieza a cerrar, aunque después diré en qué aspecto. En el caso, en cambio, de grupos indígenas en varios espacios de América Latina, no se ha avanzado tanto. Pongo siempre el ejemplo de Chiapas. Simbólicamente los zapatistas ganaron la batalla de los derechos indígenas en México, y tuvo impacto en todo el mundo, pero de ahí a que haya cambiado la situación concreta de los indígenas en México es muy distinto, eso no se dio todavía. Estamos en una fase que es pasar de la crítica a la desigualdad a la construcción de instituciones que la reduzcan en el mediano plazo. En el caso de Ecuador, en cambio, ya se ha pasado de esa batalla simbólica a ganar por lo menos los órganos del gobierno. Habrá que ver a qué lleva esto, pero hay un cambio muy

importante. Habrá que ver si conquistar el gobierno también lleva a conquistar espacios en la economía, en el mercado, que se rigen por otros criterios y requieren otras armas.

**P: ¿Es posible achicar el abismo existente entre las representaciones y las imágenes subalternas y las de los gobernantes sin una práctica efectiva y concreta por parte de ambos? A la vez que parece que justamente por estas prácticas y acciones la distancia se vuelve cada vez más grande, ¿no son las experiencias de ambos, en tanto antagónicas, un impedimento para crear una identidad común?**

R: Son un obstáculo, pero no insalvable. Hay experiencias en otros países en donde se logra crear una identidad común y derechos comunes que atraviesen diferentes sectores sociales o que atraviesen fronteras culturales. Así como están presentadas ahí parecen lineales y que no dialogan. No está mal el planteo, más bien yo no lo había aclarado. Es posible pero no es tan sencillo. Volviendo al ejemplo de Chiapas: cuando se dieron las negociaciones parecía un diálogo de sordos. Los zapatistas diciendo que no se le cambia una coma al acuerdo de San Andrés y el Parlamento diciendo “eso no lo podemos aceptar porque sería romper la unidad nacional”, y no se llegó a un acuerdo. Pero hay casos en los que se llega a diálogos interclasistas, interculturales, interétnicos, donde sí se logra crear un espacio común. Pienso en algunos proyectos culturales en Río de Janeiro donde confluyen diferentes sectores sociales, donde se crean puentes, diálogos por medio de la música, por medio de identidades culturales, y a veces también por medio de instituciones e iniciativas de políticas públicas. Sucede que a veces la desigualdad se reproduce a sí misma; porque cuando hay mucha distancia social, es más difícil ponerse de acuerdo que cuando hay un marco más igualitario. Pero no tiene por qué reproducirse al infinito. Pienso por ejemplo en el papel de las escuelas públicas: en muchos países de América Latina en las universidades públicas confluyen diferentes sectores sociales, y se crea ahí un espacio compartido y un lenguaje común. En algunos casos ocurre también en las escuelas primarias o secundarias: cuando la educación pública es de buena calidad y entonces la clase media, o incluso sectores de mayores ingresos, también recurren a la educación pública, ahí se crean espacios. Ahí pueden jugar un papel muy importante los intermediarios: intermediarios políticos, culturales, intelectuales que pueden funcionar al principio como traductores.

**P: ¿A qué se refiere con intermediarios?**

R: Personas que pueden comprender los dos lados de la moneda, los dos discursos: el discurso de los excluidos que reclaman una serie de derechos, el discurso de los sectores dominantes que está marcado por la crisis económica y por sus negocios, políticos, artistas, maestros, intelectuales, escritores, que ven la necesidad de cohesión social, que creen que esa ruptura social y cultural se vuelve negativa para todo el país y para todos, porque eso genera violencia y otra serie de conflictos. También podrían ser algunas organizaciones de la sociedad civil que cumplan con esa función de puente, de traducción.

**P: ¿Cree que la posibilidad de que decrezca la desigualdad se encuentra dentro de las capacidades de los regímenes y sistemas políticos actuales, o que requiere de tomas de posición más radicales? Me refiero a la evidencia, que usted ha señalado, de que lo legal muchas veces no brinda posibilidades para hacer decrecer la brecha entre las clases: Estados de bienestar no consolidados, populismos clientelistas, etcétera.**

R: Es la vieja discusión de la reforma o la revolución. Creo que no son necesariamente caminos excluyentes. En algunos casos, acciones más de ruptura llevaron a reformas institucionales de largo alcance. Con el caso de Chiapas, que fue más simbólico que material, el nivel institucional dio en México un salto hacia la democracia. Después de que ese movimiento planteara salirse de las instituciones democráticas, un cambio más radical ocurrió en el resto del país: se fortalecieron las demandas por la democracia, se dio una reforma electoral muy importante unos años después, y el PRI después de setenta años dejó el poder. Entonces, no hay ahora mismo una democracia muy consolidada, pero sí ya es una situación distinta. Sí hubo cambios muy importantes en todo el país. Creo que la desigualdad se resuelve con varias décadas de una política social consistente. Porque la desigualdad no es sólo cuánto dinero tiene uno, sino cuánto puede uno hacer con esos recursos. De allí que en una sociedad del conocimiento, si no se logra una igualdad o un acceso más equitativo al conocimiento y a la tecnología, no

hay redistribución de dinero que dure. Eso sólo se logra con reformas de mucho tiempo. Puede ser que algunos movimientos más radicales conduzcan a esto. Hay una tentación muy fácil en América Latina: la tentación de acabar con la desigualdad rápidamente: decretando una baja de los salarios de los políticos, decretando una reducción drástica de las canastas de las empresas, un aumento de los impuestos, un aumento de las transferencias a los sectores excluidos... Bueno, eso me parece que es muy comprensible después de tantos años de una política muy regresiva, que favoreció sobre todo a las élites. Hace muchísima falta un cambio de orientación radical en ese sentido, pero no necesariamente se reduce la desigualdad social a mediano plazo con esas medidas. Si eso va acompañado de reformas de política social más estructurales sí podría llevar a una redistribución del ingreso y de los recursos más importantes. La desigualdad es una característica estructural de una sociedad, y sólo se vence con varias décadas de políticas consistentes, no con medidas de un año. Esto incluso puede ser contraproducente; por lo general vemos cómo en América Latina ha habido una oscilación de políticas populistas a políticas muy elitistas, muy de derecha, mientras que los países que tuvieron procesos democráticos más largos, durante varias décadas, lograron revertir la desigualdad, o tener menos desigualdad que otros. Pienso en países como Uruguay, Chile, Costa Rica e incluso la Argentina, que hacia los años 70 eran los menos desiguales de la región. Es cierto que después de lo que pasó en los años 90 en la Argentina, la pobreza y la desigualdad aumentaron mucho. Pero si anteriormente se había podido reducir la desigualdad, esa posibilidad está latente. Es preciso construir Estados de bienestar similares a los que se construyeron en los países europeos, o incluso en algunos países de América Latina en otro momento. Por eso me inclino más por un cambio paulatino. Pero que se dé o no, no depende de la voluntad: depende de si las instituciones democráticas son capaces de traducirse en mayor igualdad social, porque si no, es más probable que se busquen salidas de ruptura. Si la democracia no es capaz de cumplir su promesa de igualdad social –porque no son términos equivalentes, pero no obstante se espera que una sociedad democrática sea más igualitaria–, pues entonces habrá presiones más extrasistémicas, más fuertes.

**P: ¿Encuentra diferencias entre las formas de desigualdad –tanto en los imaginarios sociales como en las prácticas ligadas a estos– que plantea el campo y las que plantea la ciudad?**

R: Por un lado, hay similitudes entre las formas de representación de la desigualdad del campo y de la ciudad. Hay que recordar que en América Latina hace sesenta años la mayor parte de la población era rural. Y todavía tenemos mucho de sociedades rurales, sobre todo en la mentalidad. A veces se dice: “bueno, pero la gente ya está en la ciudad”. Sí, pero muy a menudo con una mentalidad campesina, de pequeño productor, con lazos familiares muy fuertes. Pero también hay diferencias importantes. Me parece que en el campo los mecanismos generadores de desigualdad son más personales, mientras que en la ciudad suelen ser más impersonales. En el campo se trata más del acaparamiento de la tierra, del control de los mercados, de quienes acopian la cosecha para venderla después, mientras que en la ciudad la desigualdad se produce por mecanismos más abstractos, como cambios en las tasas de interés. Ahora bien: los mecanismos son distintos, pero las representaciones suelen verlos como similares. Menciono en mi libro el caso de “El Barzón”, un movimiento de deudores campesinos que le debían a la banca. El barzón es el anillo que une el arado y la yunta, el nombre hace referencia a una canción popular que, en forma irónica, relata las desventuras de un campesino frente a las arbitrariedades de su patrón. Ellos adoptaron ese nombre estableciendo una equivalencia, como si la banca estuviera haciendo lo mismo que hacía el cacique del pueblo, o el terrateniente que esquilma al campesino. Hay sin embargo un cambio importante: en la ciudad vemos la copresencia de los más ricos y los más pobres. Las ciudades a veces están organizadas en barrios residenciales y barrios marginados, pero muchas veces no; muchas veces están en contacto. Es un contraste que ofende mucho, que crea problemas de cohesión social y de convivencia. Algunos teóricos de la violencia y la criminalidad afirman que la desigualdad es un factor que incide en un crecimiento de la criminalidad y la violencia. Esa coexistencia de pobreza y riqueza en un mismo hábitat crea el deseo de consumir como los otros sectores, dicen algunos, y establecen correlaciones estadísticas entre niveles de desigualdad y niveles de violencia urbana. Aquí reaparece algo de lo que hablábamos al principio. La idea de que con buena voluntad se puede solucionar el problema corresponde a una visión más

bien campesina del mundo: “Si el patrón fuera bueno, estaríamos mejor”. Sin embargo en la ciudad, con millones de personas, la bondad no es suficiente. Arrastramos cierta perspectiva rural del problema de la desigualdad, como si todo dependiera de quién tiene la tierra o los recursos naturales, que son cosas muy importantes, pero si vemos algunos países desarrollados ni tienen mucha tierra ni tienen muchos recursos naturales, pero lo que sí tienen es una organización social, una tecnología y una productividad muy alta, y eso genera una mayor capacidad económica.

**P: Menciona la cárcel al hablar de la película argentina *Un oso rojo*. ¿Qué papel supone que juegan las cárceles en el circuito de la desigualdad?**

R: Sería interesante hacer una estadística de cuánto se gasta el Estado en mantener las cárceles y el sistema de justicia, y a lo mejor veríamos que es un Estado social perverso. Es decir: hay mucha reticencia a gastar más en educación, en salud, en bienestar para el conjunto de la población, pero se gasta mucho en castigar la desviación social. Y a lo mejor saldría más barato hacer una inversión social, que haría innecesaria tanta inversión carcelaria o en sistemas de justicia. No quiero con esto caer en esa visión muy simplista, como la que sostiene una parte de la izquierda en América Latina, según la cual todo crimen proviene de la pobreza y el desempleo. Evidentemente hay muchos otros factores que disparan el crimen. Pero una sociedad que no gasta más en igualdad tiene que gastar más en cárceles, por decirlo con una fórmula sencilla. En ese sentido sí hay una relación entre cárcel y desigualdad. Es interesante cómo Costa Rica, que es un país que no tiene ejército, es al mismo tiempo un país muy igualitario, y no tiene que gastar tanto en eso. Por otro lado, hay que ver también quién va a la cárcel. Muchas veces, los crímenes tienen que ver con delitos contra la propiedad, que se incrementan en época de crisis económica. Entonces, una de las representaciones sobre la desigualdad implica la criminalización de la pobreza: pensar a los pobres como clases peligrosas. Esto se ve mucho en jóvenes de algunas ciudades de América Latina, quienes por el simple hecho de ser jóvenes y tener determinado aspecto, ya son vistos como criminales. Lo vemos también en Estados Unidos. ¿Quiénes son los condenados a muerte en mayor proporción? Hispanos y negros. Resulta que la Justicia no es ciega a la clase social ni a la etnia, ni al color de la piel.

**P: ¿Qué opina de declaraciones como la de Sergio Cabrera, “el cine puede ayudar a acariciar la utopía”?**

R: Creo que el mundo se ha hecho más igualitario, en parte, gracias a las utopías igualitarias. Las utopías nacidas en el siglo XIX se alcanzaron, aunque sea parcialmente, en el XX. Esos sueños a veces se volvieron realidad, y a veces también se volvieron pesadillas. Un valor muy importante del cine, del arte en general, de la cultura es que permiten imaginar mundos distintos. Y en un continente tan desigual, construir nuevas utopías igualitarias es imprescindible. Lo que no quiere decir que no se corra el riesgo de que esos sueños se conviertan en pesadillas.

# El “rincón de la rinconada”: lecturas de la frontera, narrativas de la nación. Bella Unión, República Oriental del Uruguay

Por Silvina Merenson<sup>1</sup>

## Resumen

Este trabajo se propone revelar los distintos modos en que los habitantes de una zona limítrofe, el discurso estatal, la historiografía y los medios de comunicación en Uruguay significaron y significan la frontera. Las miradas desde el “centro” hacia el “límite” territorial y simbólico constituyen modos de representar y narrar el país que, en algunos casos, coinciden con las percepciones de los habitantes fronterizos, mientras que en otros la distancia es más que elocuente, tal como sucede con los sentidos asignados al término *integración*. Las cuatro lecturas de la *frontera* presentadas en este texto muestran cómo, en diferentes contextos y momentos históricos, ésta se inviste de diversos sentidos que la presenta como zona de encuentro o, por el contrario, como barrera. Finalmente, se señala que los procesos de identificación y representación vinculados a la nación despliegan una trama compleja de discursos “productores de hegemonía” que, sin embargo, no escapan al tiempo heterogéneo que caracteriza a sus sentidos y apropiaciones.

## Desarrollo

En Bella Unión<sup>2</sup>, la única ciudad uruguaya que limita con la República Argentina y con la República Federativa del Brasil, las referencias a la *frontera* son parte de la vida cotidiana. A primera hora de la mañana es habitual escuchar a los bellaunionenses preguntando *cómo está la pasada* hacia las ciudades de Monte Caseros o Barra do Quaraí, en territorio argentino y brasileño respectivamente; qué y cuánta mercadería se puede traer hacia Bella Unión, si el río Uruguay está *crecido*, si hay lugar en la lancha que une las costas uruguaya y argentina, o si los *inspectores* de la aduana están controlando los ómnibus que van hacia *la Barra*. Sin

---

<sup>1</sup> Investigadora becaria de IDAES/CONICET.

<sup>2</sup> La ciudad uruguaya de Bella Unión se encuentra ubicada en el departamento nórdico de Artigas. Los límites territoriales internacionales corresponden a dos corrientes fluviales: al oeste el río Uruguay define el límite con la ciudad de Monte Caseros, Corrientes, Argentina. Al norte, el río Cuareim marca el límite con Barra do Quaraí, Rio Grande do Sul, Brasil. Bella Unión y Barra do Quaraí están conectadas por el Puente Internacional Quaraí. En cambio, los contactos entre Bella Unión y Monte Caseros dependen de un servicio de lanchas que funciona los días hábiles en cuatro turnos: dos por la mañana y dos por la tarde. Los últimos datos censales (2004) registran para Bella Unión 13.187 habitantes.

embargo, las referencias a la *frontera* no se agotan en las ocupaciones y preocupaciones que mantienen en vilo a los *chiveros* y las *chiveras* que van de un país al otro para comprar y revender diversos productos: la comida que cocina la gente de Bella Unión es descripta como *comida de frontera*, el carnaval que festejan es *carnaval de frontera* y el idioma que hablan es *uruguayo de frontera*. En todos estos casos, como en otros, *frontera* funciona como adjetivación, inscripción y distinción en tanto señala una cualidad específica, una identificación con lo que ella supone y una diferencia que opera tanto hacia dentro como hacia fuera del imaginario nacional. De este modo, *frontera* puede implicar integración, homogeneidad y horizontalidad, pero también separación, heterogeneidad y jerarquía.

Todos los sentidos mencionados están presentes en los bellaunionenses, pero también en los intelectuales, políticos, ensayistas, periodistas e historiadores uruguayos que, en diferentes momentos históricos, propusieron distintas narrativas nacionales vinculadas a las fronteras territoriales y a sus habitantes. Es decir, relatos maestros en los que la nación es el horizonte de sentido a partir del que se perciben las diferencias y las identificaciones respecto de formas de sentir, estilos de vida y configuraciones morales (Segato 1998, p. 172 y Neiburg-Goldman 1998, p. 123).

Las fronteras –como sitios, símbolos, instituciones, procesos– y sus narrativas son elementos indispensables en la construcción de las culturas nacionales (Donan-Wilson 1999). En el caso que nos ocupa en estas páginas, veremos como la frontera uruguayo-argentino-brasileña ingresa en una serie de representaciones hegemónicas de la nación, generadoras de lo que Segato (1998) denomina “formaciones nacionales de alteridad”. La categoría “nación”, anclada en distintas interpretaciones de la historia, en los sistemas de clasificación, institucionalización y legitimación que promueve (Verdery 1996, p. 226), en los sentimientos que evoca y en las prácticas sociales que genera (Boreman 1998, p. 15) se revela como una forma de acceder a diversos procesos de identificación y representación en el “tiempo heterogéneo” que la implica (Chattergee 2007).

Este trabajo se propone identificar y comprender cuatro formas de dar cuenta de las fronteras territoriales y simbólicas que articulan la condición de triple frontera territorial de Bella Unión y de sus habitantes. La primera se hace eco de un “discurso de hermandad” (Grimson 2000) entre Uruguay, Brasil y la Argentina y resalta la integración entre los habitantes de las fronteras. La segunda lectura subraya el carácter “débil”, “blando” o “indefinido” que “históricamente” tuvo la frontera norte uruguayo y condena la “penetración” o “invasión”

que experimenta Bella Unión por parte de los países vecinos. La tercera lectura tiene por sujeto un sector socioeconómico específico de la sociedad bellaunionense –los *peludos*<sup>3</sup>– y está vinculada a un relato político de continuidad histórica que hunde sus raíces en el siglo XIX. Finalmente, la cuarta y última lectura regresa sobre los *peludos de Bella Unión*, pero esta vez para testimoniar de otro modo “lo marginal que habita en el margen” –los pobres que habitan la frontera– y para representar a Bella Unión como la máxima expresión territorial y simbólica de la “frontera de la frontera”. Esta idea concibe un Uruguay que, por su ubicación y extensión territorial, funciona como “límite entre dos gigantes” o como “Estado tapón”, del que Bella Unión sería el “rincón de la rinconada”.

### **La frontera imperceptible**

“¿Viste? Cambiaste de país y ni te diste cuenta.” Con esta frase pronunciada mientras cruzábamos en auto y a toda velocidad el Puente Internacional Quaraí, Adán buscó transmitir una percepción sumamente extendida entre los bellaunionenses. Me refiero a la idea que sostiene que las fronteras son imperceptibles, que no hay diferencias entre un lado y el otro, y que lo que separa la naturaleza con el cauce de los ríos no tiene correlato en las prácticas y costumbres de las personas que habitan en sus márgenes. Adán, un uruguayo nacido en Bella Unión hace casi cincuenta años –hijo de padre y madre brasileños–, que reside en Barra do Quaraí desde hace veinte años, se presenta a sí mismo como ejemplo de esta lectura que pretende resaltar una suerte de integración atemporal entre los habitantes de la frontera que antecedería a cualquier política estatal o proyecto regional. Eso, básicamente, es lo que registran los versos de “Bella Unión”, escritos por Florecio Soto, un poeta local:

Mi sueño alimenta hermanas razones./ Perfuman mi verso las rosas de abril,/ un beso  
enlazado a tres pabellones,/ hermana Argentina y hermano Brasil.// Pueblo que Rivera  
fundara hace tiempo,/ bandera en el norte de la libertad,/ para que sus hijos vivieran  
contentos/ cónclave armonioso de trabajo y paz.

Este sentido asignado a *integración*, que se hace eco de un “discurso de hermandad inmemorial” (Grimson 2000), es atestiguado por los habitantes de bella Unión a partir de las

---

<sup>3</sup> El término nativo *peludo*, producto de la analogía con un roedor de la zona llamado de este modo, comprende tanto a los actuales como a ex cortadores de caña de azúcar, a los miembros de sus familias y a quienes sin haber trabajado en el corte de caña, se autodenominan de este modo, ya sea porque pertenecen al mismo sector sociodemográfico o porque *trabajan la tierra*, aunque en otra rama productiva.

alianzas matrimoniales transnacionales, los hijos y las hijas que intervienen en ellas y que se denominan *cruza*, el hecho de tener familiares a uno y otro lado de la frontera territorial, la cotidianidad del *cruce* de éstas y las costumbres que incluyen desde la forma en que sirven la comida y la música que escuchan hasta un modo común de hablar. No obstante, todos estos ejemplos que parecerían perseguir un efecto homogeneizador para los habitantes de esta triple frontera rápidamente muestran algunas de sus fisuras, ya que la “hermandad” también puede funcionar como límite, al crear una región y situar la *frontera* en el interior del propio estado-nación. Un hecho reciente puede ilustrarlo.

En el verano del año 2005, ante un brote de hepatitis en Bella Unión, el Ministerio de Salud Pública (MSP) decretó la emergencia sanitaria en la ciudad. Si bien el tradicional festejo del Carnaval no se suspendió, el MSP prohibió que las cinco *comparsas* de Bella Unión *desfilaran* en otras ciudades y pueblos uruguayos, aunque sí pudieron hacerlo, tal como acostumbran, en la ciudad de Monte Caseros. Este hecho –entre otros que incluyen el nivel educativo y la atención sanitaria–, para algunos habitantes de Bella Unión, refrendó la idea que sostiene que la *frontera* no está situada en el límite entre los estados, sino en el departamento de Salto ya que, de allí hacia el sur, *es otro país*.

Al tratarse de una triple frontera, los sentidos que los bellaunionenses proponen para *integración* incluye algunos matices cuando se trata de discernir la relación específica que sostienen con la frontera argentina, la brasileña y sus respectivos habitantes. Los trazos diferenciales que establecen en uno y otro caso ponen en foco el modo en que la construcción de la identidad transfronteriza está atravesada no sólo por el imaginario nacional, sino también por experiencias de clase y género. Este hecho, que indicaría que en el discurso de la “hermandad” hay algunos que son “más hermanos” que otros es, justamente, el matiz que permite advertir un rasgo del “habitus nacional” uruguayo vinculado a la percepción de los países vecinos y a los estereotipos sobre sus habitantes.

Aun cuando puede resultar sumamente esquemático, vale decir que quienes pertenecen a las clases medias en Bella Unión (integradas mayoritariamente por comerciantes, productores agropecuarios y profesionales) se sienten más próximos e intentan incentivar el contacto con Monte Caseros y sus habitantes de igual condición pese a la intermitencia que caracteriza a esta frontera<sup>4</sup>. En Bella Unión es habitual escuchar a las mujeres de clase media festejar un noviazgo o un arreglo matrimonial con un *correntino*, a los que consideran con mejores

perspectivas económicas y *menos machistas* que los uruguayos<sup>5</sup>. Del mismo modo celebran la posibilidad de *ir de compras* a Monte Caseros, pues suelen describir los productos argentinos como de mayor *calidad* y *gusto* que los uruguayos o los brasileños.

Por su parte, la relación que sostienen los sectores más empobrecidos de Bella Unión (trabajadores rurales, en su gran mayoría) con Barra do Quaraí, un municipio agropecuario de 4.500 habitantes cuya clase media es casi inexistente, parece mucho más fluida que la que mantienen con Monte Caseros. Específicamente, los hombres prefieren trasladarse a territorio brasileño a la hora de buscar trabajo –donde se sienten *mejor tratados* tanto por sus pares como por los empleadores– y no al litoral argentino, ya que temen a los gendarmes tanto como a los miembros de la Confederación General del Trabajo que, según manifiestan, los maltratan y denuncian ante la justicia si los encuentran trabajando “en negro” en territorio argentino. Las mujeres, en tanto, prefieren realizar sus compras en los supermercados de *la Barra*, porque pueden trasladarse a pie o en bicicleta si es necesario y los productos brasileños pueden comprarse al por mayor y a bajo costo<sup>6</sup>, y cubrir así las necesidades de las familias numerosas.

Entre los bellaunionenses, la *integración* como correlato de la “hermandad” funciona de un modo diferente del que está presente tanto en las políticas estatales como en los proyectos regionales. Cuando es el estado nacional el que se hace eco de este “discurso”, parecería procurar un marco de negociación igualitario en el “fortalecimiento de la integración regional”, sustentado en la percepción de una herencia y una historia compartida con el resto de los países de la región. Esta idea, por lo general, se halla relacionada directamente a la elaboración de una serie de instrumentos jurídicos comunes tendientes a “generar intervenciones de tipo integrales, interinstitucionales e integradas que contribuyan a la mejora en la calidad de vida de la población y a la construcción de ciudadanía en la frontera”, tal como señalaba la directora de Coordinación Territorial del Ministerio de Desarrollo Social (*La República*, 15-5-07). La creación de políticas e instituciones específicas que leen la frontera como espacio de “intercambio” y “encuentro” es parte sistemática de la agenda del

---

4 Como ya dijimos, el cruce de esta frontera depende de un servicio de lanchas que funciona en cuatro turnos, de lunes a viernes. Es frecuente, especialmente durante los meses de otoño e invierno, que este servicio se interrumpa por el mal tiempo.

5 Los márgenes para esta relación son estrechos. Por ejemplo, no hay servicio de lanchas los fines de semana que permitan acudir a actividades de esparcimiento a uno u otro lado de la frontera.

6 Los bellaunionenses valoran lo que Brasil considera una “exportación directa vía mostrador” que consiste en vender a extranjeros, en zonas de frontera, productos nacionales sin carga impositiva.

estado uruguayo desde hace, al menos, tres décadas. La Comisión General de Coordinación creada en 1975, la Comisión para el Desarrollo Conjunto de Zonas Fronterizas de 1985, los Comités de Frontera que comenzaron a funcionar a partir de 1991 y el Estatuto Jurídico de la Frontera firmado en 1993 son algunos de los ámbitos institucionales de discusión creados en pos de la “integración fronteriza” (Pérez Álvarez 2003), cuyos máximos logros fueron el acuerdo entre los gobiernos de Uruguay y Brasil sobre el permiso de residencia, estudio y trabajo para los nacionales fronterizos uruguayos y brasileños firmado en 2003<sup>7</sup> y la implementación del documento transfronterizo desde 2004.

En algunos casos, lo que para los bellaunionenses constituyen ejemplos de *integración* como correlato de la “hermandad”, en el discurso estatal reproducido en la prensa nacional se describe como “fallas del sistema” o “situaciones conflictivas y de interés común que se producen naturalmente en las áreas fronterizas” (*La República*, 6-6-2003). Este carácter cuanto menos “conflictivo” de la frontera es uno de los ejes de la lectura que se efectuará a continuación.

### **La frontera peligrosa**

Si anteriormente presentamos una lectura de la frontera vinculada en forma directa a la *integración* basada en el “discurso de hermandad”, esta segunda lectura propone exactamente lo contrario. Sustentada en el carácter “débil”, “blando” o “indefinido”, la frontera norte uruguayo es pensada como un espacio del territorio nacional que debe ser objeto de vigilancia y custodia ante peligros tales como el contrabando, la “penetración” o “invasión” por parte de brasileños y argentinos, sus productos materiales o simbólicos y, más recientemente, el terrorismo. En esta lectura, se percibe la *frontera* como un espacio territorial y simbólicamente conflictivo en el que cobran entidad las diversas hipótesis de “amenaza externa” que incluyen, como veremos, de plagas agropecuarias a “ideologías” y prácticas religiosas.

La imagen de una frontera norte “difusa” y “peligrosa” está presente en la historiografía uruguayo, que la presenta como el sitio desde el que “irrumperon a menudo portugueses y

---

7 Este tratado involucra a las localidades vinculadas de 1) Chuy, 18 de Julio, La Coronilla, y Barra del Chuy (Uruguay), a Chui, Santa Vitória do Palmar/balneario do Hermenegildo y Barra do Chui (Brasil); 2) Río Branco (Uruguay) a Jaguarao (Brasil); 3) Aceguá (Uruguay) a Aceguá (Brasil); 4) Rivera (Uruguay) a Santa do Livramento (Brasil); 5) Artigas (Uruguay) a Quaraí (Brasil); y 6) Bella Unión (Uruguay) a Barra do Quaraí (Brasil).

tribus indígenas, faeneros y changadores, piratas y corsarios de variados pelajes” (Real de Azúa 2001, p. 19) a lo largo de todo el siglo XIX. El contrabando, pensado como “un mal endémico” (*El País*, 6-7-1989), como “génesis de esta nación” (*La República*, 6-4-2002), se ubica entre los tópicos que permiten dar cuenta del Uruguay y de los uruguayos en la medida en que remite a la condición de “país/nación frontera” y a la relación diferencial que los uruguayos mantendrían con el límite y su infracción (Achugar 1993). En 1970, bajo el título “Claroscuros de una ubicación”, Piriz sintetizó como sigue esta relación que busca diferenciar el “contrabando hormiga” del “delito”:

La frontera salva –contrabando hormiga mediante o intercambio comercial tolerado o como quiera llamársele– al habitante pobre de las ciudades y pueblos fronterizos, del pauperismo y la miseria (...) pero el contrabando organizado significa un factor negativo para la economía departamental y nacional (1970, p. 49).

Entre los bellaunionenses, los “aspectos negativos de la frontera” (Piriz 1970, p. 54) tienen momentos y contextos específicos vinculados a lo que describen como *invasión cultural* y ejemplifican con el uso frecuente de expresiones en idioma portugués o la pronunciación de la “y” como “ll” a lo *correntino*, con el consumo de emisoras radiales y televisivas brasileñas y argentinas que ingresan en el espacio uruguayo y con la adhesión a “una infinidad de ritos y prácticas religiosas [como] la ‘macumba’, la ‘encarnación’ y el ‘hechizo’ procedentes del Brasil” (Piriz 1970, p. 54). Sin embargo, la *invasión cultural* que atestiguan los habitantes de Bella Unión resultaría un “mal menor”, bien cuando la comparan con la que experimentan las cercanas fronteras de Artigas/Quaraí y Rivera/Santana do Livramento, o cuando se trata de puntualizar otros efectos nocivos relacionados, por ejemplo, con la actividad agropecuaria.

En diversos momentos de la historia uruguaya, las plagas agropecuarias marcaron situaciones en las que la vulnerabilidad de la frontera habría sido la causante de cuantiosas pérdidas y crisis económicas. Las plagas de langosta, en las décadas de 1930 y 1940, fueron descritas como un “flagelo” que “entraba por el norte y llegaba hasta las zonas agrícolas del sur [del país] en vuelo devastador”, en los que Bella Unión “servía de ‘parada’ a las mangas que volaban en orientación a la Argentina desde Brasil o viceversa” (Moraes 1990, p. 120). Esta lectura, que como en otros casos muestra al territorio uruguayo víctima de su ubicación territorial, impulsa una percepción de la frontera como límite bajo la hipótesis de conflicto casi bélico. En él tomó parte el Ejército y el Ministerio de Defensa que, en 1948, “dispuso aviones escalonados en la costa del río Uruguay para iniciar el ataque apenas ingresara el enemigo al campo de batalla” (Moraes 1990, p. 164).

La demanda de mayores intervenciones en la frontera territorial en pos de la defensa del territorio nacional ante las amenazas y peligros “externos” no se agota en el control de esta plaga, a fines de la década de 1940. La fiebre aftosa ocupó su lugar para demostrar la persistencia de esta percepción que indica que “el drama de Uruguay es que tiene que controlar las fronteras, porque estamos rodeados de peligros”, tal como declaraba Gonzalo Chiarino, ex presidente de la Federación Rural del Uruguay, ante el brote de aftosa denunciado en territorio argentino en 2001 (*La República*, 24-3-2001).

“Uruguay despliega sus Fuerzas Armadas en frontera con Argentina ante el riesgo de aftosa”, “Lucha sin cuartel contra la aftosa”, “El clima de la frontera es como el de Beirut”, “Defender lo nuestro”, “Brasil exige desinfección hasta de los zapatos” y “Un reclamo común: ‘Militares a la frontera y no al Congo para controlar si los negros se pelean’” fueron algunos de los titulares de los principales diarios montevideanos que, durante el verano de 2001, pusieron en evidencia cómo la frontera –sujeta a intensos patrullajes terrestres, fluviales y vuelos de reconocimiento– ingresó en el lenguaje de la soberanía nacional.

Desde el Estado, *consolidar* o *reforzar* la frontera significó en distintos momentos históricos poblarla o implementar una serie de políticas integrales tendientes al desarrollo local, como forma de potenciar la presencia del Estado y sus símbolos en el límite territorial. En este sentido, la historiografía local explica la fundación de Bella Unión en 1829 como producto de “la necesidad urgente de frenar el avance de los bandeirantes paulistas sobre las imprecisas fronteras hispano-portuguesas” (Pedron 1970, p. 5). “Bella Unión: en el principio fue el caos” es el título que Eliseo Salvador Porta asignó al mito fundacional de la ciudad, descripta como “marca fronteriza en una línea *ad referendum* (...) nacida de la aventura, el riesgo, la audacia, expresión de la improvisación genial y el hecho consumado” (1970, p. 7).

A lo largo de la historia uruguaya, la defensa de la frontera territorial como defensa de la nación fue soporte de proyectos y decisiones políticas que apelaron a la hipótesis de “amenaza externa” para delimitar lo que era y lo que no era “genuinamente uruguayo”. Esto, que Achugar entiende como “la insólita perseverancia en tratar de construir un país a la sombra de dos gigantes” o como la “permanente vocación de periférica frontera” (1993, p. 150) del Uruguay, fue uno de los pilares sobre los que se cimentaron diversos proyectos políticos que apelaron a la militarización y al relieve “peligroso” de la frontera.

En estos términos, si se evocan las diversas versiones de invasión por parte de la Argentina y Brasil que circulaban desde la década de 1960, la última dictadura militar (1973-1985) definió “la orientalidad como identidad interior” (Rico 1995, p. 65) y la militarización de la

frontera norte. En el caso que desarrollamos aquí, Bella Unión, como máxima expresión territorial y simbólica de la “frontera de la frontera” asumió un signo particular, que identificó a esta ciudad como “bastión del movimiento armado” (Calzada y Leal 1994) de la izquierda revolucionaria, tal como veremos en el siguiente apartado.

Ante diversos tipos de “amenazas”, *consolidar* o *reforzar* la frontera resultan demandas o consignas presentes tanto en los bellaunionenses como en la agenda estatal, aunque los sentidos asignados a estos términos suelen ser diferentes. Entre los pobladores, en los últimos años, la defensa de la industria azucarera como industria nacional y “patrióticamente orientada”<sup>8</sup> convoca la adhesión de todos los sectores sociales o económicos de Bella Unión que consideran el Mercosur una amenaza a la industria local por parte de la industria azucarera brasileña y argentina, y reclaman cuotas de importación de crudo, subsidios estatales y una ley que proteja a la industria nacional bajo la consigna *Bella Unión no se rinde*. Si en la lectura anterior el “discurso de hermandad” tiene por correlato la creación de una identificación transfronteriza que sitúa la frontera como diferencia dentro de los límites del territorio nacional (de Salto al sur es *otro país*), en esta segunda la frontera promueve “marcas de identidad”, fundamentales para comprender “*how border residents use social categories, metaphors and narratives*” (Vila 2000, p. 2).

En este último sentido debería interpretarse la valoración que ofreció el director de la murga de Bella Unión sobre el carnaval en esta ciudad, que sigue la estructura de la comparsa y el samba, y no la del tablado y la murga que identifican el carnaval “verdaderamente” uruguayo. Molesto ante “tanta influencia brasileña” sobre el carnaval local, el director de la murga sintetizó como sigue su posición: “yo a San Marín y a Getulio Vargas los quiero conmigo, pero que no me escupan a Artigas”. Los modos en que las referencias históricas adquieren sentido y se potencian en la frontera son objeto de la siguiente lectura.

### **La historia y la nación en la frontera**

Hasta aquí presentamos dos modos opuestos, pero complementarios, de significar la *frontera*, presentes tanto en los habitantes de Bella Unión como en el discurso estatal, la historiografía y los medios de comunicación. Si en el primero la frontera funciona casi como borradura del límite interestatal y en el segundo como barrera, esta tercera lectura propone un registro histórico político que encuentra en los *peludos* y en Bella Unión un relato de continuidad

---

8 Cf. Debate parlamentario, Diario de Sesiones Cámara de Representantes, 15.12.1949, Tomo 480, p. 430.

histórica que hunde sus raíces en el siglo XIX. Al encarnar lo “autóctono”, los *peludos* serían una suerte de “bastión patriótico” del “ser uruguayo” que los identifica con las luchas por la independencia, el proceso que derivó en la formación del Estado-nación y el proceso de radicalización y violencia política en los años sesenta y setenta.

Antes de que los *peludos* fundaran la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA), el sindicato que los reúne desde 1961, considerado el antecedente directo del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), como *hombres de campo* ellos fueron sujeto de un relato sobre el Uruguay que los identificó como *patriotas*. Por su trabajo en la tierra vinculado al esfuerzo y el sacrificio diario, lejos de las comodidades de la ciudad, los trabajadores rurales integran en este relato la descripción del “Uruguay profundo” o “real” en la medida en que contribuyeron a poblar la campaña, haciéndola producir.

Si “imaginar la nación” supone crear una serie de imágenes simbólicas promotoras de sentimientos de amor político y adhesión, como también de “olvidos”<sup>9</sup>, la identificación de “desigualdades” y la “explotación” predominantes en la sociedad, así como la inclusión de unos grupos y la marginalización de otros, constituye una operación básica en esta tarea. En tal sentido, los *peludos* como *hombres de campo* o *paisanos* formaron parte de la “versión final del relato (de la historia oficial uruguaya) (...) [que] incluyó la imagen domesticada de los indígenas (valientes, callados, amantes de su libertad, que se eclipsan disciplinadamente a comienzos de la vida independiente) y que transformó a los gauchos de hampa rural en héroes libertarios” (Demasi 1995, p. 31).

Hacia mediados de la década de 1960, el relato que divide al Uruguay en puerto-campaña fue uno de los ejes que tomó la izquierda revolucionaria uruguaya para refundar lo que fueran consideradas las bases de una “historia olvidada” o “traicionada” por la “historia oficial”. Esta lectura encontró en los *peludos* un sujeto que dio plena encarnadura a la “criollada desposeída” mencionada por el general Artigas en el Reglamento Provisorio de Tierras de 1815<sup>10</sup>, considerado “uno de los primeros ensayos de reforma agraria de nivel global” (*Época*, 10-11-1965). Desde entonces, los *peludos* condensaron en una compleja operación la descripción de una versión de la historia nacional que incluye la identificación de este sujeto

---

<sup>9</sup> “Or l’essence d’une nation est que tous les individus aient beaucoup de choses en commun, et aussi que tous aient oublié bien des choses” (Renan, [1882] 2007).

<sup>10</sup> El “reglamento de 1815” establecía que las tierras de “todos aquellos emigrados, *malos europeos y peores americanos*”, descriptos como “*los adversarios de la causa federal*” (art. 12, el destacado es nuestro), serían decomisadas sin indemnización para ser adjudicadas a “los sujetos dignos de esta gracia”, asegurando de este modo que “*los más infelices sean los más privilegiados, los negros libres, los zambos de igual clase, los indios y los criollos pobres*” (art. 6).

con los *últimos charrúas* y con algunos acontecimientos de la historia uruguaya, como el asesinato de Bernabé Rivera y el alzamiento de Aparicio Saravia en 1904. Tanto los documentos de la UTAA de la década de 1960 como las crónicas publicadas por la prensa montevideana, así como los escritos de diversos y reconocidos intelectuales y políticos<sup>11</sup> pertenecientes a la izquierda uruguaya, ofrecieron semblanzas de los *peludos* que, a partir de una clave biológica-étnica-política-territorial, buscaron explicar las razones por las que este sujeto desarrolló una experiencia sindical como la UTAA, considerada excepcional en la historia del sindicalismo uruguayo<sup>12</sup>:

los cañeros, además de esa “sangre charrúa”, denotaban el aporte de los gauchos, que fueron producto de las circunstancias de la zona. Mezcla de ibéricos, esclavos negros fugados e indios libres, pese a su pobreza, mantenían la condición real de hombre libre, con una escasa participación en el proceso económico capitalista (...) Más cerca de la tierra y con un bagaje cultural distinto, “fronterizo”, estaban más próximos a la acción directa (Prieto 1986, p. 134-35).

“Sangre charrúa” más el “aporte de los gauchos” y la “mezcla de ibéricos, esclavos negros fugados e indios libres”, en una síntesis de un proceso histórico en la frontera, parecería la realización de la descripción del “trazo racial como localizador de una posición en el paso –y relato– de la historia nacional” propuesto por Segato (2007) para comprender cómo funcionan las “formaciones nacionales de alteridad”. Si “raza” opera “como huella en el cuerpo del paso de una historia otrificadora que construyó raza para construir Europa, como idea epistémica, económica, tecnológica y jurídico-moral que distribuye valor y significado” (Segato 2007), podemos advertir que en este caso las distinciones entre las políticas de la etnicidad y la imaginación nacionalista se vuelven cuanto menos complejas, tal como señala Chattergee (2007, p. 110).

Si en descripciones como la citada predomina la imagen de la pobreza y la explotación a la que son sometidos los *peludos* –es decir, la racialización “como huella de subordinación histórica” (Segato 2007)–, lo relevante es que, en este relato, sus determinantes resultan intrínsecos al campo a la manera de un *locus* de continuidad histórica. En la recuperación de una suerte de tradición rebelde y combativa atribuida a los habitantes del campo, los *peludos* trascienden ampliamente la lucha de su sindicato para constituirse en el sujeto que permite

---

11 En esta lectura que contribuyó a la invención de la tradición de la izquierda revolucionaria uruguaya tomaron parte referentes políticos y culturales como Eduardo Galeano, Mario Benedetti, Guillermo Chifflet, José Díaz, Juan Manuel Quijano, Mauricio Rosencof y Raúl Sendic, entre otros.

cuestionar los atributos, potencialidades y logros de la modernidad sintetizada en la imagen que, desde comienzos del siglo XX, describe al Uruguay como “la Suiza de América”<sup>13</sup>. Como veremos, esta operación de esencialización de los *peludos*, incluye referencias a la ubicación geográfica de Bella Unión.

La descripción de “Artigas, la última frontera, el lugar más postergado” (Blixen 2000, p. 64) en la tensión entre su histórica relegación desde la derrota del proyecto artiguista y su revalorización desde la fundación de la UTAA y el vínculo del sindicato con el MLN-T justificaría la inscripción latinoamericana de la izquierda revolucionaria y su proyecto político. En la multiplicidad de sentidos asignados a la frontera, entendida como territorio vinculado directamente a la soberanía nacional, como frontera simbólica referida a proyectos políticos antagónicos (identificados con la ciudad y el campo), y como espacio de intercambio entre los países hermanos, este relato recupera la identidad transnacional ligada al ideario artiguista.

Cuando este relato se hace eco de las hipótesis de conflicto y las estrategias geopolíticas de la Argentina y Brasil en la década de 1960<sup>14</sup> y 1970, Bella Unión es descrita como un espacio de identificación de “aquellos que están con la patria o contra la patria” (Actas Tupamaras 2000). Esta oposición sería la que permite diferenciar la acción represiva de los gobiernos que hicieron de la frontera norte un territorio en el que las fuerzas de seguridad uruguayas, argentinas y brasileñas actuaron desconociendo las jurisdicciones territoriales, de la “hermandad latinoamericana” que caracterizaría a los pueblos. Ejemplo de esto último serían los trabajadores zafrales uruguayos, argentinos y brasileños, “iguales en la ruta de sufrimiento y la explotación” (Blixen 2000) y Bella Unión, descrita como una “única *nación*

---

<sup>12</sup> La excepcionalidad de la experiencia de la UTAA, para autores como D’Elia (1969) y Gonzáles Sierra (1994), radica en la conjunción de las reivindicaciones salariales y sindicales con el profundo cuestionamiento de la estructura agraria uruguaya, así como en los métodos de acción adoptados.

<sup>13</sup> Esta expresión fue cimentada en “la obra de Don José Batlle y Ordóñez y su partido entre 1903 y 1931” y justificada en “la sociedad de tono igualitario, regida por un estado distributista cuyas agencias regenteaba una previsor, benévola y siempre presente burocracia. La existencia de un vasto sector público [...] un ambicioso sistema educativo [...] un considerable conjunto de leyes sobre las condiciones del trabajo y del salario [...] una política económica y fiscal de fomento industrial y agrícola [...] y la más profunda y completa acción de secularización que se cumpliera en América latina antes de la Revolución Mexicana” (Real de Azúa 2001, p. 43)

<sup>14</sup> Eleuterio Fernández Huidobro, en *Historia de los Tupamaros*, dedica un apartado que denomina “Fronteras Ideológicas” a explicar el modo “gráfico, profético y explosivo” en que la “reacción amenazaba al país” argumentando la necesidad de reemplazar las fronteras políticas por fronteras ideológicas para luchar contra el “enemigo común” representado por el “comunismo” (1999, p. 93, Tomo II). El autor cita textualmente las declaraciones de Juan Carlos Onganía, por entonces comandante en jefe del Ejército argentino, y de Vasco Leitao da Cunha, canciller del gobierno de facto de Castelo Branco, para denunciar la actitud de Bordaberry ante esta “amenaza” y concluir que “los tupamaros estamos llamados a defender a la patria” (1999, p. 94 Tomo II)

en la que fraternizan correntinos, riograndenses y uruguayos” (Rosencof 1989, p. 13, destacado en el original).

Si en este relato la distinción entre el campo y la ciudad opone dos proyectos políticos antagónicos, es decir, una capital que mira hacia el mar y hacia Europa, y un pueblo de frontera que mira hacia Latinoamérica, la lucha de la UTAA oficia como potencial signo de unificación nacional y reafirmación latinoamericana. Los conductores de esta identificación son los *peludos*, es para ellos que impera el “discurso de hermandad” que realiza la parábola artiguista de la “patria grande”. Ésta, a su vez, resulta potenciada por la definición de Bella Unión como *el lugar en el que nace la patria*, una definición anclada tanto en su ubicación territorial, que la vuelve la primera ciudad uruguaya del mapa en la dirección noroeste-sudeste, como en el proyecto político que propone esta tercera lectura de la frontera y en los augurios de la consigna que lo identifica: *habrá patria para todos*.

### **Bella Unión, “hermana de África”**

La lectura de la frontera y de sus habitantes que expusimos en el acápite anterior sería inviable sin la esencialización y la exotización de los *peludos* y los usos estratégicos de esta identidad. Este rasgo, aunque con un objetivo diferente, constituye la base de la cuarta y última lectura de la frontera que desarrollamos en este trabajo. En gran parte, la diferencia que media entre la lectura que vimos en el acápite anterior y ésta es la que media entre “las luchas setentistas basadas en concepciones clasistas contra el ‘sistema’” y “la politización de las identidades en el lenguaje de la inclusión” que, a fines de los años ochenta, dieron lugar a un “nuevo formato de la política” (Segato 2007).

La representación de los *peludos* como “lo marginal que habita en el margen” –como los pobres que habitan la frontera– y de Bella Unión como la máxima expresión territorial y simbólica de la “frontera de la frontera” constituye un modo específico de dar cuenta de la nación. Activada en momentos críticos, esta lectura apela a los contrastes y las polarizaciones que atraviesan la sociedad uruguaya, definiendo en las desigualdades y las jerarquías resultantes quiénes y cómo ingresan en el colectivo “uruguayos”. Estas operaciones de inclusión y exclusión que tienen por sujeto a los habitantes fronterizos y a las zonas de frontera recurren a la misma materia prima: la *cultura de frontera*, que puede resultar tan “extraña” y “ajena” como para motivar chistes como el que cuenta que en la ruta de acceso a la ciudad de Bella Unión hay un cartel que saluda *Bienvenidos hermanos uruguayos* o, de lo

contrario, que puede proveer las claves de un Uruguay subyacente, que muchos prefieren ignorar para promover, de este modo, la elaboración de una “imagen nacional en negativo, definida por lo que no debemos ser, lo que no debemos tener” (Peluffo 1993, p. 70).

Entre la descripción de la frontera norte como “otro país” y su descripción como el “Uruguay urgente” podemos comprender las lecturas que siguieron a las denuncias en la prensa nacional de los casos de desnutrición infantil que, en 2003, dieron el índice de mortalidad infantil más elevado del Uruguay (11,1%) para Las Láminas y Las Piedras, dos barrios de Bella Unión en los que viven los *peludos*. Las noticias que dieron cuenta de este hecho se refieren a

la dramática situación del barrio Las Láminas, el más pobre de la ciudad [de Bella Unión] que fuera convertido en emblema de injusticia social. Con sus 28,9 por cada mil niños fallecidos antes del primer año, un 50% de niños menores de 6 años en estado de desnutrición (...), sus 700 adultos y 430 escolares mostraron a los sorprendidos uruguayos que África podía quedar a 670 kilómetros de Montevideo. (*El País*, 25-4-06)

Los datos estadísticos de Bella Unión que en 2003-2004 igualaban, según la prensa, a los registrados en Camboya, Ghana, Kenia y Camerún motivaron la presencia inusitada de distintos medios de comunicación en Bella Unión. Llegados desde Montevideo para realizar transmisiones en vivo, los principales programas televisivos sobre actualidad nacional, tanto como los corresponsales de los principales diarios, registraron bajo el signo de la perplejidad y la indignación la “miseria” y la “postergación” de los “uruguayos más olvidados del Uruguay”. El semanario *Brecha* remarcaba uno de los correlatos de esta lectura señalando que:

El aislamiento creciente en que se encuentran los habitantes de Bella Unión es percibido por muchos de ellos. Y a los estigmas de la pobreza se les sumó en estas últimas semanas el de portadores de “la” enfermedad. Bella Unión y en particular Las Láminas se han vuelto así el ejemplo casi perfecto de la emergencia actual en Uruguay. (*Brecha*, 25-2-2005)

Las crónicas de la prensa escrita presentaron a Bella Unión como el producto de la sucesión de una serie de éxitos y fracasos de las políticas nacionales que demuestran, una vez más, el modo en que “*border life is itself an essential ingredient in the history, myths and legends of every state*” (Donan-Wilson 1999, p. 8). Con el título “Guaraníes, polo industrial y hermana de África”, el diario *El País* proponía el siguiente resumen para la historia de Bella Unión:

fue el gran experimento de desarrollo local del Uruguay moderno. Conoció pioneros en los años treinta y cuarenta para explorar la caña de azúcar (...). En los cincuenta se subió a la ola desarrollista del mundo subsidiando los ingenios, en los sesenta se hizo mítica con la aparición

del sindicato de los peludos liderados por Raúl Sendic y, en los setenta y ochenta, conoció la gloria económica sobre la base de un sistema cooperativo mixto. Ser el pueblo elegido también le costó a Bella Unión una estridente decadencia. Hoy, como comunidad sufrida y a merced de la madre natura, Bella Unión es un universo de estoicos a la espera de un nuevo codo en la historia nacional. (*El País*, 25-4-06)

“Donde Uruguay perdió el norte”, “Irreversible” y “La odisea de vivir como un ‘peludo’” fueron algunos de los titulares con que la prensa montevideana se refirió a las causas de la pobreza extrema, demandando decisiones y políticas de Estado que dieran soluciones urgentes a la situación. En plena campaña electoral con vistas a las elecciones presidenciales de octubre de 2004, todos los candidatos de todas las fuerzas políticas se hicieron eco de las noticias y dieron una lectura de ellas. Al tiempo que el gobierno saliente de Batlle lanzó el plan social “Jornales Solidarios” con inmediata aplicación en Bella Unión, la coalición Encuentro Progresista-Frente Amplio-Nueva Mayoría incluyó la situación de la ciudad como ejemplo del “cambio” propuesto para el Uruguay. Su candidato, el doctor Tabaré Vázquez, anunció en Bella Unión que “su primera medida de gobierno será crear el plan de emergencia social, ‘porque los niños no pueden esperar’”, así como la reactivación de la industria azucarera (*La República*, 16-10-2004).

Entre los pobladores, la representación de Bella Unión como “emblema de la injusticia social” motivó una serie de interpretaciones que fueron de la “vergüenza” a la exaltación de la miseria constatada por la prensa nacional. Mientras quienes pertenecen a las clases medias locales se lamentaban por “ser noticia” por razones como éstas, el sector socioeconómico que integran los *peludos* osciló entre la reacción y la demanda. No fueron pocos los que indicaron que la propia pobreza no sólo era igual a la del resto del país, sino que en algunos casos era “mejor”, “porque acá no tenemos las drogas ni las delincuencias que hay en los cantegriles de Montevideo”. Molestos por la atención mediática suscitada, adjudicaron al *tiempo de la política* –la campaña electoral– las razones de “tanto interés en nosotros, que vivimos como cualquier pobre”. Otros, en cambio, explicaron la situación a partir de la histórica relegación y marginación de la frontera norte y de sus habitantes. En esta última clave se inscribe el modo en que se presentó la delegación local ante la primera reunión del Consejo de Ministros del gobierno de Vázquez, llevada a cabo en Bella Unión en junio de 2005:

somos veintidós organizaciones sociales que representamos a veintidós mil personas, hombres, mujeres y niños del punto más alejado de la capital, casi cayéndonos del mapa, en esta triple frontera de América (...). Queremos expresar para que resuene en todos los rincones de la patria

oriental que los vecinos de este vértice norteño todavía esperamos (...). Queremos poder conectarnos con nuestro propio país.

Ambas posiciones constituyen formas de pensarse en relación con el Estado y la nación. Si la primera supone una operación de generalización y la segunda el registro de la diferencia, ambas apelan al lenguaje de la inclusión. Y es que contextos críticos y hechos como los expuestos parecen iluminar los modos en que los uruguayos se piensan a sí mismos, se asignan valores y se presentan ante los otros.

En el ejemplo que tomamos en este acápite, la presencia de los medios de comunicación fue vital, ya que promovió una serie de “imágenes y acontecimientos culturalmente resonantes” que despertaron “una honda respuesta emocional que trasciende el interés personal e inmediato” (Hannerz 1996, p. 138). En este caso, el “capitalismo de imprenta” brindó a los uruguayos y uruguayas “la posibilidad de imaginarse a sí mismos como miembros de solidaridades más extensas que las ejercidas cara a cara [y] la oportunidad de actuar en nombre de estas solidaridades” (Chatterjee 2007, p. 106). Veamos, en este sentido, cómo a fines de 2005 fue capitalizado e interpretado el descenso de las tasas de mortalidad infantil en Bella Unión. Con el título “Un milagro de la solidaridad y el esfuerzo. Bajó la mortalidad infantil: Bella Unión ya no es Biafra”, el diario *La República* propuso una suerte de “final feliz” que pone el acento en la “solidaridad” de los uruguayos. La nota señala lo siguiente:

Si en mayo de 2004, cuando se conocieron las estremecedoras cifras de la mortalidad infantil en Bella Unión, alguien hubiera dicho que esa realidad cambiaría sustancialmente en pocos meses, nadie le hubiera creído. Sin embargo sucedió y hoy Las Láminas, pese a seguir siendo una zona con carencias graves (...), ya no es comparable con Biafra (...). Este logro se debe mayormente a la gran cantidad de donaciones (...) que tras conocerse los tristes números comenzaron a llegar a Las Láminas desde todos los puntos del país. Éste es un triunfo de todos los uruguayos (...) por eso queremos que esta noticia sea nuestro regalo de Navidad. (*La República*, 5-12-05)

La superación de la situación crítica registrada por lo medios de comunicación, más allá de las políticas implementadas y el recambio de gestión de gobierno ocurrido en 2005, remite a “los uruguayos” y a los valores que los caracterizarían. La implicación de todos ellos –los que

habitan en el territorio nacional y los que no<sup>15</sup> es la que crea comunidad y sirve de coda al episodio.

## Palabras finales

Este texto se propuso revelar los distintos modos en que los bellaunionenses, el discurso estatal, la historiografía y los medios de comunicación en Uruguay significaron y significan la frontera. Vimos que las miradas desde el “centro” hacia el “límite” territorial y simbólico constituyen modos de representar y narrar el Uruguay que, en algunos casos, coinciden con las percepciones de los habitantes fronterizos, mientras que en otros la distancia es más que elocuente, tal como sucede con los sentidos asignados al término *integración*.

Las cuatro lecturas de la *frontera* que presentamos en este texto muestran cómo, en diferentes contextos y momentos históricos, las fronteras están cargadas de diversos sentidos que las presentan como zonas de encuentro o, por el contrario, como barreras. Lejos de constituir “tipos puros”, estas cuatro lecturas son el resultado de prácticas y significaciones que pueden ser complementarias y funcionar unas como soporte de otras. De hecho, podríamos decir que las dos primeras lecturas son parte de las dos últimas.

Someter al análisis las cuatro lecturas presentadas, vinculándolas con los modos en que los diversos actores las integran en relatos de mayor alcance nos permite señalar tres ejes que podrían constituir el punto de partida de futuras indagaciones. La primera se vincula a la centralidad que adquiere la frontera territorial y simbólica a la hora de abordar los relatos con que los uruguayos se piensan a sí mismos y a los otros. La segunda indica el modo en que la frontera y sus habitantes son, en estos relatos, conductores de los rasgos que permiten construir “formaciones nacionales de alteridad”, reforzadas por parte de la historiografía y los medios de comunicación de Uruguay. Finalmente, las páginas que integran este texto pretenden indicar que los procesos de identificación y representación vinculados a la nación despliegan una trama compleja de discursos “productores de hegemonía” que, sin embargo, no escapan al “tiempo heterogéneo” que caracteriza a sus sentidos y apropiaciones.

---

15 La misma noticia narra que “la situación de Las Láminas también conmovió fuera de fronteras, tanto así que a fines de diciembre se inaugurará una nueva policlínica que fue construida con el aporte de uruguayos radicados en España [...] que gestionaron el apoyo de organizaciones como el Fons Catalá de Cooperació, la Regidoria de Solidaritat de Ayuntamiento y el Grup de Dones de Castelldefels” (*La República*, 5-12-05).

## Bibliografía

- ACHUGAR, Hugo (1992): “Uruguay, el tamaño de la utopía”, en: Achurar, Hugo *et al.*, *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, Trilce.
- ACTAS TUPAMARAS (2000): *Una experiencia de guerrilla urbana*, Buenos Aires, Cucaña
- APADURAI, Arjun (2001): *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, México, Ediciones Trilce-FCE.
- BLIXEN, Samuel (2000): *Sendic*, Montevideo, Trilce.
- BORNEMAN, John (1998): “Subversions of International Order: An Introduction”, en: *Subversions of International Order*, Albany, State University of New York Press.
- CALZADA, Julio y LEAL, Gustavo (1994): “Bella Unión: crecimiento, desarrollo... ¿y después?”, en: *Tierra Amiga*, nº 24, Montevideo, REDES-AT.
- CHATTERGEE, Partha (2007): *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*, Lima, IEP-CLACSO-SEPHIS.
- D’ ELIA Germán (1969): *El movimiento sindical*, Montevideo, Nuestra Tierra.
- DEMASI, Carlos (1995): “La dictadura militar: un tema pendiente”, en: Achugar, Hugo *Uruguay cuentas pendientes: dictadura memorias y desmemorias*, Montevideo, Trilce.
- DONNAN, Hastings y WILSON, Thomas (1999): *Borders. Frontiers of identity, nation and state*, Oxford-Nueva Cork, Berg.
- FERNÁNDEZ HUIDOBRO, Heleuterio (1999): *Historia de los tupamaros*, tres tomos, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.
- GOLDMAN, Marcio y NEIBURG, Federico (1998): “Antropología e Política nos Estudos de Carácter Nacional”, en: *Anuário Antropológico/ 97*, Río de Janeiro, Tempo Brasileiro.
- GONZÁLEZ SIERRA, YAMANDÚ (1994): *Los Olvidados de la tierra. Vida, organización y luchas de los sindicatos rurales*, Montevideo, FESUR-CIEDUR-Nordan.
- GRIMSON, Alejandro (2000): “¿Fronteras políticas versus fronteras culturales?” y “El punte que separó dos orillas. Notas para una crítica del esencialismo de la hermandad”, en: *Fronteras, naciones e Identidades. La periferia como centro*, Buenos Aires, Ciccus-La Crujía.
- HANNERZ, Ulf (1996): *Conexiones transnacionales*, Madrid, Cátedra.
- MORAES, María Inés (1992): *Bella Unión: de la estancia tradicional a la agricultura moderna (1853-1965)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.
- PEDRON, Olga (1970): “Episodios históricos”, en: VV. AA., *Artigas. Los departamentos*, Montevideo, Nuestra Tierra.
- PELUFFO, Gabriel (1993): “Crisis de un inventario”, en: *Identidad Uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, Trilce.
- PÉREZ ÁLVAREZ, Fernando (2003): “Los efectos del proceso de integración en la frontera Uruguay-Brasil. Oportunidades y limitantes para los departamentos fronterizos”, en: Dans, Gustavo y Pérez Álvarez, Fernando, *Integración de las fronteras*, Montevideo, EPPAL.

- PIRIZ, Juan José (1970): “Claroscuros de una ubicación”, en: VV. AA., *Artigas. Los departamentos*, Montevideo, Nuestra Tierra.
- PRIETO, Ruben Gerardo (1986): *Por la tierra y por la libertad*, Montevideo, Nordan-Comunidad.
- PORTA, Eliseo (1970): “Bella Unión: en el principio fue un caos”, en: VV. AA. *Artigas. Los departamentos*, Montevideo, Nuestra Tierra.
- REAL DE AZÚA, Carlos (2001): *Uruguay ¿una sociedad amortiguadora?*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.
- RENAN, Ernest ([1882] 2007) : “Qu'est-ce qu'une nation ?”, conférence faite en Sorbonne, le 11 mars 1882. Disponible en:  
[http://ourworld.compuserve.com/homepages/bib\\_lisieux/nation01.htm](http://ourworld.compuserve.com/homepages/bib_lisieux/nation01.htm)
- RICO, Álvaro (1995): “El orden de los simulacros y el orden social en la restauración democrática”, en: VV.AA., *Uruguay: cuentas pendientes. Dictadura, memorias y desmemorias*, Montevideo, Trilce.
- ROSENCOF, Mauricio (1989): *La rebelión de los cañeros y “Los hombres del arroz”*, Montevideo, Tae.
- SEGATO, Rita (1998): “Alteridades históricas/Identidades políticas: una crítica a las certezas del pluralismo global”, *Série Antropologia*, n° 234, Brasilia, UnB.
- \_\_\_\_\_ (2007): *La Nación y sus otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de política de la identidad*, Buenos Aires, Prometeo.
- VERDERY, Katherine (1996): “Whither 'Nation' and 'Nationalism'?”, en: Balakrishnan, Gopal (ed.), *Mapping the Nation*, Londres, Verso.
- VILA, Pablo (2000): *Crossing Borders, Reinforcing Borders*, Austin, University of Texas Press.

## **Pero entonces, ¿qué es política?**

### **Reflexiones después de la etnografía en una organización piquetera**

Por María Cecilia Ferraudi Curto<sup>1</sup>

#### **Resumen**

En la tesis de maestría, analicé la relación entre política y modo de vida en una organización piquetera a partir de la etnografía en un “cabildo” (sede local y reunión semanal de sus miembros). Desde la discusión con el par “clientelismo”/ “resistencia”, mi trabajo intentó desandar los caminos de la esperanza y el desencanto que siguieron a diciembre de 2001 para comprender las nociones de política que se constituían entre los “planes”, la “mercadería”, el “dar de comer rico y variado”, los “chismes”, la “familia”, el “compromiso”, la “lucha” y el “trabajo” en una sede local de un movimiento piquetero reconocido como “duro”. Siguiendo a quienes transitaban por el cabildo, la tesis pretendía comprender la organización en el día a día.

Cuando presenté mi texto en diferentes ámbitos académicos y en la organización, varias preguntas giraron en torno a la noción de política que estaba en juego. En este informe de investigación, inicio el camino para dilucidar esa noción.

#### **Introducción**

“¿Estamos muy en el día a día?”, me preguntó Romero apenas leyó el título de la tesis. Seis meses después de la defensa, me animé a llevar un ejemplar al movimiento piquetero donde había realizado el trabajo de campo. La pregunta del dirigente me recordaba sus preocupaciones y, a la vez, mostraba los límites de mi comprensión de la organización.

“No sé... pero no está mal, ¿no?”, contesté.

En este informe, pretendo revisar algunos puntos centrales de la tesis de maestría (Ferraudi Curto 2006) a la luz de las devoluciones que recibí durante la defensa, en diferen-

---

<sup>1</sup> Investigadora becaria de IDAES/CONICET. E-mail: cferraudi@yahoo.com

tes talleres y seminarios de doctorado, y cuando presenté el texto ante los militantes del movimiento. Se trata de un avance de investigación, parcial e inconcluso; una serie de interrogantes para continuar pensando.

En la tesis de maestría, analicé la relación entre política y modo de vida en una organización piquetera a partir de la etnografía en un “cabildo” (sede local y reunión semanal de sus miembros). Desde la discusión con el par ‘clientelismo’/‘resistencia’, mi trabajo intentó desandar los caminos de la esperanza y el desencanto que siguieron a diciembre de 2001 para comprender las nociones de política que se constituían entre los “planes”, la “mercadería”, el “dar de comer rico y variado”, los “chismes”, la “familia”, el “compromiso”, la “lucha” y el “trabajo” en una sede local de un movimiento piquetero reconocido como “duro”.<sup>2</sup> Siguiendo a quienes transitaban por el cabildo, la tesis pretendía comprender la organización en el día a día.

Entre junio y diciembre de 2004, entrevisté a dirigentes y funcionarios locales, fui a marchas, actos y acampes, asistí a diferentes reuniones y acompañé a un grupo de mujeres que había “levantado” un merendero. Luego del tiempo extraordinario, la organización mostraba las marcas del vertiginoso crecimiento pero los pronósticos parecían algo inciertos.<sup>3</sup> Frente a los avatares de la coyuntura, decidí centrarme en un nudo específico

---

<sup>2</sup> Una aclaración inicial: El término “piqueteros” fue acuñado para denominar a los manifestantes de los cortes de ruta que tuvieron lugar en dos pequeñas ciudades petroleras de la Patagonia argentina en 1996, en demanda de “fuentes de empleo genuinas” luego de la privatización de YPF. Después de intentos represivos, la negociación con las autoridades provinciales llevó al otorgamiento de “planes” (subsidios para los desocupados de entre \$150 y \$200 a cambio de una “contraprestación laboral” de tres o cuatro horas, según el programa). Ante su relativo éxito (conocido a través de los medios de comunicación), tal repertorio de protesta fue retomado en diferentes localidades del interior del país.

Aunque enriquecida por esas experiencias, la formación de las organizaciones piqueteras en el conurbano bonaerense se enraíza en una historia previa de trabajo territorial vinculado a las políticas sociales focalizadas, vigentes desde mediados de los años ochenta. Dichas organizaciones cobraron mayor protagonismo a partir de la gestión de los planes durante el gobierno de De la Rúa y, especialmente, a partir de la crisis de 2001. Dentro de ese marco, la distinción entre organizaciones “duras” y “blandas” se vio crecientemente cristalizada a partir de la Primera Asamblea Nacional Piquetera, en julio de 2001 (Svampa y Pereyra 2003, p. 78 y ss.). Entre las primeras, se reúne a organizaciones muy diversas, destacando la confrontación al gobierno como eje de sus prácticas políticas. Esta calificación, sin embargo, debe ser matizada. Negociación y protesta se combinan en todas las organizaciones de desocupados.

<sup>3</sup> Por un lado, las organizaciones piqueteras han crecido y se han diversificado enormemente, cambiando quiénes, en dónde y cuándo protestan (Grimson 2004). Si tanto las primeras puebladas en el sur en 1996 como las actuales marchas por el centro porteño se denominan “piqueteros”, entre ellas existe un largo proceso durante el cual se consolidaron los planes como demanda hacia el Estado (masificándose) y cobraron forma las llamadas “organizaciones piqueteras” –diversificándose en una suerte de “selva organizacional” (Grimson *et al.* 2003). Por otro lado, el “tiempo extraordinario” –donde la consigna “Piquete y cacerola, la lucha es una sola” había aflorado– resulta hoy muy lejano. La legitimidad que habían logrado las protestas piqueteras luego de la crisis económica y política de fines de 2001 –entre asambleas barriales, grupos de ahorristas, fábricas recuperadas, cooperativas de cartoneros y clubes del trueque– enfrenta

tal como se desenvolvía en el presente etnográfico. Desde la noción de lugar-evento (Borges 2003), el cabildo permitía reconocer formas de politización que imbricaban al movimiento en modos de vida que lo excedían, constituían y tensionaban.

Al presentar la tesis, una serie de preguntas se sucedieron: ¿por qué no se analizan las matrices ideológicas?, ¿cómo se define política?, ¿la tesis habla de política?, ¿cuáles son las conclusiones sobre el problema de la politización?... Aunque provenientes de ámbitos bastante diferentes, los interrogantes me permitirán elaborar un campo desde el cual volver sobre los supuestos de la tesis.

## **Mientras tanto**

Ése era el título de la tesis, aquello que había llamado la atención de Romero cuando le di una copia. La frase retomaba unas palabras suyas durante la entrevista inicial del trabajo de campo, su presentación del movimiento. Partía de las tensiones que constituían su punto de vista. Es decir, si bien Romero se jactaba de haber sido uno de los primeros que apostó a los planes como “forma de organizar a sectores más vastos”, a la vez que los reconocía como manera de sobrellevar la “subsistencia inmediata”, realizaba el horizonte de “cambio social” como el elemento propiamente “político” que distinguía al movimiento de otras organizaciones cercanas: unas, meramente “reivindicativas”; otras, “testimoniales”. Sostenía una lectura de la organización que acentuaba lo ideológico en el largo plazo, y consideraba los planes una parte de la organización que existe “mientras se desarrolla la parte que va a cambiar todo esto”.

Mi versión del mientras tanto partió de las tensiones del discurso del dirigente para abrir hacia otros sentidos, introduciendo los recorridos y las voces de quienes transitaban por la sede local, más o menos comprometidos con el movimiento. No se trataba de negar a unos o a otros sino de comprender cómo se entramaban en la producción de la organización. Para ello, giré en torno de un lugar-evento específico: un cabildo en la sede central del movimiento donde había participado el dirigente máximo porque, según decían algunos de los miembros más comprometidos, era un “quilombo”. Si el capítulo inicial pretendió desenredar los sentidos del cabildo para las voces oficiales del movimiento, luego el texto se dedicó a comprender por qué, en ese momento y en ese lugar, el cabildo era un “quilombo”, para quiénes y cómo se resolvía o perduraba.

---

los desafíos del retorno a la “normalidad” durante el gobierno de Kirchner (Svampa 2004; 2005, p. 271 y

Hacia pocos meses, el cabildo se había mudado de la sede central para tener un “lugar propio”. A la vez que ese proceso había otorgado mayor centralidad a la familia Ramos (no sólo vivían en las inmediaciones sino que el terreno les pertenecía), lo había distanciado de la dirigencia... hasta que Romero se hizo presente en la nueva sede.

A partir del cabildo, pude comprender los sentidos del movimiento para algunas mujeres ligadas a la familia Ramos que, mientras aseguraban no entender lo del cambio social, se habían acercado porque una de ellas “necesitaba un plan”, valoraban “dar de comer rico y variado” en el merendero y exhibían la presencia de los “vecinos” como garantía de confianza. Ellas también se divertían “chusmeando” en el movimiento así como enfrentaban los chismes de otros. En esa línea, analicé el chusmear como forma de desprestigio hacia las personas reconocidas por su “compromiso” y los artilugios para lidiar con los chismes; el “ir por el plan” y los “arreglos” como forma de combinar medios de vida entre diferentes organizaciones locales a través de redes de parentesco y vecinales, avaladas por la dirigencia de la organización; y, finalmente, una disputa entre dos mujeres cuando una de ellas había quedado fuera de un “reparto” de yogures (a pesar de que todos la conocían y sabían de su trayectoria en la “lucha”) porque, según argumentó quien ocasionalmente estaba a cargo del reparto, no presentó sus “papeles”.

En este recorrido, el cabildo se presentó como una suerte de “lugar-evento del modo de vida local” en tanto símbolo de la “génesis concomitante de la política, del espacio y del tiempo en el contexto etnográfico” (Borges 2003, p. 179; traducción mía). La noción de mientras tanto permitía dar cuenta de esas otras formas de transitar por la organización. A la vez, remitía a mi propia concepción de la etnografía, como análisis durante el recorrido del texto.

A partir de la descripción de lugares tales como el merendero, la investigación se apartó de las formas en que suele comprenderse la política en las organizaciones piqueteras mediante la introducción de una trama compleja que excede los ámbitos más “formales” usualmente apreciados por su “potencialidad política” —en especial, las asambleas— (Svampa y Pereyra 2003; Delamata 2004): sin negarlos, los relativiza. A partir de la disputa por un yogur, mostró cómo las personas hacen sentido con los “recursos”, definiendo problemas y soluciones de una forma que elude las descripciones del “cliente-

---

ss.).

lismo político” en tanto desplaza la figura del “mediador” como “guardabarreras” (Auyero 2001, p. 134), pluralizando los sentidos en juego así como los vínculos relevantes. Sin embargo, si la organización puede comprenderse desde los sentidos de estas prácticas situadas, es en la medida en que se reconozcan en ellas las relaciones de poder y los conflictos así como los vínculos con el contexto más amplio. A tales fines, la investigación desplegó dos caminos. Por un lado, se describieron los chismes, las disputas y la presencia del dirigente como figura clave del reconocimiento ante una situación problemática dentro del cabildo. Por otro lado, se contextualizó a la organización en un territorio (barrial y municipal), describiendo (a partir del cabildo y de la multisectorial) las estrategias organizacionales frente al problema de la diferenciación con el Partido Justicialista municipal y de la disminución del “miedo de los vecinos” en una “coyuntura” que los militantes consideraban negativa en términos de “acumulación política” (por comparación a los tiempos inmediatamente posteriores a diciembre de 2001).

En resumen, la investigación se ha dirigido a relativizar las voces oficiales dentro de la organización, condensadas en el documento programático y en el dirigente, a partir de la plurivocidad del cabildo (con sus jerarquías y sus disputas), mostrando cómo se constituían los sentidos de la organización en el hacer y, específicamente, cómo contribuían a ello quienes se habían anotado para el plan a través de la organización y circulaban habitualmente por el cabildo, más o menos comprometidos con las actividades comunes. A la vez, se centró en la relación con un territorio determinado (en términos barriales y municipales), al abrirse a los vínculos con los vecinos y con otras organizaciones políticas de la zona (principalmente, organizaciones piqueteras y PJ). En discusión con los análisis que sólo se concentran en las acciones de protesta, la tesis de maestría mostró cómo la “territorialización de la política” (Merklen 2005) se realizaba como entramado en un tiempo y un espacio específicos.

## **Del chusmear a la politización**

Mi presentación de la tesis en el movimiento intentó responder más ampliamente a la pregunta de Romero: ¿Estamos muy en el día a día? Para contestar, apunté hacia los chismes como eje de discusión. Desde el gusto por chusmear en el movimiento pasé a relatar la historia de Lucy, una mujer “con pasta de delegada” que había debido enfrentar chismes sobre “cuernos”. En las palabras de Romero, *ir por el plan* constituía una

condición inicial de quienes se acercaban a la organización que amenazaba con diluir la *política* en lo “reivindicativo” o asemejarlos a la “estructura clientelar” del PJ. Por eso, Lucy se preocupaba por mostrarse diferente, cimentando su *compromiso* en la idea de que no necesitaba el plan e iba porque quería. A la vez, validaba su protagonismo a partir de su historia de tiempo, cariño y esfuerzo hacia el movimiento, condensada en el reconocimiento del “Gordo” (Romero), en su “tiempo de delegada”, en su continuo ir y venir entre “proyectos” y “reuniones”. Dentro de este marco, los *chusmeríos* aparecían como un desafío que amenazaba con apartarla del movimiento. Como mujer joven y destacada, Lucy enfrentó rumores sobre cuernos y debió lidiar con los “celos” de su marido, uno de los hermanos Ramos. Como respuesta, abandonó el lugar de delegada “por sus hijos” y recurrió a la *vigilancia* de la familia de su marido (y a las bromas desafiantes hacia él) para continuar en el movimiento.

Esta cuestión permitía reconocer la importancia de los planes y sus tensiones, pero desplazaba la discusión hacia un punto diferente. Por un lado, abría a una sociabilidad vinculada al movimiento cuestionando una imagen del militante abnegado y combativo como único modelo posible. Por otro lado, daba cuenta de procesos de jerarquización y desjerarquización que desmentían una imagen ingenua de las relaciones de poder y, al mismo tiempo, reconocía los sentidos morales en torno a la familia y el compromiso que jugaban allí. Concluí que estar en el día a día era estar en la vida de la gente, que para moralizar a sus bases –preocupación que Romero había manifestado al iniciar mi trabajo de campo–, el movimiento debía trabajar con las moralidades ya existentes, no contra ellas.

El tema de los chismes dio lugar a comentarios chistosos durante mi exposición, que descomprimieron el clima formal que se venía desarrollando: “¿Dónde fue eso?”, “¿Participaste o nada más observabas?”. Incorporé esa misma jocosidad para dar cuenta del papel de los chismes y de su carácter divertido, anticipando una posible separación entre ‘alta’ y ‘baja’ sociabilidad dentro del movimiento. Al finalizar, se produjo un largo silencio hasta que comenzaron las preguntas y los comentarios. Inicialmente hablaron dos mujeres, que buscaban análisis comparativos con otras organizaciones piqueteras y con el PJ municipal. A continuación, intervino Romero (a quien citaré extensamente para situar la discusión posterior):

*A mí me llamaba la atención que no habría una contradicción del tema del cambio social con el día a día, sino que en última instancia, de alguna manera, en ese día a día se estaría reflejando o construyendo ese sentido. Digo todo esto porque me parece que nosotros venimos haciendo un proceso que no dice exactamente eso. Lo cual no quiere decir que nosotros no reconozcamos que efectivamente los emprendimientos comunitarios reconstruyen efectivamente lazos de solidaridad que se habían perdido. Que efectivamente a los compañeros les dan cierto tipo de identidad. Por eso es que de alguna manera está esa gente que decía “Yo vine por el plan, no vengo por esto”. Pero a nosotros nos parece que si bien todo eso es cierto, tiene un techo... tiene un techo. *El techo está dado por la cuestión de la politización.* De alguna manera eso también es parte de la politización, pero nos parece que no logra traspasar todavía el piso de lo que es la ideología dominante. Y digo esto porque *en realidad la experiencia que venimos haciendo nosotros no es nueva*, no es nueva. Cualquiera que haya estado en la sociedad de fomento o en la junta vecinal hace muchos años, esto lo hemos hecho veinte mil veces: juntar... *organizar a los compañeros*, organizar al vecino, por distintos tipos de lucha... Eso crea un sentimiento de pertenencia... más estrecho, pero en realidad lo que me enseña la experiencia es que *de ahí no surge espontáneamente nada distinto*. Nosotros en Alvarado [municipio del segundo cordón del Gran Buenos Aires, donde se localiza el “núcleo” del movimiento], por ejemplo, allá por el año 83 teníamos un movimiento vecinal bastante grande, bastante importante. Y si uno se pone a ver eso, ese movimiento vecinal... siguió votando a esta gente. Siguió votando a esta gente. Varios de los concejales, por ejemplo, eran parte de ese tejido con el cual soñábamos (te puedo dar nombre y apellido de quién estaba con nosotros y quién no). Y sin embargo, hoy está ahí. Es más, por eso nuestra preocupación hoy en día es con esta famosa politización. También reconocemos que no a todo el mundo, ni siquiera a la mayoría, se le podría exigir un tipo de definición mayor. Esto implicaría que... el salto al nivel de la mayoría nos parece, nos da la impresión de que solamente va a ser posible en la medida en que vos, digamos, tengas el resorte del Estado. Y cuando digo del Estado, no me refiero a éste sino a otro Estado, porque... Si no, es muy difícil... tiene un límite muy grande... muy grande. Ahora, ésa es la conclusión que nosotros sacamos. O sea, cómo aprovechamos eso. [Los destacados son míos]*

En el momento, entendí el planteo de Romero como una continuación de sus preocupaciones más profundas. La contradicción entre el cambio social y el día a día, vista como techo a la politización, se nutría de las experiencias previas. A la vez, se cimentaba en una noción radical de política. En esa línea, criticaba los argumentos que suponían co-

mo espontáneo el paso de la lucha reivindicativa a la definición mayor. Según su punto de vista, la organización de los vecinos podía generar identidad y lazos de solidaridad pero no sobrepasaba los límites de la ideología dominante. Lo nuevo no surgía de allí. Pero si sólo el resorte de otro Estado permitiría el salto, ¿qué hacer entonces?, ¿por qué seguir organizando a los compañeros en los cabildos? Ése era el punto donde sus dudas se ampliaban y Romero se distanciaba parcialmente del que conocí en 2004.

Al responder, intenté apartar mi argumento del espontaneísmo así como de lo que consideraba un riesgo en la crítica de Romero: una separación entre vanguardia y mayoría. Para ello, insistí sobre el esfuerzo de construir con lo existente (y no contra). Era una contestación ensayada, en base a mis conocimientos y presunciones sobre Romero y sobre el proceso que el movimiento atravesaba en la actualidad. Asumiendo su preocupación por el cambio social, me apoyé sobre cierto análisis gramsciano para discutir su noción de politización. Otro de los militantes del movimiento preguntó entonces:

¿Cómo sería que nosotros pudiéramos elevar nuestro grado de politización sin contraponernos a las prácticas cotidianas que nos joden? Políticamente, el plan y la mercadería [es] a lo máximo que llegamos; y en cuanto a la convivencia, todos los quilombos que ves, el chusmerío. No damos ese salto.

El camino analítico de la tesis me había alejado de los supuestos de los que partían Romero y, especialmente, este militante. Si ese recorrido contenía el por qué de la incompreensión, era preciso retornar a él para aclarar mis propios supuestos.

## **Clientelismo y resistencia**

El planteo general de la tesis apuntó a discutir con las concepciones de las organizaciones piqueteras que se constituían en (lo que denominé como) la tensión entre el clientelismo y la resistencia. Intenté mostrar cómo esas nociones operaban como acusación y reivindicación en el propio marco de las disputas políticas que conformaban el campo de investigación. Es decir, en el clima posterior a diciembre de 2001, los piqueteros aparecieron como una alternativa que “resistía” al “clientelismo” predominante en la periferia de Buenos Aires, con la introducción de formas políticas “novedosas” (entre las cuales la “asamblea” se destacaba por su “potencialidad”). Luego, ante la masificación de los planes y la creciente estigmatización de las acciones de protesta, se tendió a denunciar a las organizaciones de desocupados por tener prácticas “clientelares” simila-

res a las que usualmente se atribuían a los partidos políticos y especialmente al PJ<sup>4</sup>. La entrevista inicial de Romero –su mientras tanto– respondía, en parte, a estas pugnas, al reconocer la importancia de los planes para organizarse y, a la vez, resaltar la apuesta al cambio social como la política (vista como específica) de la organización. Sus actuales preocupaciones en torno de la politización también podían reconocer sus raíces en tal planteo. “La gran mayoría de los movimientos sociales es... PJ sin PJ”, afirmó durante la presentación de la tesis.

Los análisis académicos, por su parte, proponían ir más allá de las opiniones cruzadas, destacando la “ambivalencia” o la “tensión” constitutiva de las organizaciones. Interpreté esas lecturas en continuidad crítica con las tradiciones académicas que, desde los años ochenta, abordaron el tema de la política entre las denominadas clases populares.

Como señala Merklen (2005), las lecturas que predominaron durante los ochenta se agrupaban en torno al problema de la “ciudadanía”. “La representación debe ser articulada por los partidos. El acto político por excelencia es el voto. El actor político es necesariamente un ‘sujeto’ capaz de imprimir nuevos significados en el horizonte de la democracia” (Merklen 2005, p. 33). Desde esta concepción, la política transcurría a través de las instituciones, obstaculizando la comprensión de las prácticas políticas de las “clases populares”. Frederic (2003) reconoce, sin embargo, una forma de abordar estas prácticas durante los ochenta. Según su argumento, sociólogos, historiadores y politólogos se volcaron hacia el análisis de la “cultura popular” en el “barrio”, buscando “aquellos aspectos de la sociedad argentina que tendrían el potencial de alcanzar la vida democrática” (2003, p. 247) en el contexto de una “reflexión implícita” sobre la propia responsabilidad de los intelectuales en la violencia política de los años setenta.

Durante la década de 1990, el desarrollo crítico de ese campo condujo a una mayor sistematización conceptual y a una revisión de los supuestos morales del análisis: la especificidad y lo positivo de las prácticas políticas de los “sectores populares” fueron desvinculados críticamente de una asociación idealizada con la democracia. Más aún, el papel privilegiado de lo local se articuló analíticamente con un proceso de cambio radical en los vínculos sociales y políticos que, en la línea de Halperin Donghi (1994), podría comprenderse a partir de la crisis resolutoria de la Argentina peronista.

---

<sup>4</sup> Svampa (2005, pp. 254-255) da cuenta de este cambio en los discursos públicos sobre las organizaciones piqueteras.

En este contexto de discusión, el tema del “clientelismo” fue recuperado y reelaborado. Si Martuccelli y Svampa (1997) tendieron a una caracterización crítica de esta modalidad política, Auyero, en cambio, enfatizó su carácter moral, visible tanto en las formas de dar y recibir como en la de oponerse localmente a esas prácticas. “Los beneficios otorgados, los favores hechos deben ocurrir con una presentación que no separe al resolutor de problemas y a quien tiene esos problemas sino que los una en una comunidad imaginaria: la comunidad solidaria del peronismo” (2001, p. 157). A diferencia de Martuccelli y Svampa, que recorrían diferentes escenarios para mostrar la fragmentación del peronismo, Auyero propuso un enfoque etnográfico en una “villa muy peronista” del conurbano. Entre las críticas más frecuentes a su planteo, se destacaron aquellas que, como él mismo reconoció en la conclusión, señalaban su “acento ‘reproductivista’” (Auyero 2001, p. 231).

Tanto Merklen como Frederic resaltaron las continuidades entre estos análisis y el enfoque dominante en los años ochenta. Para el primero, “invoca el carácter ‘prepolítico’ del voto de los ‘pobres’ así como la heteronomía propia de esa situación” (Merklen 2005, p. 40), para constituir la contracara negativa de las posturas idealizadas de la ciudadanía. Para la segunda, el concepto de clientelismo no sólo perdía densidad en tanto se desplazaba del campo analítico al de las disputas políticas sino que podía cristalizar la división (jerarquizada) entre alta y baja política (Frederic 2004, pp. 27-28).

Finalmente, la sorpresa de los analistas luego de diciembre de 2001 podría comprenderse en relación con la discusión sobre clientelismo. Si bien algunos reconocían modalidades de protesta específicas (Farinetti 2000) e importantes grados de autonomía en los niveles más bajos de la organización clientelista del PJ (Levitsky 2003), éstas eran sólo protestas episódicas y grados de autonomía que permitían la adaptación a los cambios en la cumbre. Ante la sorpresa, el surgimiento de organizaciones piqueteras se abordó desde la pregunta por las continuidades y las discontinuidades.

### **¿Más acá?**

La pregunta por las continuidades y las discontinuidades asumía las premisas del debate sobre clientelismo, mientras permitía discutir con ciertas lecturas miserabilistas y normativas sobre las organizaciones piqueteras (Svampa 2005, pp. 280-282). En esta línea, Svampa y Pereyra (2003, p. 13) partían de un balance de la situación que acentuaba la

ruptura que el “neoliberalismo” introdujo en una sociedad altamente integrada a través del trabajo. Las organizaciones piqueteras eran vistas como respuesta colectiva frente a la ausencia de redes de contención estatal o sindical y a la ya histórica debilidad del tejido comunitario local, demasiado permeable a las estructuras clientelares del PJ. Desde allí, el peso positivo de la explicación recaía sobre las tradiciones organizativas y sus “(nuevos) representantes”. A partir de ellas, los autores avanzaban desde una historia de las organizaciones hacia un mapa del mundo piquetero en su presente. En este recorrido, el concepto de “lógica de construcción política” dio forma al problema.

Estos autores distinguían tres alineamientos (sindical, político y territorial), vinculados (complejamente) a la tradición nacional-popular, a la de la izquierda radical y al autonomismo. El eje estaba puesto en la dimensión ideológica, en tanto aspecto que permitía diferenciar las organizaciones a partir de ciertos marcos comunes que actualizaban la “identidad piquetera” (el piquete, el trabajo territorial con los planes, la asamblea y la pueblada) dentro de un contexto social más amplio (vinculado a la “descolectivización” en el marco de la crisis “neoliberal”, a la heterogeneidad social resultante y a una relación compleja con el Estado a través de la protesta y la negociación). Respecto de la organización que ha sido el eje de mi análisis, se destacaba su “ambigüedad”. Svampa y Pereyra la consideraban un alineamiento político aún cuando también se referían a ella como uno de los primeros agrupamientos territoriales o autónomos.

En el análisis de las “lógicas de construcción política”, Svampa y Pereyra se centraron en “el núcleo organizativo y el primer círculo de militantes” (Svampa 2005, p. 280). Entre las críticas a su abordaje, un punto central se vinculó al marco comparativo. Al trabajar sólo con organizaciones piqueteras (y especialmente con los discursos públicos de sus dirigentes), tenderían a exagerar la discontinuidad respecto de las formas políticas existentes en los años noventa, al elaborar una noción de política estilizada.

Merklen (2005) desarrolló este argumento desde el problema de la integración social como eje. Para ello, propuso un punto de partida amplio: la politicidad de las clases populares desde 1983. A partir de allí, no enfatizó aquello que distinguía a las organizaciones piqueteras entre sí, sino lo que los piquetes compartían con otras formas de acción colectiva (asentamientos, saqueos y estallidos) para conformar un “nuevo repertorio” –que se especificaba por su relación con las políticas sociales (asistenciales) y con la inscripción territorial–, enmarcado en una “nueva politicidad”. Desde un análisis del

proceso de desafiliación del mundo del trabajo, que enfatizaba la cuestión de la urgencia (tanto de los “cazadores” individuales como de las organizaciones), el concepto de “inscripción territorial” (local) introdujo una “valencia positiva” que “modifica[ba] radicalmente el *status* de su objeto” (Sigal 2005, p.13).

Dentro de este encuadre, la “nueva ‘politicidad’” fue definida como “una nueva forma de política construida en la tensión entre la ‘urgencia’ y el ‘proyecto’, así como en la relación de las clases populares con las tradiciones políticas” (Merklen 2005, p. 45). Por un lado, se afirmaba la importancia de las políticas sociales y el papel de las organizaciones en la gestión de recursos escasos e inestables dispuestos por un Estado reformado ante la urgencia. Por otro lado, se sostenía que organizaciones e individuos se orientaban hacia proyectos de integración más amplios. En esta tensión, las organizaciones recreaban tradiciones de gestión y protesta (ya presentes en los sindicatos) a partir de la inscripción territorial. Es decir, se entramaban en lazos de solidaridad locales mientras operaban por fuera, a través de los laberintos del sistema político, para captar recursos. Así como los individuos, actuaban como “cazadoras” que buscaban la ocasión.

A partir de una metáfora potente, Merklen proponía un desplazamiento en el eje de análisis. Su investigación daba cuenta de ciertas condiciones estructurales, al destacar su “novedad” a partir de los ochenta. Desde la crítica a los debates sobre ciudadanía y clientelismo, elaboraba una noción de politicidad que respondía al problema de la integración. Pero, ¿podía resolverse desde la integración la pregunta por la política?

Si el análisis de Svampa y Pereyra quizá tendía a estilizar la noción de política, la propuesta de Merklen parecía englobar a individuos y organizaciones en una lógica común, con el riesgo de generalizar su politicidad. En principio, propuse hablar de política en relación con esta discusión. Pero, ¿cómo entender la respuesta de Romero durante la presentación? ¿Qué sentido tenían los chismes que narré para iluminar esas líneas de análisis?

Mientras escribía la tesis, la respuesta se sintetizó en una frase. En lugar de ir más allá del debate, al centrarme en la “ambivalencia” o la “tensión”, mi propuesta consistía en situarlo “más acá”. La frase apuntaba a reflejar una puesta en cuestión de los supuestos que guiaban la discusión, desde mi manera de hacer etnografía. No sólo me preocupaba el uso de la noción de clientelismo como categoría analítica sino también los términos de la discusión con ella. Más que criticarla para proponer otra, me interesaba mostrar

cómo se armaban las tramas simbólicas que daban sentido a una organización piquetera en la práctica, donde la categoría de clientelismo podía entrar a jugar para acusar a otros y diferenciarse. Sin aclarar demasiado, mi propuesta consistió en desplegar los sentidos que hacían a la organización piquetera en la descripción de un cabildo porque era desde ese nudo denso que se abría una comprensión diferente del movimiento. ¿Cómo resumir los “puntos de vista” de Lucy (quien enfrentaba los chismes), su cuñada (a cargo del merendero), Graciela (quien se había quedado sin el yogur) y el Gordo Romero (que había tenido que ir al cabildo porque era un “quilombo”) en pocas palabras? Este camino no se podía cerrar con una definición taxativa. Pero había que decir algo más...

## **Hacer etnografía**

Durante la defensa, Maristella Svampa sostuvo que mi propuesta, al multiplicar las tensiones y ambivalencias, intentaba ir más allá. En ese momento, creí contestar al señalar que apuntaba a describir un nudo denso en su complejidad. Más que tensiones o ambivalencias, se trataba de encarar el cruce entre diferentes voces que hacían a la organización a partir del merendero, la multisectorial... el cabildo. Esa apuesta implicaba otra forma de construir teoría, etnográficamente.

En el camino desde la tesis hasta el presente, comprendí que esa respuesta era insuficiente. Otras etnografías hablan de piqueteros, planes y luchas en el Gran Buenos Aires (Manzano 2005; Quirós 2006). Se vuelve preciso aclarar mi propia forma de hacer etnografía. Más que elaborar el punto de vista de los nativos como otros por contraste al propio, me interesó mostrar un nudo denso donde se entramaban (jerarquizada y conflictivamente) diferentes perspectivas prácticas, elaborando totalidades inmanentes a la etnografía (Goldman 2001).

Para ello, apelé a la noción de lugar-evento propuesta por Borges (2003). En su libro, el lugar-evento es definido como una “propriedade” de las “categorias essenciais da vida nativa”: la de “se referirem a *lugares ou objetos que se manifestam como ações*” (2003, p. 11; destacado en el original). El cabildo, aún cuando puede aparecer como lugar manifiesto en acción (tanto en términos de prácticas rutinizadas como en cuanto realización –abierta, incompleta, contingente– de un proyecto de organización, ambos localmente delineados), no parece constituir una categoría “esencial” de la vida nativa sino más bien de la organización. A diferencia de la “invasão”, el “barraco”, el “asfalto”, el “lote”

y el “tempo de Brasilia” que operan como “símbolos do modo de vida local” en Recanto das Emas (Borges 2003), el “cabildo” se configura como “símbolo” del movimiento. Pero, si ése es el punto de partida de mi análisis, al ingresar en el cabildo encontré una realidad que excedía la definición inicial de la organización. Es a partir de allí que empecé a entrever la densidad (y especificidad) de ese modo de vida local, elaborado en el cruce entre los proyectos, los vecinos, los piqueteros, las marchas, los planes, el merendero, el hambre, el dar de comer rico y variado... como una diaria “pelea”. Fue así, al menos, como me lo explicó Lucy un día.

Al terminar el merendero, mientras se sucedían las bromas y los consejos en medio del *racconto* de las últimas novedades, le pregunté a Lucy: “¿Cómo saben todo esto ustedes dos [por ella y su cuñada]?”. “Nosotras siempre nos peleamos en todos lados”, contestó con una media sonrisa. “Antes de acá, nos *peleábamos* en la parroquia, en el trueque, en la escuela... Ya nos conocen en todos lados”.

Lucy y su cuñada habían aprendido a pelear peleando en diferentes lugares. La experiencia en la organización piquetera se encadenaba con la participación en una institución religiosa, en una estatal y en una organización colectiva de intercambio no monetario. Todos esos espacios eran vistos como semejantes en relación con la diaria “pelea” por la cual eran “conocidas”. Como argumenta Semán (2000), ni la política ni la religión aparecían como espacios (o tiempos) separados sino como gama de recursos entramada en el diario vivir.

Ahora bien, ¿cómo “chamar a atenção para a gênese concomitante (Elias,1989) da política, do espaço e do tempo no contexto etnográfico do Recanto [o de Villa Corina] e, conseqüentemente, para a constância dessa imbricação na vida de seus moradores” (Borges 2003, p. 179) sin diluir la especificidad de la organización? La metáfora del nudo, a la que apelé para comprender el sentido del cabildo, puede servir en tanto permite introducir la especificidad del cabildo al análisis, conservando como marco su inmersión en el modo de vida local.

Este camino entreabre una hipótesis sobre el contexto de la investigación. Al postular el cabildo como un nudo entramado en el modo de vida local, es posible profundizar la comparación entre ambas etnografías y abrirla a ciertas diferencias. En principio, cabe reconocer la distancia entre las formas de construir el objeto que proponemos Borges y yo. Mientras ella se interesa por el modo de vida local, yo sólo esbozo algunos trazos

que se abren a partir del cabildo. Una vez reconocido el punto de partida, es posible interrogar estos recorridos analíticos. Es decir, sin negar su arbitrariedad, el peso atribuido a la organización en mi análisis vuelve sobre la densidad histórica de las tramas asociativas en la configuración de la periferia de Buenos Aires (Jelin 1985; Hermitte *et al.* 1983). Tal rasgo podría diferenciar Villa Corina de Recanto das Emas. Más específicamente, en Recanto no existen organizaciones declamadas opositoras al gobierno que gestionan parte de los recursos estatales. Tampoco el mapa organizacional aparece tan diversificado. Es decir, las formas en que la política se imbrica al modo de vida en Villa Corina serían diferentes de aquellas que priman en Recanto. Aquí, la fuerte presencia de las organizaciones permitiría pensarlas como diferentes modulaciones del modo de vida local, como nudos que lo constituyen. El organizarse colectivamente para protestar y gestionar recursos formaría parte “esencial” del vivir en Villa Corina, o, según Merklen (2005), en la Argentina.

Al sumergir la organización en un tejido social y simbólico que, configurado localmente, la excede, reviso el peso acordado analíticamente a ciertas formas de “política” circunscriptas en el espacio organizacional para abrir hacia densos universos prácticos y simbólicos que hacen a la misma organización. Por otro lado, si bien me aproximo al concepto de “inscripción territorial”, intento un pequeño desvío. Merklen destaca el hecho de que se trata de una vida en los márgenes. Ni una comunidad local cerrada ni una integración plena en la sociedad. Su análisis se centra en ese vínculo (tenso) con la sociedad más amplia. El sistema político aparece como un laberinto al que los individuos y las organizaciones ingresan para obtener recursos.

Romero reconocía la centralidad de los planes, hablaba de la continuidad entre la organización de los vecinos en el movimiento y aquella que encararon en los ochenta a partir del fomentismo, avanzaba hacia una comparación entre los movimientos y el PJ... Quizás había leído a Merklen o conocía sus hipótesis. Fuera así o no, describía el movimiento de una forma densa. Pero su análisis no se quedaba allí sino que introducía una crítica. Ese camino parecía lejano del cambio social que él pretendía encarar. Entonces, proponía un curso de acción diferente para el movimiento, desde el problema de la politización.

Tuve que escuchar la crítica de Romero para entender este punto. Es decir, el problema de la politización se sostenía en la idea de que la forma de política a la que se aspiraba

no estaba presente en la trama relacional del cabildo. La disputa por definir qué era político y qué no, donde yo misma participaba con mi argumento, también correspondía a esta reflexión.

## Bibliografía

- Auyero, Javier (2001): *La Política de los Pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Buenos Aires, Manantial.
- Borges, Antonádia (2003): *Tempo de Brasília. Etnografando lugares-eventos da política*, Río de Janeiro, Relume Dumará.
- Delamata, Gabriela (2004): *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, EUDEBA/Libros del Rojas.
- Farinetti, Marina (2000): “Violencia y risa contra la política en el Santiagueñazo: Indagación sobre el significado de una rebelión popular”, *Apuntes de Investigación del CE-CYT* n° 6, Buenos Aires.
- Ferraudi Curto, M. Cecilia (2006): “Mientras tanto: política y modo de vida en una organización piquetera”, Tesis de Maestría en Antropología Social (IDES-IDAES/UNSAM).
- Frederic, Sabina (2003): “De la Plaza al Barrio. Los científicos sociales y la identidad de los Sectores Populares en la transición democrática (1982-1987)”, en; A. Rosato; F. Balbi (ed.): *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social*, Buenos Aires, Antropofagia.
- Frederic, Sabina (2004): *Buenos vecinos, malos políticos: moralidad y política en el Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo.
- Goldman, Marcio (2001): "An Ethnographic Theory of Democracy. Politics from the Viewpoint of Ilhéus's Black Movement (Bahia, Brasil)" en *Ethnos*, Vol. 66:2, pp. 157-180.
- Grimson, Alejandro *et al.* (2003): “La vida organizacional de zonas populares de Buenos Aires”, informe etnográfico para “The New Comparative Study on Urbanization and Models of Development in Latin America”, agosto.
- Grimson, Alejandro (2004): “Piquetes en la ciénaga”, en: *El Rodaballo*, n° 15, invierno, Buenos Aires.
- Halperin Donghi, Tulio (1994): *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel.
- Hermitte, Esther; Boivin, Mauricio; Casabona, Victoria; Guber, Rosana y Tiscornia, Sofía (1983): *Análisis Sociocultural de dos comunidades del Gran Buenos Aires: im-*

*pactos externos y autogestión*, Buenos Aires, FLACSO.

Jelin, Elizabeth (1985): “Los movimientos sociales en la Argentina contemporánea: una introducción a su estudio”, en: E. Jelin (comp.): *Los nuevos movimientos sociales*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Levitsky, Steven (2003): *Transforming labor-based parties in Latin America. Argentine Peronism in Comparative Perspective*, Nueva York, Cambridge University Press.

Manzano, Virginia (2005): “La Matanza: capital del piquete, el peronismo y los movimientos sociales. Configuración socioespacial y articulación de relaciones políticas”, ponencia presentada al Coloquio de Investigaciones Etnográficas: “Territorialidad y Política” - UNSAM, 23 de septiembre.

Martuccelli, Danilo y Svampa, Maristella (1997): *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Buenos Aires, Losada.

Merklen, Denis (2005): *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Buenos Aires, Editorial Gorla.

Quirós, Julieta (2006): *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Antropofagia.

Semán, Pablo (2000): “El pentecostalismo y la religiosidad de los sectores populares”, en M. Svampa (ed): *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblos.

Sigal, Silvia (2005): “Prefacio” en D. Merklen: *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Buenos Aires, Editorial Gorla.

Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián (2003): *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos.

Svampa, Maristella (2004): "Relaciones peligrosas", en *El Rodaballo*, n° 15, invierno, Buenos Aires.

Svampa, Maristella (2005): *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires, Taurus.

## La biopolítica bajo el prisma del “dispositivo filosófico”

Por Pablo Esteban Rodríguez<sup>1</sup>

Sobre *Bios. Biopolítica y filosofía*, de Roberto Esposito, Buenos Aires, Amorrortu, 2006 (publicado originalmente en Italia en 2004).

*Bios. Biopolítica y filosofía* es el episodio final de la trilogía que el filósofo italiano Roberto Esposito inició con *Communitas. Origen y destino de la comunidad* (2003, publicado en Italia en 1998) y continuó con *Immunitas. Protección y negación de la vida* (2005, publicado en Italia en 2002). Intenta ser también uno de los capítulos concluyentes acerca de la reflexión sobre la biopolítica, uno de los principales ejes de la filosofía política contemporánea. La biopolítica, término propio del siglo XX impulsado por Michel Foucault en los años setenta, genera en la Argentina ediciones de libros y compilaciones, conferencias magistrales, congresos dedicados exclusivamente a ella, reinterpretaciones de temas clásicos y conexiones conceptuales variadas. Con *Bios*, publicado originariamente hace tres años, Esposito procura organizar un sistema gravitatorio para esta galaxia en expansión y, al mismo tiempo, arribar a un final feliz en la deriva hermenéutica que había comenzado con la noción de comunidad. Más allá de que logre lo que se propone o no, la pregunta que podría hacerse es si su obra sirve para darle brillo al problema, para justificar su inflación o para interrogar y sopesar críticamente los procesos contemporáneos en los que se juega alguna definición de vida y de política, las dos cuestiones aludidas en la palabra “biopolítica”. La respuesta implica una reseña del propósito general de estas tres obras y del lugar de *Bios* dentro de ellas.

En *Communitas*, el autor había comenzado por desgranar el significado del término “comunidad” a partir de la raíz latina *munus*, “obligación”, “deuda”, “don”. La caída del comunismo, por un lado, y el florecimiento de las teorías neocomunitaristas, sobre todo en los Estados Unidos, por el otro, parecían justificar un recorrido por autores clásicos para

---

<sup>1</sup> Licenciado en Ciencias de la Comunicación (UBA) y master en ciencias políticas de la Université de Paris I (Panthéon-Sorbonne). Becario doctoral de CONICET, docente de FLACSO y de los seminarios Informática y Sociedad y Comunidad, biopolítica, cuerpo en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

este tema –Thomas Hobbes, Immanuel Kant y Jean-Jacques Rousseau–, y otros que no lo son tanto, como Martin Heidegger y Georges Bataille, al amparo de la tonalidad general que Jean-Luc Nancy había instalado con *La comunidad desobrada*. En el centro de la comunidad yace el riesgo absoluto, el riesgo de perderlo todo, y más que nada la vida, la vida del cuerpo, del individuo, de la sociedad. El contrato social de Hobbes constituyó una decisiva defensa del hombre frente a ese riesgo, mientras que en el otro extremo, el de Bataille, se invierte la perspectiva, hasta el punto de afirmar que el contrato puede hacerse añicos porque no hay nada en el hombre de lo cual resguardarse.

*Immunitas* retrata la historia de esta doble necesidad de protección y destrucción de lo humano para formar una sociedad. Antes del contrato social del siglo XVIII y después de las rupturas filosóficas del XX, entre una gran cantidad de fenómenos contemporáneos se destaca para Esposito el problema de la inmunidad, de la exención de aquella obligación del *munus*, que constituye un enigma. El factor común de estos fenómenos es la distinción entre un interior a conservar y un exterior a combatir: en el cuerpo social, en el cuerpo biológico, en el cuerpo político. Esta distinción, y las diferentes respuestas históricas y conceptuales que se dieron a su gestión (si el interior debe conservarse o modificarse, si el exterior debe ser combatido o asimilado), está en la base de procesos que son hoy designados como modernización, secularización o legitimación; por lo tanto, para Esposito la inmunización debe ser puesta a la altura de ellos. Aquí el autor no hace un recorrido hermenéutico por grandes nombres, sino que despliega temas, épocas y teorías vinculadas a ciertas tensiones: lo exterior frente a lo interior, lo propio frente a lo ajeno, la afirmación frente a la negación. Dos cuestiones parecen sobrevolar *Immunitas* debido a su carácter inconcluso: la definición de vida y la confrontación con Foucault.

*Bios* es el intento de dar respuesta a estos interrogantes, construyéndoles un ciclo de nacimiento, desarrollo y ocaso, que luego será enlazado con una apertura teórica dirigida a plantear otra biopolítica, distinta de la que hasta ahora se ha propuesto. En primer lugar, se trata de situar la pregunta de qué es y qué ha sido tradicionalmente la biopolítica, antes de que Foucault irrumpiera en escena. Esposito relata que el término es usado por primera vez en diversos tratados alemanes e ingleses en las primeras décadas del siglo XX, en un sentido decididamente racista. En los sesenta es retomado en Francia a partir del estudio de las medidas políticas sobre todo aquello que afecta a la vida humana; su tono está

despojado de racismo y lleno de buenas intenciones humanísticas, casi en clave desarrollista. En los setenta, fundamentalmente en los Estados Unidos, la biopolítica comienza a designar el intento de establecer una teoría política basada en “las condiciones naturales del hombre”, una suerte de etología llevada a lo humano, una negación de hecho del contractualismo que buscaba en el orden político un remedio a la naturaleza supuestamente no social del hombre.

Este rastreo que hace Esposito es fundamental para comprender el marco de intervención de Foucault. Más allá de las necesidades internas de su teoría, Foucault entiende la “biopolítica” como el modo en que la modernidad occidental construye las relaciones entre cuerpo, vida y política, para denunciar justamente a la biopolítica en tanto conjunto de saberes que hacen creer en la existencia de algún tipo de naturaleza humana para justificar ejercicios de poder de toda laya. A esto Esposito lo denomina política “sobre” la vida, la política que moldea la vida. Pero para Esposito hay otra vertiente de la biopolítica, la política “de” la vida, que se despliega en el momento en que Foucault reconoce la capacidad de la modernidad para “producir” vida, ya sea mediante la cura enfermedades, la institución de los derechos de la salud o la admisión de las potencialidades de los cuerpos.

La distinción entre la política *de* la vida o *sobre* ella reedita un tópico clásico en la obra de Foucault: el de las múltiples caras del poder, ya sea como represión, como productividad o como resistencia. Esposito estima que Foucault no pudo definir si la biopolítica actúa principalmente del lado de la vida o de la muerte; si es efectivamente una “biopolítica” o una “tanatopolítica”. Es cierto que, en un período de apenas cinco años (1974-1979), Foucault se refirió con “biopolítica” a fenómenos tan disímiles como el nacimiento de la estadística, la obsesión por la sexualidad, la medicalización, el nazismo, el auge de la razón de Estado y las condiciones que hicieron posible la ciencia de la policía. Es cierto también que en su curso *Nacimiento de la biopolítica* (Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007), Foucault admite que ya no puede pronunciar más aquella palabra porque se le escapa su sentido, y se inclina más por la noción de gubernamentalidad. En definitiva, la productividad de la noción de biopolítica en el sentido de denuncia que quería darle Foucault necesita de un análisis a fondo y de una salida al aparente atolladero.

Estas consideraciones sostienen las genealogías en las que se embarca Esposito tras haber ajustado cuentas con Foucault. La ambivalencia entre la biopolítica “productiva” y la

tanatopolítica puede ser explicada por el paradigma de inmunización, el verdadero punto de flotación de la teoría de Esposito. En el análisis de *Immunitas* se postula que un conjunto de saberes y prácticas biomédicas, como los trasplantes de órganos, los estudios inmunológicos o los experimentos genéticos, abre la perspectiva de una política diferente respecto de la relación entre cuerpo y vida. Si para Foucault la biopolítica necesitaba pasar por el cuerpo como unidad ontológica para moldear la vida, ya no será así en la actualidad, porque estos saberes abren y descomponen el cuerpo. Qué pasa entonces con la vida, qué noción de vida queda cuando su unidad con el cuerpo es alterada, era lo que *Immunitas* dejaba flotando y lo que *Bios* debía resolver.

Pero entre ambos libros se produce un hiato considerable. En *Bios*, los ejemplos ya no provendrán, como en *Immunitas*, de tratados políticos y biomédicos que muestran qué se hace en la actualidad con la relación entre política, cuerpo y vida, sino de la obra de grandes autores, muchos de los cuales estaban presentes en *Communitas*: Platón, Sigmund Freud, Niklas Luhmann, así como Hobbes, Kant y Heidegger. Las nociones de soberanía, propiedad y libertad son puestas bajo este paradigma de lo inmune. La reflexión se prolonga en un extenso capítulo sobre Friedrich Nietzsche, presentado como el pensador que más agudamente entrevió el potencial tanto afirmativo como negativo de la inmunización. El libro prosigue con los dos senderos (de la biopolítica) que se bifurcan. El de la tanatopolítica fue transitado por el nazismo, y es diseccionado por Esposito a través de los temas de la regeneración, la degeneración, la eugenesia y el genocidio, heredados del siglo XIX y realizados plenamente bajo el Tercer Reich. Es inevitable señalar el parentesco de este pasaje del libro con *Homo sacer I. El poder soberano y la nuda vida* de Giorgio Agamben. Sólo al final de este sendero, casi como una mágica inversión dialéctica, se puede vislumbrar para Esposito el comienzo del otro, donde el problema crucial será la definición de una biopolítica que instituya una política, un cuerpo y una vida diferentes de los procesos denunciados por Foucault.

La biopolítica deberá entonces entablar un *tête à tête* con la filosofía contemporánea. Esposito se embarca una vez más en la reseña de autores: siempre Heidegger, Maurice Merleau-Ponty –ya incluido en *Communitas*–, y más adelante Baruch Spinoza y Gilbert Simondon, puestos en resonancia con Nietzsche, algo que no se distingue demasiado de la lectura que Gilles Deleuze hiciera de estos autores desde comienzos de los años sesenta.

Todos ellos, junto a Georges Canguilhem, uno de los maestros de Foucault, constituyen el reverso de la inmunización y el aire fresco que necesita la vida. Conservar la vida supone someterla a la trascendencia de la norma. Pensar la vida como algo que no tiene por qué conservarse (dado que aquellos que quisieron hacerlo sólo han matado) es un cambio en la definición de la vida en la que, por lo pronto, la norma es inmanente. Y aquí termina el libro.

Visto en perspectiva, Esposito captó la oscilación de Foucault, la puso en contexto, la incluyó en su teoría de la inmunización y entregó el resultado al tribunal de los filósofos. Ahora bien, Foucault había desmenuzado con la noción de biopolítica un gran conjunto de fenómenos, a partir de los cuales pretendía desfondar los efectos de verdad generados en torno al nexo entre política, cuerpo y vida. Foucault no pretendía hacer historia de las ideas con la biopolítica. Es más: en una conferencia de *La verdad y las formas jurídicas*, afirmó que para él Jeremy Bentham, como creador de la tecnología clave de las instituciones disciplinarias (el Panóptico), era más importante para estudiar la historia de la modernidad que Kant o Hegel. Y en su conferencia “¿Qué es la Ilustración?”, había estimado que la tarea de la filosofía era interrogar el presente. La filosofía no era ni más ni menos que uno de esos saberes que necesitaban ser desbancados para fundar otra filosofía. No por casualidad su obra deriva finalmente en la idea de la vida “como obra de arte”, como tarea ética.

Aquí no se trata de ser fiel o infiel a Foucault, sino de extraer la procedencia de una pregunta, en este caso la de la biopolítica. En *Immunitas*, Esposito había presentado una noción, la de inmunidad, que permitía fundir el paisaje de teoría política no contractualista de *Communitas* con las transformaciones contemporáneas en la relación entre cuerpo, política y vida. Pero, al margen de lo ya dicho acerca de la biología y la medicina, los cambios en la experiencia actual de la sexualidad, en la influencia de las estadísticas en la vida cotidiana, en la razón de Estado, en el reacomodamiento de los dispositivos racistas, es decir, en todos los terrenos de la biopolítica señalados por Foucault hace treinta años, no están consideradas en *Bios*. De este modo, todo lo que Foucault abrió con esta reflexión, todo lo que muchos autores contemporáneos (Agamben, Toni Negri, Judith Revel, Mauricio Lazzarato, Agnès Heller, etc.), más allá de sus diferentes perspectivas, han hecho por continuarla, todo lo que prometía la propia idea de inmunización, es sustituido por un

dispositivo de análisis filosófico que podría repetirse, como si fuera un esquema ideal, a muchos temas y otros tantos libros.

Esposito escribe en la introducción de *Bios* que la filosofía no tiene por qué proponer modelos de acción política ni blandir la biopolítica como bandera, en una clara alusión a las tesis de Negri sobre este punto. Y sobre el final del libro, en una nota al pie en referencia a las teorías de la multitud como las de Paolo Virno, rechaza una lectura “economicista”, “laboralista”, es decir, “impolítica” de la biopolítica. La biopolítica, para él, pertenece al ámbito de la filosofía, que como tal no tiene por qué pensar en el capitalismo. Por un lado está la economía, por el otro, la política, y más allá, la filosofía. La economía es diferente de la política, es “impolítica”. Y la política puede hacerse cargo de la reflexión sobre la biopolítica sólo cuando es fecundada por la filosofía. Para quien dijo en una entrevista que “toda filosofía es política”, no son éstas reflexiones demasiado atinadas.

## La memoria en donde ardía

Por Miguel Vitagliano<sup>1</sup>

Sobre *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión* de Ana Longoni, Buenos Aires, Norma, 2007.

### I

Al mismo tiempo que *Traiciones* de Ana Longoni empezaba a distribuirse en las librerías, se cumplían treinta años de la desaparición de Rodolfo Walsh y en distintos medios gráficos y virtuales el recuerdo imponía una aclaración: el escritor no había sido asesinado por la redacción de la Carta a la Junta Militar sino por su combativa militancia. La aclaración era una marca tendiente a desplazar otra que sobrepasaba con creces ese caso particular. Desde fines de los setenta y principios de los ochenta se vio generalizado el borramiento del pasado militante de la mayoría de los desaparecidos, haciendo extensiva la creencia del desaparecido por mera fatalidad de estar en un lugar “equivocado”, fuera éste una esquina o una agenda. Esa idea, reproducida ampliamente por el cine y la televisión al comienzo de la democracia, arrastraba un cruce inesperado entre la dictadura y el movimiento de derechos humanos. Para la dictadura se trataba de inocular el terror, convertir a cada ciudadano no sólo en una posible víctima sino en un sospechoso de sí mismo; para los organismos de derechos humanos fue, en cambio, “la estrategia jurídica-política”, como sostiene Ana Longoni, en una coyuntura en la que el discurso hegemónico ubicaba a víctimas y victimarios “en un plano de simétrica exterioridad” con respecto al resto de la ciudadanía: “En ese marco se explica la reivindicación de la figura del desaparecido como víctima inocente y absoluta, a costa de anular el reconocimiento (y el balance) de su condición política, su historia militante”.

El intento de copamiento al regimiento de La Tablada, en enero de 1989, fue el punto de inflexión, entre otros no menos importantes, de esa creencia que se había afirmado en la población. Durante las largas horas de transmisión televisiva de lo que ocurría en el

---

<sup>1</sup> Licenciado en Letras (UBA), escritor, profesor de Teoría Literaria en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y docente de escuela media.

regimiento, no fueron pocos los que hasta último momento esperaron encontrar a los militares golpistas como atacantes y no a un grupo de militantes del Movimiento Todos por la Patria (MTP). Más allá de que se considerase políticamente inadecuada una operación de esa naturaleza en democracia, o extemporánea o cualquier otra descripción que quiera dársele, lo que sorprendía era el reconocimiento de que aquellos a quienes se había visto compartir reclamos semejantes, que aquellas banderas y pancartas que se reconocían en una movilización común, de golpe irrumpieran con un hecho que hacía trizas todas las expectativas. Se había dado por sentado una total homogeneidad en ciertas ideas fundamentales de la izquierda, acuerdo que ni existía en ese presente como tampoco había existido antes. Esa era la causa de la sorpresa. No se trataba de que los militantes del MTP fueran *extraños* en los tiempos que se los veía *próxim*os, sino que seguían siendo *próxim*os en un presente que los había arrinconado como *extraños*.

Si bien el libro de Ana Longoni propone otro tópico de discusión, como es el de la presencia social –“la audibilidad social”– del sobreviviente del terrorismo de Estado, demanda ser contextualizado dentro de la experiencia de la izquierda desde los ochenta a la actualidad. Un diálogo abierto que, desde luego, sobrepasa el límite de cualquier fracción política para hacer centro en una experiencia social más abarcadora.

¿Por qué aún hoy no resulta “audible” en la escena social la voz del sobreviviente, cuando, como sostiene la autora, fueron quienes hicieron las primeras denuncias ante los organismos internacionales, quienes aportaron testimonios decisivos para la elaboración del informe de la CONADEP y en los diversos juicios en el país y en el exterior? Es decir, el sobreviviente no calla, pero la “audibilidad” de su voz sigue siendo “significativamente baja”. Teniendo en cuenta lo que acabamos de decir, parecería que estamos ante una contradicción y no es así, ya que el diagnóstico que se propone en libro no se restringe a la esfera jurídica sino que se extiende a la compleja trama social en la que convergen desde los partidos políticos a los medios masivos y la narrativa de ficción. El sobreviviente carga con un estigma, el de ser acusado de “traidor”. Fuera de ámbitos muy acotados, como dice Longoni: “Su (sobre)vida los condena”.

## II

Si la voz del sobreviviente ha sido eludida es porque sostenía y sostiene algo que no quiere ser escuchado. En *Traiciones* se proponen al respecto cinco hipótesis. La primera es la resistencia a aceptar, sobre todo en ciertos organismos de derechos humanos en los

años 80, la cruda verdad que traían consigo los sobrevivientes, como era el hecho de la muerte sistemática de la mayoría de los detenidos-desaparecidos. La segunda, “la construcción del mito incólume del desaparecido como mártir y héroe” que no dejaba resquicio a la crítica de la militancia y para la cual, por lo tanto, la voz del sobreviviente se transformaba en versión inaceptable.

Con respecto a esta segunda hipótesis, que tanto como la anterior podría considerarse centrada en el pasado, Ana Longoni arremete, y de manera incisiva, a acercarnos al presente. Si en la década del 80 hubo escaso lugar para la autocrítica frente al discurso hegemónico de “la teoría de los dos demonios”, en la del 90 el mito volvió a encontrar un lugar en torno a “ciertas figuras (el Che), procesos políticos (Cuba) y experiencias (la guerrilla)”. Y sería en ese marco de mediados de la última década en el que “ganó mayor fuerza entre los activistas de derechos humanos la figura del desaparecido como militante, muchas veces de manera acrítica y mitificada.”

La tercera hipótesis es que el sobreviviente carga con el peso de estar vivo entre tantos muertos, y ese peso tiende a presuponerlo sospechoso. Así como otros habían dicho ante un detenido-desaparecido *Por algo será*, los que no eran esos otros tendieron a repetir *Por algo está vivo*. En la primera página del volumen se cita a Graciela Daleo recordando los dichos de Hebe Bonafini en un programa de televisión: “Los que están muertos eran todos héroes, los que están vivos es porque colaboraron”.

Las dos últimas hipótesis están aún más conectadas entre sí. Una es la resistencia a escuchar la voz del sobreviviente como testimonio de un sujeto político y no sólo como testimonio individual. Haber atravesado la “experiencia límite del campo clandestino parece haberlo incapacitado para revisar su pasado militante”, lo que no hace sino evidenciar las dificultades –al menos, dificultades– para hacer un balance del accionar del grupo de pertenencia político de ese individuo, convertido a la fuerza en un detenido-desaparecido y a la suerte en sobreviviente. La última hipótesis es la no aceptación de lo que, según Ana Longoni, todavía “no puede ser escuchado por muchos” y que el sobreviviente pondría en cuestión: “el proyecto revolucionario del que fue parte sufrió una derrota categórica en esas miles de vidas y en el terror que la represión impuso en el conjunto de la sociedad”.

Ya la sola propuesta de estas hipótesis vuelve significativa la lectura de *Traiciones*. El sobreviviente ha sido víctima en el momento de su detención y durante el tormento, y es víctima también fuera del campo. Su integridad es doblemente mancillada, como

individuo y como sujeto político. El lugar de enunciación que elige Ana Longoni para su trabajo es ubicarse en el segundo momento del padecimiento de la víctima y desde allí analizar toda la situación, no un solo momento. Reclama por la “audibilidad” social realmente significativa del sobreviviente en el presente y lo que eso –a juzgar por las hipótesis propuestas– traería aparejado. Podríamos decir que su reclamo está en sintonía con el de la generación anterior (Longoni es hija de militantes del setenta), cuando el foco no era la “audibilidad” sino la desaparición.

Considerando estos aspectos, el ensayo de Ana Longoni sería un aporte a los distintos trabajos que indagan la problemática de la memoria sobre el pasado reciente, en primer lugar porque *Traiciones* está centrado en el presente, no se ubica dentro de lo que ha sido definido como *posmemoria*<sup>2</sup>, o al menos no exclusivamente. No intento destacar con esto que no haya, como resulta obvio por lo expuesto, una mirada crítica sobre la experiencia pasada sino que pongo énfasis en que esa mirada crítica está mucho más enfocada en el presente.

### III

Tres novelas son las propuestas en *Traiciones* para observar el modo en que fue representada la figura del sobreviviente: *Recuerdo de la muerte* (1984) de Miguel Bonasso, *El fin de la historia* (1996) de Liliana Heker, y *Los compañeros* (reeditada en Argentina en 2000) de Rolo Diez. Si bien los resultados a los que se arriba en esa línea no hacen sino reafirmar a su modo lo que antes se había sostenido con contundencia, el gesto de incorporar la literatura al diálogo resulta productivo, y por distintas razones. La fundamental es que así como Longoni arremete contra el discurso y el comportamiento sectario (no sólo militante), evita mantener la discusión encerrada en distintos compartimentos y esos textos literarios ofician de puente. No acepta restringir su mirada crítica, mantiene esa misma disposición que podríamos encontrar en Pilar Calveiro, cuyos libros *Poder y desaparición* (1998) y *Política y/o violencia* (1998) resultan tutores de la línea de su trabajo, tanto como los trabajos de Lila Pastoriza.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> “Como posmemoria se designaría la memoria de la generación siguiente a la que padeció o protagonizó los acontecimientos (es decir: la posmemoria sería la ‘memoria’ de los hijos sobre la *memoria* de sus padres.” Las comillas, tal como aclara Sarlo en su texto, indican “un uso figurado” de lo vivido por otros, en cambio las itálicas en memoria dan cuenta de la vivencia propia. Sarlo, Beatriz: *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007. Pág. 126.

<sup>3</sup> La misma autora destaca al final del volumen que las conversaciones con Lila Pastoriza y Pilar Calveiro fueron “decisivas para encarar la reescritura”.

El debate con esas novelas –porque, en verdad, son tomadas como puntos de confrontación– consigue su aspecto más significativo fuera de la lectura puramente textual, en el lugar asumido por cada uno de los autores a la hora de presentar sus novelas al público. Escenas de la industria cultural que exponen, y con todo su oropel, el estado de una sociedad: autores que ofrecen sus producciones asegurando que en apariencia se tratan de novelas pero que en realidad son el testimonio más verdadero; y después serán esos mismos autores quienes dicen que no se puede leer como testimonio lo que sólo es una novela. No considero que se pueda restringir el problema en ese caso al vínculo entre ficción y realidad y a las decisiones morales de los autores, dejando fuera del asunto a las encerronas que pone en juego la industria cultural y a través de las cuales interviene desde el periodista que realiza la entrevista al secretario de redacción del medio. ¿Ese repiquetear de tantas elusiones y elisiones no se corresponde con lo que aún sigue siendo poco “audible” y “visible” en la sociedad?

Tan punzantes son los aciertos de Ana Longoni en su trabajo que no pueden sino hacer que calen hondo sus debilidades. Dejando a un lado la desafortunada elección del título –el libro podría llamarse de cualquier manera pero de ninguna manera hacer centro en lo que niega–, cabe preguntarse por qué Longoni no abrió un diálogo con los autores de las tres novelas mencionadas. Sin duda que habría sido apreciable para el lector oír sus voces replicando a las críticas; y sin duda, considerando el tema y la valiente perspectiva asumida por la autora, se trata de una ausencia que no puede pasarse por alto.

#### IV

Hace no mucho Héctor Schmucler decía en una conferencia que la consigna “memoria para la justicia” resultaba valiosa siempre y cuando se hicieran matices en sus presupuestos, ya que lo que la fórmula admite es “que si tenemos memoria, todos recordaremos lo mismo y, por lo tanto, podremos hacer justicia con aquellos que nos parecen actos criminales”. Propone entonces que mejor sería hablar de las memorias en plural, “de las que coexisten en un momento determinado, porque no somos un único grupo, ni los argentinos ni ningún otro pueblo en su conjunto; es por ello que no hay memorias únicas”.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Schmucler, Héctor: “¿Para qué recordar?”, en *Seminario 2006. Entre el pasado y el futuro. Los jóvenes y la transmisión de la experiencia argentina reciente*, Buenos Aires, Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación, Eudeba, 2007.

Ya en 1979, durante su exilio en México, Schmucler se había pronunciado sobre el riesgo de la pérdida de una discusión plural en su crítica al militarismo de la guerrilla: “A partir de experiencias como estas será imprescindible preguntarse cuánto de aquello que quiere combatirse está impregnando la actuación de las fuerza llamadas revolucionarias”. Ana Longoni no sólo cita aquel texto clave (revista *Controversias*, No. 9, México, octubre de 1979), sino que sigue de cerca las posteriores reflexiones de Schmucler que, junto a las voces de Calveiro y Pastoriza, se imponen como los interlocutores más firmes en su trabajo. Y la autora misma lo sugiere cuando retoma la cita de Schmucler de fines de los setenta: “Su evaluación incluso hoy encuentra pocos interlocutores: ‘Cuando vengan los hechos a mostrarse y la actual `indignación moral` de los argentinos se transforme en condena por la forma de represión sin barreras, la política que encarnaban muchos desaparecidos de ninguna manera será reivindicada”.

La mención de estas últimas referencias no persiguen otro fin que el de valorar el incómodo lugar que asume Ana Longoni para discutir, insistamos, con el presente y con el pasado. Proponer una memoria plural. Porque, como sostiene Schmucler: “Solamente podremos buscar ciertas formas de entender nuestra propia historia en la medida en que haya múltiples memorias, en la medida en que las memorias puedan compararse y, muchas veces, combatirse”.<sup>5</sup> Esas memorias incluyen también las que provengan de distintas generaciones, y en este caso Ana Longoni incorpora con su voz la de aquellos nacidos en los sesenta en un diálogo con las generaciones anteriores. Más significativa resultará aún entonces la dedicatoria del libro: “A Mariana Kurlat y en memoria de Daniel Retamar (1962-1998), sobrevivientes no sólo a sus secuestros y a lo de su padres, sino también a las historias que se escribieron luego”. Esperemos que otras voces, de otras generaciones se sumen al diálogo que acaba de empezar. Será un modo de oír las tantas memorias que aún nos esperan –las de los hijos llevados al exilio por sus padres, las de los hijos de los no militantes, etc.–, porque sin duda tienen mucho por decir.

---

<sup>5</sup> Schmucler, H.: Idem.